

Lucy Score

Finge



que me

quieres



Lectulandia

Una casa, un trabajo y un novio increíble durante un mes. ¿Qué podría salir mal?

Luke es un militar dulce, sexy y enigmático a punto de marcharse a Afganistán. Cuando el azar pone en su camino a Harper, una joven que quiere empezar de cero en otro lugar, cree que es la mujer perfecta para fingir que tiene una relación y hacer feliz a su familia. Pero pronto, saltarán chispas entre ellos y tendrán que decidir hasta dónde están dispuestos a llegar.

Lucy Score

Finge que me quieres

ePub r1.0

Titivillus 23.06.2024

Título original: *Pretend You're Mine*
Lucy Score, 2015
Traducción: Patricia Mata Ruz

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Capítulo 1

Era, oficialmente, el peor día de la vida adulta de Harper.

¿Qué le había visto a aquel idiota? Bajó la visera del coche con los ojos entrecerrados para protegerse del bajo sol primaveral. Por lo menos, que estuviera atardeciendo significaba que aquel día infernal ya casi había acabado. Aunque no tenía ni idea de adónde se dirigía.

Lo cual era perfecto.

Fue a coger el bolso automáticamente antes de acordarse de que se lo había dejado, junto con la cartera y el teléfono; el móvil con GPS que podría indicarle, como mínimo, si iba en la dirección correcta.

Hannah vivía a dos horas en dirección al suroeste de la ciudad. Harper no sabía si a la que había sido su compañera de habitación en la universidad le haría gracia tener una okupa en el sofá durante unos días, pero era su única esperanza en aquel momento.

La luz naranja del salpicadero que indicaba que el coche estaba en reserva escogió aquel instante para encenderse.

—Maldita sea.

Se había olvidado de echar gasolina de camino a casa y, evidentemente, no se había acordado al salir hecha una furia.

Vio la siguiente salida: un pueblo llamado Benevolence, en Maryland. Puso el intermitente. Tendría que buscar una cabina. ¿Todavía existían? ¿Se sabía el número de alguien de memoria? Harper gruñó.

Quizás podría pedir a alguien que le prestara un móvil, meterse en Facebook y preguntar a alguno de sus amigos que vivían cerca si podían llevarla.

Al entrar en el pueblo, se detuvo un momento en el aparcamiento de gravilla de lo que parecía ser un bar, que se preparaba para una noche de viernes muy animada. Tenía aspecto rústico y recordaba a una cabaña de madera. No había luces de neón en las ventanas, solo un cartel pintado a mano que colgaba del alero del estrecho porche delantero. «Remo». Al lado

había un patio en el que colgaban lucecitas y toldos de vela. Unos cuantos clientes se apiñaban alrededor de las estufas y de una hoguera.

La gente parecía agradable y en aquel momento le vendría muy bien un amigo.

Harper se bajó de su viejo Volkswagen Escarabajo y las bisagras chirriaron cuando cerró la puerta. Se apoyó en el guardabarros y contempló el lugar en busca de un simpático desconocido que tuviera móvil.

—¿Cómo lo hago para acabar siempre en estas situaciones? —dijo entre suspiros mientras se colocaba un mechón de pelo rubio por detrás de la oreja.

—¡Te lo he advertido!

El sonido gutural provenía del espacio que quedaba entre dos camionetas que se encontraban dos filas más atrás, donde un hombre alto gritaba a una chica morena y pequeña. La tenía cogida por los hombros y la sacudía con una fuerza estremecedora.

—Te lo he advertido, ¿o no?

La volvió a zarandear, esta vez con más fuerza.

Harper se dirigió hacia ellos.

—¡Oye!

El gigante no dejaba de gritar y apenas la miró por encima del hombro.

—Métete en tus asuntos, zorra cotilla.

Harper se dio cuenta de que el hombre arrastraba las palabras.

La chica morena rompió a llorar.

—Glenn...

—¡No quiero oír ni una palabra más!

La agarró por el cuello con una de sus manazas, la levantó del suelo y la empujó contra la camioneta. La mujer intentaba deshacerse en vano de la mano que le apretaba la garganta.

Enfurecida, Harper se abalanzó sobre el hombre por la espalda.

En cuanto estuvo encima de él, le rodeó el cuello con los brazos. Él dio un chillido demasiado agudo para un hombre de su tamaño y soltó a la mujer. Agitó los brazos y se golpeó la espalda contra la camioneta para intentar quitarse a la chica de encima.

Harper se agarró con más fuerza cuando sintió el peso del hombre contra el torso.

—No es tan fácil cuando nos defendemos, ¿verdad, capullo? —dijo ella entre dientes.

—¡Te voy a matar, puta! —gruñó.

Por un instante, Harper pensó en morderle la oreja, pero en lugar de eso, tomó impulso apoyando las piernas en la camioneta y le apretó el cuello con más fuerza. El hombre empezó a ponerse rojo de la presión.

Glenn la sujetó por los brazos, dio un bandazo hacia delante y Harper cayó al suelo, a los pies de la mujer que lloraba, y se golpeó el costado con tanta fuerza que, cuando se levantó, le costó mantener el equilibrio. El hombre le dio un puñetazo de refilón en el hombro, y a pesar de que no acertó del todo, el dolor fue inmediato. Ella le golpeó al lado de la cabeza.

—¡Glenn! —dijo una voz grave y cargada de autoridad por detrás de donde ellos se encontraban.

Harper aprovechó la distracción, que hizo que el hombre bajara la guardia un instante, y le propinó un puñetazo en la cara. Pero entonces, el gigante borracho hizo que el aparcamiento se desvaneciera de un golpe.

—Oye.

Era la misma voz de antes, pero esta vez se acercaba a ella, flotando entre la neblina. Era una voz grave y un poco áspera.

Harper estaba tumbada de espaldas sobre la gravilla. Sentía que le ardía el perfil de la cara, pero lo que le llamó la atención fue el hombre que la observaba. Un pelo rapado y oscuro y la sombra de una barba de un día enmarcaban los ojos castaños más profundos que jamás había visto. El sol se ponía por detrás de la cabeza del chico. Era una vista preciosa.

—Vaya —susurró ella—. ¿He muerto?

Él sonrió y Harper observó que se le formaba un hoyuelo en la mejilla. Menudo pibón. Sin duda había muerto.

—No estás muerta, pero podrías estarlo por enfrentarte a un salvaje de ese tamaño.

Harper gruñó al acordarse.

—¿Dónde está ese hijo de puta? ¿Y la chica, está bien?

—Ahora se está enfrentando a un agente de policía y Gloria está bien. Gracias a ti.

Le tocó con cuidado la cara, alrededor de donde tenía la marca del puñetazo.

—Menudo aguante tienes.

Harper hizo una mueca de dolor.

—Gracias. ¿Puedo sentarme?

Sin decir nada, la ayudó a sentarse y la sujetó por los hombros.

—¿Cómo te encuentras? —Sus ojos oscuros estaban cargados de preocupación.

Harper se tocó la mejilla con la punta de los dedos y notó el calor que irradiaba a causa de lo que parecía ser un fuerte golpe.

—He estado peor.

Una cicatriz le cruzaba una de las oscuras cejas y unas arrugas suaves le enmarcaban los ojos. Tenía el brazo musculado y cubierto completamente por un tatuaje.

—Pelear con un tío de ese tamaño ha sido muy valiente, pero también muy irresponsable. —Volvió a sonreír.

—Pues no es lo más irresponsable que he hecho hoy.

—¿Estáis bien, Luke?

Harper apartó la mirada y se dio cuenta de que los rodeaba un grupo de gente.

—Sí. —Se giró hacia Harper otra vez—. ¿Puedes levantarte?

Ella asintió y se sintió aliviada al ver que no se le había despegado la cabeza del cuello con el movimiento. Luke la cogió por debajo de los brazos y la ayudó a ponerse de pie poco a poco. La multitud empezó a aplaudir.

—Ya era hora de que alguien pusiera a ese capullo en su lugar —comentó alguien entre carcajadas.

El resto de los presentes se echó a reír.

—Dios, Luke, ¿qué has hecho esta vez?

Una chica guapísima de pelo negro que llevaba una falda vaquera y un polo con el nombre del bar se abrió paso entre los espectadores.

—No te enfades con él, Soph —dijo un agente de policía—. No ha empezado él, aunque uno de los dos le ha roto la nariz a Glenn.

Harper miró la mano derecha de su héroe y se dio cuenta de que tenía los nudillos ensangrentados.

—Hay testigos suficientes para que pase unas noches en la cárcel, incluso si Gloria se niega a presentar cargos contra él —añadió.

La chica se rio a carcajadas, agarró a Luke y le dio un beso ruidoso.

—Mamá estará muy orgullosa.

Luke puso los ojos en blanco. Aún sostenía a Harper.

La chica morena se giró hacia ella.

—¿Y tú qué has sido, un daño colateral?

—¡Qué va! —respondió el policía—. Cuando yo llegué, vi como le saltaba a la espalda enfurecida. Golpeó al idiota como si fuera Xena, la princesa guerrera, pero él le dio un buen golpe y entonces Luke lo abatió.

—Caso resuelto. —Señaló a Luke y a Harper—. Esta noche tenéis las bebidas gratis.

La multitud vitoreó.

—Oye, ¿y yo? —preguntó el agente de morros—. Yo lo he esposado.

—Ty, obtendrás una recompensa cuando acabes tu turno. —Tiró de él, lo besó con fuerza en los labios y sonrió—. Que no se te olvide comprar huevos de camino a casa.

—Vale, vale —contestó con un suspiro—. Te tomo la palabra. Bueno, llevaré a este capullo a urgencias de camino a la cárcel. —El policía guiñó un ojo y se dirigió al coche de policía.

Glenn estaba tirado en el asiento de atrás. Ty se sentó al volante y se despidió:

—Hasta luego.

Encendió las luces y deleitó a la multitud alejándose con el coche.

La chica se apartó el pelo de la cara y puso cara de exasperación.

—Ese es mi marido —dijo con un suspiro—. Bueno, chica dura, ¿cómo te llamas?

—Harper.

—Yo soy Sophie. Bienvenida a Benevolence. ¿Qué te parece si vamos a buscar hielo para que te lo pongas en la cara?

Capítulo 2

Sophie le consiguió a Harper un analgésico, hielo y una revisión médica improvisada en el lavabo de chicas.

—Bien, Harper, creo que te has librado de una conmoción cerebral. Has tenido mucha suerte —dijo Trish Dunnigan después de examinarle las pupilas una vez más—. Pero me gustaría que vinieras a verme mañana por la mañana. No parece tener el brazo roto, pero puede que tengas una fisura. Y quizá también tengas alguna en las costillas. Tendría que hacerte una radiografía.

—Mañana no estaré aquí. Solo estoy de paso.

—De acuerdo, pero ve a tu ambulatorio lo antes posible.

Harper asintió, aunque sabía que no lo iba a hacer.

—Gracias por venir, doctora —dijo Sophie, apoyada en el tocador.

—No hay de qué. Estaba por la zona comprando comida para llevar. Me alegro de haber podido ayudar. —Se despidió con la mano al salir por la puerta.

—Siento haber causado tantos problemas —dijo Harper por debajo de la bolsa de hielo.

—¿Estás de broma? Eres una heroína. Glenn lleva maltratando a Gloria desde el instituto.

Harper suspiró.

—Menudo gilipollas.

—Totalmente de acuerdo. —Sophie se inclinó hacia el espejo y se puso brillo de labios—. Bueno, ¿qué me puedes contar sobre ti? Sé que no eres de por aquí.

Harper volvió a suspirar y respondió:

—Es una historia muy larga. Digamos que he pillado a mi novio y jefe en una situación comprometedor con la chica de reparto y he salido echando leches sin nada más que las llaves del coche.

—¿Y luego has acabado peleándote con un imbécil borracho en un aparcamiento?

—Sí.

—Vaya. Eso sí que es un mal día. —Sophie la observó durante un instante—. ¿Entonces no llevas ni la cartera ni el móvil ni nada de dinero?

—Nada de nada. Además, me he quedado sin gasolina en el aparcamiento. Sophie echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Chica, no te podría haber pasado en ningún lugar mejor. Yo me encargaré de todo. —Se guardó el brillo de labios en el bolsillo delantero—. Empiezo mi turno ahora, así que te veo en la barra. Tengo una cerveza y un plato de nachos que llevan tu nombre.

Harper observó como la chica salía por la puerta tipo granero. ¿Qué no daría ella por tener esa seguridad en sí misma?

Dejó la bolsa de hielo y se miró en el espejo. El moretón tenía muy mal aspecto. Tenía la piel desde la sien al pómulos cubierta de manchas púrpuras. ¿Y si Luke seguía allí?

Harper se soltó la coleta y se peinó el flequillo hacia el lado para cubrir parte del cardenal. Dejó que el resto del pelo le colgara libremente alrededor de la cara.

No tenía un aspecto perfecto, pero tendría que conformarse.

Abrió la puerta y se adentró en una noche de viernes muy animada. La estética de cabaña del bosque seguía presente en el interior del bar, que tenía vigas de madera y una chimenea de piedra enorme en uno de los lados. La multitud se agrupaba alrededor de dos mesas de billar que había en una habitación elevada que daba al exterior.

Y allí estaba Luke, de pie al lado de la larga barra rústica, con una cerveza en la mano, esperando. Le acercó un taburete vacío con un movimiento del pie. No estaba muy claro si el gesto había sido una invitación o una orden.

Estaba buenísimo. Llevaba unos vaqueros y una camiseta sencilla de color gris. Estaba cuadrado, como los típicos chicos que salen en las portadas de las novelas románticas. Y qué ojos. Verdes, grises y marrones. No era de extrañar que Harper solo pudiera mirarlo embobada.

Se sentó en el taburete con cuidado, pues le dolían los músculos. Se miraron el uno al otro durante un instante y permanecieron en silencio, sin aportar nada al ruido del resto del bar.

—Hola —saludó ella finalmente.

—Hola.

—Soy Harper. —Alargó la mano para presentarse al fin.

—Yo Luke. —Le estrechó la mano durante unos segundos—. ¿Vienes por aquí a menudo? —Sonrió y le volvió a aparecer el hoyuelo.

Harper sintió que se le paraba el corazón. Ay, Dios. Ahora no. Era el peor momento para encapricharse de alguien. Había jurado mantenerse alejada de los hombres apenas dos horas antes y, poco tiempo después, uno le había dado una paliza. Se ordenó a sí misma recobrar la compostura.

—Es la primera vez que vengo. He oído que el aparcamiento de este lugar es una locura los viernes por la noche.

Él se enderezó, acercó los dedos al rostro de la chica y le apartó con cuidado el flequillo.

—¿Qué tal tienes la cara, Harper?

—Me recuperaré, Luke. —Se ruborizó al pronunciar su nombre. Le parecía extraño sentirse tan cómoda con un desconocido—. ¿Cómo tienes la mano?

Él le seguía tocando la cara y le acarició la mejilla amoratada con el pulgar. Alguien se aclaró la garganta cerca de ellos. Sophie estaba detrás de la barra con una sonrisa de oreja a oreja.

—Siento interrumpiros, chicos, pero esto es para ti —dijo antes de lanzarle una bolsa de hielo a Luke—. Y esto, para ti. —Le dio un botellín de cerveza a Harper—. Los nachos están de camino. Invita la casa. Siéntate.

—Gracias, hermanita —dijo Luke mientras se sentaba en el taburete vacío que había al lado del de Harper sin apenas mirar a Sophie.

Harper se ruborizó ante su atenta mirada y se aferró a la cerveza como si fuera un salvavidas.

—Gracias.

Sophie le guiñó un ojo antes de irse.

—Bien hecho, Luke —comentó un hombre larguirucho que llevaba una gorra roja y le dio una palmada en la espalda—. Menudo golpe le has dado a Glenn. ¿Lo aprendiste en el ejército?

—Gracias, Carl.

—Has acabado con él de un golpe —añadió Carl mientras golpeaba el aire con el puño derecho—. Recuérdame que nunca te enfade.

—Acuérdete la próxima vez que no me hagas descuento en el almacén de madera —contestó Luke con indiferencia.

Carl volvió a reír y se dirigió a Harper.

—Qué alegría ver a Luke en tan buena compañía. ¿Cómo dices que te llamabas, rubia?

Luke los presentó con indiferencia.

—Carl, esta es Harper. Harper, este es Carl.

—Bueno, Harper, si hay algo en lo que pueda ayudarte mientras estás por aquí, no dudes en pedírmelo. Me encantará ayudarte en lo que sea.

—De eso estoy seguro —respondió Luke—. ¿Cómo está tu mujer, por cierto?

—Está enorme. Sale de cuentas de nuestro tercer hijo la semana que viene. —Se irguió con orgullo—. Seguro que este es un niño. Un hombre no puede tener tres hijas.

—A no ser que esté pagando el precio por las travesuras que hizo en el instituto —argumentó Luke—. A lo mejor podrás compensarlo si vas a casa y le das un masaje de pies a Carol Ann.

—Lo que estoy haciendo es mucho mejor. He venido a buscar sándwiches de carne y queso.

Justo cuando lo mencionó, Sophie apareció con una gran bolsa de papel.

—Marchando tres sándwiches de queso con guarnición.

Acercó el pedido por la barra hasta donde estaba Carl.

—Saluda a Carol Ann de mi parte —dijo Luke.

—Claro. Encantado de conocerte, Harper. Si te aburres de este soldado, llámame.

—De acuerdo, Carl —respondió Harper entre risas.

—No lo animes —dijo Luke mientras Carl se alejaba.

—Así que eres soldado, ¿eh? —preguntó ella mientras se giraba otra vez hacia él.

—Es el capitán capullo de la Guardia Nacional del ejército —dijo Sophie después de dejar un plato lleno a rebosar de nachos y un puñado de servilletas.

Luke miró a su hermana, pero no dijo nada.

Vaya. Militar. Esa profesión estaba en el top tres de las más nobles y atractivas junto con las de bombero y vaquero. ¿Acaso aquel chico no tenía nada malo?

Harper observó a su alrededor y vio que el bar estaba cada vez más lleno. Parecía que todo el mundo hablara a la vez. Nadie estaba solo, ni siquiera los que habían llegado sin compañía. Se oían saludos y se veían manos levantadas por todos los rincones.

—Tengo la sensación de que este es un pueblo muy pequeño y que yo soy la única desconocida —dijo Harper.

—No te preocupes por eso, no durará mucho —advirtió Luke—. ¿Ves a esa mujer con la sudadera de conejito?

Vio que la mujer hablaba al lado de la gramola.

—Es Georgia Rae. Probablemente ya está planeando cómo arrinconarte para que le cuentes tu vida.

Harper rio y probó un nacho.

—Y ese —añadió Luke mientras señalaba a un hombre con bigote canoso que estaba al lado de la mesa de billar— es mi tío Stu. Estoy convencido de que ya ha llamado a mi padre para decirle que estoy con la chica que le ha bajado los humos a Glenn Underhill. ¿Y ves que Sophie no hace más que mirar el móvil? Eso es porque mi madre le está enviando mensajes para saber qué aspecto tienes.

—Vaya. Creo que será mejor que me vaya antes de que me inviten a comer con ellos. —Harper rio.

El móvil de Luke vibró encima de la barra. Miró la pantalla e hizo una mueca.

—Demasiado tarde.

—Muy gracioso —respondió ella con cara de exasperación antes de darle un trago a la cerveza.

Él le puso el móvil delante para que lo viera.

Pregúntale a tu amiga si puede traer tarta para la cena del domingo.

Harper se atragantó con la cerveza y se tapó la boca con la mano.

—Esto no puede estar pasando. Sigo inconsciente en el aparcamiento, ¿verdad?

Luke rio y le puso una mano, fuerte y cálida, sobre la espalda.

—Ya te gustaría.

«Clic».

Cuando Harper levantó la mirada vio que Sophie los enfocaba con el móvil.

—Soph. —El tono de Luke pareció una advertencia.

Su hermana sonrió con inocencia.

—¿Qué pasa? Uy, me tengo que ir. Ya está lista la comida.

—¿Nos ha hecho una foto?

Luke cogió la cerveza. Harper aún sentía cosquillas donde la había tocado.

Apoyó la cara sobre las manos hasta que se tocó la mejilla y recordó el cardenal.

—Me siento como si estuviera en otra realidad. Ni siquiera debería estar aquí.

—¿Dónde deberías estar?

—En Fremont.

—Pues Fremont queda muy lejos.

—¿En serio?

—Está a cuatro horas hacia el oeste.

—Joder. Iba en dirección contraria.

Se inclinó hacia delante y se tapó los ojos con las manos.

—¿Va todo bien por aquí? —preguntó Sophie cuando reapareció—. ¿Qué has hecho ya, Luke?

—No, no es él, soy yo. —Las manos le amortiguaron la voz.

—Tenía que ir hasta Fremont esta noche —contestó Luke.

—Pues eso no va a pasar. Fremont está a cuatro horas de aquí —añadió la chica.

—Sí, ahora ya lo sé —gruñó Harper sin destaparse la boca.

Sophie rompió a reír y Harper se apartó las manos de la cara.

—Me alegro de que mi vida te parezca tan graciosa.

Eso solo hizo que la chica riera todavía más.

—Es para partirse. ¿Siempre te pasan estas cosas?

—¿A qué te refieres? —preguntó Luke.

Harper apoyó la cabeza en la barra mientras Sophie le contaba a su hermano los detalles de su situación, obviando, afortunadamente, la parte de la chica del reparto.

—¿Te has ido de casa sin coger nada más que las llaves del coche y te has pasado horas conduciendo en dirección contraria? —Esta vez fue él quien se pasó la mano por la cara y suspiró—. ¿Y dónde tenías pensado pasar la noche?

Harper se irguió en el taburete y dio un trago a la cerveza.

—No lo sé. Mi intención era mandarle un mensaje a Hannah por Facebook para pedirle que me viniera a buscar. Pero eso era porque pensaba que estaba a diez minutos de su casa.

—Puede que alguien del bar vaya hacia allí y te pueda acercar —sugirió Sophie.

Luke negó con la cabeza.

—No la vamos a subir al coche de un desconocido borracho.

—¿Por cuánto saldría un taxi?

—Sé realista. Además, para eso sería mejor darle dinero para gasolina.

—Dormiré en el coche —decidió Harper. Tampoco sería la primera vez que lo hacía.

—Muy bien, duermes en el coche. Y luego, ¿qué? —preguntó él.

—Le mandaré un mensaje a Hannah y le suplicaré que me venga a buscar por la mañana.

—Toma. —Sophie le prestó el móvil—. Conéctate y mándale un mensaje. —Se fue un momento para llenarle el vaso a un cliente.

Harper vio cerca su salvación y se abalanzó sobre el teléfono. A continuación, introdujo los datos de su cuenta y se dirigió al perfil de Facebook de Hannah.

—¡Mierda! Su marido le ha regalado una escapada de fin de semana en Virginia Occidental.

—Entonces no te servirá de nada que te demos dinero para gasolina. Vaya... ojalá supiéramos de algún sitio donde te pudieras quedar a dormir. Eh... —Sophie miró a su hermano con una ceja arqueada.

Harper se echó hacia atrás en el taburete y miró al techo.

—Encontraré una solución. Encontraré una solución.

Sophie se apoyó en la barra.

—Oye, ¿y si pasa la noche en casa de Mickey?

—Por Dios —respondió Luke, y dejó la cerveza en la barra con un golpe.

—Vive solo ahora que su novia se ha ido. Estoy segura de que no le importaría tener una invitada durante una noche —contestó con tono de burla.

Harper entrecerró los ojos.

—Su novia lo ha dejado porque lo arrestaron por robar en una licorería —gruñó él.

—Pensaba que era porque se estaba tirando a Sherri, la del banco —lo interrumpió su hermana.

—¿Entonces por qué demonios te ha parecido una buena idea? —Luke se llevó los dedos a la sien.

—Te diría que pasaras la noche en mi casa, Harp, pero tendrías que dormir en un sillón viejo y probablemente te despertarían los gritos de mi pequeño de tres años —dijo Sophie mientras servía una cerveza del surtidor.

—¿Qué le ha pasado a tu sofá?

—A Josh se le derramó un zumo y, luego, Bitzy decidió comerse los almohadones. Podría usar la otra mitad del sofá, pero está prohibido beber zumo.

Harper esperaba que «Bitzy» fuera el nombre de un perro.

Luke negó con la cabeza y Harper vio que se le tensaba la mandíbula.

—Entonces, ¿tu plan es dormir en el coche y el tuyo es mandarla a casa de un ladrón alcohólico e infiel?

—Bueno, al menos nosotras estamos aportando ideas. Tú solo las estás rechazando. Odio cuando haces de abogado del diablo —respondió Sophie de morros.

Luke volvió a suspirar y bajó la mirada hacia la barra.

—Puedes pasar la noche conmigo y mañana, si quieres, te llevo a casa para que recojas tus cosas.

Sophie se dio media vuelta, pero aun así, Harper vio su sonrisa de satisfacción.

—Oh, no. No puedo. No quiero incomodar a nadie. —Soltó Harper con los ojos como platos.

Luke la miró.

—Me incomodaría más que durmieras en el aparcamiento. Además, le prometí a la doctora que, si seguías en el pueblo, te llevaría a que te hiciera una radiografía mañana por la mañana.

—¿Y por qué no lo has dicho antes? —preguntó Sophie, con fingida crispación.

Luke la fulminó con la mirada y ella se quedó en silencio.

—Gracias, Luke. De verdad que no hace falta. Me iría bien sufrir las consecuencias de mi idiotez, así a lo mejor aprendo.

Él sonrió con la mirada fija en la barra y Harper vio como reaparecía el hoyuelo.

—Creo que ya has sufrido bastante por hoy. —Se giró hacia ella y le preguntó—: ¿Te parece bien si nos quedamos hasta que cierren?

—Claro —asintió ella.

¿Qué tenían sus ojos? Quizás era la sombra que se veía en su interior. Harper sentía una atracción inexplicable cada vez que aparecía. Era un chico tranquilo al que evidentemente no le apetecía hablar de sí mismo. En definitiva, no se parecía en nada al gilipollas de Ted. Harper pensaba, por cómo observaba lo que ocurría a su alrededor, que no se le escapaba nada.

—Bueno, hágame de ti, Luke. Creo que debería saber más cosas sobre ti si voy a dormir contigo.

—No hay nada que contar. —Se rascó la nuca.

—Ya. Seguro que no. —Arqueó las cejas y le dio un trago largo a la cerveza.

Él volvió a reír.

—Me llamo Luke. He vivido aquí toda la vida. Me dedico a la construcción y estoy en la Guardia Nacional. Y Sophie es mi hermana pequeña.

—¿Eso es todo? —le preguntó Harper al tiempo que le daba un codazo.

—¿Qué más quieres saber?

—¿Alguna vez te han detenido? ¿O tienes algún cadáver enterrado en el jardín? ¿Algún fetiche raro?

Él se inclinó hacia ella. Harper olió el aroma de su jabón. Era masculino. Sintió su aliento sobre el rostro y abrió un poco los labios. Se le cortó la respiración.

—¿Qué entiendes por «raro»?

Capítulo 3

La noche pasó entre cervezas, comida y presentaciones de la gente del pueblo, entre la que cabía destacar a Georgia Rae. Harper estaba un poco pedo y muy cansada cuando por fin vio junto a Luke como Sophie cerraba las puertas delanteras del bar. Reprimió un bostezo. Eran las dos de la mañana; nunca se acostaba tan tarde. Sentía que le empezaba a doler la cara otra vez.

—Gracias de nuevo por quedaros conmigo —dijo Sophie mientras cruzaban el aparcamiento.

—Que pases buena noche, Soph —respondió Luke y le abrió la puerta del coche.

—Y tú. Buenas noches, Harper. Espero volverte a ver.

Harper se despidió con el brazo que no tenía herido y dijo entre bostezos:

—Gracias por todo, Sophie.

—Más vale que la lleves a casa antes de que se quede dormida de pie, Luke.

Él dio un golpe en el techo del coche y dijo adiós con la mano cuando ella se alejó.

—¿Nos vamos?

Harper asintió y se abrazó a sí misma para cubrirse del frío de la noche. Estaban solos. Lo iban a estar durante las próximas horas. Se preguntó si podría pegar ojo sabiendo que él estaba tan cerca... y presumiblemente desnudo. Los hombres como Luke no usaban pijama para dormir.

—Está ahí —dijo señalando una camioneta de color gris oscuro que había en la parte trasera del aparcamiento—. ¿Tienes que coger algo del coche?

—No, no me hace falta. —Lo único que tenía en su coche era el café frío de aquella mañana.

Caminaron juntos y Harper se frotó los brazos.

—¿Tienes frío? —le preguntó él.

Ella afirmó con la cabeza y sintió un cosquilleo de comodidad y lujuria cuando Luke le pasó el brazo por los hombros y se acercó a ella. El calor de

su cuerpo calentó inmediatamente la piel de Harper, que no pudo resistirse y se acurrucó contra él.

Luke abrió la puerta del copiloto y Harper se sentó con cuidado e intentando no hacer muecas mientras movía el cuerpo dolorido por los asientos de cuero.

Él se sentó en el asiento del conductor y arrancó el motor. Presionó un botón y Harper sintió calor debajo del trasero. ¡Asientos calefactables! Giró hacia la izquierda, salió del aparcamiento y, en unos minutos, aparcaron en el acceso para coches de una casa de ladrillo inmaculada con tres plantas y un gran porche delantero. Harper parpadeó cansada.

—¿Vives aquí?

Él miró la vivienda por el parabrisas.

—Sí.

—Esperaba algo diferente. El típico piso de soltero. ¿Compartes piso con alguien? ¿Con tu novia? ¿Tu esposa y tus cuatro hijos?

—No. Vivo solo. —Sonrió brevemente, pero a Harper se le aceleró el corazón—. Vamos.

El porche, hecho de tablas anchas de madera, era amplio y se extendía hacia la parte trasera de la casa. Aunque no tenía ningún mueble, Harper lo imaginó con un columpio y macetas colgadas rebosantes de flores de colores.

Luke abrió la puerta y la sujetó para que pasara. Harper cruzó el umbral y esperó a que encendiera las luces. El recibidor daba a una escalera con un pasamanos ancho. Había dos puertas, una delante de la otra, que llevaban a estancias sin luz. Las paredes tenían un revestimiento oscuro hasta media altura y, por encima, estaban cubiertas por un papel pintado con rosas y colibríes.

—¿En serio esta es tu casa?

Luke dejó las llaves en una mesilla que había justo al entrar, el único mueble que Harper había visto de momento, y arqueó una ceja.

—¿Por qué lo preguntas?

La chica siguió con el dedo una de las rosas de la pared.

—No, por nada. —Asomó la cabeza para mirar en la habitación que tenía a la derecha. Gracias a las farolas de la calle, vislumbró un sofá con reposabrazos de madera y, delante, una pantalla de plasma apoyada en un caballete. No había nada más en toda la habitación—. ¿Te has mudado hace poco?

—No —respondió avergonzado—. Hace un par de años.

—¿En serio?

—He estado muy ocupado.

—¿De dónde has sacado ese sofá? —preguntó señalando el monstruoso sofá con cojines viejos de terciopelo rojo.

—Era de mi abuela.

—Menos mal. Pensaba que habías ido a comprar a un mercadillo y te había parecido el lugar perfecto desde el que ver los programas de televisión de predicadores evangelistas.

Luke sonrió.

—La casa era de mi abuela. La compré cuando murió.

—¿Teníais buena relación?

—Todo lo buena que podía ser teniendo en cuenta que era una abuela loca italiana que te perseguía con una cuchara de madera. La mayoría de los muebles de la casa eran suyos.

—No parece que haya muchos —comentó ella.

—Quiero comprar algunos más, pero he estado...

—Ocupado —terminó Harper.

—Bueno, solo hay una cama, así que yo dormiré en el sofá.

Harper miró el incómodo sofá horrorizada.

—Ni hablar. No pienso echarme de tu propia cama.

—Pues tú no vas a dormir en el sofá.

—Tú tampoco —insistió Harper.

—¿Qué sugieres?

Ella se quedó en silencio pensando en las opciones que tenían.

—Somos dos adultos, estamos agotados y probablemente los dos tenemos un autocontrol bastante bueno. ¿A lo mejor podemos dormir los dos en la cama?

—Creo que no es buena idea —contestó Luke. Entonces, se sacó las manos de los bolsillos y se las llevó a la nuca. Estaba nervioso y a Harper le parecía adorable.

—¿Por qué no?

—No nos conocemos y... —Se quedó en silencio.

Harper sintió cerca la victoria.

—Confío en que puedas controlar tus hormonas y en que no te abalanzarás sobre mí en plena noche —bromeó ella.

—No son precisamente mis hormonas las que me preocupan.

Harper le dio un golpe en el pecho. Estaba fuerte y caliente. Puede que tuviera razón.

Los únicos muebles que había en la planta de arriba estaban en la habitación principal: una cama de matrimonio con dosel y una cómoda decorada con gravados que se encontraba en la pared de enfrente.

—¿Más muebles de tu abuela? —preguntó Harper mientras tocaba uno de los postes de madera de caoba a los pies de la cama.

Luke asintió. Volvía a tener las manos en los bolsillos.

—Es bonita. —Harper se sintió un poco intimidada al estar delante de su cama.

—Si vas a estar más cómoda, puedo dormir en el sofá —dijo señalando hacia el pasillo con el pulgar.

—No seas tonto. Seguro que se te quedaría el culo dormido si te sentaras para abrocharte los zapatos. Somos adultos. No tenemos por qué estar incómodos, ¿verdad?

En lugar de responder, se giró hacia la cómoda y abrió uno de los cajones.

—Toma —dijo al tiempo que le acercaba una camiseta blanca—. Puedes usar esto de pijama.

Era una camiseta suave y estaba desgastada. Era evidente que la había usado mucho.

—Gracias. —La cogió teniendo cuidado de tocar solo la camiseta.

—Puedes cambiarte ahí —añadió, y señaló el baño que daba a la habitación—. Voy a cerrar con llave.

—Vale, gracias.

Se miraron durante un instante.

—La situación es un poco incómoda, ¿no? —preguntó ella.

Él sonrió.

—Un poco.

—Será solo una noche. —Harper no sabía si estaba intentando tranquilizarlo a él o a sí misma.

—Sí.

—Y somos adultos.

—Eso parece.

—Nos estamos portando como críos —razonó ella—. Solo vamos a dormir. —Vio como reaparecía el hoyuelo. Parecía hacerle gracia. Finalmente, Harper asintió y dijo—: Bien. Voy a cambiarme.

En el lavabo, se lavó la cara con agua fría y se secó cuidadosamente el lado amoratado con una toalla. No se miró el resto del cuerpo, aunque a juzgar por el dolor que sentía, lo debía de tener tan magullado como la cara.

Afortunadamente, no se estaba preparando para su gran noche con alguien como Luke, pues no tenía muy buen aspecto. De hecho, pensaba que nunca había estado tan mal, y si fuera a disfrutar de una noche especial con alguien como él, le gustaría que fuera perfecta.

Puso los ojos en blanco, pasó la cabeza por el agujero de la camiseta y se cubrió el torso. Se había quedado sin casa y sin trabajo; era ridículo que le preocupase más lo que pasaría si se acostara con el atractivo capitán. Se preguntó cómo le quedaría el uniforme.

—Céntrate —dijo entre dientes—. Solo vamos a dormir.

Se pasó la mano por la camiseta de algodón y dio las gracias por haberse acordado de ponerse ropa interior.

Se llevó el cuello de la camiseta hacia la nariz y respiró profundamente. Olía como él. Y estaba a punto de meterse en una cama que olía a él... con él. Esperaba poder controlarse mientras dormía.

Cuando Luke volvió a la habitación, ella estaba a los pies de la cama.

—¿Va todo bien? —le preguntó antes de abrir un cajón de la cómoda.

—Ay, sí. Es que no sé cuál es tu lado —contestó jugueteando con el bajo de la camiseta.

De repente, él pareció muy interesado en lo que había en el interior del cajón.

—¿Mi lado?

—De la cama. ¿Duermes en un lado concreto?

Luke levantó la mirada.

—Normalmente duermo en medio. Así que puedes elegir el que prefieras.

—Gracias.

Luke agarró unos pantalones de pijama.

—Ahora vuelvo.

En cuanto cerró la puerta del lavabo, Harper se dejó caer sobre la cama y se acurrucó debajo las sábanas. Se colocaría tan cerca del borde como pudiera para que Luke ni se diera cuenta de que estaba ahí. No le causaría ninguna molestia.

Esperaba que no roncase.

La puerta del lavabo se abrió. Luke se quedó de pie en el umbral. Llevaba unos pantalones de franela desabrochados que le caían por la cadera. Harper se lamió los labios e intentó no mirarle fijamente los abdominales. Cada rincón de su cuerpo estaba esculpido, musculado y macizo. Tenía otro tatuaje, un fénix encima del corazón.

Madre mía. Iba a dormir en la misma cama que él.

No. No iba a caer en la trampa de las malas decisiones otra vez. Se había prometido que iba a cambiar, que empezaría de cero y que se centraría en ella.

No estaba teniendo mucho éxito en lo de evitar mirarle el torso desnudo. Sus dedos se morían de ganas de recorrer el tatuaje, acariciarle el pecho, bajar hacia el abdomen y, luego, hacia la cintura del pantalón, indecentemente baja. Cerró las manos traviesas en puños bajo la colcha. Estaba convencida de que no iba a poder pegar ojo. No al lado de ese cuerpo tan perfecto.

Él también la miraba, pero no se le salían los ojos de las órbitas, como a ella. Le pareció oírlo suspirar antes de acercarse hacia la puerta de la habitación y apagar la luz.

En la oscuridad, se sintió aliviada de no poder ver, hasta que sintió su peso al otro lado de la cama.

Al parecer, ambos habían tenido la misma idea y Luke se arrinconó en el otro borde de la cama.

—Buenas noches —susurró ella en la oscuridad.

—Buenas noches.

—¿Luke?

—¿Sí? —dijo arrastrando la palabra.

—Gracias por dejar que me quede.

Él suspiró.

—De nada.

—¿Harper?

—¿Sí?

—Cierra el pico y duerme.

Capítulo 4

En plena noche, Luke se despertó acalorado. No recordaba haberse quedado dormido. Escuchó la respiración de Harper y recordó que no estaba solo. La chica tenía la cabeza apoyada en su hombro, la mano sobre su pecho y la pierna por encima de las suyas.

Hacía mucho tiempo que no se despertaba entre los brazos de una mujer. Automáticamente se deshizo del recuerdo. Se le daba bien, y centrarse en el presente también. Así conseguía superar el día a día.

Harper hizo un ruido parecido a un suspiro y se acercó más a él.

Aquella mujer era un desastre. Primero había invadido su noche y ahora estaba haciendo lo mismo con su cama. Le estaba costando mucho aguantarse las ganas de despertarla y decirle algo.

Harper. Era un nombre muy clásico para un espíritu tan libre. Él ya se estaba dirigiendo a Glenn cuando la había visto abalanzarse sobre él. Había sido muy irresponsable por su parte involucrarse de esa manera. Cualquier persona con sentido común habría pedido ayuda.

Sin embargo, Harper no lo había hecho; se había liado a puñetazos. Si esa noche era una muestra de su estilo de vida, era un milagro que siguiera viva.

Sin duda era una mujer guapa. Tenía unos ojos grandes y grises que no se perdían ni un detalle y unos labios carnosos que nunca dejaban de sonreír. Y, a juzgar por el contacto con su cuerpo, tenía una figura con curvas suaves, el tipo de curvas que le piden a un hombre que las recorra con las manos. Emanaba tal energía que parecía estar a punto de explotar en cualquier momento.

No era una persona sosegada ni cauta. Luke la conocía desde hacía solo unas horas y ya estaba preocupado por su bienestar.

No tenía trabajo. No tenía donde vivir. No tenía dinero. Según Sophie, Harper estaba con la soga al cuello. Seguro que ni siquiera tenía un plan. No parecía tenerlo cuando huyó de su vida sin nada salvo las llaves del coche.

Hablaría con ella por la mañana. Le preguntaría qué tenía pensado hacer y luego la disuadiría de llevar a cabo cualquier idea ridícula que se le ocurriera. La ayudaría, aunque ella no quisiera.

Luke apretó los dientes en la oscuridad cuando Harper movió la pierna hacia la parte superior de sus muslos y murmuró algo contra su cuello.

Harper se despertó y sintió en la cara el sol que entraba por la ventana. Intentó estirarse, pero se dio cuenta de que tenía los brazos inmovilizados.

Luke.

La abrazaba por detrás, de modo que sentía su cuerpo caliente y duro contra el suyo y su aliento cálido en el pelo. La sujetaba de forma posesiva con el brazo tatuado y una de sus manos descansaba por encima de la camiseta, que se le había subido hasta la cintura, sobre uno de sus senos. Harper tenía el culo pegado a su imponente erección mañanera.

Esto sí que era una buena manera de despertarse. Abrigada, en un lugar seguro y entre unos brazos fuertes.

Cerró los labios para impedir que se le escapara la risa que le estaba naciendo en el interior. Al fin y al cabo, era ella la que había estado preocupada por no poderse controlar.

Luke hizo un movimiento rápido y la abrazó con más fuerza.

Harper se mordió los labios. No lo conocía muy bien, pero estaba casi segura de que no le gustaría despertarse en esa posición tan... vulnerable.

Tendría que salir de ahí como pudiera (después de disfrutar de su compañía durante otro medio minuto). Se acurrucó y respiró su olor. El pecho de Luke se hinchaba rítmicamente contra su espalda y sus piernas la envolvían.

Estaba convencida de que merecía una medalla por levantarse de la cama. Contuvo la respiración y le levantó la mano que tenía en el pecho con cuidado. Le sujetó el brazo y se separó de su cuerpo perfecto mientras maldecía entre dientes.

Se deslizó hacia el borde de la cama y se sentó.

Era atractivo incluso cuando dormía. Tenía las pestañas largas y oscuras y los pómulos marcados. Pero a excepción de las pestañas, no había nada más de su aspecto que fuera delicado. Era de constitución fuerte y robusta. Harper observó las líneas definidas de su brazo; primero la parte musculada de los bíceps y, luego, el sensual tatuaje del antebrazo.

Tendría que preguntarle qué significaba. Charlar con él durante el viaje le impediría pensar que se había despertado contra su cuerpo.

Harper, que se sentía como si la hubiera atropellado un coche, bajó con cuidado a la cocina, preparó la cafetera y abrió la nevera. Teniendo en cuenta el estado del resto de la casa (lo único que había era un montón de cajas en la sala de estar), no esperaba encontrar mucha cosa en la cocina, pero para su sorpresa, encontró huevos, que estaban a un día de caducar, leche, queso y unas rebanadas de pan. Unos sándwiches de huevos revueltos los ayudarían a empezar el día con buen pie.

Por suerte, ya no tenía la cara tan hinchada, aunque el moretón había empeorado y le dolía todo el cuerpo. Se había encontrado un morado del tamaño de una pelota de béisbol en una nalga. Por suerte, el capullo que le había pegado estaría llorando como un bebé en una celda y, seguramente, Gloria habría podido dormir por primera vez en años.

Harper vio el ordenador portátil de Luke en la encimera de la cocina, así que, mientras se hacían los huevos, decidió buscar en un portal de Internet ofertas de trabajo en Fremont. Había unas cuantas que le servirían, al menos temporalmente. Era una pena que no conociera a nadie en Benevolence; aquel tranquilo pueblo y sus ruidosos habitantes le daban buenas vibraciones. Nadie se sentía solo en aquel lugar.

Aunque probablemente no habría muchas ofertas de trabajo. Además, pensó Harper mientras buscaba el azúcar, si se quedaba, se acabaría poniendo en ridículo delante de Luke.

Bueno, ¿y quién no? Era atractivo, protector y tenía unos ojos...

—Sin duda es una mala idea —se dijo a sí misma.

—¿Siempre hablas sola mientras cocinas?

La habitación se volvió más cálida y el ambiente pareció tensarse cuando Luke entró en la cocina.

Ella apartó la vista de la sartén y lo miró; estaba al lado de la nevera, observándola. Todavía llevaba los pantalones del pijama, pero se había puesto una camiseta. Qué decepción.

—Buenos días —contestó ella alegremente mientras intentaba deshacerse de los pensamientos carnales que le volvían a la mente.

—Hola. ¿Qué es todo esto? —respondió señalando hacia los fogones con la cabeza.

Parecía cauto. Harper le dio una taza vacía.

—El desayuno. Es un modo de agradecerte que me hayas dejado pasar la noche aquí.

Tomó la taza y, al cabo de unos segundos, se dirigió hacia la cafetera.

Harper observó de reojo como se llenaba la taza de café mientras ella servía los platos. ¿Cómo sería tener esas vistas todas las mañanas?

—Te estoy muy agradecida, de verdad —dijo Harper mientras subía a la camioneta de Luke.

Él esperó hasta que se hubo abrochado el cinturón de seguridad y arrancó.

—Ya lo has dicho.

—Bueno, es que no quiero que pienses que te estoy menos agradecida que cuando estábamos desayunando.

Miró por la ventanilla mientras daban marcha atrás y salían hacia la calle; observó como el pueblo, bonito y limpio, se extendía al otro lado de la ventana. Las casas, bien cuidadas, se alineaban a lo largo de la calle principal junto a edificios históricos de ladrillo en los que había tiendas con nombres ingeniosos como «Denominador Común» y «La Tienda Brillibrilli».

Cuando era niña, Harper soñaba con un lugar como aquel. Un lugar en el que sentirse en casa. Pasaron por delante del instituto, rodeado de césped verde y con un campo de fútbol americano. Se preguntó cómo habría sido su vida si hubiera nacido allí.

—Estás muy callada —comentó Luke mirándola.

—Estoy pensando. ¿Jugabas a fútbol americano? En el instituto, quiero decir.

Luke se detuvo en un semáforo rojo.

—Sí. Y también hacía atletismo.

—Qué deportista.

—¿Y tú?

—No, yo nunca he jugado al fútbol americano.

—Qué graciosa —respondió con amabilidad.

Harper vio que se le formaba el hoyuelo y sonrió.

—Ni tampoco a ningún otro deporte.

—¿Por qué? ¿En tu cole no tenían boxeo?

—Qué gracioso. —Lo miró con cara de burla—. Circunstancias de la vida. Cambiaba de ciudad muy a menudo.

—¿Es que huías de órdenes de arresto?

—Empiezo a pensar que tienes una idea equivocada de mí, Lucas.

—No es mi culpa.

—Oye, tú me sedujiste en un bar.

—Sí, claro, en el suelo del aparcamiento.

—Es un detalle sin importancia —respondió ella haciendo un gesto con la mano.

Luke entró en un aparcamiento que había al lado de un pequeño negocio de color rojo. «Dunnigan y asociados».

—Maldita sea, Luke. Te he dicho que iría a ver a mi médico en cuanto pudiera.

—Te aguantas, cariño. Es el precio de un viaje en coche a la ciudad.

Harper se puso de morros.

—Si me encuentro bien.

—No mientas. Apenas te puedes mover. Ahora compórtate como una adulta y sal de la camioneta.

Ella subió por la rampa muy poco a poco detrás de él.

—Si te duele tanto, puedo cogerte en brazos —la amenazó.

Harper aceleró el paso y se quedó detrás de él, delante de la puerta.

—Ni siquiera está abierto —comentó desde atrás.

—La médica ha venido antes para examinarte esas costillas tan bonitas que tienes.

La doctora Dunnigan salió rápidamente a la sala de espera vacía con un café en la mano.

—Qué puntuales, Luke. Ay —dijo mirando el rostro de Harper—. ¿Cómo te encuentras?

—Genial —respondió ella—. De hecho, creo que te estamos haciendo perder el tiempo...

Luke alargó el brazo y le tocó la nalga amoratada con un dedo. Harper gritó. Tenía un radar buenísimo para los moretones. Eso, o le había visto el culo cuando se había levantado de la cama por la mañana.

—Ya. Creo que te voy a examinar de todos modos. Entra. Luke, tú también puedes venir. Te quiero enseñar dónde tenía pensado hacer la ampliación del local. Quítate el sujetador, déjate las bragas —le dijo por encima del hombro a Harper.

Harper se puso el batín con un aire sombrío e intentó taparse el cuerpo, por modestia, todo lo que pudo. No le gustaban mucho las consultas médicas; el tiempo se encargaba de curarlo todo. Solo tenía unos cuantos golpes, que ni siquiera estaban entre los cinco peores que había tenido a lo largo de su vida. Pensaba que los demás estaban exagerando.

Sintió que alguien llamaba a la puerta y a continuación vio los rizos de la doctora Dunnigan.

—¿Estás visible? ¿Te importa si entra Luke?

Harper se encogió de hombros.

—Claro, no hay problema.

Bajó la mirada a los pies de la médica mientras los dos entraban a la habitación. Luke se sentó en una silla y la doctora examinó los ojos de Harper con una linterna de bolsillo.

—Sigo sin tener una conmoción cerebral. —Harper suspiró.

—¿Lo sabes por experiencia? —preguntó la doctora con la mirada muy atenta.

—He tenido una o dos. Nunca se te olvida lo que se siente.

—¿No has tenido ni náuseas ni vómitos?

—No. Y tampoco se me ha emborronado la vista.

Dunnigan rio.

—Bueno, pues en ese caso coincido con tu diagnóstico. Creo que no tienes ninguna conmoción, lo cual significa que o eres muy afortunada o estás muy acostumbrada a recibir golpes, porque Glenn tiene los puños de cemento.

Harper se quedó en silencio y evitó mirar a Luke.

—Vamos a echarle un vistazo a las costillas. —Abrió el batín para examinarle el costado—. Ostras, lo tienes fatal. Tengo que hacerte una radiografía.

Harper se encogió de dolor cuando la doctora le tocó con cuidado los moretones. A continuación, le abrió un poco más el batín y Harper vio que a Luke se le tensaba la mandíbula. Sin decir nada, se levantó de la silla y empezó a caminar de un lado a otro de la sala.

La doctora lo ignoró y pasó a examinarle el brazo.

—De acuerdo, maestra de las conmociones, vamos a tomar unas cuantas fotos para el informe policial y a hacerte una radiografía y te podrás ir. Voy a por la cámara.

Harper suspiró y se dejó caer sobre la camilla. Una parte de su cerebro quería que se negara a tomar las fotos para el informe policial, pero recordó la cara de horror de Gloria cuando el hombre la había agarrado por la garganta. Tenía que hacerlo. Además, puede que volviera a ver a Luke si la llamaban para testificar.

Cerró los ojos y pensó que estaba en la playa, que llevaba un sombrero de ala ancha y un bikini en lugar del batín del hospital.

—Harper. —Luke estaba de pie a su lado. Su voz parecía suave, pero tenía el rostro serio—. ¿Puedo verlo? —Tenía cogido el batín por el dobladillo.

Ella asintió. ¿Por qué no? Era lo más parecido a estar desnuda delante de él que iba a estar.

Luke le apartó el batín teniendo cuidado de no destaparle la parte delantera.

—Madre mía. —Le pasó los dedos por la caja torácica hasta justo la parte de debajo del pecho.

Harper sintió que se le aceleraba el corazón. Que Luke la estuviera tocando ahora que estaba despierto era aún más excitante que lo hubiera hecho dormido.

Extendió la mano y la colocó sobre el cardenal; las puntas de los dedos le rozaron la curva del seno.

Harper lo miró fijamente a los ojos y se preguntó cómo era posible que viera en ellos rabia y ternura a la vez.

—De acuerdo —dijo la doctora Dunnigan al entrar en la sala—. Manos a la obra. Luke, ¿puedes ayudarla a levantarse? Sacaremos las fotos delante de la pared.

Luke la agarró por los brazos y la ayudó a sentarse. Harper apretó los dientes para evitar hacer una mueca de dolor.

Extendió los antebrazos para erguirse y puso los pies sobre el suelo de madera. Cuando giró el cuello para mirar a Luke, vio en su mirada un conflicto de emociones. Él le acarició la mejilla con cautela y dijo:

—No volverá a pasar. —La promesa, a pesar de ser solo un susurro, parecía férrea.

Se apartó para que la doctora pudiera sacarles fotos a las costillas, el brazo y el rostro de Harper.

—Con esto será suficiente. Vamos a la sala de rayos X.

—Dunnigan dejó la cámara en el escritorio.

Luke le sujetó a Harper la parte trasera del batín mientras se dirigían al otro lado del pasillo. Ella intentó imaginarse diferentes escenarios en los que su mano le estaría acariciando la espalda desnuda y en los que no la tratara como a una enferma.

La vida, a veces, era muy injusta.

¿Qué habría pasado si ella hubiera llegado al pueblo con un vestido bonito y la maldita cartera? Lo podría haber invitado a una copa y no habría sido necesario que la salvara ni que la ayudara. Si eso no era un aviso para que se empezara a comportar como una adulta, no sabía qué era.

Dunnigan los guio a una sala pequeña y sin ventanas e hizo que Harper se tumbara en una camilla. Ajustó la posición de la cámara por encima de sus

costillas y le puso una tela de plomo por encima.

—No te muevas, será solo un minuto.

Dunnigan hizo que Luke se quedara con ella detrás de la cortina protectora y Harper oyó el ruido de la cámara. Luego, la doctora la cambió de posición y le hizo una radiografía de las costillas y otra del brazo antes de dejar que se volviera a levantar.

Acercó un portátil hasta donde estaba Harper.

—De acuerdo, vamos a verlas.

Luke se acercó a ellas y se apoyó en la camilla. Su brazo y el de Harper se rozaban.

Dunnigan amplió una de las radiografías.

—Qué curioso.

—¿A qué te refieres? —preguntó Luke.

—Esta mancha de aquí —dijo señalando la pantalla— es una fractura curada. Así que o tienes superpoderes o te habías roto las costillas antes.

—Creo que me las fracturé hace unos años —respondió Harper, y se cruzó de brazos. Le resultaba embarazoso comentar su historial médico con dos personas a las que prácticamente no conocía.

La doctora Dunnigan la miró por encima de las gafas y esperó.

—Vaya.

Harper la ignoró, pero sentía el peso de la mirada de Luke. Miró fijamente la pantalla.

—¿Entonces no me he fracturado nada? —preguntó alegremente.

Dunnigan miró las imágenes.

—Parece que te has librado. Esta vez.

—Ya te lo había dicho —dijo con una sonrisa de superioridad dirigida al chico.

—Eres muy arrogante teniendo en cuenta que tienes moretones de los pies a la cabeza —le recordó él.

—Más de lo mismo en el brazo —dijo la doctora Dunnigan señalando a la pantalla—. Es una fractura antigua. Aunque esta parece que se curó mejor que la de las costillas. —Miró a Harper con recelo.

Ella se encogió de hombros y no respondió. El tiempo había sanado esas fracturas hacía ya muchos años y había curado también las heridas mentales.

—Nada nuevo, ¿verdad?

—No. —La doctora giró sobre la silla y colocó el portátil en la mesa—. Tienes un poco de hinchazón y muchos cardenales, pero podría haber sido

peor. Te recetaré algo para el dolor para que puedas dormir y el reposo será la mejor medicina.

Capítulo 5

Después de salir de la consulta de la doctora, permanecieron parte del trayecto en coche en silencio. Estaban sumidos en sus pensamientos hasta que Harper preguntó:

—¿Qué significan tus tatuajes?

Él no apartó la mirada de la carretera.

—¿Por qué?

—¿No quieres contármelo?

—¿Por qué dices eso?

—Me estás respondiendo todo el rato con preguntas. Parece el viejo truco de los psicólogos.

—Ah, ¿sí?

Harper suspiró.

—Parece que estoy en un concurso de preguntas cuando hablo contigo.

Luke sonrió, pero no dijo nada.

Harper se dio por vencida y se fijó en las señales de la carretera, que pasaban rápidamente por la ventana. Volvían a la ciudad a la que había llamado «hogar» durante los dos últimos años. Había usado esa palabra para muchas otras ciudades a lo largo de su vida, pero era por falta de una palabra mejor. Nunca se había sentido cómoda de verdad en ningún lugar desde que era una niña y vivía en una casa diminuta con una madre y un padre que ahora le parecían fantasmas.

—Bueno, ¿qué piensas hacer cuando hayas recuperado tus cosas?

Harper frunció los labios y suspiró.

—Echarle gasolina al coche e ir a casa de Hannah.

—Confías demasiado en la generosidad de tu amiga.

Por el tono con el que lo dijo, parecía que la estaba juzgando.

—Es algo temporal. Ya he estado mirando ofertas de empleo y he estado buscando piso. Me iré de tu sofá antes de que te des cuenta.

—¿Qué tipo de trabajos?

—Vi un par de vacantes para camarera o gerente, una de jefe de almacén de inventarios y, en el peor de los casos, tendría que conformarme vendiendo bañeras en uno de esos puestos que ponen en los centros comerciales.

—¿Ese es el trabajo de tu vida?

—El trabajo de mi vida es el que me ayuda a pagar las facturas.

—¿Quieres hablar de por qué te fuiste de casa sin tus cosas? —preguntó para cambiar de tema.

—No me hace especial ilusión —contestó ella mirando por la ventana. Suspiró—. Fue solo un error. Mal criterio y una sorpresa desagradable por llegar a casa antes de tiempo.

—¿Tu novio?

—Ex, desde ayer.

—¿Te ha puesto los cuernos?

—Con la chica que hace el reparto en bicicleta. Por lo que vi, tenía unas piernas preciosas.

—Madre mía, Harper, eres un desastre.

Esta respiró hondo.

—Eso parece.

Una hora más tarde, Luke se detuvo delante de la casa beis que le señaló Harper.

—¿Quieres que te acompañe? No quiero que levantes mucho peso.

—No, mi ex estará trabajando y no tengo que coger muchas cosas. No tardo nada.

Harper abrió la puerta del coche y salió.

—Cuando lo tengas todo listo, sal y yo lo traeré a la camioneta.

Corrió hacia la puerta y entró. Nunca se había sentido como en casa en aquel lugar con moqueta beis y paredes blancas. Y, evidentemente, no sentía nostalgia ahora que había vuelto.

Tenía que irse de allí.

Cogió el bolso del armario del pasillo y comprobó que estuvieran dentro la cartera y el móvil antes de subir a la habitación. La cama seguía deshecha y se veía la marca de dos cabezas en la almohada; al parecer la repartidora había pasado la noche allí. O quizá él hubiera pedido *pizza* cuando acabó con ella.

Asqueada, le dio la espalda a la cama y sacó su maleta y su bolsa de deporte del armario. Vació los cajones de las cómodas y luego hizo lo mismo con el armario. En menos de diez minutos tenía las maletas listas.

Fue al baño, donde se puso maquillaje para cubrirse el ojo apresuradamente y, a continuación, metió todos sus cosméticos en una de esas bolsas de plástico con cierre de cremallera. Bajó las maletas por las escaleras una a una y las llevó hasta la puerta.

Luke la esperaba en el porche.

—Ya te he dicho que yo me encargaría de llevarlo todo. —Le cogió las maletas y las bajó por los escalones de la entrada.

Harper puso cara de exasperación.

—No me va a pasar nada por cargar una maleta.

—¿Cuántas más tienes? —le preguntó por encima del hombro mientras se dirigía hacia el coche.

—Ya está toda la ropa, pero quiero echar un vistazo rápido para ver si me he dejado algo importante.

—¿Te ha cabido toda la ropa en estas dos maletas?

Luke se detuvo en seco y la miró como si tuviera un brazo en la frente y le acabara de pedir que le chocara los cinco.

—Se me quemó gran parte en el incendio y no he podido reponer la mayoría.

—¿En el incendio? —preguntó él, que parpadeaba sorprendido.

—Sí, hace seis meses. Se incendió el bloque de pisos en el que vivía en South Side. Uno de los vecinos se estaba haciendo un sándwich de queso tostado en un hornillo al lado de las cortinas y ¡zas! —dijo con un movimiento rápido de dedos en el aire.

—¿Estabas en casa? —preguntó él mientras se cubría los ojos con una mano.

—Sí. —Se giró hacia la casa.

—¿Ahí fue cuando te rompiste el brazo y las costillas?

—No. Voy a buscar unos documentos. Ahora mismo vuelvo.

—Vale, pero voy contigo. Conociéndote, seguro que hay una fuga de gas o algún oso que se ha escapado del circo y, de todos los lugares posibles, ha acabado en tu casa.

—Qué mono eres cuando te pones protector —bromeó ella.

Luke negó con la cabeza y le abrió la puerta.

—Me cuesta creer que sigas viva —añadió.

Cuando acabó de llenar tres cajas de documentos y de recoger un par de cosas más, Harper estaba lista.

—¿Estás segura de que no te dejas nada? —preguntó Luke mientras colocaba las cajas en el asiento trasero de la camioneta.

—Ya está todo —respondió ella, y sacó la llave del llavero—. Voy a dejar esto dentro. Ahora vuelvo.

Luke subió a la camioneta y arrancó el motor.

Lo que tenía que ser un minuto se convirtieron en cinco, y Harper salió tambaleándose y cargando un pez disecado enorme en un trozo de madera.

Luke se bajó del vehículo y se lo quitó de las manos.

—¡Harper, deja de traer más mierda!

—Puedes meterlo ahí —contestó señalando el maletero.

Hizo lo que le había dicho y se sentó en el asiento del conductor.

—¿Qué tiene de especial el pez? —preguntó Luke con indiferencia.

Harper se encogió de hombros y se abrochó el cinturón de seguridad.

—Lo compró en un mercadillo, pero siempre le dice a todo el mundo que lo pescó él. «Tardé horas en pescar ese pez espada» —dijo imitando la voz grave de su exnovio.

—Estoy casi seguro de que es un marlín.

Harper lo miró fijamente.

—¿Un marlín?

Luke asintió.

Ella se echó a reír a carcajadas y apoyó la cabeza en el reposacabezas.

—Menudo imbécil.

Harper insistió en invitar a Luke a comer a medio camino de Benevolence. Pararon en un pequeño restaurante familiar en el que hacían unas empanadas de pollo deliciosas y unas patatas fritas todavía mejores.

Ella dejó de comer un instante para mandarle un mensaje a Hannah:

Ted es incapaz de no sacarla a pasear. Me he ido de casa. ¿Me prestas tu sofá?

Hannah respondió a los pocos minutos.

Siempre he odiado esa barba de gilipollas que llevaba. Vuelvo el lunes por la noche. El sofá es todo tuyo.

—Perfecto —dijo Harper aliviada antes de regresar a su empanada.

—¿Todo arreglado? —preguntó Luke mientras cogía una patata.

—Sí. Hannah y Finn vuelven el lunes por la noche y me quedaré en su casa.

—¿Y qué harás hasta entonces?

—Iré a algún motel a pasar el finde. ¡O a lo mejor puedo reservar una habitación en algún hotel que tenga piscina climatizada! Será como estar de vacaciones.

Después de comer, Harper le hizo que acercara el coche a un contenedor detrás del restaurante. Luke arqueó una ceja, pero no dijo nada.

Permaneció en silencio mientras ella se subía al maletero y, con mucho esfuerzo, levantaba el pez por encima de la cabeza y lo lanzaba al contenedor.

Los dos se quedaron en silencio cuando Harper se subió de nuevo a la camioneta y se abrochó el cinturón.

Regresaron a casa de Luke, donde este descargó las cajas y las maletas y las apiló en el recibidor. Harper miraba sin hacer nada desde el sofá, donde él le había ordenado que se sentara.

Cuando acabó, se sentó con ella.

—¿Qué vas a hacer esta noche? —preguntó Luke antes de que lo interrumpiera un saludo de Sophie proveniente de la puerta principal.

A Harper le pareció oír a Luke maldecir entre dientes.

—Aquí estás —dijo Sophie alegremente—. ¿Cómo te encuentras? No tienes muy mala cara.

—Gracias, tú tampoco —respondió con frialdad.

—Qué gracioso. Voy a por algo para beber, ¿queréis algo? —Se dirigió a la cocina.

Harper miró a Luke, se encogió de hombros y siguieron a Sophie.

—Bueno, ¿cómo ha ido por casa, Harper? —Cogió un refresco de la nevera y se acercó a Harper, que esperaba en la isla de la cocina mientras él iba a por una cerveza.

Luke la miró a los ojos.

—Normal, ¿verdad, Luke? —Harper sonrió con inocencia.

Él se apoyó en la encimera de la cocina y asintió.

—Supernormal. Pero ahora tengo antojo de palitos de pescado.

Sophie observó como se sonreían.

—¿Qué planes tienes? ¿Qué vas a hacer ahora? —le preguntó mientras jugueteaba con la lata del refresco.

—Por ahora tengo pensado ir a casa de Hannah y buscar un trabajo temporal.

—Había pensado...

—Soph. —Luke se cruzó de brazos.

—¡Escúchame!

—¿Qué? ¿De qué habláis? ¿Qué pasa? —Harper miró a los hermanos.

—Es que tengo una idea que creo que os podría ir bien a los dos.

—¿A nosotros o a ti?

—Si cerraras el pico durante diez segundos y me dejaras hablar, cabezota...

—¡Niños! No me hagáis enfadar. —Harper suspiró.

—Escuchad. Yo lo suelto y vosotros decidís si podría salir bien o no. Harper, no tienes dinero, ni trabajo ni dónde vivir.

—Dicho así no suena muy bien —respondió ella con la nariz arrugada.

—Luke, tú me has pedido que escriba un anuncio para buscar gerente de personal, y si no llevas a Harper mañana a casa de nuestros padres, mamá te intentará emparejar con June Tyler.

Luke dejó rápidamente la cerveza sobre la encimera.

—¿La misma June Tyler a la que llevé al baile de fin de curso en séptimo? ¿La que se acaba de divorciar y tiene cuatro hijos?

Sophie asintió.

—La misma. Mamá cree que, como ya saliste con ella, no te importaría volver a hacerlo.

—Por Dios —dijo Luke entre dientes antes de volver a coger la cerveza.

—Oye, ya te dije que, si no fingías que salías con alguien, mamá se pondría manos a la obra. Ella solo quiere que seas feliz.

Luke negó con la cabeza y miró por la ventana.

—Harper, ayúdame —le pidió Sophie—. El idiota de mi hermano no le ve sentido, pero tú sí, ¿verdad?

—¿Me estás pidiendo que finja ser su novia?

—A cambio de un trabajo temporal y un lugar en el que vivir.

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó Harper.

Luke la miró con una ceja arqueada.

—No me digas que te lo estás planteando.

—Me ofende que reacciones así ante la idea de tenerme como novia falsa.

Luke puso cara de exasperación.

—No es porque seas tú. Me molesta que tengamos que fingir porque mi familia no acepta mi estilo de vida.

—Pues te informo, hermanito, de que la semana pasada pillé a la tía Syl intentando hacerte un perfil de citas de internet. Te había puesto «Buenorroymanitas» de nombre de usuario.

—Mierda.

Harper intentó aguantarse la risa, aunque eso le provocó tos.

Sophie levantó las manos.

—Yo ya llevo mucho tiempo intentando detenerlas. Ahora te toca a ti.

—¿Cuánto tiempo hace que no sales con alguien? —interrumpió Harper.

Luke miró a su hermana pequeña durante unos segundos.

—Bastante —respondió.

Harper se quedó en silencio. Algo en su mirada le decía que no se trataba de una madre entrometida que intentaba casar a su hijo soltero.

—He pensado que esto os puede ir bien a los dos. —Sophie se acercó a él—. ¿Qué podría salir mal? Además, sería solo durante un mes.

—¿Por qué solo durante un mes? —preguntó Harper.

—Trasladan la unidad militar de Luke a Afganistán durante seis meses.

Harper sintió un nudo en el estómago. ¿Lo iban a trasladar?

—¿Y qué hará ella cuando yo me tenga que ir?

Sophie se encogió de hombros.

—Ni idea. Podéis fingir una pelea y romper o algo por el estilo. —Se giró hacia Harper—. Te iría mejor tener un mes para planear las cosas que dormir en el sofá de tu amiga, ¿no?

Harper se encogió de hombros sin responder.

—Supongo que si tuviera más tiempo, podría planear algo mejor.

Y podría pasar más tiempo con Luke, y además fingiendo que era su novia. ¿Quería eso decir que podría besarlo? Se mordió el labio. Una casa, un trabajo y un novio increíble durante un mes. ¿Qué podría salir mal?

Luke se pasó la mano por la cara y luego por el pelo.

—¿Tienes experiencia en recursos humanos?

Capítulo 6

Cuatro semanas...

—**N**o tienes por qué hacerlo. —Luke agarraba el volante como si fuera el cuello de alguien.

Hacía cinco minutos que habían aparcado en el acceso para coches de casa de sus padres, que parecía un lazo enrollado de asfalto y llevaba hasta una casa encantadora de dos pisos con un porche que la rodeaba por ambos lados.

Harper se mordió el labio para esconder una sonrisa.

—Es tu familia. No puede ser tan malo.

—Ahora lo verás.

Ella le puso la mano en el hombro y le dijo:

—Estaré bien, cariño. ¿O debería llamarte de alguna manera repugnante como, por ejemplo, osito?

Luke hizo una mueca.

—Pobrecito mío, todo acabará pronto. Entremos y acabemos con esto. A no ser que quieras que nos quedemos en el coche y nos enrollemos.

—No tienes ni idea de cómo son.

—¿Son mala gente?

Él negó con la cabeza.

—Tienen buenas intenciones, pero se obsesionan demasiado.

—Hay problemas más graves que tener una familia que te quiere y quiere que seas feliz —respondió ella con una ceja arqueada.

—Soy consciente, pero ahora no se me ocurre ninguno.

Harper le pellizcó.

—Pensaba que eras un tío grande, fuerte y varonil. Pero estás acobardado delante de la puerta de tu casa porque te da miedo una reunión familiar de nada.

—No tengo miedo.

—Disculpa. —Miró por la ventana del coche y cacareó.

Luke suspiró y alargó un brazo para despeinarla.

—Vamos, querida. Acabemos con esto.

—¿Querida? ¿En serio? ¿Es lo mejor que se te ocurre?

Caminaron hacia la casa por un camino serpenteante. Él le pasó un brazo por encima del hombro y la acercó a su cuerpo. Olía a perfume y a serrín. Harper intentó tranquilizarse. Solo fingían que eran pareja, no había nada por lo que emocionarse. Se estaban haciendo un favor el uno al otro, tampoco es que fueran a hacer el amor como dos adultos fogosos.

—¿Estás lista? —le susurró al oído.

Ahora era Harper la que estaba nerviosa.

—¿Qué pasa si no les caigo bien? —respondió ella.

—¿Quién tiene miedo ahora? Confía en mí, intentarían llevarse bien contigo aunque tuvieras dos cabezas y antecedentes penales.

—¿Porque soy maravillosa?

—No, porque finges que sales conmigo.

Harper rio.

—Tengo una idea —dijo Luke—. ¿Te parece si aprovechamos para pasarlo bien?

—Oh, yo ya te llevo ventaja. Nos conocimos hace dos semanas en un portal de anuncios de internet —dijo ella.

—No pude resistirme a tu foto de perfil sin camiseta —añadió Luke mientras le indicaba el camino hasta la casa.

—No seas tan modesto. La foto en la que salías desnudo y con el cinturón de herramientas también era espectacular.

Cuando llegaron al porche, Harper vio que una de las cortinas de encaje se movía rápidamente.

—Creo que nos están espiando —dijo sin mover prácticamente los labios.

—Sí —respondió él con una sonrisa falsa.

Luke abrió la puerta roja artesana sin llamar y encontró a los ocho miembros de su familia de pie en el vestíbulo.

—Hola a todos.

—Hola, cariño —respondió una mujer con el pelo corto y un jersey rosa claro que se acercó a darle un beso en la mejilla—. Estábamos investigando por qué chirría el suelo.

—¿Después de veinte años?

La mujer lo ignoró y extendió las manos hacia la chica.

—Tú debes de ser Harper. Ya que mi hijo parece haber perdido los modales, me presento. Soy su madre, Claire. Este es el padre de Luke, Charlie —dijo señalando al hombre alto y de pelo blanco que había detrás de todos los demás. Charlie saludó con la mano—. Este es nuestro benjamín, James —continuó la mujer, y señaló a una versión un poco más joven y delgada de Luke que estaba comiendo una manzana. El chico le guiñó un ojo—. A Sophie ya la conoces. —Claire puso las manos sobre los hombros de su hija y Harper quedó anonadada por lo mucho que se parecían. Tenían la piel oscura con tonos aceitunados—. Y este es su marido, Ty Adler, y su hijo pequeño, Josh.

—Me alegro de volver a verte, matona —dijo Ty mientras le hacía cosquillas al niño que cargaba sobre los hombros. En esta ocasión, el agente no vestía su uniforme de policía, sino una sudadera con capucha y vaqueros.

—Estos son el tío Stu y la tía Syl —continuó la mujer mientras señalaba con la mano al hombre con bigote, al que Luke había señalado la noche anterior en el Remo, y a su sonriente y larguirucha esposa—. Y creo que con eso ya hemos acabado con las presentaciones.

—Hola a todos —dijo mientras los saludaba con la mano—. Yo soy Harper.

—Hola, Harper —respondieron todos a la vez.

Luke suspiró, le dio la mano y la condujo entre la multitud. Era cierto que el suelo chirriaba.

—Qué bien huele, mamá. ¿Qué has hecho para comer?

Todos los invitados se amontonaron en la gran cocina detrás de la pareja. Algo burbujeaba en la isla de granito. Claire le dio una palmada a Luke en la mano para que dejara de tocar el cuenco de las chucherías.

—Estofado con puré de patatas y verduras asadas. Estará listo en media hora, así que puedes enseñarle la casa a Harper y largarte de mi vista. Harper, ¿quieres una copa de vino?

—No, gracias, señora Garrison. Pero me gustaría mucho ver la casa.

—Lláname Claire, por favor. Adelante, ya os llamaremos cuando la comida esté preparada.

—¿Por fin voy a poder meter a una chica en mi habitación? Ya era hora.

Luke le puso a Harper las manos sobre los hombros y la dirigió hacia el pasillo.

—Perdona —le susurró al oído.

A ella le gustaba sentir el cosquilleo de su aliento en la piel.

—Solo ha sido un poco incómodo.

—Incómodo y agobiante. —La llevó hacia las escaleras.

El piso principal de la casa tenía una estructura cuadrada. Había dos habitaciones en el lado derecho que se comunicaban y creaban una sala para fiestas. Era un lugar acogedor con marcos de fotos en las paredes y en todas las superficies y una mezcla de antigüedades y comodidades modernas.

Luke agarró a Harper de la cintura y ella se apoyó en su pecho para subir las escaleras.

—Si me paso, avísame —dijo él—. Soph me ha dicho que intentemos ser convincentes.

—No pasa nada —respondió Harper con el pulso acelerado.

Las escaleras daban a una especie de pasillo amplio con una ventana en la que habían construido un banco sobre unas estanterías bajas con libros.

—Qué manera más práctica de usar este rincón. —Harper se agachó para mirar la estructura de cerca.

Las estanterías estaban llenas de libros de tapa blanda y álbumes de fotos en los que había una etiqueta con una fecha o un nombre. Luke se metió las manos en los bolsillos.

—Lo hicimos mi padre y yo cuando mamá se quedó sin espacio en la sala de estar.

—¿Puedo echar un vistazo al que pone «Luke, 1»? —preguntó Harper mientras acariciaba el lomo de un álbum de lino azul marino.

—Eh. Sí, claro —contestó con poco entusiasmo.

Ella no quiso darle la oportunidad para que cambiara de opinión, así que se sentó en el almohadón grueso del banco y empezó a hojear el álbum.

—Eras un niño muy mono —comentó mientras miraba una foto en la que Luke, con tres años, se intentaba poner el cinturón de herramientas de su padre y sonreía con orgullo.

Se sentó a su lado e hizo una mueca.

—¿Por qué no miramos mejor uno de mi hermana...?

—Ni lo intentes, buenorroymanitas.

—Si vuelves a repetir ese nombre, tendré que matarte.

—Entendido, osito —respondió ella ignorando la amenaza—. Ay, mira, tu primer día de preescolar. La mochila era más grande que tú.

Luke suspiró y se pasó las manos por la cara.

Harper siguió pasando páginas mientras viajaba por la infancia del chico y se detuvo para admirar su destreza para construir una casa para pájaros de madera cuando era *boy scout*. Entre las páginas, el niño había pasado de ser un preadolescente desmarrado a ser un adolescente atractivo. En una de las

fotos cruzaba con aire triunfante la línea de meta de una competición de atletismo, en otra sonreía mientras salía con su equipo de fútbol americano del campo.

—Vaya. Parece que rompiste los corazones de muchas adolescentes.

—Seguro que tú también dejabas impresionados a los chicos.

—Tenía el pecho plano y fui larguirucha hasta los diecisiete años. No impresionaba a nadie, era bastante triste.

—Me gustaría ver fotos para asegurarme —bromeó.

—Por suerte no tengo fotos que prueben lo rara que era de adolescente.

—¿Cómo que no?

Dejó de sonreír cuando ella pasó de página.

—¡Aquí estás en el baile!

Harper se acercó el álbum y observó al chico, que posaba con un traje y miraba estoicamente a la cámara delante de un fondo gris con manchas. Tenía una corona muy llamativa en la cabeza y rodeaba con el brazo a una chica morena y esbelta que llevaba un vestido de fiesta plateado y brillante que combinaba a la perfección con su tiara.

—¿Rey y reina del baile? Tu vida ha sido un cuento de hadas, ¿no?

Luke le cogió el álbum y lo cerró.

—Nos estamos demorando mucho con el *tour* de la casa. Deja que te enseñe la planta de arriba y que te presente a las gallinas de mamá.

—De acuerdo.

A Harper le confundió el cambio tan repentino de actitud. Luke la alejó de aquel rincón casi a rastras y la llevó hacia la primera puerta.

En la visita guiada por las habitaciones vieron cuartos grandes muy bien ordenados. El dormitorio principal era un espacio con mucha luz natural y con una bañera con patas en el baño en *suite*. La antigua habitación de Luke era ahora el cuarto de costura de su madre y los otros dos dormitorios eran para invitados. Era una casa muy limpia y diseñada para una familia ajetreada.

Las gallinas del jardín trasero eran la última obsesión de Claire y el corral que Charlie les había construido era mucho mejor que la mayoría de los pisos en los que Harper había vivido.

A ella todo le parecía salido de un cuento de hadas y no pudo evitar preguntarse por qué Luke quería alejarse de todo aquello.

Luke agarró el cesto del pan que le pasó Harper y se lo dio a James, que estaba a su derecha. Normalmente no le gustaban las comidas familiares de

los domingos, no le entusiasmaban, pero esa vez, con Harper allí, la cosa cambiaba.

Observó como charlaba con su padre sobre jardinería mientras le ponía caras a su sobrino, que se negaba a comerse los nabos. Parecía relajada, pero Luke sabía que no tardaría en darse cuenta de cómo la miraban todos.

Con lupa.

Él estaba acostumbrado a que lo examinaran detenidamente, ya que lo había vivido durante muchos años, pero supuso que era aún más extraño para alguien que no estaba habituado a ello.

Sophie le guiñó un ojo desde el otro lado de la mesa y señaló a Harper con la cabeza. Luke entendió claramente el mensaje: era la primera comida familiar en mucho tiempo en la que no había tenido que aguantar que intentaran, con muy poco disimulo, emparejarlo con alguien o que analizaran su estado mental.

Puede que saliera ganando tanto con el trato como con la chica. O, al menos, más de lo que había pensado.

La familia se retiró a la terraza para tomarse la tarta de melocotón que Harper había comprado en el supermercado y helado de vainilla casero.

—No te pases con el pastel —le dijo James a Luke—. No quiero que me resulte tan fácil darte una paliza a fútbol americano.

—¡Guau! —dijeron Sophie y Ty de forma burlona.

Harper rio.

—No empieces, Harper. Tú serás el árbitro —le advirtió Luke antes de darle un trago a la cerveza.

—¡Pero quiero jugar!

—No —dijo con un tono que marcaba el fin de la discusión—. No en el estado en el que te encuentras.

Harper se puso de morros y siguió comiendo tarta.

Hicieron dos equipos: Sophie y James contra Ty y Luke. El partido, que en principio era solo para pasar un buen rato, se convirtió rápidamente en una batalla sin cuartel. Harper se dio cuenta de que la competitividad corría por las venas de la familia Garrison cuando Luke empezó a hacerle la zancadilla a su hermano después de que este le diera, supuestamente por accidente, una patada en la espinilla.

Ella permaneció en la banda y disfrutó del caos. Los jugadores pasaban con cuidado alrededor de Josh cuando el niño cruzaba el campo persiguiendo

una gallina y nadie reaccionó cuando Sophie agarró a Ty por la cabeza para que James cruzase el campo.

Claire la distrajo un momento para preguntarle si quería café y Harper no vio, hasta que fue demasiado tarde, que Luke y James corrían hacia ella para coger la pelota que Ty había lanzado.

Luke dio un salto para agarrar el balón en el aire y la chica tuvo el tiempo justo para darse cuenta de que iban a chocar.

Se giró en el aire, la rodeó con un brazo y amortiguó la caída con el otro. Aterrizaron en uno de los canteros de flores de Claire, rodeados de azaleas. Harper se quedó inmóvil bajo el cuerpo de Luke.

Sintió el peso de su cadera contra la suya y se olvidó completamente de los cardenales que tenía en el cuerpo y de que estaba en el suelo.

—Siempre que te veo, estás en el suelo —bromeó él.

Ella sintió su cálido aliento en el rostro.

—Aunque me alegro de no estar inconsciente esta vez.

Harper vio como le cambiaban los ojos y contuvo el aliento cuando él le acercó los labios; ella entreabrió la boca.

—¡*Touchdown*, tito Luke! —gritó Josh, y se tiró encima de ellos.

Aquella noche, Harper miró fijamente su reflejo en el espejo mientras se cepillaba los dientes. Se preguntó si Luke se había dado cuenta de ese momento especial que habían compartido. Él se había limitado a ayudarla a levantarse y había vuelto al partido hasta que había anochecido y habían tenido que dejar de jugar. Después, se habían despedido.

Claire había abrazado a Harper con cariño y le había dicho que los visitara siempre que quisiera. Habían pasado un muy buen día con su familia.

Luke llamó a la puerta.

—¿Puedo entrar?

Harper escupió y se enjuagó la boca.

—Sí. —Cogió el cepillo del pelo y Luke se puso a su lado delante del lavabo.

—Me ha caído muy bien tu familia —dijo Harper mientras se quitaba el coletero.

Él se encogió de hombros y puso dentífrico en el cepillo de dientes.

—No está mal en pequeñas dosis.

—¿No está mal? —Se pasó el peine por el pelo—. Todos se llevan bien. Tu madre cocina de maravilla. No ha habido ningún derramamiento de sangre

en la mesa. Estoy empezando a pensar que me has dicho que estaban locos para timarme y que te ayudara con esta farsa.

—No te he mentido sobre su locura, lo que pasa es que todavía no has visto nada —respondió Luke antes de empezar a cepillarse los dientes.

—O a lo mejor eres un exagerado y no sabes diferenciar a la gente normal de la gente loca. —Contraargumentó ella.

Él le echó una mirada asesina; Harper rio.

—Bueno, lo he pasado muy bien. Ha sido divertido estar un rato con ellos, charlando, comiendo y metiéndonos los unos con los otros. Me han caído muy bien.

Luke se enjuagó la boca y dejó el cepillo de dientes en el vaso.

—Y tú a ellos. —Se quedó callado un instante y miró fijamente como Harper se peinaba el pelo en el espejo antes de pasar por detrás de ella y dirigirse a la puerta. Se detuvo un momento—. Gracias por hacer esto.

—No me des las gracias todavía. Puede que sea un desastre mañana en el trabajo. —Le guiñó un ojo.

Él suspiró y salió del cuarto de baño.

Capítulo 7

Luke se bebió el café que le había preparado Harper mientras había salido a correr y miró por la ventana de atrás. Cuando se había despertado aquella mañana se había sentido inquieto y creía que era por haber llevado a una chica a conocer a sus padres desde... aquella vez.

Se recordó a sí mismo que solo sería un mes y que, luego, todo volvería a la normalidad. Bueno, si es que el hecho de que lo volvieran a trasladar se consideraba normalidad.

Había sido incapaz de dormir después de haber estado sobre el cuerpo de Harper entre las flores. Al mirarla había visto en sus ojos sorpresa y asombro, y Luke había sentido un presagio de lo que estaba por venir. De cosas que no podían ocurrir.

Pensó en comprar un colchón inflable para dormir en una de las habitaciones que había vacías en la planta de arriba, pero le gustaba levantarse con el cuerpo de Harper contra el suyo, le gustaba saber que estaba segura. Sin embargo, sentir sus curvas estaba despertando en él sentimientos que ya había dado por muertos. Estaba jugando con fuego, pero en algún lugar en lo más profundo de su ser, no le importaba.

Sintió crujir el columpio del porche trasero y la vio: se balanceaba con los hombros encorvados en el silencio del amanecer.

Luke salió al porche trasero. Al oírlo, Harper se irguió y se pasó la mano por el rostro.

—Buenos días —dijo él, tanteando el terreno.

—Buenos días. —Aunque respondió con un tono alegre, no lo miró a la cara—. He decidido madrugar para el primer día de trabajo.

Él no dijo nada. Reconocía a una mujer que había estado llorando solo con verla; tenía práctica al haberse criado con Sophie.

Harper se levantó del asiento e intentó pasar por donde se encontraba Luke, pero este le cortó el paso y dejó el café en el pasamanos. Ella se movió hacia el otro lado, pero él le cortó el paso otra vez.

—Harper. —La cogió por los hombros y, cuando se negó a mirarlo a la cara, la agarró de la barbilla.

Las lágrimas que se le habían acumulado en aquellos ojos grises empezaron a caer y a mojarle las mejillas en cuanto sus miradas se encontraron.

—Mierda.

La abrazó y apoyó la barbilla sobre su cabeza.

—Estoy bien —dijo Harper sobre su pecho desnudo.

—No —respondió, y la abrazó con más fuerza.

—No es nada.

O eso le pareció escuchar, pero su voz sonaba amortiguada por el abrazo. Harper le pasó los brazos por la cintura.

—De acuerdo.

Se quedó abrazándola y trazándole pequeños círculos en la espalda hasta que notó que respiraba con más tranquilidad.

—Oye, Harper, de verdad que no tienes que trabajar para mí si no quieres.

La broma surtió efecto y la chica se inclinó hacia atrás con una sonrisa a pesar de las lágrimas que le recorrían la cara.

—No es por el trabajo. Al menos de momento. ¿Quién sabe el ambiente que habrá en la oficina? He tenido uno de esos momentos, pero ya se me ha pasado.

—¿Uno de esos momentos?

Harper asintió.

—¿Y ya se te ha pasado? ¿Así sin más?

Volvió a asentir.

—¿No quieres hablar sobre el tema... o algo?

—No. —Sonrió de nuevo.

—Bueno, creo que, como tu novio falso que soy, debería saber por qué estás triste.

Harper rio.

—Eres adorable, pero ya estoy bien. ¿Qué te parece si desayunamos?

Intentó ir a la cocina, pero él la detuvo y la agarró por las muñecas. Tenía una foto en la mano.

—¿Qué es esto?

Luke tomó la foto y la observó detenidamente.

—Una foto mía y de mis padres.

En ella aparecía una niña pequeña con un vestido de flores sentada en un banco entre un hombre delgado, cuya sonrisa quedaba oculta tras un bigote, y

una mujer rubia que llevaba un vestido azul. Todos reían.

—Eras una niña muy mona. ¿Dónde están tus padres ahora?

—Murieron hace tiempo.

Harper le quitó la foto.

—Lo siento. ¿Cuánto hace?

—Diecinueve años.

—Vaya, Harper. Lo siento. ¿Qué les pasó?

—Tuvieron un accidente de coche. A veces todavía los echo de menos. Sobre todo cuando paso tiempo con otras familias.

—No eres la primera que llora después de estar con mi familia.

Ella le hincó un dedo.

—Qué gracioso.

—Entonces, ¿quién te crío?

—Mucha gente. Estuve en casas de acogida temporal hasta que excedí la edad.

—¿Qué quieres decir con que excediste la edad?

—En cuanto cumples los dieciocho, si nadie te ha adoptado, tienes que apañártelas solo.

—¿No tienes familia?

—Yo soy mi familia —contestó Harper alegremente. De verdad lo creía—. Y ahora, ¿qué te parece si preparo el desayuno? Hoy es un gran día. —Le puso las manos sobre el pecho y le dijo—: Gracias por ser tan bueno conmigo, Luke.

Entonces, Harper se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla antes de dirigirse hacia la cocina.

Luke cerró la funda de la tableta y la dejó en el asiento de al lado. Debía concentrarse en la tarea que estaba haciendo, pero no lo lograba porque no se podía sacar a Harper de la cabeza.

Le había enseñado la oficina y le había dado tiempo para que organizara su zona de trabajo. Tenía una lista de tareas que planeaba entregarle al día siguiente, una vez estuviera instalada. Después de la charla que habían tenido aquella mañana, quería que se acostumbrara al nuevo trabajo poco a poco. No pretendía abrumarla.

Harper había actuado como si nada y le había contado alegremente que tenía planeado comer ese mediodía en el restaurante Denominador Común

mientras preparaba unas tortillas y tostadas. Él la había dejado hablar y había respondido a lo que decía, pero la cabeza no le dejaba de dar vueltas.

No tenía a nadie. No había tenido a nadie desde los siete años y eso explicaba muchas cosas. Por eso era un desastre; nunca había tenido una familia que la alejara de los problemas.

Probablemente fuera en el coche con sus padres. A lo mejor se había roto el brazo y las costillas en el accidente. ¿Lo recordaba?

¿En cuántas casas de acogida había estado? ¿Con quién pasaba Navidad?

Luke dejó caer la cabeza en el reposacabezas. Su familia lo volvía loco, pero no pasaba ni un día en el que no diera las gracias por tenerlos a todos.

Puede que fuera hora de que volviera a mostrarse agradecido con ellos. Miró el reloj. Tenía tiempo de sobra para hacer unas cuantas paradas imprevistas antes de ir a la reunión de la tarde.

Luke abrió la puerta de tela metálica de casa de sus padres.

—¿Mamá?

—Estoy en la cocina.

Se dirigió hacia la cocina, de donde provenía la voz de su madre y un rico olor a chocolate.

—No sabía si trabajabas hoy —dijo, y dejó que el olfato lo guiara hasta el otro lado del pasillo.

Claire trabajaba como florista a tiempo parcial y a menudo la llamaban para que hiciera horas extra. La mujer se dio media vuelta con un plato de cristal en las manos.

—Maldito Pinterest. He visto una receta de unos bizcochos de chocolate y no me he podido resistir. ¡Vaya! —soltó al ver las flores que su hijo sujetaba—. ¿Y esas flores?

Le ofreció los lirios.

—¿Hacemos un trueque?

—¿Me has traído flores? —Claire dejó los bizcochos en la encimera y tomó el ramo—. ¿Por qué?

—Por nada. Las he visto y me he acordado de ti.

Su madre las olió.

—¡Son preciosas, Luke!

Él se pasó la mano por la nuca, avergonzado.

—¿Quieres quedarte a comer? —le preguntó ella.

—No puedo. —Miró el reloj—. Tengo que recoger a papá en quince minutos para ir a comer con él, pero me llevaré dos bizcochitos.

—Solo si le das uno a Harper.

Luke sonrió.

—Bueno, se lo daré si no ha huido después de archivar los documentos pendientes de los últimos seis meses.

—En ese caso, te doy cuatro bizcochitos y que sea ella quien decida si te da alguno a ti. Es una chica estupenda, Luke. Me gusta mucho.

—A mí también.

Lo dijo de verdad.

Charlie Garrison era un hombre de espalda ancha que tenía el pelo gris y llevaba el mismo peinado desde los sesenta. En honor al frescor de la primavera, había cambiado su pesado chaquetón por una camisa de franela mucho más ligera. Se sentó a la mesa delante de Luke y apartó la carta con la mano. Siempre pedía lo mismo. Al igual que su hijo.

Luke aceptó la taza de café que le ofreció la camarera a pesar de que no la había pedido y sonrió cuando le dio un vaso de Coca Cola a su padre. Claire le había prohibido tomar refrescos, ya que tenía prediabetes, excepto cuando comía allí.

—¿Lo de siempre, chicos? —preguntó Sandra sin ni siquiera coger la libreta.

—Sí, señora. —Charlie le dio las cartas y ella le guiñó un ojo al alejarse.

Sandra era una profesora de música jubilada y también la dueña del restaurante, donde hacía el turno del mediodía cuatro días a la semana.

Luke se recostó en el asiento y apoyó el brazo en el respaldo del banco.

—Me pregunto qué haría si pudiéramos algo diferente.

—Creo que nos traería lo de siempre. —Sacó la pajita del vaso y la dejó sobre la mesa antes de dar un trago largo al refresco—. Bueno, ¿a qué se debe el honor?

—¿Lo dices por la comida?

—Ha pasado mucho tiempo.

Luke asintió mientras jugueteaba con la taza.

—Sí.

Sí que había pasado mucho tiempo. Lo que hacía unos años atrás era una tradición semanal se había transformado lentamente en algo ocasional.

Sandra llegó con la comida: un sándwich de atún y queso con patatas fritas para Charlie y una hamburguesa con beicon para Luke.

—¿Queréis algo más?

Charlie negó con la cabeza y alargó la mano para coger el ketchup.

—No, señora.

—Gracias, Sandra —añadió Luke mientras cogía la hamburguesa.

—De acuerdo. Intentad no hacer mucho alboroto —dijo ella antes de dirigirse a otra mesa.

Luke dio un bocado a la hamburguesa y miró como su padre se empezaba el sándwich.

—¿Qué tal va la reforma del sótano?

Aunque realmente su padre estaba jubilado, le gustaba supervisar varios proyectos cada año, y la familia Nicklebee, los vecinos, lo había contratado para que les arreglara el sótano con salida al exterior.

Charlie dio un trago al refresco y cogió una patata frita.

—Progresa adecuadamente. Ya hemos acabado con la instalación eléctrica y estamos a punto de terminar con los trabajos de fontanería.

—Ya he visto en los documentos que van a añadir un mueble bar con fregadero —comentó Luke cuando acabó de masticar.

—Sí, le he dado una copia del formulario a Harper esta mañana para que pueda actualizar la orden de trabajo y preparar el presupuesto.

Luke asintió. Se había preguntado cuánto tiempo tardaría su padre en mencionarla.

—Bueno, ¿y qué te parece?

—Yo creo que un mueble bar siempre es una buena idea.

—Qué gracioso. Me refiero a Harper.

Su padre creía, como es típico de los empresarios de la vieja escuela, que era mejor guardarse su opinión para no ofender a los clientes, pero era un hombre justo, y Luke valoraba su opinión.

—Parece una buena chica.

—Sí que lo es. ¿No crees que nos hemos ido a vivir juntos demasiado pronto?

—Yo me habría dado por satisfecho con que te hubieras ido a vivir con el gruñón de Frank. Lo has hecho justo a tiempo, porque tu madre ya estaba lista para empezar a emparejarte con alguna de tus primas.

Luke se quedó pálido.

—¿Eso es legal?

—A ver, la mayoría eran primas segundas y terceras —bromeó Charlie. Sonrió y le salió un hoyuelo igual que el del hijo.

—Madre mía.

Luke asió la taza de café y se apoyó en el respaldo.

—El amor de una madre es a la vez una bendición y una maldición —dijo Charlie con un aire filosófico—. Solo estaba preocupada.

Luke se rascó la nuca.

—Ya lo sé, y le estoy muy agradecido, pero no hay nada de que preocuparse. Estoy bien. Todo va bien.

—Se lo diré a tu madre. Harper le cae muy bien, cree que es justo lo que necesitas.

—¿Justo lo que necesito? ¿Un caos controlado? —preguntó con una breve sonrisa.

—Creo que sus palabras fueron «un soplo de aire fresco».

—Yo creo que es un huracán.

—No tiene nada que ver con Karen.

Luke sintió un dolor familiar cuando su padre mencionó aquel nombre. Con los años, el dolor había menguado, pero la herida seguía ahí y nunca desaparecería.

—No.

—Pero eso no es malo. Karen nunca se habría enfrentado a Glenn.

Luke no pudo evitar sonreír al recordar cómo los ojos grises de Harper lo habían mirado sorprendidos cuando había recuperado la consciencia y lo habían visto allí.

—Es cierto.

—¿Has hecho el presupuesto de la propuesta para la reforma de Broad Street?

Luke sabía que su padre estaba cambiando de tema a propósito y le estaba muy agradecido.

—Bueno, he añadido algunas cifras, pero nada definitivo por ahora.

—Pues tenemos hasta el lunes para darles el presupuesto. Seguro que Harper te puede ayudar este fin de semana.

Le extrañaba pensar que ahora compartiría los fines de semana con alguien, aunque fuera durante una temporada. Se había acostumbrado a estar solo, pero le gustaba la idea de despertarse y verla por las mañanas. Todavía le daba un vuelco el corazón cuando se la encontraba en la cocina, buscando en la nevera o usando su portátil en la sala de estar. Llenaba la casa de vida, pero Luke no sabía si estaba preparado para eso.

—Ahora está muy ocupada en el despacho. Tendré que ver si está lista para que le asigne otra tarea.

Capítulo 8

Harper se pasó las manos por el pelo y se hizo un moño rápido. Los documentos de Luke eran un desastre y hacía ocho semanas que no los introducían en el sistema. Había montones de papeles desordenados por todas partes y la base de datos parecía un chiste, pero a ella le encantaban los proyectos.

La oficina estaba en la segunda planta de uno de los edificios de obra vista del centro de Benevolence. Tenía el techo muy alto y ventanas enormes con forma de semicircunferencia por las que la luz entraba e iluminaba los amplios tablones de madera del suelo.

Se instaló en una vieja mesa de dibujo que se agenció como escritorio y que colocó en una esquina de tal forma que pudiera ver directamente el despacho de Luke. No se encontraba allí en aquel momento y, a juzgar por los montones de documentos que se le acumulaban en todas las superficies, incluso en el suelo, no parecía pasar mucho tiempo en el despacho.

Movió la pila de documentos, ahora muy bien organizados, hasta el borde del escritorio y alargó la mano para coger otro de los montones. Le gustaba estar allí, rodeada por el trabajo de Luke. Cuando este le había dicho que se dedicaba a la construcción, se había olvidado de mencionar que dirigía una empresa de construcción y contratación de éxito.

Mientras hurgaba en los documentos, descubrió que tanto el banco de Second Street como la enorme casa rural a las afueras del pueblo que tanto le habían gustado eran proyectos de la Constructora Garrison.

Algunos hombres no podían dejar de fanfarronear sobre todos y cada uno de los ínfimos logros de su día a día, pero Luke era una cámara acorazada. Podría impedir un intento de atraco a un banco y ayudar en el parto de un bebé a la hora de comer y, si le preguntaran, solo diría que se había comido un sándwich de beicon, lechuga y tomate.

Lo único que conseguía con eso era que ella quisiera sacarle más información.

Harper se sobresaltó cuando una bolsa de papel marrón aterrizó en el teclado del ordenador que tenía justo delante.

—Mi madre te manda recuerdos —dijo Luke desde atrás.

Ella se precipitó sobre la bolsa.

—¿Qué es esto? Da igual, no me lo digas. —Sacó uno de los bizcochos de chocolate y le pegó un mordisco—. Está buenísimo.

—Me ha dicho que, si quieres, los puedes compartir —comentó de manera indirecta.

Harper miró al chico por encima del bizcocho.

—Bueno, vamos a ver si te lo has ganado. ¿Has salvado a alguna viejecita hoy?

—No, pero tampoco he puesto en peligro a ninguna.

—Con eso me vale —respondió ella antes de darle uno.

Miró atentamente como Luke lo desenvolvía y le daba un bocado de forma varonil.

—¿Cómo va el día, jefe?

—No me puedo quejar, aunque tengo que asegurarme de que la nueva empleada no esté pintándose las uñas ni echándose la siesta en horas de trabajo.

Harper puso cara de enfadada.

—Ahora que mencionas el trabajo, tendrías que conocer a mi jefe, es un explotador, solo le falta el látigo.

Harper imaginó a Luke con un látigo. Era una imagen muy sexy. Más si no llevaba camiseta.

Ajeno a su fantasía, Luke le echó un vistazo al escritorio que se había montado.

—¿Te hace falta algo?

Ella se puso cómoda en la silla y le dio otro bocado al bizcocho.

—Creo que con lo que tengo puedo sobrevivir al próximo mes, y cuando me vaya, me echarás de menos.

—Eso ya lo veremos —respondió Luke con una sonrisa.

Un tintineo los interrumpió. Harper cogió el teléfono móvil y gruñó. Lo descolgó de mala manera y respondió:

—Deja de llamarme —gritó antes de colgar.

—¿Qué pasa?

Harper puso cara de exasperación.

—Es el que no puede evitar sacarla a pasear.

Luke frunció el ceño.

—¿Cuántas veces te ha llamado ya?

Ella miró el historial de llamadas.

—Veintitrés desde la noche del viernes.

—¿Y te deja mensajes en el contestador?

Harper dijo con un tono masculino y arrastrando las palabras:

—Oh, nena, te echo de menos. Tiffany no significa nada para mí. ¿Sabes dónde está mi camiseta de Batman?

El teléfono volvió a sonar y Luke se lo quitó de la mano.

—¿Quieres que deje de llamar?

—Claro que sí. ¿Qué vas a hacer?

—Soy tu novio falso, tengo muchos poderes. —Se apartó del escritorio y respondió al teléfono.

Se alejó unos cuantos pasos y Harper intentó oír lo que decía. Luke tenía las piernas separadas, una mano sobre la cadera y miraba por la ventana. Tenía un carácter apasionado y sus acciones siempre estaban guiadas por la fuerza y el control.

Nunca dividía su atención y eso hacía que siempre pareciera concentrado al cien por cien en la tarea que le ocupaba en ese momento. Esa misma intensidad era la que notaba Harper cada vez que la miraba; se sentía importante, merecedora de su atención e interesante.

Y en aquel instante, el hombre que la hacía sentirse importante, merecedora de su atención e interesante estaba hablando por teléfono con el hombre que la trataba como si fuera fácil de reemplazar.

Luke colgó, se acercó a ella y le devolvió el teléfono.

—¿Qué te ha dicho? —le preguntó.

—No te volverá a llamar más y te mandará un cheque con tu último sueldo aquí a la oficina.

Harper se levantó de la silla de un salto y gritó emocionada. Le rodeó el cuello con los brazos y cuando le besó la mejilla, notó su barba en los labios.

—Pues con ese cheque te invitaré a cenar.

Él le puso las manos en la cintura y respondió:

—¿No crees que debería pagar yo en nuestra primera cita?

—Una relación poco convencional implica actos poco convencionales. Además, ya hemos dormido en la misma cama y me has traído bizcochos de chocolate que tu madre ha hecho para mí. Es como si ya estuviéramos comprometidos.

Luke parecía nervioso de nuevo. Harper le veía en el rostro que quería apartarse y poner un poco de espacio entre ellos. Le gustaba saber que lo

podía incomodar un poco, ya que eso compensaba las mariposas afiladas que sentía revoloteando en su estómago cada vez que Luke la miraba con esos ojos tan enternecedores.

—Ya veremos —dijo él mientras daba un paso hacia atrás—. Tengo que acabar unos documentos y volver a salir. ¿Necesitas algo?

—No. Estoy bien. —De verdad lo pensaba.

Miró como se dirigía a su despacho con una sonrisa. Esa era su vida ahora y lo sería durante el próximo mes. Un buen trabajo en una buena oficina con un jefe y compañero de piso tan guapo que no podía dejar de mirarlo.

Intentó concentrarse en el trabajo, pero se despistaba con el despacho que se encontraba en la otra esquina. Luke estaba en su campo de visión y, en aquel momento, miraba el ordenador con el ceño fruncido mientras se sentaba en la silla para hacer una llamada. A veces, cuando levantaba la mirada, sus ojos se encontraban con los de Luke. ¿Estaba él tan desconcertado con su presencia como ella con la de él? Cada vez que sus miradas se topaban, las arrugas del ceño de Luke se marcaban más.

Después de casi media hora de miradas curiosas, Luke se levantó del escritorio y cogió un montón de papeles y su tableta.

—Me voy a una reunión, probablemente no vuelva cuando acabe.

—De acuerdo, jefe. Que tengas un buen día —respondió ella con una sonrisa. Intentó mantener la mirada fija en el ordenador para no mirarle el culo mientras se iba. No era nada fácil.

Harper trabajó durante casi una hora más sin interrupciones hasta que entró a la oficina un hombre bajito y delgado que llevaba una camisa de franela azul y unos tirantes que le sujetaban los pantalones de carpintero. El señor la miró con sus ojos azules y envejecidos por encima de una barba encrespada que ya era más gris que pelirroja.

—Tú eres la chica que ha vuelto loca a toda la gente del pueblo —dijo cruzando los brazos.

Harper arqueó las cejas.

—Es un pueblo muy pequeño, no creo que haga falta mucho para ponerlo patas arriba.

La miró con los ojos entrecerrados.

—Por cómo me lo habían contado, pensaba que medías un metro noventa y que eras pelirroja.

—Siento decepcionarte.

—Me gustan las pelirrojas —contestó el hombre mientras negaba con la cabeza. Era evidente que estaba decepcionado.

Harper no supo cómo responder.

—No sé si eres una irresponsable o si estás loca —añadió mientras se apoyaba en los armarios de la pared.

—¿Sabes dónde está el departamento de recursos humanos para que pueda poner una queja sobre ti?

El hombre rio.

—No seas tan susceptible.

—Espera un momento. ¿Acaso trabajas aquí?

Volvió a reír.

—¿Que si trabajo aquí? Llevo en esta empresa desde que Luke la fundó, y antes de eso trabajaba con Charlie.

—¿Tienes nombre?

—Frank.

—Frank, soy Harper.

—El jefe no ha tardado en instalarte, ¿verdad?

—¿En su casa o en la oficina?

Vaya. Llevaba solo tres días con Luke, pero ya se le había pegado la manía de responder a las preguntas con otras preguntas.

—Lo que quiero decir es que el jefe debe de tener sus motivos para acogerte y darte un trabajo, y yo no soy nadie para juzgar sus decisiones, aunque sean cuestionables. Pero te advierto que si juegas con la empresa o con la familia, te las tendrás que ver conmigo. Ya han pasado por mucho estos últimos años y no necesitan que una loca venga para estropearles la vida.

—¿Crees que estoy loca?

—Te lanzaste sobre un hombre dos veces más grande que tú gritando como un hada llorona, ¿no? Tienes un moretón en el ojo del tamaño de un puño y te presentaste en el pueblo sin tener donde vivir.

—Puede que fuera solo un mal día.

—Sí, puede que sí. Pero no vayas pegándole tu mala suerte a la gente de aquí. Este es un pueblo bonito con gente agradable. Si solo estás de paso, ya puedes marcharte.

—Te deben de preocupar mucho los Garrison si piensas que tienes que defenderlos de alguien como yo.

—Son buena gente. Puede que tú también lo seas, pero no te conozco, y a ellos sí. Así que, si eres buena con ellos y no te entrometes en mi camino en la empresa, no pasará nada.

—Me parece justo, Frank, lo tendré en cuenta. Y para que lo sepas, si eres bueno en tu trabajo y no vas enfadando a los clientes y gritándome cada día, tampoco pasará nada.

Sacudió la cabeza de un lado al otro.

—Me parece justo. Nos vemos.

Frank se despidió con la mano y salió por la puerta.

Aquel pueblo era demasiado pequeño.

Capítulo 9

Tal y como había prometido, el cheque con el último sueldo de Harper llegó a la oficina. Fuera lo que fuera lo que Luke le había dicho a Ted, parecía haberlo asustado lo bastante como para que, además, dejara de llamar, así que el móvil estaba en silencio absoluto.

Y, tal como había prometido, invitó a Luke a cenar.

Buscó restaurantes en Benevolence antes de decidirse por un asador que había a poco más de veinte kilómetros al este. Sería imposible pasar una noche tranquila en el pueblo, ya que la pareja causaba sensación.

Harper se recordó a sí misma que no era una cita de verdad, pero eso no significaba que no pudiera esmerarse en tener buen aspecto.

Se puso un atuendo informal, pantalones piratas y una camiseta estriada con escote de pico de color verde esmeralda. Se rizó un poco el pelo y se lo dejó suelto de forma que le caía por encima de los hombros; se pintó con un poco de sombra de ojos y brillo de labios y ya estaba lista.

Miró su reflejo en el lavabo de la planta baja y se dio cuenta de que se había olvidado de ponerse pendientes. Subió a la habitación y, mientras rebuscaba en el armario, vio a Luke salir del baño.

Solo llevaba una toalla.

Aunque le caían gotas de agua por el pecho, lo que captó su atención fueron los tatuajes del brazo, como siempre. La toalla le caía de la parte baja de la cadera y se le veía el esculpido abdomen.

A Harper se le escurrió entre los dedos el aro de plata, que hizo ruido al caer al suelo.

—Yo... eh... —Se agachó para recoger el pendiente—. Perdona.

Salió corriendo de la habitación con las mejillas sonrojadas y dejó a Luke solo y con una sonrisa.

Harper se dirigió a la cocina y metió la cara en el congelador para intentar calmar el rubor de sus mejillas. Al oírlo bajar por las escaleras, fingió que

estaba llenando un vaso de agua del grifo y evitó mirarlo a los ojos cuando Luke llegó a la cocina.

—¿Nos vamos? —le preguntó con las manos en los bolsillos de los pantalones.

Llevaba unos vaqueros y una camisa gris remangada. Harper se preguntó si se había puesto lo primero que había encontrado o si, como ella, había escogido entre varias opciones. Fuera como fuera, estaba tan guapo que daban ganas de desnudarlo ahí mismo.

—Claro, vamos.

Ella lo guio hasta su coche, que estaba aparcado delante de la casa. Luke se detuvo frente al Escarabajo.

—¿Quieres que conduzca esto?

—Yo te he invitado, así que conduzco yo.

—Vale. —Se sentó con las piernas dobladas en el asiento del copiloto y sonrió de forma burlona—. Que empiece la cita.

Harper sintió un cosquilleo en la barriga. ¿Cuándo iba a entender su cuerpo que aquello no era una relación de verdad? Debía dejar de exagerar ante todos los estímulos de Luke Garrison. Suspiró, se sentó en el asiento del conductor e intentó ignorar lo cerca que estaban y lo bien que olía él. Tendría que haberle dejado conducir su coche; en ese por lo menos había una guantera entre los asientos que hacía de barrera.

Luke no pudo evitar arquear las cejas cuando el Escarabajo, una vez arrancado, empezó a temblar. Una de las correas hizo ruido bajo el capó durante unos segundos antes de que Harper metiera la marcha atrás.

—Madre mía, ¿qué le pasa a este cacharro?

—No le hagas ni caso —dijo ella acariciando el volante—. Eres perfecto.

—Cariño, este coche tiene más años que tú. ¿No crees que ya va siendo hora de que lo jubiles y te compres un coche que no parezca una lata?

—Me encanta este coche. Una visita al taller, para la que estoy ahorrando, y quedará como nuevo.

—¿Cuántas veces te ha dejado tirada en la carretera?

Harper subió el volumen de la radio y sonrió.

—¿Qué dices? No te oigo, la radio está demasiado alta.

Él negó con la cabeza y cambió de posición en el asiento. La rodilla rozaba la mano de Harper, en el cambio de marchas, pero ninguno de los dos hizo nada para evitarlo.

Finalmente, Luke se echó hacia delante y pulsó el botón para apagar la radio.

—¿Cómo van las cosas en la oficina?

En pocos días, Harper había progresado, pero todavía quedaba mucho por hacer.

—De momento, bien.

—¿Has visto ya algún aspecto en el que podamos mejorar?

Ella lo miró para saber si bromeaba.

—¿De verdad quieres saber qué pienso?

—Pareces sorprendida.

Harper intentó recordar la última vez que un chico le había pedido su opinión. Ted nunca se interesaba por nada, ni en el trabajo ni en casa, y cuando ella le mencionaba que les iría bien cambiar el programa de contabilidad, él le decía que no le diera tantas vueltas a esa cabeza tan bonita.

—Bueno, solo llevo dos días.

—Eres una chica inteligente —respondió, y le dio un toque en la pierna.

Harper esperaba que no hubiera visto como se le erizaba la piel a modo de respuesta.

—No te contengas, no me ofenderás.

Ella lo miró con cautela y dijo:

—De acuerdo. —Se aclaró la garganta—. Hay algunos aspectos que podrían mejorarse.

—Adelante.

—Los programas informáticos son bastante antiguos. Creo que podríamos reemplazar los sistemas de coste de trabajo y de facturación, además de la base de datos, por un programa que lo haga todo. De ese modo podríamos introducir los cambios una vez en lugar de en tres programas diferentes. No sería mucho más caro que el que tienes ahora y te ayudaría a desarrollar un CRM.

—¿Un CRM?

—Es un *software* de administración enfocado a la relación con los clientes. Imagina que Frank está trabajando con un cliente y este menciona que quiere poner encimeras de granito en el lavabo. Frank podría coger su tableta o portátil e introducir esos datos en el sistema, así recibiríamos un aviso en el despacho y les podríamos hacer un presupuesto. Al día siguiente, Frank podría consultar los precios y opciones en el programa y comentarlos con el cliente.

Luke asintió.

—No es mala idea.

—Es mejor que dejar que Frank se olvide de todo y que el cliente cambie de opinión y se quede con las encimeras normales.

—¿Qué más puede hacer ese *software*?

Harper respiró hondo y empezó a contarle las características básicas, pero se dio cuenta de que Luke se estaba perdiendo cuando este frunció el ceño, así que, al final, añadió:

—Es como tener un ayudante robot.

Luke asintió.

—Me gustan los robots.

—Oye, ¿de qué va ese tal Frank? —preguntó mientras ajustaba la visera para protegerse del sol.

—¿Te refieres a por qué está enfadado todo el rato? —Luke sonrió escondido tras las gafas de sol—. Es parte de su encanto. ¿Te ha molestado?

—No es eso. Creo que me cae bien, solo era curiosidad. Parece un poco...

—¿Insubordinado? —añadió él.

—Pues sí.

Luke suspiró.

—Lo mío con Frank es una historia muy larga. Lo conozco desde que yo era pequeño. Es muy buen trabajador, de los mejores. Sabe más sobre el negocio que nadie, pero es un bocazas y un coñazo.

Harper rio.

—¿Cómo es trabajar con tu padre?

Luke se encogió de hombros.

—Está bien.

Lo miró fijamente para que siguiera hablando.

—Tuvo una empresa de contratación durante muchos años y yo siempre supe que quería trabajar en el mundo de la construcción, así que, hace diez años, decidimos probar y fundar la empresa.

—Eres demasiado humilde.

Luke sonrió.

—¿A qué te refieres?

—Solo he podido echar un vistazo a los libros de cuentas y a los cheques que han llegado recientemente, pero pareces el constructor del año, colega —bromeó Harper.

—Nos va bien —respondió él con una sonrisa de satisfacción.

Ella puso los ojos en blanco. ¿Desde cuándo le parecían atractivas ese tipo de sonrisas? Al parecer, desde ese instante.

—Y con lo ocupado que estás, ¿cómo es que no tenías ya un encargado de recursos humanos?

Él se encogió de hombros.

—La empresa empezó a despegar hace tres años. Y Beth, la conocerás mañana, era mi ayudante en la oficina hasta que tuvo a los mellizos. Ahora trabaja a media jornada y solo se encarga de los libros de cuentas.

Harper redujo la velocidad del coche y entró en un aparcamiento de tierra. Luke contempló el granero renovado que daba a un prado. El olor de los filetes flotaba en el aire.

—Qué sitio más bonito. ¿Por qué lo has elegido?

Entonces fue ella la que sonrió con suficiencia.

—He pensado que llamaríamos menos la atención aquí que en Benevolence.

—Bien visto.

—¿Acaso eres el héroe o el soltero de oro del pueblo? Porque todo el mundo parece muy interesado en tu vida.

Sus miradas coincidieron durante un instante, pero a pesar de que Harper esperaba que se riera, notó en él frialdad.

—¿Han estado cotilleando?

Harper echó la cabeza hacia un lado.

—¿Sobre qué?

—Nada. —Su actitud cambió. Alargó una mano y le tocó la pierna—. Vamos, te dejaré que me invites a cenar.

La camarera, una chica pequeña con gafas de pasta negra y mechones violeta en el pelo, los condujo hasta una mesa en un rincón acogedor y al lado de una ventana que daba a un prado y un estanque. El sol empezaba a esconderse detrás de los árboles.

Luke miró a su alrededor y contempló las paredes de piedra y yeso y las gruesas vigas en el techo.

—Qué lugar tan bonito.

—He pensado que te gustaría —dijo Harper mientras cogía la carta de cervezas—. Y que sería la mejor manera de darte las gracias por todo: con carne y un edificio bonito.

—¿Piensas dejar de darme las gracias algún día?

—¿Piensas dejar de hacer cosas por las que tenga que dártelas?
—preguntó ella pestañeando.

—Listilla —contestó Luke con una sonrisa.

Pidieron dos cervezas de barril y dos bistecs mientras un pequeño grupo de músicos se preparaba en la sala de al lado.

—Bueno, háblame de ti, Harper —dijo Luke, y apoyó un brazo en el respaldo del asiento.

—Te estás tomando la cita muy en serio. ¿Qué quieres saber?

La camarera volvió con las cervezas y Harper le dio un trago a la suya.

—Bueno, somos novios de mentira, así que debería saber cosas sobre ti. Por ejemplo, ¿cuándo es tu cumpleaños? ¿Dónde estudiaste? ¿Cómo fue crecer sin padres? ¿Por qué eres como eres?

Harper se echó a reír.

—Eso son muchas preguntas. —Le cogió la cerveza y le dio un trago antes de dejarla delante de él en la mesa.

Luke le dio la vuelta a la copa antes de levantarla para probarla. Ella se preguntó si lo había hecho a propósito para beber del mismo lado.

—Me pareces interesante.

—Eso no suena a halago.

—También creo que eres inteligente, preciosa, divertida y valiente. Pero no te entiendo. ¿Cómo puede alguien que ha sufrido tanto tener una sonrisa permanente en la cara?

—¿Te refieres a lo de mis padres?

—A lo de tus padres, a lo del incendio, al idiota de tu ex... Es impresionante lo fuerte que eres. ¿Cómo lo haces?

—No es impresionante, es solo que no tengo otra opción. ¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿Lamentarme el resto de mi vida? Todavía puedo disfrutar de los mismos amaneceres que el resto del mundo, de las mismas veinticuatro horas del día. Y si no las aprovecho, es solo culpa mía.

—Entonces, ¿crees que el mundo es demasiado grande y bello para estar triste? —bromeó él.

—Puedo estar triste, pero no quiero obsesionarme con eso ni olvidar lo bueno que me deparará el futuro. Sería un desperdicio y algo totalmente negligente.

Luke se quedó en silencio un instante dando vueltas a la copa de cerveza sobre la mesa.

—Y, ya que me has preguntado, mi cumpleaños es el 3 de marzo. Estudié Economía en la Universidad de Maryland y estoy haciendo un máster *online*. Y crecer sin padres fue difícil. Todas las vacaciones, todos los cumpleaños, graduaciones... siempre te das cuenta de que te falta algo. Te falta alguien.

Luke asintió.

—¿Cuál es tu color favorito?

—El rojo. Pero no me gusta el granate ni los rojos con un toque rosa. Me gusta el rojo sangre. ¿Puedo hacer preguntas yo también?

Luke negó con la cabeza.

—Ahora estamos hablando de ti.

—Buen intento. ¿Qué tal fue crecer con padres? ¿Y tener hermanos?

—Caótico. Ya lo viste el domingo.

Harper le tiró la servilleta.

—¡Lo digo en serio!

—Y yo. —Luego, se ablandó—. No lo sé. A veces desearías poder estar solo, pero otras veces te alegras de tenerlos. Tenemos muy buena relación. A veces creo que es demasiado buena, pero crecí con un padre que venía a verme a todos los partidos de fútbol americano y yo fui a todos los espectáculos de baile de Sophie. James y yo pasábamos todos los veranos descalzos en la playa y jugando en el arroyo desde que salía el sol hasta que se ponía. Mi madre nos tenía que obligar a sentarnos a la mesa, a veces era a las cuatro y media, y otras, no comíamos hasta las nueve, pero estábamos todos juntos.

Harper sonrió.

—Suenas como siempre lo había imaginado.

—¿Nunca compartiste casa con otros niños?

—Sí, pero es diferente. Eres algo temporal. En algunas de las casas había muchos niños, así que no nos podían prestar atención a todos. En otras había hijos biológicos o adoptados que ya tenían una rutina y actividades establecidas que tenían prioridad. Pasé gran parte del tiempo perdida entre la multitud.

—Pero tú querías algo más.

Ella asintió. Siempre había anhelado algo más. Incluso ahora que era mayor.

—¿Tú no?

—A veces sí.

Harper rio.

—A ti te gusta tu vida fácil y tranquila.

Luke no pudo evitar sonreír.

—No está siendo muy tranquila últimamente.

—¿Estás nervioso por lo de Afganistán?

Antes de responder, cogió un panecillo, lo abrió y untó mantequilla.

—No.

—¿Has estado allí antes?

—Sí.

—Vaya, hablas por los codos.

—¿Qué viste en el tal Ted? —Luke cambió de tema sin intentar disimular.

Harper decidió darle un respiro, pero para eso necesitó un largo trago de cerveza.

—Yo me pregunto lo mismo. Hannah ya me lo advirtió. Era nueva en el trabajo y pensé que era mono, bueno, menos por la perilla. Parecía un buen jefe. Luego empezó a traerme el café todas las mañanas y a enviarme correos electrónicos graciosos...

—Eres de esas a las que les gustan los corazoncitos y las flores.

—Si con eso de «corazoncitos y flores» te refieres a que soy romántica, estás en lo cierto. Sigo pensando que algún día llegará un chico que me hará perder la cabeza y que viviremos felices para siempre.

Luke sonrió con suficiencia.

—El caballero de armadura que aparece justo a tiempo para salvarte.

—Bueno, en eso no estoy de acuerdo. A veces tienes que salvarte a ti misma o salvar a otra persona. Pero no me importaría cabalgar con alguien hacia el atardecer.

—Las mujeres y vuestra obsesión por los detalles románticos.

Harper se echó a reír.

—Por favor, solo los necesitamos cuando no nos sentimos queridas.

—No me lo creo. ¿Qué me dices de las chicas que eligen un anillo de compromiso de quince mil dólares y exigen celebrar una boda para cuatrocientos invitados?

—Nada que ver. Hay una diferencia abismal entre pedir detalles románticos y querer atención y dinero. En el primer caso, solo quieres asegurarte de lo que la otra persona siente por ti; en el segundo, se trata solo de un pobre pringado que soborna a una niñata consentida con regalos brillantes y prestándole toda su atención.

—¿A una niñata consentida? Menuda imagen.

Luke rio y Harper sintió un cosquilleo al verle el hoyuelo.

La camarera volvió con la comida y dejaron el tema. Disfrutaron de la cena y hablaron de trabajo, comida y Benevolence. Ella se sentía relajada, demasiado teniendo en cuenta que cuando estaba con Luke pasaba de los nervios a la lujuria en un instante.

Era una batalla constante que esperaba que acabase pronto, pues le resultaba vergonzoso tener que evitar las ganas de lamerse los labios cada vez

que lo veía sin camiseta.

El grupo de música de la habitación contigua empezó a tocar un tema lento. Harper jadeó al oír las primeras notas de la canción «*Angel Eyes*», de Jeff Healey, que resonaban en la sala.

—¡Me encanta esta canción, Luke! Es mi canción favorita de fantasía romántica del mundo. ¿Bailas conmigo?

—¿Fantasía romántica?

—Hay muchos tipos de fantasías, Luke: románticas, orgásmicas...

—No hay nadie bailando.

—¿Qué más da? No conocemos a nadie de aquí. ¿Qué es lo peor que podría pasar?

—¿Ese es el argumento que usas para tomar decisiones? ¿Qué es lo peor que podría pasar? —Imitó a Harper y se apartó el pelo largo imaginario con un gesto rápido de la mano.

Ella lo ignoró, lo agarró de la mano y lo llevó hasta donde tocaba el grupo. Tenía razón, no había nadie más bailando, pero siempre tenía que haber alguien que se animara a ser el primero.

Luke tiró de ella para que se quedaran donde estaban y la cogió entre los brazos. Los senos de Harper chocaron con los pectorales cálidos y fuertes de Luke; sus bocas quedaron a pocos centímetros. Después, le puso las manos en la espalda y la mantuvo pegada a él.

—No estás bailando —susurró él.

Harper casi pudo saborear sus palabras. Se mordió el labio para evitar morder el de él y le pasó las manos por el cuello. No le hizo falta que lo acercara; él lo hizo sin que se lo pidiera.

Luke marcó el ritmo y Harper, concentrada en todas las sensaciones que le provocaba tocarlo, lo siguió. Llevó con cautela una mano a las costillas doloridas de la joven de tal manera que la mano y el pulgar acariciaban la curva de uno de sus pechos.

Harper era consciente de que él sentía lo rápido que le latía el corazón, de que oía su respiración entrecortada. Bailaron juntos, ajenos a todo menos a la música y a la presencia del otro. Luke la acercó más a él y Harper notó su erección.

—Deja de mirarme así —gruñó él.

—¿Cómo te estoy mirando? —preguntó ella sin aliento.

—Como si quisieras que te arrancara la ropa y probara cada centímetro de tu cuerpo.

Sintió que el dolor del torso, leve hasta aquel momento, se convertía en una fuerte palpitación. Joder, Luke le leía la mente.

—No estaba pensando en eso —mintió—. Pensaba en... el postre.

—Mientes.

Levantó la mano que tenía en sus costillas y, cuando la llevaba hacia su rostro para apartarle el pelo, le rozó el pecho. Harper resopló y Luke no pudo contener una sonrisa. Cuando notó un movimiento en la entrepierna del chico, Harper supo que no era la única que estaba pensando en... el postre.

No se dio cuenta de que había acabado la canción, pero Luke sí, y le puso las manos sobre los hombros para apartarla unos centímetros de su cuerpo, los suficientes para que el hechizo se rompiera. Harper se sonrojó; se había olvidado por completo de dónde estaban y no habían advertido que otras parejas se habían unido al baile.

Luke la guio hacia la mesa sin soltarle la mano.

—Bueno, eso ha sido una fantasía de algún tipo —dijo ella entre suspiros mientras se sentaban otra vez a la mesa. Tenía las mejillas rojas.

—Creo que deberíamos volver, mañana madrugo.

Luke habló con un tono normal, pero tenía la voz áspera. Le ocurría algo, pero Harper no sabía qué escondía bajo la superficie.

La cuenta les esperaba en la mesa, y cuando ella alargó la mano para cogerla, él se lo impidió.

—Ni en sueños, bonita.

—Te he invitado yo. Quiero tener un detalle —respondió Harper mientras intentaba agarrar la cuenta.

—No. —La negación fue más firme que las piedras que los rodeaban.

—Luke... —insistió ella.

—Harper. No. Acábate la cerveza.

Ella frunció el ceño. Él reaccionó al gesto y se convirtió en una estatua.

Sin soltarle la mano, Luke llevó a Harper al aparcamiento. El canto de los grillos se oía en el aire frío de la noche. La guio hasta el asiento del copiloto.

—Yo conduzco —dijo, y llevó una mano a la puerta para evitar que ella la abriera—. Oye, quiero dejar las cosas claras —continuó.

Harper se apoyó en el coche y Luke se metió las manos en los bolsillos de los pantalones.

—Esto no puede pasar.

—¿Qué es lo que no puede pasar exactamente? —Harper parecía divertida.

La miró con cara de odio. No se iba a dar por vencida hasta que no lo dijera.

—No podemos complicar las cosas con sexo.

—¿Qué tiene el sexo de complicado?

—Harper —la regañó.

—Perdona. Sigue, por favor.

Ella sonrió y a Luke le entraron ganas de estrangularla.

—No quiero que pienses que vamos a tener una aventura...

Harper abrió los ojos de par en par.

—Nadie ha hablado de aventuras ni de relaciones, cosa que entiendo que te preocupa mucho. Tú te irás. Yo también. Pero eso no quiere decir que no me tenga que gustar que me toques. Porque me gusta mucho y hace que me pregunte...

—¿Qué te preguntas?

Luke sabía que se estaba metiendo en terreno peligroso y estaba demasiado cerca de ella. No parecía capaz de mantener la distancia.

Harper le rodeó el cuello con los brazos y lo acercó hasta que lo sintió contra sus pechos.

—Me pregunto cómo sería si nos besáramos —dijo ella en un susurro y con los labios entreabiertos, invitándole a probarlos.

Luke se quedó sin aliento. Podría haberla apartado, haberle dicho que cortara el rollo; tendría que haberlo hecho. Sin embargo, mantuvo la compostura y dejó que Harper se pusiera de puntillas y le acercara los labios, porque, en aquel momento, era lo único que deseaba.

Pestañeó, cerró los ojos y sintió su aliento en la boca.

Aquello fue suficiente para que dejara de resistirse. Le pasó una mano por el pelo y le echó la cabeza hacia atrás para acceder mejor a su dulce boca. Le introdujo la lengua entre los labios y buscó la suya, que esperaba ansiosa el encuentro. Pero el beso no disminuyó de intensidad cuando sus lenguas se toparon. Él la besó con más avidez y le introdujo la lengua una y otra vez mientras movía las caderas al ritmo del beso.

Harper le estrechó el cuello con más fuerza y Luke gruñó y le acarició el torso por debajo del jersey hasta que notó un tejido de encaje.

Cuando le pasó las manos por las costillas, ella no pudo evitar hacer un gesto de dolor. Luke se apartó inmediatamente, maldijo su suerte, y la de ella, abrió la puerta e hizo que Harper se sentara en el asiento del copiloto.

Diez minutos más tarde, ya en la carretera, a Luke todavía le dolía el pene a causa de la erección. Había estado a punto de lanzarse encima de ella en el aparcamiento y, si no hubiera sido por el gesto de dolor de Harper, habría encontrado la manera de tirársela ahí mismo. No poder controlarse era humillante; se le había olvidado que estaba herida y que él tenía unas normas, un plan que había seguido durante años. Lo había tirado todo por la borda porque era incapaz de no tocarla.

Su cuerpo no debía reaccionar de esa manera ante ella y, sin embargo, no podía evitar empalmarse cada vez que la veía.

Si se inclinaba encima de la encimera de la cocina cuando llevaba pantalones cortos, erección. Si llevaba la camiseta blanca que él le había dejado y que aún se ponía para dormir, esa que no hacía nada por esconder sus pechos perfectos, que parecía que pidieran a gritos que los tocaran. ¿Y las braguitas tan sensuales que llevaba? Le hacían perder el sentido. Le daba miedo que nunca dejara de usar ese tipo de braguitas transparentes. Pero le asustaba más que dejara de hacerlo.

Si estaba a menos de un metro, se le ponía dura como una piedra. ¿Cómo iba a sobrevivir a una erección de un mes? A lo mejor tenía que ir al médico.

Era como una bomba de relojería. Era probable que la matara si se la tiraba. Quería pensar que había reaccionado así ante ella porque hacía mucho tiempo que no mantenía relaciones sexuales, pero sabía que no era verdad. Harper tenía algo que lo volvía loco.

—¿Estás enfadado? —preguntó ella desde el asiento del copiloto. Aún tenía los labios hinchados y enrojecidos por el beso.

Luke se limitó a aferrar el cambio de marchas con fuerza.

—Siento haber sido tan bestia, Luke. No quería que te pusieras así, solo quería saber qué se sentía al besarte. Prometo respetar tus sentimientos.

Le estaba prometiendo que sería más respetuosa. Ella. Pero había sido él quien se había tirado sobre ella como un adolescente salido.

—Harper...

—Lo siento mucho. —Lo miró arrepentida.

—¿Qué es lo que sientes?

—Haber hecho que me besaras a pesar de que no querías. Pensaba que te atraía tanto como tú a mí. En ningún momento se me ocurrió que a lo mejor no era así y casi te como la cara con la lengua. No suelo devorar a los hombres de esa manera.

—¿Crees que no me atraes?

—Bueno, por eso me has dado la charla antisexo, ¿no?

Luke frenó el Escarabajo de repente y se detuvo en un lado de la carretera.

—Harper, creo que es físicamente imposible que me sienta más atraído por ti. Vivo en una lucha constante intentando controlar las ganas que tengo de arrancarte la ropa y estar dentro de ti para sentir que te corres.

Harper se quedó boquiabierta.

—¿Lo ves? Estas son las cosas que se me pasan por la cabeza cuando estoy contigo. Me pones a cien y me vuelvo un gilipollas, y no me gusta.

—Pero si los dos nos deseamos, ¿por qué no...?

—No puedo. No estoy... preparado. Si lo estuviera, serías la primera en enterarte, pero no puedo concentrarme en nada aparte del trabajo y Afganistán. Sé que, si nos acostáramos, perdería el control, y eso no puede pasar. No tengo hueco para ti en mi vida.

Finalmente, Harper cerró la boca y se miró las manos que tenía juntas sobre el regazo.

Luke alargó un brazo y le tomó una.

—Eres una chica preciosa, dulce y atractiva, y algún día alguien será muy afortunado por dejarse devorar. Pero no puedo ser yo y, por eso, te estaría muy agradecido si empezaras a llevar abrigos y otras prendas de ropa cuando estás conmigo. Así dejaré de fantasear con ese cuerpo tan sexy que tienes.

—Entonces, me deseas y yo me ofrezco a ti sin ataduras, ¿pero prefieres mantener el orden y no perder la concentración?

Él le apretó la mano.

—Cuando lo dices así, suena ridículo.

—Eres un hombre muy complicado, Luke.

Capítulo 10

Tres semanas...

Luke mantenía las distancias en el trabajo y a Harper le parecía bien, pues se sentía culpable por haberlo presionado y decepcionada por qué él no estuviera dispuesto a explorar la atracción que sentían el uno por el otro.

Se sorprendió al ver la camioneta de Luke en la entrada cuando llegó a casa. A veces tenía la sensación de que lo estaba echando de su propio hogar, así que pensó que quizá eso era una buena señal.

Entró y llevó las bolsas de la compra a la cocina. Parecía que no había nadie, pero se oían voces.

Salió por la puerta de detrás hasta el porche y lo vio, al otro lado del jardín. Formaba un triángulo con dos niños, que también llevaban guantes de béisbol.

—Tienes que lanzarla con más fuerza, Robbie —le ordenó Luke al más alto. Tenía el pelo rubio y despeinado—. Mira, así.

Harper observó como le demostraba el lanzamiento antes de devolverle la pelota.

—Pruébalo. —Luke volvió a su sitio—. Lanza tan fuerte como puedas.

Retrocedió y arrojó la pelota, que dibujó una curva perfecta antes de aterrizar en el guante de Luke.

—¡Toma ya! ¿Has visto eso? —gritó el niño, que corrió hacia Luke.

—Eso sí que ha sido un buen lanzamiento —respondió él.

Chocaron los puños y Luke volvió a lanzarle la pelota.

—Inténtalo de nuevo. Demuéstrame que no ha sido potra.

Robbie volvió a su sitio, aferró la pelota y repitió el lanzamiento.

—¡Ahora yo! ¡Ahora yo! —El niño más pequeño tiró el guante—. Señor Luke, yo también quiero lanzar.

Luke repitió el proceso con el segundo niño, que, aunque no lo consiguió, parecía satisfecho con los intentos.

—Señor Luke, hay una señora en el porche —dijo Robbie, señalando a Harper.

Ella saludó, bajó los escalones y se dirigió hacia ellos. Luke se acercó con los niños; Robbie iba a su lado y el pequeño, sobre el hombro.

Estaba guapísimo. Vestía unos vaqueros desgastados, una camiseta ajustada blanca y una gorra, pero lo más sexy, sin duda, era la sonrisa.

—Hola —dijo Luke mientras bajaba al niño del hombro.

—Hola —contestó ella. No pudo evitar soltar una carcajada cuando el pequeño empezó a reír al aterrizar en el suelo.

—Harper, estos son mis amigos Robbie y Henry. Son hermanos y viven a dos casas de aquí, con la señora Agosta.

La señora Agosta tenía casi setenta años y era dominicana. Harper estaba segura de que no era la madre de los niños.

—Chicos, esta es mi amiga Harper.

—Hola —respondió Robbie mientras extendía una mano. Tenía los ojos verdes y serios y la nariz llena de pecas.

—Encantada de conocerte, Robbie. —Le estrechó la mano—. Hola, Henry.

Henry, una versión en miniatura de su hermano, saludó alegremente con la mano y sonrió. Harper vio que se le había caído un diente.

—Han venido a pasar el rato aquí mientras la señora Agosta lleva a su hermanita al médico.

—Tiene los mocos verdes. Es asqueroso —comentó Henry mientras lanzaba el guante hacia arriba.

—Vaya, sí que es asqueroso. —Coincidió ella—. ¿Queréis quedaros a cenar?

—¿Qué hay? —preguntó Robbie.

Luke le dio una colleja.

—¿Qué pasa? —preguntó el niño—. No quiero quedarme si vais a cenar hígado y basura.

Luke le inmovilizó la cabeza con el brazo.

—Eres de lo que no hay —dijo mientras lo despeinaba.

—Hamburguesas, bolas de patata y ensalada —respondió Harper al tiempo que hacía como que contaba con los dedos—. ¿Te parece mejor que el hígado con basura?

—Las hamburguesas y las patatas, sí —dijo Robbie.

—A mí me encantan las bolas de patata —gritó Henry. Se lanzó a las piernas de Harper y le dio un abrazo rápido antes de girarse y tocar a su

hermano—. La llevas —gritó.

Los chicos se alejaron jugando al pillapilla y dejaron a Harper y a Luke solos en el jardín.

—Lo siento. Tendría que haberte mandado un mensaje para avisarte de que esta noche habría testosterona extra.

—Es una sorpresa agradable. Además, dos bocas extra nos ayudarán con el paquete de ocho hamburguesas que he comprado.

—Voy a encender la barbacoa —respondió él con una sonrisa—. Y buena suerte si piensas intentar convencerlos de que coman ensalada.

Sí que intentó convencerlos de que comieran ensalada, pero para eso tuvo que prometerles que cada uno podría escoger un ingrediente. Harper eligió tomates; Robbie quería beicon, y Henry, Cheetos.

—¿De verdad vamos a mezclarlo todo? —susurró Robbie, preocupado mientras se asomaba por la encimera.

Harper se encogió de hombros.

—A lo mejor sabe a picatostes.

Le pidió a Henry que colocara las bolas de patata en la bandeja del horno y a Robbie que limpiara la lechuga. Ella se encargó de freír el beicon y cortar el tomate.

—¿Vives aquí con el señor Luke? —preguntó Henry mientras dejaba la última bola de patata en la bandeja.

—Sí.

—¿Estás casada?

—No. ¿Y tú?

Henry frunció el ceño.

—Qué va. Las chicas son un rollo.

—Robbie, ¿piensas lo mismo? —preguntó Harper mientras él ponía la lechuga en un cuenco grande.

Se encogió de hombros.

—Algunas no están tan mal.

Harper introdujo las bolas de patata en el horno y puso el temporizador.

—¿La señora Agosta es vuestra abuela? —les preguntó.

—No —respondió Robbie negando con la cabeza—. Ni siquiera somos familia.

—Somos niños de acogida —añadió el otro mientras echaba los Cheetos con cuidado sobre la lechuga.

—Yo también —contestó Harper antes de añadir los tomates y el beicon a la ensalada.

—¿Tú también eres una niña de acogida?

Había captado el interés de Robbie.

—Sí.

—¿El señor Luke es tu padre de acogida? —preguntó Henry.

Robbie puso los ojos en blanco.

—Claro que no, tonto. Son novios.

Harper no lo corrigió porque pensó que la verdad los confundiría. Y a ella también.

—¿Conseguiste padres de verdad? —preguntó Henry.

Ella negó la cabeza.

—No, no me adoptaron. Pero conocí a muchas familias muy buenas.

—La señora Agosta es muy buena. Nos está enseñando a hablar su idioma. ¿Crees que nos adoptarán?

Harper dejó de mover la ensalada. Luke, con un plato lleno de hamburguesas en la mano, había entrado justo a tiempo para escuchar la pregunta.

Los niños la miraban fijamente y ella entendía lo que querían, porque había deseado lo mismo. Incluso ahora que era adulta, también lo deseaba algunas veces. Lo esperaba.

—Bueno, no apostáis demasiado. —Dio unos golpecitos con el dedo a la barriga de Henry hasta que este empezó a reír—. Además, sois bastante monos. Parecéis buenos chicos y no habéis destruido la casa del señor Luke todavía. Así que, sí. Tendréis una familia. Y hasta entonces, tenéis la suerte de poder quedaros con la señora Agosta y de aprender español.

—¡Ya he aprendido a contar! —anunció Henry—. Uno, dos, tres... —Contó los Cheetos que añadía a la ensalada.

—Las hamburguesas ya están listas —dijo al fin Luke cuando se atrevió a cruzar el umbral de la puerta.

—Guay —respondió Robbie, que levantó la nariz en el aire para oler la comida—. Me encantan las hamburguesas. ¿Tenéis ketchup y mostaza? ¿Y queso?

Harper se demoró más de lo normal en coger cuatro platos mientras los chicos hablaban con Luke. Esperaba por el bien de los chicos que alguna familia quisiera tres hijos.

Comieron en la barra de la cocina. Los niños se sentaron en taburetes y los adultos se quedaron de pie. Harper y los niños contaron historias divertidas de las familias que los habían acogido y la ensalada de Cheetos resultó ser un éxito. Hasta Robbie se comió todo lo que tenía en el plato.

Harper y Luke se dejaron convencer de ir a por un helado antes de llevar a los niños a casa. La hermana de los chicos, Ava, una versión pequeña y con el pelo oscuro de ellos, estaba durmiendo en el sofá cuando llegaron a casa de la señora Agosta. Le habían diagnosticado sinusitis, pero en pocos días estaría totalmente recuperada. La señora Agosta, muy agradecida por la ayuda, les ofreció magdalenas de arándanos.

Volvieron a casa caminando en silencio, acompañados por la luz del atardecer que iluminaba el cielo del oeste. Mientras subía las escaleras del porche, Harper pensó en lo agradable que había sido la compañía de los niños. Sus voces y energía tapaban el silencio que causaba el conflicto constante entre Luke y ella.

Algo tendría que cambiar. Y pronto.

—Se te dan bien los niños —dijo Luke al llegar al último escalón.

Ella se detuvo y se apoyó en la barandilla. Sabía perfectamente lo que estaba haciendo, aunque él no fuera consciente. La atracción que sentían el uno por el otro crecía cuando estaban dentro de la casa. Estar en el exterior era más seguro.

—A ti también. Y eres muy buen profesor de béisbol.

Luke rio.

—Son muy buenos niños. —Se quitó la gorra y empezó a jugar con ella—. ¿De verdad crees lo que les has dicho? ¿Piensas que encontrarán una familia?

Harper se sentó a su lado y suspiró.

—Son tres niños y ya no son bebés. Será difícil, pero sí, creo que alguna familia se enamorará de ellos. Es imposible no hacerlo.

—¿Por qué crees que nunca te adoptaron?

Luke la observaba con atención; Harper tenía una expresión neutra.

—Entré en el programa de acogida cuando tenía siete años. La gente suele adoptar bebés o niños con dos años como mucho. Los que son mayores no pueden competir con eso. Creo que a la gente le preocupa que los niños mayores estén demasiado dañados.

Luke le pasó un brazo por encima de los hombros.

—Tú no lo estás.

Harper sonrió.

—No, ya no. Pero lo estuve. Tienes que ser muy especial para querer enfrentarte a algo así. Pero yo, como todos los niños, fui fuerte. Algún día tendré una familia y todo habrá merecido la pena.

Luke le estrechó el hombro.

—¿Has pensado alguna vez en tener hijos? —preguntó Harper.

Él se quedó en silencio unos segundos.

—Antes sí que pensaba en ello.

—¿No te sientes solo a veces?

Luke suspiró.

—Sí.

—Yo también.

Él se acercó y le besó la mejilla.

—Algún día tendrás todo lo que deseas.

Harper apoyó la cabeza en su hombro y respondió:

—Pero hasta entonces aquí no se está tan mal.

Capítulo 11

Al día siguiente, Harper caminaba con pasos más seguros. Había dormido como un tronco y, como siempre, había acabado entre los brazos de Luke en algún momento de la noche. Además, la contable a tiempo parcial de la constructora iba a ir a trabajar ese día.

Harper estaba emocionada ante la idea de tener compañía en la oficina y un par de manos extra para que la ayudaran con el trabajo.

Se quitó la camiseta y la dejó en el suelo, al lado de los pantalones cortos, para meterse en la ducha. Luke había salido a correr, así que nadie la vería si se dirigía a la planta de abajo para coger el gel que se había dejado en una bolsa en la cocina.

Con los auriculares puestos, canturreó al ritmo de Bruno Mars y bajó bailando las escaleras, cogió el gel y, ya que estaba en la cocina, decidió servirse un vaso de zumo para tomárselo después de la ducha.

El bote de zumo estaba detrás de una bolsa de ensalada y los bistecs que Luke cocinaría por la noche. Se dio cuenta de que el contenido de la nevera había mejorado mucho desde que ella se había mudado a la casa. Se puso de puntillas para coger un vaso de plástico del armario, pero no llegaba.

Se arrodilló en la encimera y logró alcanzarlo. Justo cuando estaba dispuesta a bajar, alguien la agarró.

Gritó tanto que se oyó a sí misma por encima de la música de los auriculares. Empezó a dar codazos, a sacudirse y a dar patadas mientras alguien la bajaba de la encimera. Consiguió rozar con el talón a la otra persona y cayeron juntos al suelo.

Gateó rápidamente hacia delante, pero una mano la sujetó por la cadera y le tiró de la goma de las braguitas. Gritó antes de que alguien le tapara la boca.

Entonces, le quitó los auriculares de un tirón.

—¡Por Dios, Harper! Deja de patalear.

—¿Luke? —Miró hacia atrás y le vio la cara—. ¡Madre mía! Me has dado un susto de muerte, pensaba que eras un violador.

—¿Qué demonios hacías? He entrado en casa y te he encontrado meneando el culo en la encimera —gritó él.

—Estaba cogiendo un vaso para el zumo —respondió Harper, gritando también—. Pensaba que habías salido a correr.

—He ido a correr —contestó él apretando los dientes—, pero tengo una reunión a primera hora.

—Ah.

—¿Por qué estás desnuda?

Harper se dio cuenta de que tenía los pechos desnudos sobre el suelo de la cocina y las bragas por los muslos.

—¡Madre mía! —Intentó soltarse.

—Por Dios, deja de contonearte.

—Pero deja que me... Oh.

Harper sintió, a través de los finísimos pantalones de deporte, su erección en el muslo.

—¿Luke?

—Dame un minuto —respondió él.

—Pareces enfadado —susurró.

—¡Harper!

Cuando gritó su nombre, ella sintió un movimiento rápido contra la pierna. Él suspiró y, para Harper, su aliento fue como una brisa de verano en el cuello.

—De acuerdo, levántate —añadió Luke unos segundos más tarde.

Se levantó del suelo y la agarró del codo para ayudarla. Harper se tuvo que recolocar la ropa interior usando solo una mano, ya que con la otra se cubría los pechos.

—¿Qué más da? Ya te lo he visto todo. —Parecía enfadado.

—Vale. —Puso los brazos en jarras—. ¿Estás enfadado porque me he subido a la encimera?

Luke la miró a la cara, pero los ojos se le volvieron a ir hacia abajo. Harper apretó los dientes.

—Oye, tengo los ojos aquí arriba.

—Sí, ya, pero no es tan fácil.

—¿Por qué estás tan enfadado?

—A la mierda.

La cogió por la cintura de las bragas una vez más y la acercó a él. Se quedaron inmóviles, con las bocas a pocos centímetros, durante un segundo. Luego otro. Harper fue la primera en moverse y le puso las manos sobre los hombros. Cuando vio que él no se movía, se puso de puntillas y lo besó.

La boca de Luke, como el resto de su cuerpo, estaba tensa.

Movió las manos por la espalda de Harper y la acercó más hacia él para besarla con más fuerza. Ella echó la cabeza hacia atrás para aceptar el movimiento. Con la lengua, le abrió la boca aún más y se rindió ante él. La saboreó y ella le clavó los dedos en los hombros.

La llevó hacia la nevera sin dejar de besarla. Harper le metió las manos por debajo de la camiseta y él se la quitó antes de volver a besarla.

Luke sentía los pezones duros de Harper en la piel y ella notó que el corazón de él latía con fuerza bajo el tatuaje del fénix; el suyo latía al mismo ritmo acelerado.

Le mordió el labio inferior y él tomó aire con fuerza y le acarició los costados hasta llegar a la parte baja de los pechos. Harper suspiró cuando él le acarició con los pulgares la cima sensible de los senos.

Aquella sensación de tortura hacía que ella lo deseara todavía más. Le metió una mano por la cintura de los pantalones de deporte y le agarró el miembro con los dedos.

—Harper —dijo él en un tono que parecía un gemido y una advertencia al mismo tiempo.

Ella le acarició la erección desde el nacimiento hasta la punta. Luke apoyó la cabeza contra la de ella para intentar recuperar el aliento. Sus manos se quedaron inmóviles sobre los senos de Harper.

Ella repitió el gesto sin miedo. Él le pellizcó los pezones y empezó a jugar con ellos. Harper encontró unas gotitas en la punta del pene y se pasó la mano por la tripa para embadurnarla con el líquido.

Luke apartó una de las manos de sus pechos y, después de abrirle las piernas con la rodilla, llevó los dedos hacia la entrepierna de Harper, que sintió que su mundo se desvanecía cuando le acarició la tela húmeda de la ropa interior. Quería notar sus dedos dentro de ella, que calmaran el anhelo que sentía.

Él la acarició por encima de la tela una y otra vez, al ritmo de los movimientos de Harper, y cuando volvió a acariciarle el pezón, Harper pensó que iba a perder el control.

Luke gruñó, apartó la tela de algodón hacia un lado, llevó la mano a su entrepierna y presionó los dedos contra la parte húmeda. Se pasó una de las

piernas de Harper por encima de la cadera para poder acceder a ella con facilidad. Ella recibió la presión de su mano con gusto y con las piernas abiertas.

Luke dobló las rodillas para llegar a sus senos con la boca.

Desde ese ángulo, Harper le frotó la punta del pene contra su torso.

Le succionaba el pecho con tal intensidad que a ella le temblaban las piernas. Empezó a masturbarlo más rápido mientras lo acercaba a su vulva.

Estaban tan cerca, a tan solo unos centímetros.

Cuando sonó el timbre, recordaron dónde estaban.

Luke dejó de mover las manos y retrocedió. Dijo una palabrota y se colocó la parte elástica de los pantalones de tal manera que le escondiera la erección.

—Es Frank. Ha venido a buscarme para que vayamos juntos a la reunión.
—Se pasó una mano por la cara—. Mierda.

Ella se apoyó contra el metal frío de la nevera; los pechos se le movían de arriba abajo en busca de aliento.

Luke la cogió por los hombros y apoyó su frente sobre la de ella.

—Ve a la planta de arriba. Ahora.

Harper asintió, pero se quedó inmóvil. Luke suspiró y agarró la camiseta del suelo.

—Venga, tápate. —Se la pasó por encima de la cabeza y luego por el torso. Los agujeros para los brazos eran tan grandes que no le cubrían los pechos, pero al menos tenía los pezones tapados.

Le puso bien la ropa interior y Harper se estremeció cuando sus dedos le rozaron la piel, sensible.

Luke la agarró por la nuca y la acercó a él. Parecía que le quisiera decir algo, pero en lugar de eso, le dio un beso en la boca.

—Sube antes de que le abra la puerta a Frank.

Harper asintió y corrió hacia las escaleras de la parte delantera de la casa. Evitó mirar por las aberturas, pues no quería saber si Frank era testigo de su humillación.

Luke esperó hasta que estuvo en la habitación antes de abrir la puerta.

Harper oyó la risita de Frank.

—¿Interrumpo algo, jefe?

¿Qué demonios le pasaba? Había sido muy claro con ella, y consigo mismo, y ahora actuaba así; la había cogido de la encimera de la cocina y había estado a

punto de tirársela contra la nevera.

Genial, ahora volvía a tener una erección. Había pasado así la mayoría del día.

Evitaba ir a la oficina porque sabía que, en cuanto la viera, querría repetir una y otra vez. Frank vociferaba a su lado sobre el trabajo, pero él no había escuchado ni una palabra.

¿Se le iba a poner dura cada vez que fuera a por una cerveza a la cocina a partir de ese momento?

Se suponía que era una solución sencilla y fácil: él le daba un trabajo y un lugar donde vivir y ella fingía ser su novia. Pero evidentemente, el papel que interpretaba se estaba volviendo confuso para ambos. Tendría que aclarar las cosas. Debía poner unos límites.

¿Cómo se suponía que iba a dormir esa noche sin romperle la camiseta y tirársela ahora que la había probado?

—¿Me estás escuchando? —Frank lo miraba fijamente.

Luke tensó la mandíbula.

—Encárgate de todo, Frank. Me tengo que ir.

—Las mujeres nos vuelven tontos —le advirtió Frank mientras Luke subía a la camioneta.

—Cuánta razón tienes —respondió entre dientes mientras metía la marcha atrás.

¿Dónde se suponía que tenía que ir ahora? No podía ir a la oficina, porque, solo con ver sus curvas y sus labios carnosos, le entrarían ganas de ponerla en el escritorio y...

—Maldita sea. —Dio un puñetazo al volante. Frank tenía razón, Harper lo estaba volviendo tonto. Nunca tendría que haber dejado que se quedara; tendría que haberla ayudado a encontrar un piso pequeñito en la otra punta de la ciudad en el que nunca la habría visto bailar desnuda sobre la encimera.

¿Qué habría pasado si Frank no los hubiera interrumpido por la mañana? ¿Y si le hubiera arrancado la ropa interior y se hubiera introducido en su cálido y apretado...?

Aferró el volante cuando sintió que le crecía la erección. Tenía el cerebro lleno de motivos por los que aquello era una mala idea, pero su cuerpo no estaba interesado en oír ninguno de ellos.

¿Y si se limitaba a dejar de pensar? ¿Y si se rendía? Era evidente que la atracción era mutua. Recordó la lujuria en sus ojos grises y profundos cuando la tocó. Harper no podía esconder lo que sentía; sus ojos siempre la delataban. Sabía que, si se rendía, sería una pasada. Le había bastado con ver cómo

respondía cuando la tocaba; era como si lo necesitara más que respirar. ¿Se conformaría Harper con que solo se acostaran? ¿Sería solo sexo?

Negó con la cabeza. Harper merecía algo mejor, no solo un polvo rápido e informal.

Y entonces, tuvo la certeza de que cuando se introdujera en su interior no sería solo sexo. Sería una experiencia religiosa y no estaba preparado para eso, aunque fuera solo algo temporal; él se iría pronto y ese era un argumento más que suficiente para no acostarse con ella. Sin embargo, también era el motivo por el que quería hacerlo.

No era tan tonto como para fingir que no la deseaba más que el aire que respiraba. Si la tenía viviendo en casa y dormía con ella, era solo cuestión de tiempo que perdiera el control.

Por el momento necesitaba distanciarse. Y la ducha más larga y fría de todos los tiempos.

Capítulo 12

Harper pensaba que Sophie era vidente, pues, en cuanto entró en la oficina, la llamó para invitarla a comer.

—He pensado que así me puedes poner al día de cómo te van las cosas... con Luke.

Harper no sabía cómo funcionaban las familias, pero estaba convencida de que Luke se enfadaría si le contaba a su hermana lo que les había pasado por la mañana. Sintió que se le endurecían los pezones al recordar cómo la había besado Luke, cómo le había acariciado el cuerpo.

Soltó aire despacio. Si no lograba olvidar las imágenes de esa mañana, que se le habían grabado a fuego en el cerebro, tendría que ir a casa a la hora de comer para cambiarse de ropa interior.

La puerta de la oficina se abrió. Harper se mordió el labio y rezó rápidamente para que no fuera Luke, pues todavía no estaba preparada para ver su perfecto rostro.

—Tú debes de ser Harper —dijo una voz alegre.

Giró la silla y vio entrar a una pelirroja con curvas y un pequeño pendiente en la nariz. Llevaba un ramo de flores enorme.

—¿Beth?

—¡La misma! —Dejó las flores en el escritorio de Harper y le extendió la mano—. Te abrazaría, pero no quiero pasarme de agradecida y asustarte.

Harper rio y le estrechó la mano; la mujer tenía las uñas pintadas de lila.

—¿Tan malo es?

Beth sacudió la melena de rizos pelirrojos y puso los ojos en blanco.

—Ni te lo imaginas. Llevo un año intentando que Luke contrate a un gerente a jornada completa, pero siempre dice: «Ahora me pongo», y luego nunca lo hace.

—Deja que adivine, está muy...

—Ocupado —terminó Beth—. Sí, así es él. Me alegro muchísimo de que estés aquí y solo me hace falta verte para saber que eres una persona normal y

buena, así que no me tengo que preocupar por que vayamos a trabajar juntas.

—¿Es que esperabas a alguien con dos cabezas?

—Bueno, no sabía qué esperar de la mujer que ha conseguido conquistar a Luke Garrison. —Beth dejó su enorme bolso en el suelo, al lado de su escritorio, y se dejó caer en la silla—. Con estos solteros de oro, nunca sabes qué va a pasar. Puede que caigan rendidos a los pies de una chica normal, como tú, o puede que se vuelvan locos por estar siempre solos y pillan lo primero que se les pone por delante.

—A lo mejor estoy taradísima, pero lo escondo para engañarte y gustarte —le advirtió Harper.

—Cierto —respondió Beth mientras encendía el ordenador—. Quizás debería llevarme las flores hasta que te las hayas ganado de verdad.

—Ay, antes de que se me olvide. Luke me ha dicho que te encanta el café, así que he hecho de sobra. Y hay leche con sabor a vainilla en la nevera.

—Acabas de recuperar las flores —contestó Beth antes de levantarse y dirigirse hacia la cafetera—. Me da igual si estás loca o no, pero eres considerada y entiendes mi obsesión por la cafeína. Este es el comienzo de una hermosa amistad.

Harper rio y se giró de nuevo hacia el ordenador. Beth la distraería y así no tendría que pensar en lo que había sentido al tener el duro pene de Luke contra su cuerpo.

«¡Mierda!».

Harper llegó al restaurante unos minutos antes que Sophie, así que empezó a mirar la carta mientras tomaba té helado. La hermana de Luke se desplomó en la silla de enfrente.

—Muchas gracias por venir a comer conmigo hoy. Josh me tiene de los nervios —dijo moviendo las manos en el aire—. Se ha cortado el pelo con unas tijeras de podar. Y yo no me he dado cuenta hasta que no lo he visto intentando esconder el pelo en el plato de la comida del perro.

—Y yo que pensaba que la maternidad consistía solo en los ratos de lectura y la hora de la siesta.

—También consiste en tener que desenganchar los espaguetis secos de la mesa del comedor y en taparte las orejas porque tu hijo practica para ser cantante de ópera —añadió Sophie.

Harper sonrió y dio un trago a la bebida.

—Un día duro, por lo que veo.

—Tendría que haberte dicho de quedar en la licorería, así podríamos cambiar la comida por alcohol. Bueno, dejemos de hablar de mí. ¿Qué tal el trabajo? ¿Cómo va la convivencia con Luke?

—Bien. Aún estoy liada con los documentos atrasados y las actualizaciones, pero me gusta.

—Ya. ¿Y qué tal en casa?

—Bueno, eh, bien, también. Compartir piso con Luke es muy fácil.

—Ya me han dicho que os han pillado medio desnudos en la cocina esta mañana.

Harper se atragantó con el té.

—¿Quién te lo ha dicho? —le preguntó mientras se limpiaba la boca con una servilleta.

Sophie sonrió.

—El gruñón de Frank es más bocazas que Georgia Rae.

—Dios mío. —Se tapó la cara con las manos.

—¿Te gusta?

—¿Frank? Pues ahora mismo no mucho, la verdad.

—¡No! Frank no le gusta a nadie. Me refiero a Luke.

—Sophie, eres su hermana. ¿Qué se supone que tengo que responder?

Sophie se recostó en la silla y sonrió como lo haría un gato que se acabara de zampar un nido entero de canarios. El camarero las interrumpió para tomarles nota y Harper aprovechó para intentar deshacerse del rubor en las mejillas.

—Te gusta. —Se limitó a decir Sophie.

—Claro que me gusta. Es perfecto: inteligente, considerado, guapísimo y bueno con su familia. Pero eso no entra en el trato. Estaré aquí solo un mes y no quiero complicar las cosas.

—¿Por qué tiene que complicar las cosas que os gustéis? —preguntó Sophie mientras cogía el refresco *light* que le ofrecía el camarero—. Oh, cafeína, cuánto te quiero.

—No quiero encariñarme con él —respondió Harper con un suspiro—. Lo nuestro no es real, es por pura conveniencia. Él se marchará pronto y yo seguiré con mi vida.

—Bueno, pues entonces no hay ningún motivo que te impida disfrutar de lo que tienes ahora —insistió Sophie—. Sois dos adultos que aceptáis mantener relaciones.

—Creo que yo estoy más dispuesta que él.

Sophie rio.

—Mi hermano es muy terco a veces con lo de no desviarse del camino. Pero yo tengo fe en ti; lo sacarás a rastras de ese camino, y al final, él se alegrará. Hace mucho tiempo que no lo veía tan relajado como el domingo pasado.

Harper reaccionó.

—¿De verdad?

—Eres lo que necesita.

—Y tú eres la titiritera que se encargará de que eso ocurra, ¿no?

Sophie movió las manos como si intentara deshacerse de las palabras.

—Yo solo he hecho que dos adultos sanos vivan juntos en una casa y hagan un pacto que beneficia a ambos. Pensé que la naturaleza se encargaría del resto y, a juzgar por lo que Frank ha visto esta mañana, creo que la naturaleza va ganando.

—Yo estoy completamente a favor de la naturaleza en este caso, pero creo que Luke no está tan receptivo. Creo que no quiere... que le guste. No consigo descifrarlo.

La camarera les trajo la comida; Sophie dio un mordisco al sándwich y apuntó a Harper con él.

—En primer lugar, ¿sabes qué hacía Luke en el bar la semana pasada?

Dijo que no con la cabeza. No parecía el típico chico social al que le gustara salir los viernes por la noche.

—Hace dos semanas tuve problemas con un cliente que no se quería ir e intentó meterme mano. Por suerte, Ty vino a buscarme cuando acabé el turno y se encargó del tío, pero Luke vino el viernes y se pasó toda la noche sentado en un taburete para asegurarse de que su hermana pequeña estaba bien. Así es Luke —dijo Sophie mientras se llevaba una mano al corazón—. No puedo quererlo más. Quiero que vuelva a ser feliz y creo que tú eres la clave.

—¿Por qué no es feliz? —preguntó Harper mientras pinchaba la ensalada con el tenedor. Había visto atisbos de dolor y tristeza en sus ojos pardos.

—Hay cosas que cuestan más de superar que otras, pero hay una línea entre tardar mucho y no recuperarse nunca, y creo que Luke se está acercando demasiado a la línea.

—¿De qué se tiene que recuperar?

—Creo que sería mejor que te lo contara él. —Se comió la mitad de una patata frita—. Bueno, ¿cómo habéis acabado desnudos en la cocina?

Harper intentó disfrutar del resto de la comida con Sophie, pero no pudo evitar tener curiosidad. Cuando volvió a la oficina, tenía muchísimas preguntas. ¿Cuál era el secreto de Luke? ¿Qué le había ocurrido? ¿Estaba relacionado con que viviera en una casa vacía? ¿Qué significaba lo de aquella mañana?

Nunca había deseado tanto a alguien. Lo anhelaba. A pesar de que la cálida luz primaveral entraba por las ventanas de la oficina, se le erizaba la piel al recordar sus caricias.

Intentó concentrarse en lo que Beth le estaba diciendo sobre las cuentas pendientes de pago, pero el ruido de unas botas de trabajo sobre el suelo de madera la distrajo.

—Me alegro de verte con ropa, para variar —dijo Frank con una risita al pasar por el lado de las chicas para dirigirse al despacho de Luke.

—Qué gracioso eres —contestó Harper mirándolo con cara de odio.

Beth no pudo evitar reír.

—Hola.

Harper se giró en la silla y vio a Luke, detrás de ella y con las manos en los bolsillos.

—Hola.

Sintió que se le sonrojaban las mejillas. No lo había vuelto a ver desde que había tenido la mano sobre su dura y palpitante...

—Hola, jefe —saludó Beth.

—Beth. —Luke asintió sin dejar de mirar a Harper—. ¿Nos puedes dejar un momento a solas?

—Claro. Aprovecharé para llamar a mi suegra y asegurarme de que los mellizos no le han destrozado la casa. —Salió de la oficina y bajó por las escaleras.

Luke se acercó y se apoyó en el escritorio de Harper, que sintió que se le endurecían los pezones y se cruzó rápidamente de brazos. «Mantén la calma, Harper», pensó.

—¿Cómo ha ido la reunión?

—No ha conseguido distraerme lo necesario —respondió él.

Harper se ruborizó.

—Creo que tenemos que hablar de eso.

¿Hablar? Harper prefería hacer algo al respecto.

—Solo quieres decirme por qué te parece una mala idea.

—No quiero hacerte daño, Harper. No podemos tener nada. Me iré pronto y esto es solo algo temporal.

—¿Nunca has tomado una mala decisión? ¿Aunque fuera solo temporal?
—preguntó de broma.

Luke negó con la cabeza.

—Nunca he estado tan tentado antes.

—¿Y ahora?

—¿Ahora? —preguntó él. Entonces, extendió el brazo y le acarició el labio inferior con el pulgar.

Harper abrió la boca y lo saboreó.

—Ahora estoy muy tentado.

Luke se inclinó hacia delante y apoyó las manos en los reposabrazos de la silla. Harper llevaba un vestido blanco que, al estar sentada, le quedaba por los muslos. Se miraron fijamente a los ojos y él le pasó la endurecida palma de la mano por el interior de la pierna.

Ella respiró con dificultad, sin mover las manos del reposabrazos de la silla.

—¿Entiendes por qué esto es una mala idea? —preguntó él en voz baja. Acarició con los dedos el borde de las bragas de algodón blanco.

Harper habría jurado que el corazón le había dejado de latir.

—En cuanto te veo, solo puedo pensar en introducirme en tu interior. —Tocó con las yemas de los dedos los pliegues sensibles que había bajo la capa de tela—. En lo cerca que he estado de hacer que te corras o en qué sentiría al hacerte perder el control y que llegaras al orgasmo conmigo dentro.

—Cuando quieras, jefe —gritó Frank desde el despacho de Luke.

Luke le cerró las piernas y le dio un beso en la boca.

—Luego hablamos. —Se dio media vuelta, se dirigió al despacho y dejó a Harper inmóvil y temblorosa en la silla.

Harper seguía estremecida por las palabras de Luke y se había pasado gran parte de la tarde con la mirada perdida en la pantalla del ordenador. Cuando salió del despacho para dirigirse a una obra, le lanzó una mirada tan ardiente que la dejó sin aliento.

De repente, ya no estaba tan segura de si iba a ser capaz de sobrevivir si se acostaba con un hombre como Luke. Si una sola mirada tenía ese efecto en ella y él resultaba ser tan hábil con el resto del cuerpo como con los dedos, era posible que muriera en sus brazos.

Era un riesgo que estaba dispuesta a correr.

Beth silbó cuando Luke cerró la puerta al salir.

—Menuda química. Pensaba que te iba a comer con los ojos.

Harper se abanicó con la mano para deshacerse del rubor en las mejillas.

—¿Siempre se comporta así?

Beth sacudió la cabeza.

—Qué va. Es la primera vez que veo esta versión tan ardiente de él. Parece un volcán a punto de entrar en erupción.

La idea hizo que Harper se lo imaginara en situaciones sensuales. Luke entrando en erupción. Se volvería loca solo de pensarlo.

Luke le mandó un mensaje justo cuando ella empezaba a recoger para irse a casa.

Trabajo hasta tarde. No me esperes.

Se sintió decepcionada a la vez que aliviada, pero no le haría daño pasar algo de tiempo sola. En cuanto llegó a casa, se sentó delante de la televisión y tardó unos minutos en darse cuenta de que no la había encendido.

Temblorosa, se levantó y empezó a deambular por la casa. Tener tiempo libre para pasarlo como quisiera era una experiencia nueva para ella. ¿Qué quería? Imaginó a Luke apretando los dientes y metiéndole los dedos en la vagina. Eso respondía a la pregunta.

—Necesito una afición —murmuró intentando ignorar el anhelo que sentía entre las piernas. Una afición que no fuera llegar al orgasmo solo por pensar en Luke.

Al final, hizo la lista de la compra y planificó las cenas de la semana antes de dirigirse al supermercado. Colocó la comida, se preparó un sándwich de mantequilla de cacahuete y mermelada y se metió en la cama con un libro de bolsillo que había comprado en la tienda. Era una novela negra; mucho mejor que la novela romántica que había escogido al principio.

No necesitaba ningún estímulo para abalanzarse sobre Luke cuando dormía.

Finalmente, se quedó dormida con el libro contra el pecho y soñó con maníacos asesinos.

Cuando se despertó por la mañana, sintió la cama vacía. El lado de la cama de Luke estaba sin deshacer. Bajó por las escaleras con su camiseta y se detuvo de repente en el umbral de la sala de estar.

Luke, que medía más de un metro noventa, estaba embutido en el sofá. Tenía un brazo sobre la cabeza y otro colgando por encima del reposabrazos. No se había puesto el pijama.

—¿Luke?

Se levantó rápidamente, se sentó y bostezó. Intentó estirar el cuello, pero le había dado un tirón.

—¿Has dormido aquí?

Tuvo que girar todo el cuerpo para mirarla, porque no podía mover el cuello.

—Ay. Sí.

—Ya veo que es comodísimo, ¿verdad?

—He dormido como un tronco —mintió él.

—Debes de tenerme muchísimo miedo —contestó ella mirando hacia atrás mientras se dirigía a la cocina.

Ignoró sus quejidos en el comedor y se sirvió un vaso de zumo.

Luke se levantó del sofá y se tambaleó hacia el pasillo intentando deshacerse de los calambres.

Harper le sirvió una taza de café y se la ofreció.

—No me mires así —le dijo con la voz ronca de recién levantado.

—Mereces que te mire así. ¿Es que ya no puedes ni dormir conmigo? No voy a abusar de ti.

Suspiró; ella puso los ojos en blanco.

—Bébetelo café, anda.

—Tengo que ir a unas reuniones y a un entrenamiento en la base militar este fin de semana. ¿Estarás bien sola?

—¿No pasarás la noche aquí hoy?

Negó con la cabeza y le dio un trago al café.

—No. Llegaré mañana por la noche. Bastante tarde.

—Vale.

Harper lo miró, expectante.

—Vale. —Luke le devolvió la mirada. Estaba sexy hasta con las marcas de dormir en la cara. Asintió—. Voy a hacer la maleta.

Harper observó como se alejaba y suspiró.

Capítulo 13

Luke se estaba comportando como un cobarde. Aceleró en la carretera con cara seria. Cuando el comandante lo había llamado el día anterior por la tarde para informarle de que tendrían que asistir a una sesión de repaso de la instrucción básica, Luke había sugerido que el equipo se reuniera el sábado para prepararse para el entrenamiento del día posterior. No podía pasar un fin de semana a solas con Harper; podría morir por falta de riego sanguíneo en el cerebro.

Había pensado en darle un beso de despedida, pero recuperó la voluntad y le deseó que pasara un buen fin de semana desde el otro lado de la isla de la cocina.

Se dijo a sí mismo que lo hacía por ella. No era de aquellas que tenían una aventura y pasaban página; Harper merecía algo mejor. Por eso mantendría las distancias con ella durante lo que quedaba de mes. Así, cuando se fueran, quedarían como amigos.

Amigos que podrían haber tenido derecho a roce.

Golpeó el volante de la camioneta con las manos.

—Céntrate, tío.

«Concéntrate en el trabajo y todo irá bien».

Harper decidió ser un poco productiva y comenzó a hacer la colada. Recogió toda la ropa sucia, las toallas y las sábanas que encontró y se dirigió al sótano.

No daba tanto miedo como se había imaginado. Tenía ventanas pequeñas por todo el perímetro en la parte alta de la pared, las cuales permitían que entrara la luz de la mañana. Tal y como Luke le había dicho, había una lavadora y una secadora en una esquina, al lado de un fregadero sucio y una práctica encimera.

Dejó la cesta de la ropa sucia en el suelo y empezó a llenar la lavadora. El rincón estaba demasiado bien organizado, lo cual demostraba que no era una

zona que se usara a menudo. No había calcetines desaparejados ni camisetas encogidas u olvidadas, solo detergente, lejía y toallitas para la secadora.

Mientras la lavadora se encendía a trompicones, Harper observó el resto del sótano, en el que, al igual que en el resto de la casa, no había más que cajas y bolsas de plástico.

Al otro lado de las escaleras, había una puerta que daba a un cuarto pequeño, probablemente fuera un trastero. Se preguntó si ahí estarían los anuarios de Luke y otros recuerdos de su infancia, pero cuando giró el pomo, vio que estaba cerrada.

El pomo era nuevo y tenía una llave. A lo mejor guardaba las armas allí. No había visto ninguna en la casa, así que era más que probable que las guardara bajo llave en un lugar seguro.

Harper pasó el resto de la mañana ajetreada en casa. Abrió las ventanas para que entrara el aire fresco de la primavera mientras barría los suelos de madera y quitaba el polvo de los muebles. Dobló y colocó la ropa de dos lavadoras y volvió a hacer la cama.

Mientras barría las hojas del año anterior del porche delantero de la casa de Luke y fantaseaba con el sándwich de ternera que se iba a preparar para almorzar, oyó que la llamaban.

Había una chica bajita y morena a medio camino entre la acera y el porche. Se agarraba las manos con fuerza sobre el regazo y llevaba un pañuelo de flores de colores en el cuello.

—Siento molestarte, pero Ty me ha dicho que estarías aquí.

Harper apoyó la escoba en la barandilla.

—Eres Gloria, ¿verdad?

La chica asintió.

—No sabía si me reconocerías. Como no...

—No nos han presentado —acabó Harper.

Gloria sonrió un poco.

—Exacto. Espero que no te importe que haya venido.

—No, para nada. Me has dado la excusa perfecta para dejar de limpiar.

—Harper se acercó a la chica—. ¿Tienes tiempo para quedarte un rato?

—Eh, claro. Si no es molestia.

—Me vendrá bien un poco de compañía. Sobre todo si no has comido todavía, porque me estoy muriendo de hambre.

—Vaya. Bueno, no sé si debería...

—Por favor. Me encantaría tener compañía —insistió ella. Harper ya había visto casos como ese antes, en los que a la persona se la había privado

durante tanto tiempo del derecho a tomar decisiones que le costaba acostumbrarse cuando tenía esa libertad. Se dio media vuelta y caminó hacia el porche—. Adelante.

Harper la guio hasta la cocina, cogió dos platos del armario y los dejó en la isla.

—¿Me acercas el pan? —preguntó señalando la hogaza que había en la encimera antes de empezar a sacar de la nevera los ingredientes para el sándwich.

Le dio una tabla de cortar y un tomate maduro a Gloria y le dijo:

—Lo cortas, ¿por favor?

Gloria empezó a trocear el tomate y Harper comenzó a preparar los sándwiches.

—¿Te apetece de ternera?

—Sí, pero de verdad que no hace falta que te compliques.

Harper untó la mayonesa en el pan.

—Bueno, me estás ayudando. ¿Qué te trae a la vacía morada de Luke?

La dulce risa de Gloria resonó en la cocina.

—Sí que es un poco austera, sí.

—A lo mejor es minimalista.

—O tiene miedo al compromiso.

—Y parece que le afecta hasta a la hora de comprar muebles. —Coincidió Harper. Le dio a Gloria un plato en el que había un sándwich con una banderilla de pepinillos—. ¿Quieres agua o prefieres un refresco?

—Agua, por favor.

Sirvió dos vasos de agua fría antes de sentarse con Gloria en la isla. Comieron juntas y en silencio durante unos minutos.

—Harper, solo quería darte las gracias —dijo Gloria de repente.

—De nada, aunque solo es un sándwich.

—No es solo por el sándwich, que está buenísimo por cierto, sino también por haberme ayudado con Glenn aquella noche en el bar. Se lo he consentido durante tanto tiempo que pensaba que ya nadie me veía. Hasta que no vi que le hacía daño a otra persona, no me di cuenta de que tenía que acabar. Y siento que te hiciera eso.

Harper se pasó un dedo por encima del moretón, que ya estaba desapareciendo.

—Habrás merecido la pena si con eso consigues tener la vida que deseas. ¿Tú, cómo estás?

—Estoy bien —contestó la mujer mientras jugueteaba con el pepinillo que tenía en el plato—. Estoy viviendo con mi madre de momento. Y he presentado cargos contra él.

Agarró el sándwich y le dio otro mordisco.

—Es un paso muy valiente.

—Habría sido más valiente si lo hubiera dado hace años.

—La vida pasa muy deprisa. No hay mucho tiempo para pensar en qué podríamos o deberíamos haber hecho —dijo Harper poniendo una mano sobre la de Gloria.

—A veces es lo único en lo que puedo pensar. En lo diferente que habría sido mi vida si hubiera ido a la universidad o si nunca hubiera empezado a salir con él.

Harper asintió.

—Puede que ahora sea tu momento. Ahora podrás saber cómo sería tu vida sin él.

—Es complicado. Ya no tengo muchos amigos. Supongo que no es fácil ser amiga de alguien que no deja de tomar malas decisiones una y otra vez. Al final todos tienen que decidir si vale la pena seguir intentándolo.

—¿Y qué harás ahora?

—Buscaré trabajo, un lugar donde vivir y demostraré lo que valgo.

—A mí me parece un buen plan. ¿Puedo ayudarte en algo?

—¿Quieres ser mi amiga? Entenderé si me dices que no, sobre todo teniendo en cuenta que te dieron un puñetazo en la cara por mi culpa.

—Yo me lo gané solita y gracias a ese puñetazo vi los preciosos ojos de Luke Garrison al despertar. Creo que te debo una amistad muy duradera.

Gloria rio.

—Yo fui al instituto con Sophie y Luke. Es un buen chico.

—Sí que lo es. —Harper asintió.

Cuando acabaron de comer, acompañó a Gloria a la puerta.

—Me ha encantado conocerte oficialmente —dijo la chica—. Y una vez más, quiero que quede claro que te estoy muy agradecida y que lo siento.

—Insisto, no hace falta que te disculpes. Vamos a ser mejores amigas, así que deberíamos ir a cenar algún día —respondió Harper mientras abría la puerta.

—¿Alguien ha dicho «cena»? —preguntó una voz masculina desde el porche.

Era un hombre con el pecho fuerte que llevaba unos pantalones cortos y deportivos. Subió los escalones del porche de una zancada. Tenía el pelo

grueso, oscuro y rizado en las puntas y una sonrisa impecable.

Harper se dio cuenta de que a Gloria se le habían sonrojado ligeramente las mejillas.

—Hola, Aldo —dijo la chica con timidez.

El hombre se quitó las gafas de sol.

—Hola, Gloria, ¿qué tal?

A la chica se le ruborizaron las mejillas un poco más.

—Tú debes de ser Aldo, porque así te ha llamado Gloria. —Harper extendió la mano.

—Y tú debes de ser la famosa Harper. —Le estrechó la mano con fuerza—. He pensado que sería buena idea venir a echar un vistazo, ya que mi mejor amigo está de viaje, para saber por qué se le ha olvidado comentarme que está viviendo con su novia.

—¿Y asegurarte de que no soy una psicópata?

—Ya sabes lo que dicen: los amigos se encargan de que las novias no sean psicópatas.

—No conozco ese dicho. ¿Tengo que pasar alguna prueba?

—¿Qué te parece si te examino durante la cena? El lunes. Aquí. Haré hamburguesas y perritos calientes.

—Gloria, me gustaría confirmar que este chico es amigo de Luke antes de invitarlo a cocinar en su casa.

Gloria asintió.

—Sí que son amigos.

—Desde primaria —añadió él.

—Vale, con eso me basta. ¿Te va bien a las siete, Gloria?

Vio que su nueva amiga dudaba.

—Por favor, dime que harás una de tus tartas de manzana y seré tu esclavo para siempre —suplicó, y la cogió de la mano.

Gloria se mordió el labio.

—De acuerdo. —Se giró hacia Harper—. Nos vemos el lunes.

—Hasta pronto, Gloria —se despidió Aldo, apoyado en el marco de la puerta.

La chica pasó rápidamente por su lado y bajó los escalones sin dejar de sonreír.

—Me gusta verla sonreír —comentó él—. Bueno, Harper, si es que ese es tu nombre de verdad, háblame de ti.

—¿Quieres pasar?

—No suelo entrar en casa de nadie hasta que no sé qué puedo confiar en la persona, pero me quedan seis kilómetros para llegar a los doce y me vendría muy bien un poco de agua.

Harper se enteró de que Aldo era el mejor amigo de Luke desde que iban al colegio. Los dos salían a correr en verano, jugaban al fútbol y, en el último año del instituto, se inscribieron juntos a la Reserva del Ejército.

—¿Conoces a Gloria?

—La verdad es que la acabo de conocer oficialmente.

—He oído que se ha ido de casa y que ha presentado cargos —dijo él mientras jugaba con la botella de agua que le había dado Harper.

—Eso parece —respondió ella con una sonrisa inocente—. ¿Y tú desde cuándo la conoces?

—La conozco de toda la vida. Estaba en segundo cuando nosotros estábamos en el último año. Ya se oía hablar mal de Glenn por aquel entonces.

—Parece que los años no lo han ablandado.

—He oído que tenías un moretón enorme en la cara.

—Por favor. Tendrías que haber visto cómo acabó el otro tío —respondió ella entre carcajadas.

—Ojalá hubiera estado allí.

Harper se quedó en silencio y dejó que Aldo pensara.

—¿Desde cuándo te gusta Gloria?

—Desde que la oí cantar en la función del cole.

Harper sonrió; él miraba fijamente el agua.

—¿Y cómo es que el chico guapo y estrella de fútbol americano no consiguió a la chica?

Negó con la cabeza.

—Nunca lo intenté.

—A lo mejor deberías intentarlo ahora.

Aldo la miró fijamente a los ojos.

—Me gusta cómo piensas, Harper.

—Ve a por todas en la cena del lunes, colega.

—¿Colega? ¿Lo dices en serio?

—Que empiece la competición para ver a quién se le ocurre el peor apodo.

Por la noche, cuando acabó de cenar la sopa de lata y el sándwich de beicon, lechuga y queso y de fingir que miraba la televisión, Harper se acurrucó en la cama sobre la almohada de Luke. Se puso una camiseta que él había llevado y que no había lavado a propósito para que oliera a él. Se había ido a la cama una hora antes de lo normal, pero la había pasado mirando al techo y pensando en él. En cómo la miraba de aquella manera y la leía a la perfección. Su mandíbula, que normalmente era una línea firme, siempre estaba cubierta por la sombra de la barba de un día. Y su cuerpo, todo músculo duro bajo esa piel tatuada que pedía a gritos que Harper lo...

Recibió un mensaje en el móvil y despertó de su fantasía.

Se le aceleró el pulso cuando vio el nombre de Luke en la pantalla.

¿Qué tal el día?

Se hizo la interesante.

Genial, ¿y el tuyo?

Unos segundos más tarde, respondió:

No ha estado mal. Me estoy preparando para irme a la cama ya.

Seguro que es más cómoda que el sofá.

Añadió una carita guiñando un ojo. Eso no hacía que dejara de ser interesante, ¿verdad?

Qué graciosa. ¿Qué haces despierta todavía?

Pensar en ti.

El teléfono tardó dos minutos en sonar.

Yo estoy igual. Para ser mi novia falsa, no puedo dejar de pensar en ti.

Harper bailó en la cama y contó hasta treinta antes de responder.

¿Qué crees que quiere decir eso?

Se estuvo mordiendo la uña del pulgar desde que mandó el mensaje hasta que él respondió.

Pues que he pasado más tiempo lamentándome por haber decidido apartarme de ti que intentándome convencer de que lo siga haciendo.

Entonces no te alejes de mí. Pásate al lado oscuro.

Qué mona. Pero no quiero hacerte daño.

Los dos sabemos que no podemos tener nada. ¿Qué tiene de malo disfrutar del presente?

La pantalla se oscureció y, finalmente, se apagó. Pasó otro minuto en el reloj de la mesilla de noche antes de que, por fin, recibiera otro mensaje.

Duerme, cariño. Nos vemos mañana por la noche.

Capítulo 14

Harper pasó mala noche y no pudo dejar de soñar con Luke. El día siguiente lo pasó intentando no pensar en él, que volvía a su mente cada medio minuto mientras ella mataba el tiempo en casa.

Para cuando acabó de quitar el polvo de todos los rincones de la barandilla, de limpiar el interior de las ventanas de la primera planta y de leerse el libro de misterio, seguía sin tener noticias de Luke. Empezaba a preguntarse si debía mandarle un mensaje cuando le sonó el móvil, que tenía en la mano.

—Dime que hoy no estás ocupada desnudándote con mi hermano —dijo Sophie.

—Tu hermano se ha ido del pueblo y me está evitando, supongo que para protegerse de mi increíble magnetismo que hace que se le caigan los pantalones con una sola mirada. Así que no.

Sophie rio.

—Perfecto. Entonces te vienes conmigo.

—¿Adónde? —preguntó Harper mientras abría la puerta trasera. Salió al porche.

—Hoy es el chapuzón anual no polar de Benevolence para recaudar dinero.

—¿No se suelen hacer en invierno?

—Te lo cuento por el camino. Pero te apuntas, ¿verdad?

Seguro que el agua fría la ayudaría a calmarse un poco, así que dijo:

—Vale.

—¡Genial! Ponte el bañador más viejo que tengas.

Harper solo tenía un bañador y no se lo había puesto en mucho tiempo. Esperaba que todavía le valiera.

—Yo me encargo de tu disfraz. Te recojo en media hora.

—¿Disfraz?

Sophie ya había colgado.

Harper dejó el móvil en la encimera de la cocina y subió rápidamente por las escaleras para buscar el bikini.

—Resulta que hace cuarenta y cinco años a unos alumnos del instituto les pareció buena idea organizar un chapuzón de Navidad para recaudar dinero para una causa local. —Se lanzó a explicar Sophie mientras sacaba el coche de la entrada del garaje—. Creo que para una familia a la que se le había quemado la casa. Bueno, el caso es que cuando lo tenían todo planeado, el lago se congeló, así que decidieron posponerlo hasta que se derritiera el hielo.

»Y ahora, todos los años, la gente del pueblo se disfraza como si fuera Navidad y se mete en el lago. Este año recaudamos dinero para una asociación contra la leucemia y el linfoma.

—Me parece genial —respondió Harper entre risas—. ¿De qué vamos?

Sophie cogió un jersey del asiento trasero y se lo puso sobre el regazo. Harper lo agarró y se echó a reír. Ponía «Navidad, 1987» y tenía un reno deforme que volaba sobre unas protuberantes montañas nevadas.

—Son de cuando mi madre intentó aprender a hacer punto. Hemos mantenido la tradición de los jerséis, pero ahora los compramos por internet.

—Ya siento el espíritu navideño. ¿Estará muy fría el agua?

Sophie hizo una mueca.

—A ver, no es diciembre, pero te aseguro que no estará muy caliente. Por algo llaman al lago el «Infierno ártico». La gente no se baña en él hasta agosto. He traído unas cuantas toallas viejas, aunque luego nos dan chupitos y hacen hogueras. Es muy divertido.

Cuando aparcaron, Harper admiró con incredulidad la cantidad de coches que había.

—Parece que ha venido todo el pueblo.

Sophie asintió.

—Más o menos. James y Ty ya deberían estar aquí. Ty está de servicio como policía y socorrista; James saltará al lago con nosotras.

—¿Y Luke?

Sophie negó con la cabeza.

—Nunca ha participado, ni siquiera cuando iba al instituto. Creo que Luke nació siendo un adulto y dudo que haya vivido un solo día de pura diversión.

Harper gritó al ver una cara aplastada contra la ventana de su lado del coche.

—Y luego está el idiota de James, que es todo lo contrario —dijo Sophie señalando la ventana.

El chico abrió la puerta del coche del copiloto.

—Vamos, el lago no espera a nadie. —Llevaba un bañador y un jersey de Navidad de los Garrison de 1993 con un Papá Noel con el trasero al aire. Era evidente que había crecido mucho desde aquel año, pues le quedaba corto y le dejaba la barriga al aire. En la cabeza llevaba unos cuernos de reno que se iluminaban.

—Estás adorable, James —bromeó Harper al salir del coche.

James se bajó las gafas de sol y le guiñó un ojo.

—Lo sé. —Entonces le puso un gorro de Papá Noel en la cabeza y le pasó uno a su hermana—. Prepárate, hermanita.

Las chicas se quitaron la ropa y la lanzaron al asiento trasero del coche antes de ponerse los jerséis.

Harper ignoró el silbido de James cuando la vio con su bikini blanco, pero Sophie le dio una colleja.

—Esta ya está pillada. No quiero que Luke te dé una paliza.

—Pero no ha venido, así que no puede —respondió él con una sonrisa.

Harper observó el desenfreno que había a su alrededor. Realmente parecía que hubiera venido todo el pueblo. Había Papás Noel gordos y elfos con orejas puntiagudas entre gente que iba disfrazada de calcetín o de árbol de Navidad. Hasta había un grupo en el centro que llevaba bañadores rojos y verdes. También vio a Georgia Rae, que llevaba un jersey en el que ponía «Señora Noel».

James se abrió paso entre la multitud hasta el lago.

—Disculpadme, señoritas. Parece que necesitas el boca a boca —dijo Ty al acercarse para plantarle un beso sensual a Sophie. Llevaba una camiseta de socorrista, unos pantalones cortos rojos y la nariz llena de protector solar de color amarillo.

—Señorita, parece que le vendría bien un poco de oxígeno, ¿quiere que la ayude? —preguntó un chico rubio y fuerte que llevaba la misma ropa que Ty y una boya salvavidas.

Ty dejó de besar a Sophie el tiempo justo para darle un puñetazo en el brazo y decir:

—Buen intento, Linc. Esta es Harper, la novia de Luke. Harper, este es Lincoln Reed, el jefe de bomberos y el archienemigo de Luke en el instituto.

—Vaya, ¿su novia? Encantado de conocerte, Harper. —Extendió la mano y Harper se la estrechó—. Bueno, seas su novia o no, avísame si necesitas mi

ayuda.

Harper le soltó la mano riendo.

—Yo también me alegro de conocerte, Linc, pero por ahora respiro sin problemas. Qué disfraces más chulos lleváis —comentó señalando la ropa de los chicos.

—Nos tomamos esta celebración muy en serio y por eso tengo que insistir en que te tomes un chupito antes de meterte en el agua —respondió Linc con tono sobrio.

—Es una medida de precaución —añadió Ty.

—Creo que deberíamos seguir el consejo de los socorristas. —Sophie le guiñó un ojo a Harper—. Mostradnos el camino.

Ty cogió a Sophie, se la puso encima del hombro y empezó a abrirse paso entre la multitud hacia el bar improvisado, del que colgaba un cartel donde ponía: «Bar Remo».

—Camarero, necesitamos chupitos inmediatamente —dijo Ty mientras dejaba a Sophie en el suelo justo delante de la barra.

Linc le ofreció un brazo a Harper.

—Deberíamos ir con ellos, cariño.

Harper puso cara de exasperación y entrelazó el brazo con el suyo.

—Vamos.

Sheila era la camarera del Remo.

—Bienvenidas al Remo del lago, chicas. —Dejó una botella de *whisky* y una de tequila sobre la barra—. ¿Qué preferís?

—Oh, tequila, mi amigo más despreciable —respondió Sophie con un suspiro.

Harper se decantó por el *whisky* y la camarera sirvió los chupitos en vasos de plástico.

—Bien, las normas dicen que cada participante tiene derecho a dos chupitos para calentarse. Ni uno más. No queremos que se repita la catástrofe vomitiva del 2010. Podéis tomaros los dos ahora o uno ahora y otro después.

—Si fuera tú, me guardaría uno para después —comentó Lincoln apoyándose en la barra al lado de Harper—. El segundo te irá bien para que se te despierte el corazón cuando salgas del Infierno ártico. Aunque yo te puedo ayudar con eso. —Tensó los pectorales bajo la camiseta.

Harper rompió a reír.

—¿De verdad te funciona esto con las chicas de Benevolence?

—A la perfección. Estoy pensando en ampliar el área de cobertura. ¿De dónde eres tú?

—Qué tonto eres —contestó ella, riendo.

—Creo que te gustan las tonterías. —Se bajó las gafas de sol fluorescentes por la nariz.

En realidad, a Harper le gustaban los chicos serios y pensativos, pero un poco de coqueteo con uno tonto no haría daño a nadie.

—¿No os vais a tomar un chupito con nosotras?

—Lo siento, cariño, pero estamos de servicio. Tenemos que asegurarnos de que nadie se ahogue ni tenga un calambre y lo tengamos que sacar del agua para darle un masaje al lado de la hoguera. ¿Cómo tienes los gemelos? ¿Tienes alguna contractura?

Un hombre atractivo y fogoso se estaba insinuando delante de ella, pero no se le había acelerado el pulso ni lo más mínimo. Sin embargo, cuando Luke pasaba por delante de su escritorio sin mirarla, sentía que el corazón le iba a estallar. Qué injusto.

Dijo que no con la cabeza.

—Lo siento, no tengo contracturas.

—Qué pena. Se me dan muy bien los masajes. —Se apoyó en la barra y flexionó el bíceps.

Harper le miró el músculo hinchado. Nada, no sentía ni un cosquilleo.

—Un brindis, Harper —anunció Sophie, que la cogió del brazo—. Por tu primer chapuzón benéfico en Benevolence.

—¡Salud!

Chocaron los vasos de plástico y se bebieron los chupitos de un trago. Harper notó que el ardor le bajaba por el pecho.

James reapareció y le puso una mano en el hombro.

—Venid, quiero que estemos delante del todo para ser los primeros en entrar y en salir.

Sophie le dio un beso en la mejilla a su marido.

—Encárguese de que todo el mundo esté bien, agente *sexy*.

—Claro que sí, nena —respondió él dándole una palmada en el culo.

—Buena suerte, cariño —dijo Lincoln con una sonrisa de suficiencia—. Me mantendré cerca por si me necesitas.

James les dio la mano y las guio entre la multitud hasta la orilla del lago. Ya tenían lista la hoguera, alrededor de la que se agrupaban los voluntarios de los bomberos, que preparaban malvaviscos, galletas saladas y chocolatinas.

Un hombre vestido de Papá Noel que llevaba un tubo de buceo, gafas para nadar y aletas se colocó al lado de Harper, le guiñó un ojo y le dijo:

—Prepárate para un frío glacial.

—¿Está muy fría? —le preguntó a Sophie mientras alargaba un pie para tocar el agua.

—Créeme, no es buena idea. El truco es meterse corriendo, darse media vuelta y salir todo lo rápido que puedas. No te pares por nada del mundo o el socorrista buenorro tendrá que reanimarte.

—¿Tan fría está?

Un silbato impidió que le contestara.

—¡Señoras y señores! Bienvenidos al cuadragésimo quinto chapuzón solidario de Benevolence —dijo Ty por un megáfono desde su puesto de salvavidas delante del bar—. Linc y yo estamos aquí para asegurarnos de que nadie se ahogue o muera congelado.

La multitud vitoreó.

Lincoln, en su puesto, delante de la hoguera, levantó la boya.

—Recordad las reglas —gritó—. Entrad y salid, pero no os sumerjáis. E intentad no pisar a los demás —gritó—. Preparados, listos, ¡ya!

Lincoln y Tyler tocaron el silbato a la vez y la gente se lanzó hacia el lago. Harper gritó de dolor al notar el agua fría en las piernas, pero siguió avanzando. Volvió a gritar cuando el agua le llegó a la barriga. Sophie estaba a su lado y movía los brazos sin parar.

—Joder, joder, joder. Vamos, vamos.

Se dieron media vuelta y se abrieron paso hacia la arena de la orilla entre la gente que entraba. Cuando estaban a punto de salir del agua, el Papá Noel submarinista tropezó con una aleta. Harper lo agarró para que no cayera, pero los dos lo hicieron.

El frío la dejó sin aliento. Los músculos se le congelaron y le impidieron nadar para salir a la superficie. Se sintió como un bloque de hielo flotando en un mar de agua glacial. Unas manos grandes la cogieron por las axilas y la levantaron. En la superficie, Harper se pasó una mano por la cara. El Papá Noel submarinista estaba de pie y salía del lago. Lincoln estaba al lado de ella con una sonrisa de oreja a oreja.

—Espabila, cariño, antes de que se te queden los pies pegados al suelo. —La tomó en brazos y la sacó del agua.

Harper tenía demasiado frío para estar avergonzada, así que le rodeó el cuello con los brazos y se acurrucó contra el calor de su torso hasta que la dejó al lado de la hoguera.

Empezó a tiritar inmediatamente. Sophie apareció con una toalla suave y los labios azules.

—Madre mía, te has sumergido —dijo cuando le vio el pelo mojado.

—El P... P... Papá Noel me ha tirado —respondió, tiritando.

—Se pondrá bien, solo tiene que calentarse —comentó Linc—. Vamos, quítate el jersey.

Harper se cruzó de brazos, pero el jersey le empezó a gotear.

—¿Por qué? No quiero.

—No lo hago para verte desnuda. Cada cosa a su tiempo —contestó entre risas—, pero no entrarás en calor hasta que no te lo quites. Hazme caso. —Señaló el tendedero que tenía a su espalda. Había tanta ropa colgada que estaba a punto de venirse abajo.

Harper, que no estaba convencida, negó con la cabeza, hasta que Linc se acercó, le cogió la parte baja del jersey y se lo quitó.

—Joder, cariño, alguien te ha dado una buena paliza. —La puso de perfil y le pasó una mano por los moretones de las costillas y la espalda.

—No la toques. —Una voz fría lo interrumpió.

A Harper no le hizo falta darse media vuelta para saber quién lo había dicho.

Linc se tomó su tiempo para apartar las manos u luego dio un paso atrás con culpabilidad.

—Garrison —dijo Lincoln, y asintió—. Creíamos que no ibas a venir.

—Ya veo.

Luke se puso al lado de Harper, le pasó un brazo por encima y ella se acurrucó contra él en busca de calor. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y él la abrazó con más fuerza.

—Piérdete —añadió Luke.

Linc sonrió con suficiencia.

—Me encantaría, pero estoy aquí para asegurarme de que se cumplen las normas y, por desgracia, estás incumpliendo una ahora mismo. ¿No es cierto, agente?

Ty, que cogía a Sophie con un brazo, se puso entre ellos.

—Desgraciadamente, tiene razón. Ya sabes cuáles son las normas. —Cogió el megáfono—. Zona solo para bañistas —le dijo.

Luke miró a su cuñado con cara de odio, pero ya era demasiado tarde. James y Sophie sonrieron cuando la multitud empezó a gritar:

—¡Al agua! ¡Al agua!

Luke parecía estar preparado para darles un puñetazo a Lincoln y a Tyler, pero en lugar de eso, maldijo entre dientes y soltó a Harper.

—Supongo que es mejor que una ducha fría —susurró para que lo escuchara.

Ella apretó los labios para evitar sonreír.

Cuando Luke se quitó las botas de trabajar con los pies, la multitud rompió a gritar.

Se quitó la camiseta y se la puso a Harper para taparla. Parecía que se le fueran a salir los pechos de los pequeños triángulos de tela del bikini. Y si Luke había pensado en eso, seguro que el idiota de Linc también se había dado cuenta.

Se desabrochó los vaqueros y las mujeres enloquecieron. Harper lo miró con la boca abierta y Sophie y James rieron como un par de hienas. Luke se quedó en calzoncillos y dio las gracias por habérselos puesto, ya que, desde que vivía con Harper, pasaba más tiempo intentando calmar sus erecciones que en la pubertad.

Agarró a Harper por la camiseta y le dio un beso en la boca.

—Que no te vuelva a tocar —ordenó antes de dirigirse hacia el agua.

La gente lo siguió, animándolo y cantando mientras se acercaba a la orilla. Se detuvo el tiempo suficiente para hacerles una peineta por encima del hombro antes de meterse en el agua.

Todos empezaron a vitorear y Harper se unió. Luke salió del agua empapado con gotas de agua heladas, fue directo hacia ella y sin aminorar el paso, la levantó y le rodeó la cintura con las piernas.

—¡Orden retirada! —anunció Ty por el megáfono—. Que alguien me haga un sándwich de galletas con chocolate y malvavisco.

Harper le rodeó el cuello con los brazos y dejó que Luke la llevara al abarrotado bar. Él le pellizcó el culo por debajo de la camiseta y Harper sintió inmediatamente su erección.

—¿Cómo es posible que tengas una erección si acabas de salir del agua helada? —le susurró al oído.

—Cariño, haría falta algo mucho más fuerte para que no reaccionara contigo.

La soltó y le dio media vuelta para que quedara de cara al bar. Era cierto. Había intentado mantener las distancias con ella, pero eso solo hacía que la deseara más. Sabía que estaba fastidiado y, aunque no estuviera preparado, no podía ignorar lo que había entre ellos.

Le hizo gestos a Sheila para que les sirviera dos chupitos y se apoyó en Harper, que notó la erección y se acercó más a él. Luke le dijo al oído:

—Vas a tener que ir a por una toalla si no quieres que todo el pueblo se entere de lo mucho que me pones. —Le pasó una mano rápidamente por el pecho y le acarició el pezón. Harper se estremeció.

—¿Ya te has cansado de evitarme? —susurró ella.

Sheila les dejó los chupitos delante y le guiñó un ojo a Harper antes de seguir sirviendo al resto de clientes.

—Si hubiera la mínima posibilidad de que no nos pillaran, te lo haría aquí ahora mismo. —La empujó con la cadera para demostrar que lo decía en serio—. Casi me había convencido de mantenerme alejado, pero entonces he visto que ibas en bikini y que ese imbécil te estaba tocando. —Movi6 la mano para tocarle el otro pecho.

—No ha sido nada, Luke —susurró Harper.

—No será nada en comparación con lo que te haré yo. —Le apretó el seno hasta que Harper sintió que se le endurecía el pezón en la mano—. Y ahora t6mate el chupito para que podamos irnos a casa a desabrocharte ese bikini.

Capítulo 15

Cuando llegaron a casa, se estaba gestando una tormenta de primavera. Las nubes oscuras retumbaban en el cielo y empezó a caer la lluvia, que los mojó en el camino de la camioneta a la casa.

Luke abrió la puerta rápidamente y tiró de Harper para que entrara. Ella todavía vestía su camiseta y él solo llevaba los vaqueros; el resto de la ropa mojada estaba en una bolsa de plástico que cargaba él.

Harper no había podido dejar de mirarlo en el trayecto de vuelta a casa. Se había fijado en sus músculos y en sus tatuajes y había pensado que estaba a minutos de tocar cada centímetro de su piel. Tocaría y saborearía todos los duros y esculpidos rincones de su cuerpo.

Luke le puso una mano en la cadera y ella sintió su calor a través del fino algodón.

—Voy a por unas toallas, ¿vale?

Harper asintió. Quizás le iría bien separarse de él unos segundos; así podría centrarse. Nunca había estado tan nerviosa ni emocionada por estar con nadie. Probablemente estaba cometiendo un error, como siempre, pero nunca había tenido tantas ganas de equivocarse como en ese momento.

Si no se calmaba de una vez, sufriría un paro cardíaco antes de que la tocara. Agua, eso era lo que necesitaba. Un buen vaso de agua fría.

Se dirigió como un rayo a la cocina y llenó un vaso de agua del grifo. Pensó que a lo mejor a Luke le apetecería una cerveza, así que abrió la nevera. Cuando él entró en la cocina, Harper se olvidó completamente de qué estaba haciendo.

Solo la luz del frigorífico iluminaba la habitación. Luke cerró la nevera y se acercó a ella, que se quedó arrinconada entre los armarios y no tenía manera de escapar. Él la atrapó poniendo los brazos sobre la encimera, uno a cada lado del cuerpo de Harper. Lo único que se oía en la casa era el sonido de la lluvia al golpear la ventana.

Él se acercó más. Estaba a unos pocos centímetros de su cara y Harper sentía su aliento en el pelo. El corazón le latía con desenfreno. Aquello que había deseado más que nada en el mundo iba a ocurrir, y estaba asustada.

Pensó en todo lo que podría salir mal mientras Luke le acercaba una mano al rostro, le apartaba el pelo con suavidad y se lo ponía por detrás de los hombros. Posó las yemas de los dedos en su nuca y le acarició la mandíbula con los pulgares para levantarle la cara.

—No tengo condones —susurró.

—Tomo la píldora —respondió Harper.

Sentía que se ahogaba en los ojos castaños de Luke. Veía en ellos necesidad, deseo y algo más profundo y parecido al dolor que la conmovió. Separó los labios a modo de invitación, para saciarlo y que él la saciara a ella.

Con cautela y respeto, Luke se inclinó para besarla.

Un trueno resonó al otro lado de la ventana, pero Harper sintió que recorría el interior de su cuerpo.

Luke movió sus cálidos y suaves labios sobre los suyos, y ella jadeó y abrió la boca para recibirlo. Él le agarró la cara para cambiar el ángulo del beso y, en cuanto sus lenguas se encontraron, la delicadeza desapareció.

La besó sin cesar hasta que Harper se quedó sin aliento. Le pasó las manos por el pelo y tiró de él para acercarlo todavía más. Luke le acarició las manos y fue bajando hasta llegar a los muslos antes de volver por debajo de la camiseta y de nuevo a sus labios. La levantó con facilidad y la colocó sobre la encimera. La camiseta se le arrugaba en las caderas. Luke le abrió las piernas y se metió entre ellas sin dejar de besarla; Harper le rodeó la cintura con ellas y lo acercó más a su cuerpo.

—¿Qué ha cambiado? —le susurró sin apartar los labios de su boca.

—Nada. —La voz de Luke sonó muy fuerte en el silencio de la cocina—. Es solo que el deseo que siento por ti es más fuerte que las ganas de mantenerme alejado.

Harper notó la erección que cubrían sus vaqueros y él volvió a introducirle la lengua en la boca y le acarició el torso por debajo de la camiseta. Se estremeció cuando las manos de Luke se detuvieron sobre sus pechos. Gimió otra vez y movió la cadera para acariciarle el pene con la tela húmeda de las bragas del bikini.

Luke le sostuvo con las manos los pechos y ella jadeó. Deseaba más, ansiaba todo cuanto él le pudiera dar. Sus senos lo anhelaban.

—Por favor.

Le acarició los pezones con los pulgares y Harper dejó de besarlo para echar la cabeza hacia atrás y apoyarla en el mueble.

Luke le subió la camiseta hasta los hombros y a continuación se la quitó. Se miraron fijamente mientras él le desabrochaba la tira del bikini del cuello. Aunque esta cayó rápidamente, los triángulos de tela se quedaron inmóviles sobre los pechos unos segundos. Cuando Harper gimió, el bikini se le despegó de la piel y Luke, que intentaba ir despacio, no pudo evitar gruñir. Ella sintió que la bestia que había en el interior de Luke estaba lista para salir.

Quería que la dejara salir, que perdiera el control.

Se apoyó con un brazo en la encimera y, con el otro, se agarró un seno.

—Tómalo.

Sin perder el control ni dejar de mirarla a los ojos, Luke bajó poco a poco la cabeza hacia el pecho. Ella sabía que le estaba pidiendo permiso, sabía lo importante que era para él tenerlo todo bajo control.

—Toma todo mi cuerpo. —Apretó las piernas a su alrededor y echó el cuerpo hacia atrás para facilitarle el acceso.

Cuando cerró los labios, suaves y habilidosos, sobre su pezón, Harper sintió que todo el aire abandonaba sus pulmones. Los pequeños y delicados músculos de sus senos exigían que los acariciaran. Luke gimió y siguió succionando con una fuerza placentera y un poco dolorosa a la vez y le acarició el otro pecho con la mano. Ella notó su erección. Luke la deseaba, la necesitaba. Harper bajó una mano hasta la cintura de los pantalones y, con la ayuda de los talones, se los bajó hasta los muslos. Hizo lo mismo con los calzoncillos y liberó su rígido pene.

Lo agarró con firmeza y él gimió sin dejar de lamerle el pecho. Entonces, Luke cerró los ojos y le chupó el pezón con más fuerza y ferocidad. El otro seno de Harper anhelaba sus labios.

Le acarició la erección desde la base hasta la punta, una y otra vez. Él le mordió el pezón maltratado y se lo soltó cuando la oyó gemir. Lo tenía enrojecido y arrugado, y se tensaba hacia el aliento de Luke como una flor que sigue al sol. Cambió de seno y empezó de nuevo.

Le lamió el pezón, que se endureció al instante, cerró los labios sobre su pecho y succionó con fuerza. Era como si se estuviera alimentando. Nunca la habían tocado de aquella manera, nunca se había sentido tan deseada.

Harper sentía que le aumentaba la presión entre las piernas y siguió masturbándolo, pero esta vez con más fuerza. Se acercó el pene y se puso la punta entre las piernas. Era demasiado, pero no podía resistirse. El ardor que

sentía en la vulva y los lametones de Luke la iban a hacer llegar al orgasmo que tanto temía Harper; iba a hacerse añicos en sus brazos.

—¡Lucas! No puedo parar —suplicó con un suspiro.

Él la agarró con fuerza por la cintura y le tiró del pezón con los dientes. Cuando empezó a succionar otra vez, Harper apenas era consciente ya de los rayos que atravesaban la ventana y, en ese momento, se hizo añicos al llegar al orgasmo. Lo masturbó enérgicamente, frotándolo contra su entrepierna mientras ella se corría, se corría y se corría.

Él gruñó sin apartarse, chupándole el pecho hasta que el latido entre las piernas de ella se calmó. Harper sintió que le caía una lágrima. Estaba devastada. Desesperada. La energía que había entre ellos era más fuerte que una tormenta y no podría sobrevivir a eso.

Luke se apartó del pecho y volvió a su boca. Le cogió las caderas con las manos y la levantó de la encimera. Harper le rodeó el cuello con los brazos y se aferró a él, como si su vida dependiera de ello, mientras él le embestía los labios con la lengua. Le apretó el culo con las manos y se la acercó a la entrepierna, lo que creó una fricción húmeda que los dejó sin aliento.

La erección de Luke era enorme y palpitaba y Harper anhelaba sentirla en su interior. El corazón le latía tan deprisa que parecía que se le fuera a salir del pecho y, aunque le costaba respirar, no dejaba de besarlo. Notó que Luke la bajaba hacia el suelo y supo que no iban a llegar a la cama. Tendrían que conformarse con los fríos azulejos.

Abrió las piernas para él, que dejó de besarla y se puso entre ellas de rodillas. Le desabrochó las bragas del bikini por un lado y, cuando se le movía el pene, rozaba los labios de la vagina de Harper. Ella levantó un poco las rodillas, desnuda ante él.

Luke fijó sus ojos castaños en los de ella y Harper vio que estaba intentando recuperar el control. Cuando llevaba inmóvil unos segundos, ella le puso una mano sobre el corazón y le dijo:

—Por favor, Luke.

Este tomó aire y apretó los dientes. Le agarró las rodillas y tiró de su cuerpo hacia él antes de meterse en su interior con fuerza, pero sin un atisbo de violencia. Harper gritó de dolor y asombro. Por fin se sentía llena y satisfecha.

Él gruñó y cerró los ojos con fuerza. Sacó el pene y lo volvió a introducir rápidamente. Ella notaba el golpeteo constante de los testículos cada vez que él la penetraba. Sentía que se le clavaban las líneas de los azulejos en la

espalda y que el pene de Luke crecía con cada embestida. Pero no le importaba. Quería más. Cada acometida, cada centímetro.

Se introdujo en su interior una vez más con una violencia controlada.

—¿Te hago daño? —preguntó Luke entre dientes. La preocupación y el deseo estaban en conflicto.

Harper sabía lo que necesitaba.

—Sí, pero quiero más.

Los ojos de Luke se oscurecieron.

—Si me dejo llevar, no podré parar.

—Déjate llevar —respondió ella, tensando los músculos de la vagina.

Supo que había ganado cuando vio los ojos vidriosos de Luke.

La embistió una y otra vez, cada vez más deprisa, hasta llegar a un ritmo frenético. Harper sentía que se le balanceaban los pechos con cada movimiento. A Luke lo guiaba la necesidad y ella lo quería acompañar en el viaje, sin embargo, iba tan rápido que no le quedó otro remedio que amoldarse a él y dejarse llevar.

Iba a tener otro orgasmo.

—¡Lucas! —gritó.

Él se acercó más a ella y puso parte de su peso sobre ella, sin dejar de acometerla. Gruñía con cada golpe.

Harper sintió un estremecimiento y una corriente eléctrica le recorrió el cuerpo cuando llegó al orgasmo y explotó con él en su interior. Él no paró, mantuvo el ritmo. Ella enterró la cara en su hombro desnudo. No fue capaz ni de gritar, pues la sensación era tan fuerte que la destrozaba.

Volvió a gruñir, de manera primitiva, y Harper sintió una primera ola de semen. Luke empezó a correrse con las últimas sacudidas del orgasmo. Se quedó en su interior, embistiéndola hasta que acabó con el nombre de Harper en los labios.

Capítulo 16

Por fin consiguieron subir a la planta de arriba. Luke se la cargó al hombro por las escaleras, aunque ninguno de los dos pensaba en dormir. Cuando la dejó sobre las sábanas limpias, ya volvía a tener una erección.

¿Qué clase de poder ejercía sobre él? Iba contra las leyes de la biología que tuviera tantas ganas de poseerla otra vez tan pronto. Harper todavía notaba las consecuencias del orgasmo que la había dejado vacía, tanto a nivel físico como espiritual, y él ya deseaba volver a meterse en su interior. Una y otra vez.

Luke sabía que le había hecho daño, que había sido demasiado bruto.

¿Dónde estaba su autocontrol? Le daba asco pensar que se había dejado llevar de aquella manera. Harper no tenía ni idea de lo que acechaba bajo la superficie y él no tenía derecho a tratarla de ese modo.

—Sé que me estás fulminando con la mirada —murmuró ella, con los ojos cerrados y tumbada sobre las sábanas.

Él le pellizcó la cadera.

—No es cierto. Solo estoy pensando.

Harper abrió uno de sus ojos verdes y apasionados.

—Eres mucho más divertido cuando no piensas.

—Harper...

Ella le tapó la boca con la mano.

—No digas nada. No quiero que me arruines el momento con uno de tus aburridos discursos sobre por qué no deberíamos hacer esto.

Él le apartó la mano.

—Para tu información, no es aburrido. He estado haciendo un PowerPoint y todo.

Harper rio y se colocó encima de él. Luke sintió sus senos sobre el pecho y sus muslos sobre la entrepierna, y se excitó todavía más.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado y le acarició lentamente los hombros y el pecho.

—Antes de que me digas nada, quiero disfrutar de la fantasía que he tenido desde que desperté y te vi la cara.

Luke le acarició la espalda y le agarró el culo. Se dijo a sí mismo que sería una buena idea dejar de tocarla, pero su cuerpo no parecía estar de acuerdo.

—¿Cuál es tu fantasía?

—Quiero probar cada centímetro de tu perfecto cuerpo.

Harper le pellizcó las nalgas y el pene se le puso duro como una piedra.

Después, le tapó la boca con un beso y le introdujo la lengua con suavidad, como si jugara con él. Luke dejó que tomara el control y ella se alejó de la boca dibujando un camino de besos que empezó en la mandíbula y bajó por su cuello. Le mordisqueó el hombro y siguió bajando.

Se detuvo sobre el corazón.

Harper continuó descendiendo, probó su abdomen con la lengua y disfrutó de sus músculos tensos, que temblaban por la atención que estaban recibiendo.

Apoyó la cara en el muslo y le acarició la otra pierna con la mano hasta llegar al escroto. Sintió la respiración de Harper en la piel y el pene, que, deseoso, no pudo evitar tensarse.

Se le escapó un gruñido y, en cuanto lo escuchó, Harper le sonrió con picardía y se introdujo el miembro en la boca. A Luke le pareció placentero y una tortura al mismo tiempo. Cuando le lamió el glande, sintió que no aguantaría mucho más.

Intentó recuperar el control cuando se introdujo el pene hasta el fondo de la garganta. Luke estaba luchando una batalla perdida.

—Ve más despacio —susurró.

Ella no le hizo caso. Lo cogió con firmeza y lo masturbó con la boca y la mano al mismo tiempo, cada vez con más fuerza.

Él estuvo a punto de culminar en su boca cuando le acarició los testículos con la otra mano.

—Basta. —La apartó cogiéndola del pelo y la hizo rodar hasta que quedó inmovilizada—. Me toca a mí.

Se entretuvo un rato con sus pechos, chupándolos y succionándolos hasta que Harper empezó a frotarse contra él. Quería introducirse en su interior y llenarla para sentir el calor y la humedad que desprendía su vagina sobre su pene.

Sin embargo, antes quería probarla.

Bajó y le separó las rodillas.

—Cariño...

No pudo decir nada más al verla, debajo de él, con las piernas abiertas de par en par, lista para darle todo lo que necesitara. Pero ahora era su turno de dar. Harper gimió en el mismo instante en el que la lengua de Luke empezó a explorar sus suaves pliegues. Él la chupó y sintió que el cuerpo se le tensaba como un arco. Le acarició la protuberancia sensible con la lengua y le introdujo dos dedos. Ya estaba húmeda. O puede que no lo hubiera dejado de estar, pero aquello le hizo perder la cabeza. La respuesta del cuerpo de Harper era sorprendente, parecía que hubiera estado esperando toda la vida a que la tocara.

Le metía los dedos con fuerza, cada vez más deprisa. Él no se saciaba. Acarició con la lengua la carne cálida y dulce de su vulva y le introdujo los dedos más al fondo.

—Luke —gimió ella.

Sintió que los músculos avariciosos de Harper se tensaban alrededor de sus dedos.

—Vamos, cariño —dijo sin apartar la boca de los pliegues de su entrepierna—. Córrete en mis dedos. —Con la lengua, le acarició la parte más sensible de su cuerpo, y Harper empezó a mover las caderas hacia su boca. Luke sintió los primeros temblores del orgasmo—. Así es.

Mientras ella se corría, él reemplazó los dedos por el pene y se introdujo rápidamente en ella. Estaba desesperado por volver a sentirlo otra vez. Su interior era tan estrecho que Luke tuvo que contenerse para no acabar. Tenía que aminorar el ritmo, recobrar el control.

Harper levantó las rodillas para cambiar el ángulo y poder disfrutar de cada centímetro de su pene. Él la embistió deliberadamente y ella soltó un gemido muy *sexy*.

—Si sigues gritando de esa manera, acabaremos muy pronto —le advirtió apretando los dientes.

Ella no lo escuchó o no le hizo caso, porque se le volvió a escapar otro gemido, que hizo que Luke perdiera la razón. Empezó a embestirla duramente y hasta el fondo.

—Harper —gritó, listo para el clímax.

Ella lo miró fijamente.

Sus ojos, cargados de lujuria, se abrieron de par en par cuando su vagina se contrajo alrededor de su pene.

—Luke —gimió.

Él siguió hasta que notó un orgasmo intenso en su interior.

—¿Estás dormido? —preguntó Harper mientras le acariciaba los brazos y el pecho.

—Mmm —contestó él sin abrir los ojos.

—¿Te sientes igual que yo?

—¿Cómo te sientes, cariño? —Luke se giró hacia ella, que estaba de espaldas, y puso la nariz contra su pelo.

—No lo sé. —Suspiró alegremente y se acurrucó contra él—. Como si fuera el día de Navidad y supiera que todo lo que he pedido está bajo el árbol.

—Bueno, ha estado bien. Creo que ha sido más como un cesto de Pascua o un buen pícnic en el Día del Trabajo.

Ella hizo un gesto de indignación y le dio un golpe con el codo en la barriga.

Él la abrazó con fuerza y rio suavemente en su oreja. Harper se sintió feliz al oírlo reír, pues no estaba acostumbrada a ello.

—¿Cómo que ha estado bien? No me digas que no has notado que se movía la Tierra.

Él volvió a reír y le tembló el pecho.

—Quiero oír cómo lo dices.

La tumbó de espaldas, la inmovilizó en menos de un segundo y le cogió la cara con las manos.

—Los dos sabemos que ha sido especial. Pero no estoy sorprendido, porque en cuanto te vi, en cuanto abriste estos ojos grises tan bonitos y me miraste, supe que quería estar dentro de ti.

Luke le estrechó la mano y le dio un beso en la palma.

—No sé qué ocurre, pero te tengo todo el día en la cabeza. Era imposible que esto no ocurriera.

—Entonces, ¿por qué intentaste resistirte?

Él suspiró.

—No formas parte del plan. Ni tú ni tu cuerpo perfecto ni esa sonrisa tan bonita. Tus gemidos me ponen a mil. Eres una distracción preciosa y caótica, pero no me gusta distraerme.

Harper no sabía si sentirse halagada u ofendida, pero notó unas mariposas en el corazón que la ayudaron a decidirse.

—Tú tampoco estás mal —dijo con una sonrisa de satisfacción.

Luke le dio un pellizco y ella gritó.

—Bueno, para que quede claro, ¿qué haremos lo que queda de mes? —preguntó Harper.

Luke se acercó a ella y la besó.

—Pasar así todo el tiempo que sea posible.

Harper se despertó en los brazos de Luke, cosa que parecía estar convirtiéndose en un hábito, pero esta vez no intentó liberarse. Se acurrucó y enterró su sonrisa adormecida en el recodo de su brazo. Por la luz que entraba por la ventana, supo que todavía era demasiado pronto para pensar en levantarse. Solo una emergencia la podría despegar de los brazos de Luke.

Él se movió y le frotó el pelo con la nariz.

—Buenos días, cariño.

—Mmm, buenos días.

Luke le apartó el pelo de la cara y le besó el cuello.

—Creo que no hay mejor manera de despertarse —comentó Harper con un suspiro.

Él rio suavemente.

—Odio tener que levantarme, pero tengo una reunión a primera hora y quiero ir a correr antes de ir a la oficina.

—Qué maduro —respondió ella—. Yo debería levantarme y pagar los impuestos, limpiar los canalones o algo por el estilo.

—Quédate aquí. Quiero que descanses para cuando llegue esta tarde.

—Me parece un buen plan.

Luke le besó el codo y se levantó de la cama.

—Duerme un poco más.

Ella se giró en la cama y apoyó la cabeza sobre el cojín de Luke.

Harper no sabía el tiempo que había pasado cuando algo le golpeó el culo y la despertó.

—¿Qué pasa? —Se giró y miró a Luke con los ojos entrecerrados.

Luke le puso el periódico delante.

—¿Por qué me tiras el periódico?

—Porque sales en primera página. —Se quedó de pie, con los brazos en jarras al lado de la cama.

Ella se sentó y desdobló el periódico. El chapuzón solidario salía en primera página y había una fotografía muy grande en la que se veía como Lincoln la sacaba del agua.

—Mierda.

—Sí. Que no vuelva a pasar.

—¿Te refieres a lo de ahogarme o a que me tenga que cargar un bombero buenorro?

Luke no rio. Cruzó los brazos por encima de la camiseta sudada.
—Ya veo que no te cae nada bien.
—Es un gilipollas. Y no me gusta que te toque ningún hombre.
—¿Te estás poniendo territorial? ¿Qué será lo siguiente, mearme? Porque no me va en absoluto.
—Si te acuestas conmigo, no te acuestas con nadie más.
Ella lo agarró por la camiseta y tiró de él hacia ella.
—Pues yo tengo la misma norma, así que lo mismo te digo, capitán.
Luke apartó la sábana y le puso una mano en un seno.
—Es para que no haya malentendidos.
La besó y le echó la cabeza hacia atrás.
Cuando Harper gimió, él se quejó y se apartó.
—Maldita sea. Me estás poniendo muy difícil que vaya a trabajar.
Ella le cogió el paquete por encima de los pantalones.
—Sí, es cierto.

Capítulo 17

Harper se olvidó de que había quedado para cenar hasta que Gloria le mandó un mensaje el lunes para preguntarle si hacía falta que llevara algo más aparte de la tarta de manzana. Se dirigió al despacho de Luke para darle la noticia.

—¿Te apetece que salgamos a comer? —le preguntó tras levantar la vista de la pantalla del ordenador.

—Vale, sí. Pero se me había olvidado decirte que esta noche vienen a cenar Gloria y Aldo.

La miró durante unos segundos.

—¿Y eso? —preguntó finalmente.

—Pasaron por casa el sábado. Y se me ha olvidado contártelo porque últimamente me has distraído con tu desnudez, pero me acabo de acordar. Bueno, será divertido, y Aldo dijo que traería hamburguesas y perritos calientes, y Gloria una tarta, así que solo hace falta que preparemos algo de guarnición...

Luke suspiró y se frotó la cara con las manos.

—Oye, no te conozco lo suficiente para saber si te has enfadado o no. Así que, si te has enfadado y no me lo dices, será solo tu culpa y yo seguiré haciendo estás cosas una y otra vez y tú te enfadarás todos los días y yo ni me enteraré —dijo Harper moviendo las manos en el aire.

—No estoy enfadado. Solo... molesto.

—Bueno, por cómo lo dices, a mí me parece que es lo mismo.

—¿Dónde vamos a cenar? No tenemos muebles.

—Ya han estado en tu casa antes y dudo que esperen que aparezcan muebles por arte de magia.

Luke maldijo entre dientes y se levantó de la silla.

—Coge el bolso, nos vamos.

—¿Adónde?

—A comprar muebles.

Luke seguía de mal humor cuando llegaron a la tienda. Tenía pensado convencer a Harper para irse a casa pronto y así pasar toda la tarde en la cama, pero entonces se había enterado de los planes de la cena. Intentaba estar enfadado con ella, pero sabía que era su culpa. Había sido él quien había permitido que ella se mudara con él, era él quien tenía amigos cotillas y también era su culpa que en casa no hubiera ni un sofá ni una mesa.

No le gustaba nada ir de compras, pero tenía que pagar las consecuencias de sus actos.

—¡Hola, Luke! —dijo una chica pelirroja y vestida de azul mientras se acercaba por el suelo de azulejos brillantes de la tienda de muebles—. Tú debes de ser Harper —añadió saludando con la mano.

Luke puso cara de exasperación y se colgó las gafas de sol del cuello de la camiseta. Por una vez estaría bien que nadie lo conociera.

—Harper, esta es Becky. Una antigua compañera del instituto. Becky, esta es mi novia, Harper.

Le costó un poco decir la última parte, pero ese era el menor de dos males. Su madre lo había intentado emparejar con Becky hacía dos años, y aunque ella había aceptado con naturalidad su rechazo, Luke se sentía culpable. Afortunadamente, ella se había casado con Bob, el propietario de la tienda de muebles.

—¿En qué puedo ayudaros?

Harper miró a Luke y sonrió; él suspiró.

—Necesitamos muebles para la sala de estar y una mesa para el comedor. Por ahora.

—Genial. Vamos a ver qué tenemos. —Becky se dio media vuelta y los guio por un pasillo lleno de sillones reclinables de piel y mesitas auxiliares.

Luke cogió a Harper de la mano y siguieron a Becky.

Al final, Luke eligió un sofá, otro de dos plazas, dos butacas, una mesita de centro con dos mesillas auxiliares a juego, un equipo de sonido, cuatro estanterías hechas a mano que quedarían muy bien en la sala de estar de la planta de arriba, en la que planeaba hacer un despacho, y una mesa de comedor con nada menos que ocho sillas.

Lo único que le pareció divertido de la visita a la tienda fue ver que Harper se ponía más pálida cada vez que él le pedía a Becky que añadiera algo más a la factura.

—Luke, ¿estás seguro de que necesitamos todo esto? —le susurró mientras Becky les contaba las ventajas de usar un protector de tejidos para

los muebles.

—Has sido tú la que ha invitado a gente a mi casa a pesar de que no hay muebles para que se sienten. Ya que hemos venido, prefiero quitármelo de encima. —La agarró de los hombros—. ¿No quieres tener muebles?

—Es muchísimo dinero —respondió ella.

—Me llevas las cuentas, sabes que me lo puedo permitir.

—No he acabado de revisarte los libros de cuenta todavía, y esto me parece un poco excesivo para un pícnic.

—¿Es un pícnic? Maldita sea. Entonces necesitamos una mesa de pícnic.

Mientras Becky seguía añadiendo muebles a la factura, Luke le frotó los hombros a Harper y sonrió al notar lo tensa que estaba. A lo mejor tenía que apiadarse de ella.

—Ya no estoy enfadado contigo —le murmuró al oído.

Ella se inclinó hacia él y levantó la vista.

—Yo sigo estando arrepentida. No ha sido buena idea invitar a gente a tu casa sin hablar contigo antes.

—A lo mejor no está tan mal.

Harper sonrió.

—Habrà cerveza, hamburguesas y ensalada de patata si pasamos por la tienda de camino a casa.

—¿Más tiendas? Mejor no digo nada.

—He pensado que ahora que tienes un sofá puedes volver a tener la cama para ti solo, si quieres.

Luke le dio un pellizco.

—Cariño, después de lo de anoche, tendrás suerte si te dejo salir de la habitación en lo que queda de mes.

Luke vio que se ponía colorada.

Harper se giró y le rodeó el cuello con los brazos.

—Gloria va a traer una tarta. Podríamos comprar helado de vainilla y sirope para acompañarla. O para luego —añadió con una sonrisa pícara.

Puede que al final la cena no fuera a estar tan mal. Luke suspiró para esconder una sonrisa.

—Ya que estás, mira alguna mesa para desayunar, porque no vamos a volver nunca más —le susurró.

Cuando Harper se fue con Becky, Bob se acercó para cobrar.

—¿Estás listo para volver, hijo?

Bob había sido su superior durante veinte años y se había retirado después de haber estado en la Guardia Nacional durante treinta para empezar en el

negocio de los muebles.

—Sí, señor.

—He oído que eres un líder muy fuerte —dijo mirándolo por encima de las gafas.

—Gracias, señor.

—Gracias por tu servicio en el cuerpo, hijo. ¿Es la primera vez que te movilizan desde que estás con ella? —preguntó señalando con la cabeza a Harper y a Becky, que miraban una mesa alta como las de los *pubs* ingleses.

—Sí.

—¿Crees que sobrevivirá?

—Puede sobrevivir a lo que se proponga.

Ya lo había hecho antes. Lo superaría y empezaría otra vida, una vez más.

El fuego restallaba en la barbacoa recién limpia y emitía una luz cálida y parpadeante en el patio trasero. Luke cambió de postura en el nuevo sillón de madera.

Bob les había regalado cuatro sillones por la compra de la mesa de pícnic y el resto de muebles, y en cuanto el datáfono había aceptado la tarjeta de Luke, Bob había cargado todos los muebles en un camión para que se lo llevaran a casa. Habían tenido el tiempo justo para colocarlo todo, quitar las etiquetas y preparar las ensaladas de patata y pasta antes de que llegaran los invitados.

El sabelotodo de Aldo había acusado a su amigo de no querer salir de casa ahora que por fin había conseguido encontrar a una mujer que lo tolerara. A Luke no le hizo ni pizca de gracia la broma, pero Harper no pudo evitar reírse a carcajadas.

Harper reía mucho y Luke pensaba que aquel sonido era reconfortante. Gracias a su risa, se había dado cuenta de la vida tan silenciosa que había llevado hasta ese momento y ahora se preguntaba por qué le había gustado tanto el silencio.

Dio un trago a la cerveza y miró a Harper a través de las llamas mientras tostaba malvaviscos con Gloria. La luz del fuego le brillaba sobre el pelo rubio. Para empezar, era guapa, pero además, aquella risa y aquella sonrisa tan alegre, hacían que algo temblara en su interior. Algo que echaba raíces y se aferraba a él.

—Oye, tortolito, si ya has acabado de mirar con ojos soñadores a tu novia, se me ha acabado la cerveza. —Aldo movió el botellín en el aire—. Te toca

hacer de anfitrión.

Luke se levantó, cogió el botellín y volcó el sillón de su amigo, que cayó al suelo.

—Claro, no hay problema. Chicas, ¿queréis tomar algo?

Harper se levantó rápidamente.

—Yo te ayudo —dijo, animada.

—Creo que no necesito ayuda para cargar un par de cervezas —bromeó mientras le sujetaba la puerta para que entrara—. ¿O es que intentas quedarte conmigo a solas?

Harper lo rozó al pasar por su lado.

—Hago varias cosas a la vez.

Cerró la puerta con más fuerza de la que pretendía, ansioso por ponerle las manos encima a Harper. Ella le acarició con un dedo el pecho y lo bajó por el abdomen. Antes de llegar a la cintura de los vaqueros, ya estaba excitado.

—Te ayudo a coger las cervezas, me quedo un momento a solas contigo y, además, dejo que Gloria y Aldo hablen un rato. —Le introdujo el dedo en la cintura del pantalón.

—No empieces algo que no puedes terminar. —Le advirtió.

Harper dejó que la arrinconara contra la nevera. Luke vio en sus ojos las ganas que tenía y se preguntó si ella veía lo mismo en los suyos. Le metió las manos por debajo de la sudadera y le acarició la suave piel. Acercó los labios a los suyos.

—Las luces están encendidas. Nos pueden ver —susurró ella.

Por el brillo en sus ojos, Luke supo que le dejaría hacer lo que quisiera con ella a pesar de que tenían público.

Sin decir nada, la llevó hasta el comedor oscuro y estuvo a punto de tropezar con la nueva mesa, que había olvidado que tenía. La atrapó con los brazos contra la mesa.

—Creo que esta noche me he ganado un beso.

Harper lo miró con ojos lujuriosos.

—Creo que un beso está bien para empezar —susurró ella.

Luke se quedó donde estaba y dejó que fuera ella la que se moviera.

Lo cogió por el cuello y se arrimó a él. Sus senos rozaron el pecho de Luke y se acercó para besarlo.

Él quería ser coqueto, dulce, pero cuando ella le mordió el labio, se olvidó por completo de qué era la delicadeza. El gruñido quedó amortiguado por el beso. Luke le cogió la mano y se la colocó sobre la erección.

—Deshazte de ellos.

Ella se rio y él tuvo que contenerse para no hacérselo en la mesa. La reacción de Harper hacía que no se pudiera resistir. Después de otro beso sofocante, le apartó las manos y dio un paso hacia atrás. Suspiró.

—Deberíamos volver.

Harper se lamió el labio y suspiró.

—¿Quién tuvo la brillante idea de invitar a gente a cenar?

Luke le dio una palmada en el culo y le puso las manos sobre los hombros. Harper olía a rayos de sol y fuego. La volvió a llevar a la cocina.

—Si ya has acabado de atacarme, voy a por las cervezas.

—No tengo pensado dejar de atacarte en bastante tiempo, capitán. —Le guiñó un ojo antes de mirar por la ventana.

Aldo se había sentado en la silla que había quedado libre al lado de Gloria. Harper sonrió.

—¿A qué viene esa cara de orgullo? —preguntó Luke, acercándose por detrás.

—Estoy espiando a Aldo para ver si reúne el valor suficiente para decirle a Gloria que le gusta.

—¿Aldo y Gloria? —preguntó Luke con una sonrisa—. Cariño, cuando Aldo siente la cabeza, el infierno se helará, los cerdos volarán y yo me haré vegetariano. No te emociones.

—Acepto la apuesta.

Luke le besó el cuello.

—Trato hecho. Cuando Aldo y Gloria se casen, me haré vegetariano.

Capítulo 18

Los invitados se fueron muy tarde aquella noche y Luke les cerró la puerta en las narices. Aldo y Gloria estaban en el porche y él se había ofrecido a llevarla a casa en coche justo cuando Luke cerró la puerta principal y los dejó fuera.

Harper sintió un cosquilleo al ver las ganas que tenía Luke de estar a solas con ella. La arrinconó en la puerta y la besó con una pasión abrasadora.

—Ya limpiaremos la cocina mañana —decidió él.

Harper asintió.

—De acuerdo.

—¿Te apetece una ducha?

—Sí, por favor.

Tiró de ella, la llevó al baño de la planta de arriba y encendió la ducha. Se quitó la camiseta y ella fingió no mirar, pero cuando se bajó los pantalones, Harper no pudo evitar lamerse los labios. Los calzoncillos se le adherían al bulto que tenía entre las piernas.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—Me preguntaba cómo es físicamente posible que un humano esté tan bien hecho. —Se acercó y le acarició el pecho con los dedos.

Luke sonrió y le cogió la mano con la que lo había acariciado.

—Yo me pregunto cómo es posible que sigas vestida.

Harper se quitó la sudadera y se la tiró. A continuación, hizo lo mismo con los pantalones cortos. En cuanto el sujetador tocó el suelo, Luke la arrastró debajo de la ducha.

Se acariciaron, jugaron y se besaron la piel mojada.

Él se colocó detrás y se puso un poco del champú de ella en la mano. Harper dejó que los fuertes dedos le enjabonaran el pelo bajo el agua. Luke le apartó los mechones húmedos de la espalda y le besó la nuca; ella sintió un escalofrío a pesar de lo caliente que estaba el agua.

Harper se giró hacia él mientras el agua le caía por la espalda.

—Me toca —dijo tras morderse el labio inferior.

Luke dejó que le frotara el cuerpo con el gel de ducha y ella se tomó su tiempo para enjabonarle el pecho y el abdomen. A medida que bajaba las manos, él sentía que la palpitación de la erección se volvía más fuerte. Apoyó la frente sobre la de Harper.

—Me vuelves loco.

Harper le agarró el pene con la mano llena de jabón.

—Y tú a mí. Pon las manos contra la pared —susurró.

Dudó por unos segundos, así que ella bajó las manos por su cuerpo y le agarró los testículos.

—Por favor, Luke.

Cuando hizo lo que le había pedido, Harper se puso de rodillas bajo el cabezal de la ducha.

—Harper.

Ella ni se molestó en esconder una sonrisa triunfante antes de llevarse el pene a la boca.

Luke maldijo y ella se introdujo el miembro todavía más. Apoyó las manos en sus piernas y sintió la tensión que le recorría el cuerpo.

Gimió y sintió crecer la erección al instante. Él empezó a mover las caderas para introducirle el pene hasta el fondo una y otra vez y Harper respondió a sus movimientos rápidos y bruscos con entusiasmo.

—Dios mío, Harper. —La agarró por debajo de los brazos y la levantó antes de hacer que saliera de la ducha.

—No quiero acabar tan rápido.

Sin secarse ni nada, la colocó contra el lavabo y le abrió las piernas con la rodilla. Limpió el vapor del espejo.

—Quiero verte —le dijo con los labios pegados a su oreja y mirándola fijamente a los ojos en el reflejo.

Ella se estremeció.

—Confía en mí.

Harper asintió. Confiaba en él; en su interior, sentía que sabía quién era, que lo conocía. Luke le acarició la columna vertebral siguiendo el recorrido que hacía el agua, que le mojaba desde el pelo hasta las nalgas. Recorrió el camino de las gotas con los dedos hasta llegar al ano. Ella se tensó.

—Nunca he...

—Apóyate en el mueble —dijo Luke, y le escurrió el pelo para que le cayera agua.

Harper sintió un cosquilleo por la espalda hasta el trasero y cerró los ojos cuando volvió a acariciarle el cuerpo mojado.

—Abre los ojos, cariño —le dijo con un tono tan tranquilo y dulce que Harper no se pudo negar.

Luke llevó la mano hacia delante y la colocó sobre su vulva, haciendo fuerza con los dedos sobre los labios.

—Noto lo húmeda que estás por mí. —La abrió con los dedos y le rozó el clítoris con las yemas con un movimiento lento y circular.

Harper sintió un ardor entre las piernas y un peso familiar en el abdomen. Perdía el control en su presencia y, siempre que estaba con él, se excitaba.

Luke siguió las gotas de agua que le chorreaban del pelo y le llegaban perezosamente hasta el pezón antes de caer.

Con la otra mano, cogió la de Harper y se la puso sobre un seno. Ella lo pellizcó y sintió su respiración en la espalda. Para mostrar su aprobación, Luke presionó sus dedos ocupados. Harper se cogió el pecho y e intentó centrarse en los ojos de Luke, al que veía en el espejo.

Él tenía el control de la situación, pero seguía explorando, y Harper se preguntó adónde llegaría. Hasta dónde le permitiría llegar.

Sin dejar de mirarla, Luke estiró un dedo y se lo introdujo; a ella le cedieron las rodillas y chocó de espaldas con él. Su pene le acarició el trasero entre las nalgas antes de sujetárselo y darle con él unos golpecitos en la parte de atrás.

Harper gimió y se llevó los dedos al pezón, del que tiró suavemente. Luke sacó el dedo y, a continuación, introdujo dos. Se apoyó sobre su cuerpo y la echó hacia delante hasta que ella tuvo que sujetarse con las dos manos en el lavabo para mantenerse en pie.

Él alargó una mano para agarrarle el otro pecho y le acarició el pezón dolorido con el pulgar. A Harper, todo lo que le hacía le parecía placentero y, a la vez, una tortura. Le introdujo los dedos tan al fondo como pudo y los movió en el interior.

—Voy a ver como te corres —susurró con un tono sombrío contra su pelo.

Y, como si de un hechizo se tratara, el cuerpo de ella obedeció. Él le volvió a meter los dedos y ella se estremeció, lista para acabar. Luke le cogió con fuerza el pecho y presionó su miembro contra las nalgas. Ella sintió que se le contraían los músculos sobre sus dedos cuando le tiró del pezón. Cayó sobre el lavabo y dejó que las dulces olas del orgasmo se apoderaran de ella.

Luke no dejó de mirarla fijamente ni un instante con los ojos llenos de posesión.

Harper sintió las últimas sacudidas del orgasmo en su cuerpo e intentó recobrar el aliento.

—Madre mía, Luke —susurró con el pulso a mil por hora.

Parecía que sus cuerpos estuvieran hechos el uno para el otro.

Él sacó los dedos de su interior y se los enseñó. Harper vio que estaban cubiertos por una capa pringosa y se sonrojó. Era un placer oscuro.

Luke se echó hacia atrás sin soltarle el pecho y le puso la mano sobre el coxis. Harper notó que le presionaba la hendidura de entre las nalgas con el pulgar y luego seguía bajando con los dedos húmedos.

Inhaló con fuerza cuando sus dedos encontraron su ano. Nunca la habían tocado de aquella manera; nunca había estado en aquella posición tan vulnerable. Luke se detuvo y presionó suavemente con el dedo y Harper sintió crecer un anhelo que nunca había vivido y presionó su espalda contra la de él para probar la sensación.

Él sonrió con suficiencia al espejo, le tiró del pezón y lo acarició entre el índice y el pulgar de manera que recordara a la succión de una boca. Harper entreabrió los labios y sintió que se apoyaba sobre ella. Poco a poco, le abrió el orificio con los dedos y ella resolló. Era una sensación dolorosa, aunque placentera.

Harper vio la mandíbula de Luke en el espejo y supo que se estaba intentando contener, así que se echó hacia atrás para que se introdujera todavía más en su interior. El chico le metió los dedos y la llenó. Alargó una mano hacia el otro seno y le acarició lentamente el pezón con la palma.

Sacó los dedos y se los volvió a introducir una y otra vez, a un ritmo lento pero constante. Ella se acercaba a él cada vez que le sacaba los dedos y sintió el líquido que se le estaba formando entre las piernas y se le mezclaba con el agua de la piel.

Desear el cuerpo de Luke de esa manera no era saludable.

Sacó los dedos de su interior y se agarró el miembro. Deslizó la punta del pene entre las piernas de Harper para probar y ella lo miró fijamente en el cristal; tenía la respiración entrecortada. Tragó saliva; necesitaba desesperadamente que la penetrara.

Sintió presión cuando le introdujo el miembro en la vagina y soltó el aire de los pulmones con la invasión. Giró la cabeza sin dejar de mirarlo en el espejo, ni tampoco esos ojos castaños que veían cada uno de los rincones de su alma oscura. Estaba totalmente expuesta, poseída.

—Luke —susurró. Se echó hacia él de golpe, para que se moviera.

Él le tocó los labios con sus manos ásperas y se quedaron así durante lo que pareció una eternidad. Luke sacó el pene un poco, Harper gimió y aquello fue la única motivación que necesitó para volver a introducirse en su interior. Ella gritó, triunfante, y Luke alargó la mano para jugar con los labios de su vulva.

La llenó como ningún hombre la había llenado antes.

Se empezó a mover y aquello la dejó sin aliento. Le tocó un punto muy sensible con los dedos y la erección hizo que su vagina se expandiera al máximo. Harper sentía una sensación en su interior que iba creciendo cada vez más. Era un placer tan fuerte que sabía que la dejaría destrozada.

Vio el sudor que se acumulaba en la frente de Luke, que no la dejaba de mirar. Las embestidas eran cada vez más rápidas y él gruñía con cada una. Iba a llegar al clímax y saberlo hizo que Harper bajara la guardia. Él le volvió a coger un seno y le tiró del pezón.

Todo ocurrió muy deprisa. Sintió que Luke se estremecía al acabar y se dejó llevar. Él se desató en su interior. Harper tensó los músculos alrededor de su pene y se corrió. Luke le soltó el pecho, la agarró de la barbilla y la miró fijamente mientras los dos quedaban desarmados.

—¿Cómo te las has hecho? —preguntó Luke mientras acariciaba las dos cicatrices que Harper tenía en la cadera.

Ella descansaba sobre él; estaban desnudos en la cama después de un coma posorgásmico. Harper se encogió de hombros y enterró la cara en su pecho. Luke la puso sobre el colchón y se sentó, pero ella escondió la cara en el cojín e ignoró su pregunta mientras él seguía examinándole la piel.

—Harper. —Le tocó con el dedo una nalga.

—¿Sí?

—Harper Sue Ellen Wilde.

Se giró hacia él.

—Te aseguro que ese no es mi segundo nombre.

—No sé cuál es, así que me lo he inventado.

—¿Y has decidido que «Sue Ellen» era una buena opción?

—Te queda bien.

—Mi segundo nombre es Lee.

—¿A tus padres les gustaba *Matar a un ruiseñor*?

—Exacto —dijo arqueando una ceja.

—No solo soy una cara bonita.
Harper le recorrió el cuerpo con la mirada.
—Eso ya lo veo.
—Oye, no soy un trozo de carne. Y te he hecho una pregunta.
Harper suspiró y se apoyó sobre los codos.
—¿Por qué lo quieres saber?
—Porque parecen quemaduras de un cigarro.
—Bien visto.
Luke se quedó helado.
—¿Quién te lo hizo? ¿Fue el gilipollas de Ted?
Ella puso los ojos en blanco.
—No, no fue Ted. Son de hace mucho tiempo, no importa quién fue.
—Claro que importa, joder. ¿Me estás diciendo que no importa que alguien te quemara con un cigarrillo?
Harper se sentó.
—No me gusta hablar del tema.
—Me da igual. Dime quién fue.
Luke vio que se le tensaba la mandíbula y se intentó calmar. Gritar no era un método inteligente para hacer que una mujer se abriera. Alargó un brazo y le apretó el hombro.
—Puedes confiar en mí.
—¿Por qué es tan importante?
«Porque tú eres importante». Detuvo el pensamiento antes de que se convirtiera en palabras. Palabras que no se podían desdecir. «Joder».
—No me gusta sentir que me escondes cosas.
«Menudo hipócrita de mierda».
—No te escondo nada, Luke, pero nunca se lo he contado a nadie.
—Cuéntamelo.
Ella suspiró y él supo que había ganado.
—Cuando estuve en las casas de acogida, viví con una familia muy buena. Una madre, un padre y dos hermanos. Pensé que a lo mejor me adoptarían. Fue genial, hasta que la madre se quedó embarazada y se mudaron a la otra punta del país por trabajo. Entonces me acogió otra familia. Y esa no era tan buena.
Luke se tumbó en la cama e hizo que Harper se acurrucara a su lado. Le acarició la suave piel de la espalda mientras ella hablaba.
—Era una pareja más mayor y tenían muchos niños en la casa. Algunos eran de acogida, otros no. Siempre gritaban, los niños estaban sucios y nunca

había comida suficiente para todos.

Luke sintió que se le aceleraba el corazón e intentó que las caricias siguieran siendo suaves a pesar del enfado.

—Cuando llevaba un mes allí, la madre se fue y las cosas se complicaron rápidamente. El hombre tenía un temperamento horrible, sobre todo cuando bebía. Los días que cobraba, hacíamos lo posible para mantenernos alejados de él, pero siempre se fijaba en alguno de nosotros. Y un par de veces me tocó a mí.

Luke tenía el estómago revuelto.

—¿Cuántos años tenías?

—Doce. Era la mayor de los niños.

—¿Alguna vez te...? —Luke no podía terminar la frase sin que se le hiciera un nudo en la garganta.

—¿Si me violó? No, solo fueron palizas constantes.

—¿Qué le pasó a él?

—Fue a la cárcel.

—¿Sigue entre rejas? ¿Es una amenaza para ti?

—Sí, sigue allí.

Luke le dio un beso en la cabeza y la abrazó con fuerza y con cariño a pesar de la ira que le corría por las venas y le ordenaba que destrozara cualquier cosa.

—Gracias por contármelo.

Al ver que Harper no respondía, la cogió por la barbilla y la miró a la cara.

—Siento que te pasara eso.

—Y yo. Vamos a hablar de algo menos deprimente. Como de darnos otra ducha, por ejemplo.

Capítulo 19

Dos semanas...

A Harper le preocupaba que Luke la viera como a una persona dañada o, aún peor, que sintiera pena por ella después de lo que le había contado. Sin embargo, nada cambió el deseo que sentían el uno por el otro, y pasaban más tiempo en la cama que fuera de ella. Harper esperaba que la pasión disminuyera, que dejara de dolerle desearlo tanto. Quería acostumbrarse a ver su cuerpo desnudo y a cómo sonaba su nombre en sus labios para que no le diera un vuelco el corazón cada vez que lo oía.

A lo mejor, que les quedara poco tiempo impedía que la llama se apagara. Fuera lo que fuera, la dejaba sin aliento.

Observó como Luke completaba los preparativos para cuando se fuera a pesar de que tenía un día muy ajetreado. Frank y Charlie se encargarían de todo en el trabajo cuando él no estuviera; lo habían hecho antes y Luke les confiaba su empresa.

James pasaría de vez en cuando por la casa y se ocuparía del mantenimiento. También se encargaría de pagar las facturas, ya que tenía acceso a las cuentas de su hermano. Mientras Luke comprobaba las facturas que se pagaban automáticamente, cambiaba el aceite de la camioneta y del coche de Harper y revisaba el nivel del depósito de propano, ella preparó una lista de lo que tenía que hacer antes de irse.

Había estado trabajando mucho tiempo con Beth para dejar todo organizado y al día en la oficina.

—Gracias a Dios que estás aquí —dijo Beth mientras cargaba un montón de documentos hacia el triturador de papel—, si no me habría tirado una eternidad rellenando toda esta basura.

Harper se tambaleaba detrás de ella con otra pila de papeles enormes.

—El escáner es el mejor invento del mundo —resolló.

Entre las dos habían conseguido escanear los documentos y las facturas de los últimos ocho meses y los habían subido a un sistema *online* que hacía copias de seguridad todos los días. A partir de ese momento, todo el papeleo se haría por ordenador y se almacenaría en el sistema, aunque todavía faltaban muchos de los documentos antiguos.

—Creo que deberíamos contratar a un becario este verano para que se encargue de escanear y triturar. —Beth dejó el montón en uno más grande que había al lado de la máquina de triturar papel—. Y de limpiarnos los coches y traernos comida.

Harper sintió una punzada cuando se acordó de que ella no estaría allí en verano. ¿Quién sabía dónde estaría? Probablemente había llegado el momento de hablar del tema con Luke.

Solo faltaban dos semanas para que la unidad de Luke tuviera que movilizarse y ella tendría que planear un modo de escaparse con elegancia. Harper quería aprovechar el mes para perfeccionar su currículum y buscar trabajo, pero lo había pasado trabajando o desnuda.

No tenía remordimientos por las prioridades que había establecido, pero estaba a punto de dejarse arrastrar por una relación que era una farsa. Necesitaba una dosis de realidad que la ayudara a recordar en qué tenía que centrarse, aunque fuera dolorosa.

Se sintió culpable al pensar en todos los correos electrónicos que le había mandado Hannah con ofertas de trabajo en Fremont y que todavía no había abierto.

Gracias al sueldo generoso que le pagaba su jefe, y a que no le dejaba pagar ni el alquiler ni los gastos de la casa, su cuenta de ahorros había crecido significativamente y tendría dinero de sobra para la fianza y el alquiler de un piso. Hasta le sobraría para comprar algunos muebles.

Le iría bien distraerse con un nuevo piso cuando intentara olvidar a Luke.

Harper suspiró y dejó los papeles en el suelo.

—Vamos a comer algo antes de ponernos a triturar todo esto. Yo invito.

Aquella tarde, cuando Luke llegó a casa, se encontró a Harper sentada en un taburete mirando fijamente el portátil. Ella levantó la cara para darle un beso y él vio la pantalla.

—¿Estás buscando un empleo nuevo desde el ordenador de tu jefe? Qué clase.

Ella puso cara de enfado y tiró de él para darle otro beso.

—Qué gracioso. Pues sí. —Se giró hacia la pantalla—. También estoy intentando parecer fiable a pesar de que he estado en tu empresa solo un mes y eso queda muy mal en el currículum.

Luke se dirigió al fregadero y sirvió dos vasos de agua.

—Pon que era un contrato temporal.

—Claro. Eres un genio. No me extraña que tenga tantas ganas de bajarte los pantalones.

Luke sintió una erección inmediatamente. Dejó que la isla de la cocina los separara y le pasó uno de los vasos de agua a Harper.

—Si quieres te puedo escribir una carta de recomendación.

«¿Por qué había dicho eso?».

Harper lo miró esperanzada con sus grandes y grises ojos. Cada vez que lo miraba así, Luke sentía como si le dieran un puñetazo en el vientre.

—¿De verdad? Eso sería genial.

«Estupendo». Ahora lo tendría que hacer si no quería quedar como un gilipollas. Ya le parecía difícil escribir un correo electrónico y ahora tenía que escribirle una carta de recomendación muy buena. No es que no se la mereciera, de hecho, había convertido aquel desastroso despacho en algo a punto de convertirse en una empresa eficiente en cuestión de dos semanas. A lo mejor le podía pedir a Sophie que la escribiera.

—¿Dónde estás buscando trabajo? —le preguntó.

Harper dio un trago al vaso de agua y respondió:

—De momento me estoy centrando en la idea original de ir a Fremont. No es Benevolence, pero creo que tener a Hannah cerca me irá bien.

—¿Has pensado en quedarte por aquí?

¿Qué coño le pasaba? Aquellas palabras se le escaparon de la boca antes de darse siquiera cuenta de que lo estaba pensando.

Harper se movió en la silla y apartó la vista de él para mirar los armarios de la cocina.

—Sí, se me ha pasado por la cabeza, pero no creo que sea una buena idea.

Luke sentía curiosidad y preguntó:

—¿Por qué no? —Trasteó con el correo que había en la encimera para no parecer demasiado interesado en su respuesta.

Ella se aclaró la garganta.

—No me quiero quedar, porque creo que lo podrías malinterpretar y asustarte.

Luke decidió mirarla fijamente hasta que le confesara el verdadero motivo. Pasó medio minuto intentando escapar de su mirada, hasta que,

finalmente, él venció.

—Había pensado en quedarme, pero luego me di cuenta de cómo sería estar por aquí y cruzarme contigo y tu futura novia, y luego esposa, en el supermercado cada semana. Tendría que recordar cómo era estar contigo todas las semanas siendo consciente de que entonces serás así con otra persona... —Se encogió de hombros y negó con la cabeza—. No quiero pasar así el resto de mi vida.

Se le hizo un nudo en el estómago al imaginarlo. No fue por la idea de estar con otra persona; él no estaría con nadie más, pero ella sí que pasaría página. Lo merecía. Y él la tendría que ver por el pueblo con un tío que le pediría que se casara con él y luego la vería con sus hijos en los eventos deportivos. Se cruzarían en el lago en verano y sería otro el capullo afortunado que le tocaría esas curvas perfectas.

De repente, Luke dejó el vaso en la encimera y el golpe asustó a Harper.

—¿Lo ves? Ya suponía que no te gustaría la idea. No digo que esté enamorada de ti, Luke, pero no me gusta la idea de verte con otra chica.

«El sentimiento es mutuo».

—Tienes razón. Mira, la primera carta que recibes aquí. —Le lanzó el sobre en el que ponía su nombre escrito a mano.

Harper lo miró y frunció el ceño.

—Solo es propaganda —dijo, y lo escondió debajo del portátil—. Bueno, ya que hablamos del tema, ¿qué le dirás a tu familia cuando me vaya?

—No lo he pensado todavía.

Harper suspiró.

—Yo tampoco. Es que me distraes con ese cuerpo tan sexy que tienes.

—¿Te refieres a este cuerpo sexy y desnudo? —Luke se quitó la camiseta y empezó a desvestir a Harper. Ella se echó a reír.

El miércoles por la tarde, Harper se fue a casa sin Luke, pues él estaba en una obra en algún lugar, resolviendo una crisis y tranquilizando al cliente. Ella apreciaba su ética laboral: no había nada que no fuera lo bastante importante como para que no se encargara él cuando se trataba de hacer que los clientes y los trabajadores se sintieran valorados.

Aquella misma mañana, Luke había llamado a John, su trabajador más reciente, para hablar con él. Tenía dieciocho años, acababa de terminar el instituto y tenía un futuro prometedor como carpintero.

—Oye, John, debes entender que solo porque tengas algo de dinero no quiere decir que te lo puedas fundir en mierdas que no te hacen falta. No necesitas una camioneta de cuarenta y cinco mil dólares y te aseguro que tampoco una televisión de sesenta pulgadas para el sótano de casa de tus padres. Quiero que tengas éxito y estoy aquí para ayudarte a conseguirlo...

Harper no había podido evitar sonreír mientras hacía fotocopias y escuchaba desde fuera del despacho.

Luke se preocupaba de verdad por la gente, daba igual si era su familia, sus amigos o sus trabajadores. Era el tipo de hombre en el que se podía confiar y no solo para que te sacara de un apuro, sino también para que te ayudara a evitar meterte en más.

Harper llevó el bolso y la bolsa portaalimentos a la cocina y las dejó en la encimera. Era una tarde de primavera preciosa, así que decidió abrir todas las ventanas de la casa para que entrara la brisa. Iba a ir al dormitorio para ponerse unos pantalones cortos y una camiseta, pero cuando estaba subiendo las escaleras, oyó que alguien llamaba a la puerta.

—¡Claire! Hola, adelante. —Harper abrió la puerta y saludó a la madre de Luke con la mano.

La mujer llevaba una fiambarrera llena de tartas de queso en miniatura.

—Pasaba por el barrio y, como llevaba las tartas, se me ha ocurrido qué podía pasarme.

—Madre mía. Por las tartas, te diría que te mudaras con nosotros. —Harper rio—. Entra, por favor. ¿Quieres tomar algo? ¿Agua, té con hielo?

—Me apetece un té con hielo, gracias. —Claire la siguió por el pasillo y vio el comedor—. ¡Vaya! Por fin ha comprado muebles.

Harper se detuvo con ella en el umbral de la puerta.

—Esta misma semana. Invité a unos amigos a cenar sin saber que a Luke le molestaría tener invitados y que no tuvieran donde sentarse.

—Llevo muchísimo tiempo esperando a que convierta esta casa en un hogar. —Claire se giró para mirarla—. Tú, querida, mereces mucho más que unas cuantas tartas de queso.

Después de dar una vuelta por la casa para ver los muebles nuevos, se sentaron en el porche trasero para disfrutar de la tarde primaveral mientras tomaban el té.

Claire cogió impulso en el suelo de madera del porche y el asiento colgante empezó a balancearse.

—Tengo que confesarte una cosa. No estaba en el barrio de casualidad.

—Vaya, no me digas —dijo Harper con el vaso en los labios.

—Luke dice que soy una entrometida, pero yo lo llamo ser madre —suspiró y se pasó una mano por el pelo, corto y negro con mechones plateados.

Era un gesto característico que también tenía Luke y que a Harper siempre le hacía sonreír.

—Cree que como es un adulto, sus asuntos son solo cosa de él, pero no entiende lo difícil que es criar a alguien hasta que se hace mayor. Nunca dejas de...

—¿Preocuparte?

Claire asintió.

—Exactamente. Tiene treinta años, pero yo me tengo que asegurar de que está bien de todos modos. Seguro que tus padres hacen lo mismo.

Harper agachó la cabeza.

—Seguro que lo harían. Murieron cuando era una niña, pero me gusta pensar que seguirían interesados en mi vida si estuvieran vivos.

—Vaya, lo siento, Harper. No lo sabía. Por favor, perdóname, soy una bocazas.

Harper rio.

—No pasa nada. Fue hace mucho tiempo.

—A veces el tiempo no cura todas las heridas —respondió ella con tristeza—. Hay gente que nunca se recupera después de una pérdida.

—Supongo que algunos no valoramos el tiempo que tenemos, pero no podemos vivir un duelo constante. Deberíamos dar las gracias al universo por la oportunidad de tener algo maravilloso en nuestras vidas, independientemente del tiempo que lo podamos disfrutar.

—Veo que Luke te ha contado lo de...

La puerta de tela metálica interrumpió a Claire.

Harper sintió que se le aceleraba el pulso al ver a Luke, que llevaba los vaqueros cubiertos de arena y la camiseta ajustada con una mezcla de sudor y polvo. Tenía manchas de sudor hasta en la gorra y parecía que hubiera salido de un calendario de paletas buenorros. Uno de esos que olían cuando los rascabas.

—Señoras. —Luke le dio un beso a Harper en la frente y se apoyó sobre la barandilla.

—Pasaba por el barrio y he pensado en pasar a veros —contestó Claire, inocentemente.

—Claro, mamá. Espero que no estés interrogando a Harper.

—No, pero he metido la pata con ella, porque no me dijiste que sus padres fallecieron. Estas cosas no pasarían si te ex-pre-sa-ras. —Con cada sílaba, se oyó el tintineo de sus pendientes.

—Entendido, mamá. —Puso los ojos en blanco—. Entonces, ¿no la estás interrogando?

—No he tenido tiempo aún. Soy una interrogadora educada, estaba intentando ser sutil. —Claire le guiñó un ojo.

—¿Cómo va el trabajo? —preguntó Luke—. Nos ha llamado Della esta mañana y nos ha dicho que quieren hacer la ampliación.

Claire asintió.

—El negocio de las flores está en pleno apogeo. Yo en teoría tengo que trabajar dos días a la semana, pero me han dicho que vaya también los viernes y unos cuantos sábados para ayudar con los preparativos de las bodas. Della y Fred quieren contratar a alguien a jornada completa para que acabe haciéndose cargo del negocio.

—¿Tienen a alguien ya? —preguntó Harper.

—No vas a dimitir ya, ¿verdad? —bromeó Luke.

Harper rompió a reír.

—No, pero Gloria está buscando trabajo.

—¿Gloria Parker? Qué bien. —Claire asintió enérgicamente—. Ya va siendo hora de que pueda alzar el vuelo. Dile que llame a la tienda y ya me encargaré de concertarle una entrevista con Della.

—¡Eso sería genial! Muchas gracias.

—Te debo algo más que unas tartas de queso después de que hayas conseguido que mi hijo se eche novia, contrate a un gerente para el negocio y compre muebles.

—¿Has traído tartas de queso? —preguntó Luke, animado.

Luke acompañó a su madre al coche, principalmente para encargarse de que no se quedaba a solas con Harper y le intentaba sonsacar más información.

—Me gustan los muebles nuevos —dijo ella mientras sacaba las llaves del bolso—. Cada vez parece más un hogar.

—Mamá —respondió él sin intentar esconder la exasperación en su voz.

—No me vengas con «mamá» ahora. Tengo derecho a ver cómo están mis hijos. Algún privilegio debo de tener después de cuarenta y siete horas de parto.

—Por el amor de...

—Me gusta mucho Harper, Luke. Ya estás sonriendo otra vez. —Le acarició la cara—. Ya ha pasado mucho tiempo.

Él gruñó, pero le cogió la mano y le dio un beso en la palma.

—Es una buena chica, mamá. A mí también me gusta, pero ¿podemos dejar de hablar de mi vida amorosa ya?

Claire le dio un beso en la mejilla.

—Como quieras. Llévala a cenar a algún sitio, se lo merece.

Luke esperó a que su madre se fuera antes de sacar el móvil. A sus padres les gustaba mucho su novia y eso era un problema.

—Necesito consejos sobre algo turbio y secreto, así que voy para tu casa —dijo Luke caminando de un lado al otro en la acera.

—¿Es raro que me sienta halagada? —preguntó Sophie, al otro lado de la línea.

—¿Qué les digo a papá y a mamá cuando se vaya Harper?

Josh gritaba al otro lado del teléfono.

—¿Va todo bien por ahí? —preguntó él.

—¿Qué? Ah, sí. Es su grito de felicidad. Espera, deja que lo encierre en el sótano.

—¡Sophie!

—Es broma. Estoy en la despensa, necesito silencio para centrarme en las mentiras que les vas a contar a papá y mamá.

—¿Quieres que te recuerde que todo esto fue idea tuya?

—¿Quieres que te recuerde lo mucho que estás disfrutando tú con mi idea?

—*Touché*. Dime qué hacer.

—¿Cuándo se irá? ¿Antes o después de que te hayas ido tú?

—No lo sé. Supongo que después.

—¿No lo habéis planeado?

—No hemos hablado mucho del tema.

—Probablemente tendría más sentido que se quedara un tiempo después de que te fueras, así no haría falta que James se ocupara de tu casa en cuanto te marcharas. Supongo que no quieres que ninguno de los dos quede como un imbécil, ¿verdad?

—Supones bien.

—Entonces tiene que haber una noticia tan buena que haga que el hecho de que se vaya parezca menos triste.

—Me he perdido.

—Cómo se nota que eres un hombre. Pues que le pase algo tan maravilloso que se tenga que ir de Benevolence. No sé, que le den un papel de protagonista en una peli o que conozca al hombre de sus sueños.

—Se supone que ese soy yo.

—Es una lluvia de ideas —dijo Sophie con un suspiro—. Pero ya que lo has mencionado, ¿por qué no le pides que se quede?

—Ese no es el plan. Y no sería justo pedirle que dejara su vida apartada durante seis meses para ver si esto se convierte en una relación de verdad.

—De acuerdo, vale. Solo estoy descartando opciones.

Capítulo 20

Al día siguiente, Luke y Aldo tuvieron que ir a la base militar para hacerse la revisión médica necesaria antes de la movilización y asistir a unas reuniones informativas. Antes de irse, Luke le dio un beso de despedida a Harper y se dejó llevar. Llegó a casa de Aldo veinte minutos tarde y se encontró a su amigo esperando en el porche.

Cuando Aldo eligió la pulcra casita de campo en lugar de una de las nuevas a las afueras, Luke ni se inmutó. Había preferido un hogar familiar en lugar de un apartamento de soltero, y aunque no era lo que Luke había esperado de su amigo el ligón, nunca hablaron del tema. No les hacía falta.

—Ya era hora —dijo Aldo al sentarse en el asiento del copiloto antes de ponerse el cinturón de seguridad.

—No he llegado tan tarde.

—No me des explicaciones. Por la cara de tonto que tienes, ya imagino qué te ha hecho llegar tarde.

—No digas tonterías.

No era una tontería. Luke era consciente de que últimamente tenía cara de tonto, aunque había pensado que nadie más se habría dado cuenta.

—Te conozco desde que te salvé el culo en aquella pelea de primero. Conozco muy bien tu cara de tonto.

—Sigo pensando que podría haber acabado yo solo con aquellos chicos.
—Luke bajó el coche de la acera.

—Eran cuatro tíos de cuarto.

—Bueno, pues si tú me ayudaste aquel día, yo te salvé de ahogarte en el lago cuando teníamos doce años.

—Pensé que el hielo aguantaría mi peso. —Aldo se encogió de hombros y mostró sus dientes blancos en una sonrisa.

—Nos pasamos todo el mes de enero castigados.

—Nuestras madres estaban enfadadísimas. ¿Qué le parece Harper a tu madre?

Luke aguantó un suspiro. Sabía que Aldo no tardaría mucho en fisgonear. A veces tenía que recordarse que no era bueno apartar a todo el mundo.

—Le encanta. Cree que es justo lo que necesito.

—¿Y tú qué crees?

—Creo que necesito calma y tranquilidad, y ella es todo lo contrario.

—Entonces, ¿qué hace aquí?

Luke se encogió de hombros mientras se incorporaba a la carretera.

—Todo empezó como un favor. Ella no tenía dónde quedarse ni adónde ir.

—¿Y luego?

Luke se aclaró la garganta.

—Bueno, la has conocido.

—Sí. ¿Crees que se quedará?

Él negó con la cabeza.

—Qué va. Tiene cosas que hacer y lugares a los que ir. No puedo pedir a una persona a la que acabo de conocer que me espere durante seis meses.

—Es mucho tiempo para cualquier persona. Pero ella te esperaría.

—No sé si quiero que lo haga.

—No digas gilipolleces.

—¿Besas a tu madre con esa boca?

—¿De quién crees que he aprendido?

Era cierto. A pesar de que la señora Moretta iba a la iglesia dos veces al mes, decía más groserías que un exmarinero convertido en camionero. Nunca se cortaba a la hora de usar una palabrota cuando la situación lo requería.

—Ya que estamos hablando de mujeres, Harper cree que te gusta Gloria.

—Está en lo cierto.

—Bueno, a ti te gusta todo lo que tenga un buen par de piernas y ojos marrones.

—¿Por qué crees que ese es mi tipo?

—Y si ya te gustaba en el instituto, ¿cómo es posible que Glenn siga vivo?

—Me lo pregunto cada día. Con los despliegues, me ha sido fácil pensar en otras cosas, me han dado algo en lo que centrarme.

Luke sabía perfectamente lo que quería decir.

Aldo se movió en el asiento.

—Tengo que admitir que estoy pensando en dejarlo. Es la cuarta vez que nos movilizan y quiero que sea la última.

—¿De verdad?

—Llevamos metidos en esto desde que acabamos el instituto. Eso son doce años de hacer las maletas, movilizarnos y esperar volver a casa cuando acabemos. Estoy listo para echar raíces. Quiero dedicarme a proyectos de ingeniería y quiero convertir a una buena chica en la nueva señora Moretta.

—Por dios, Aldo. —Solo con imaginárselo, Luke empezó a sudar—. ¿Cuándo has decidido todo esto?

—Diez segundos después de enterarme de que Gloria se había ido de casa. No me digas que tú no tienes ganas de retirarte.

—El ejército y la empresa son lo único que tengo.

Aldo rio.

—Tienes a tu familia y podrías tener a Harper también, si quisieras. Volver a casa cada día y encontrarte esa cara tan bonita que te contaría en qué problemas se ha metido. ¿No te emociona la idea?

—Es una chica problemática. Me preocupa qué hará cuando esté sola.

—Te necesita.

—Necesita a sus padres, pero están muertos. No tiene familia, solo cicatrices de todos los años que pasó en casas de acogida.

Aldo maldijo en voz baja.

—Darías cualquier cosa por ayudarla, pero no sabes cómo hacerlo.

—Exacto. —Luke suspiró. Sabía que su amigo lo entendería—. De hecho, no tengo espacio en mi vida para ella.

—Sí que tienes espacio. Tienes una habitación entera, pero eres un cagado y no te atreves a invitarla.

Luke se molestó. Aldo, su familia y todo el mundo se entrometían en sus asuntos, pero ninguno de ellos sabía qué era tenerlo todo para luego perderlo. Le había costado mucho sobrevivir y la vida no daba segundas oportunidades.

La revisión médica salió bien y las reuniones fueron aburridísimas, pero llegaron a casa a una hora decente y con una idea mucho más clara de lo que harían en Afganistán. Normalmente, Luke notaba un cosquilleo, una sensación de emoción por la nueva misión, por tener un proyecto nuevo, sin embargo, aquella vez se sentía raro.

Tenía cosas que hacer en casa y en la oficina, pero estaba cansado. Estaba acostumbrado a sobrevivir durmiendo poco gracias a las dosis exageradas de cafeína o a la adrenalina, pero las noches que había pasado con Harper debajo, encima o envuelta en su cuerpo le estaban pasando factura. No era de los que dormían la siesta, pero a lo mejor le iría bien relajarse delante de la

televisión durante una hora para luego volver a centrarse en el papeleo y en hacer las maletas.

Cuando despertó una hora después, sintió algo cálido y pesado sobre el regazo.

Había un perro grande y gris y tenía la cabeza y una pata sobre su pierna.

—¡Harper!

Ella entró por la puerta rápidamente, lo que quería decir que estaba cerca.

—Antes de que te enfades...

—Harper, ¿por qué tengo un perro en el regazo?

—No nos la tenemos que quedar, pero necesita un hogar.

—Repito, ¿por qué tengo un perro en el regazo?

La perra, que estaba dormida, gruñó y se estiró.

—¿De qué puta raza es?

—Es una mezcla de *pitbull* y labrador y no sé qué más. La han abandonado y, como tiene un problema de piel y necesita tratamiento para el corazón, los del refugio iban a sacrificarla.

—Eso sigue sin explicar qué hace un perro aquí. En mi regazo.

Lo dijo en un tono tan alto que la perra se despertó. El animal abrió lentamente un ojo rojo y lo miró.

—He ido a comprar y una señora ha salido de la tienda de mascotas con ella. Se llama *Lola*, por cierto.

—¿La señora?

—¡No! La perra.

Al oír su nombre, el animal giró la cabezota hacia Harper y movió la cola dos veces.

—Resumiendo, la protectora de animales se ha hecho cargo de ella, pero tiene que quedarse en algún lugar hasta que le encuentren una casa de acogida. Tardarán como mucho una semana. Además, me ha mirado con esos ojos tan grandes y tristes y antes de que me diera cuenta la estaba metiendo en el coche. Lo siento mucho, no me odies, por favor. Ni a *Lola*.

La perra volvió a mover la cola.

—Harper, no puedes traer un perro a casa y hacer como si no pasara nada.

—¡Ya lo sé! Es que me ha hipnotizado. Lo siento mucho.

Lola giró la cabeza hacia Luke.

—¿Qué tiene en los ojos?

—Es una infección sin importancia. Le tenemos que poner gotas tres veces al día.

La perra sacó la lengua, que le colgaba de la boca.

—Harper, es enorme, podría comerte de un bocado.

—Es un angelito, no tiene ni un pelo de mala. —Harper se retorció las manos.

Lola se giró sobre el regazo de Luke y se quedó panza arriba.

—¿Una semana?

—Como mucho.

Lola los adiestró en cuestión de días y les hacía saber amablemente cuándo tenía hambre o cuándo tenía que hacer sus necesidades. La casa de Luke, en la que hasta ese momento no había habido ninguna mascota, tenía ahora una amplia variedad de juguetes para perros y huesos con los que *Lola* jugaba a todas horas. Por las noches roncaba con la enorme cabeza apoyada sobre los pies de Harper.

Ella intentaba ocuparse de la mayoría de los cuidados de *Lola*: la sacaba a pasear, la alimentaba, le daba la medicina y hasta le cortaba las uñas a la pobre perra, que las tenía muy largas.

Intentaba molestar a Luke lo mínimo posible, pero aun así, le dolía oír sus suspiros cuando el animal se hacía notar.

Se recordaba cada día lo generoso que había sido Luke de abrirle las puertas de casa tanto a ella como a *Lola* y, como se sentía culpable, le llenaba la nevera de su comida favorita y se esforzaba al máximo por ser de ayuda en casa.

Intentaba llegar a casa antes que él para dejar salir a *Lola*, pero siempre llegaba él primero. Una noche, cuando llegó a casa se encontró a Luke con los niños intentando enseñar a la perra a ir a buscar la pelota. A *Lola* no parecía interesarle, pero a Henry no le molestaba ir a recoger las pelotas que lanzaba Robbie.

Acompañaron a los niños a casa y llevaron a *Lola*, que ni siquiera reaccionó cuando la pequeña Ava se acercó tambaleándose y se subió encima de ella. La perra se limitó a bostezar y dejó que la niña la acariciara y achuchara con sus dedos pegajosos.

Los primeros días que el animal pasó en casa, Luke le preguntó a Harper si sabía algo sobre si le habían encontrado una casa permanente, pero cuando él dejó de preguntar y *Lola* empezó a bajar con él todos los días a la planta de abajo, Harper empezó a sospechar.

A la mañana siguiente, ella se quedó en la cama hasta que Luke bajó con *Lola* y, cuando oyó que la puerta delantera se cerraba, se destapó rápidamente

y los siguió.

Había comida en el cuenco del animal, pero *Lola* no estaba en la cocina. Harper buscó en el resto de la casa y en el patio trasero. La perra no estaba.

Se preparó una taza de café y se sentó a esperar en el porche.

Su paciencia se vio recompensada diez minutos después, cuando Luke y *Lola* doblaron la esquina el uno al lado del otro. Las patas de *Lola* pisaban la acera con firmeza y la lengua le colgaba a un lado de la cara. Luke tenía una sonrisa discreta, a juego con la de su compañera. Parecían la personificación de la felicidad.

Harper se dio cuenta de que los pasos de Luke cambiaban cuando la vio y que tenía una expresión facial completamente diferente cuando llegaron a la casa.

Ella intentó esconder la sonrisa de suficiencia con la taza de café.

—Buenos días.

—Buenos días —respondió él con indiferencia. Le dio la correa del perro y añadió—: *Lola*, eh, tenía que salir, así que la he sacado yo.

—¿Habéis dado la vuelta a la manzana? —preguntó ella con inocencia mientras acariciaba el lomo del animal.

Lola le agradeció el gesto con un lametazo enorme.

—Eh, sí, hemos salido a pasear por aquí cerca.

La perra se sentó al lado de Harper en el escalón y se apoyó en su brazo.

—¡Qué mentiroso!

Luke levantó las manos.

—Oye, ha sido una vuelta a la manzana. Más o menos.

—La estás llevando a correr contigo y por eso está tan cansada cuando la saco a pasear una hora después.

Harper vio que Luke estaba pensando qué decir detrás de las gafas de sol.

Señaló al animal con los brazos y dijo:

—Por Dios, mírala. Es enorme. Me preocupa que te arrastre por la manzana y que se lleve por delante todo lo que vea.

—¿Entonces la has sacado a pasear para ver cómo se comportaba?

—Sí. Y para cansarla. He pensado que te resultaría más fácil llevarla con la correa si estaba cansada.

—Qué gesto tan amable y considerado por tu parte.

—Es imposible enfadarse conmigo, ¿verdad? —Su hoyuelo reapareció.

—Si no fuera porque me has estado haciendo sentir culpable por haberla traído a casa cuando es más que evidente que te encanta tener a *Lola* en casa...

—A ver, yo no diría que me encanta...

—¡Lucas Norbert Garrison!

—Mi segundo nombre es Charles.

—¡La adoras! Mírala fijamente a esos ojos tan grandes y tristes y dime que no es verdad. —Harper apretó la cara del perro con las manos—. Mira a papá y haz que se sienta mal por haberle tomado el pelo a mami. Me lo podrías haber dicho. Deberías habérmelo dicho.

—Tengo derecho a no declarar. Ahora, si no os importa, me voy a acabar de correr, porque *Lola* no aguanta más de tres kilómetros. —Se inclinó hacia Harper, le dio un beso y se acercó a darle otro a *Lola* en la cabeza, pero la perra se soltó y le chupó la boca.

—Te aseguro que eso no me ha encantado —dijo mientras se limpiaba la boca con el dorso de la mano.

—Te lo tienes bien merecido, Norbert.

—¿Podemos cenar bistec hoy? —preguntó caminando hacia atrás hasta la acera.

—Sabes que solo te estaba intentando hacer la pelota. Eres un...

—A los vecinos no les hará gracia que acabes esa frase —respondió antes de empezar a correr.

—Vale, pero le tienes que dar a *Lola* la mitad del tuyo.

Harper esperó a que Luke se fuera para reírse.

Aquel día, Luke evitó ir a la oficina y se comunicó principalmente por mensaje de texto o correo electrónico, incluso después de que Harper lo llamara gallina.

Ella fue la primera en llegar a casa y sacó a pasear a *Lola* antes de preparar la cena. Cuando estaba cocinando los bistecs, oyó la puerta delantera, así que se dirigió al pasillo para saludar a Luke y *Lola* la siguió.

—Mira quién ha decidido dar la cara por fin —bromeó ella.

Luke dejó las llaves sobre la mesa que había al lado de la puerta y se cambió de brazo con mucho cuidado el bulto que llevaba en brazos.

El bulto ladró.

—No me digas nada. Ni una sola palabra —murmuró.

Llevaba un terrier de aspecto descuidado bajo el brazo, como si fuera un balón de fútbol americano.

Harper tuvo que morderse el labio para evitar reír.

Cuando dejó el perro en el suelo, vio que tenía solo tres patas.

—Oye, ¿no deberíamos presentarlos primero? —preguntó ella mirando a *Lola*.

—De acuerdo. *Lola*, este es *Max*; *Max*, esta es *Lola*.

El perro se acercó a *Lola* y la olisqueó. Ella parpadeó, se dio media vuelta y se alejó por el pasillo. *Max* la siguió alegremente.

—He ido a recoger los medicamentos de *Lola* y he visto al maldito perro. Una señora mayor estaba intentando dejarlo en el refugio, pero no había casas de acogida para él y, si lo llevaban a la perrera, probablemente lo acabarían sacrificando.

—Solo tiene tres patas.

—Y se lo recriminarían. No es su culpa.

Harper se tapó la boca para que no la viera sonreír; Luke miraba fijamente hacia la cocina.

—Es algo temporal —añadió él—. Solo somos su casa de acogida.

—Sí, temporal —susurró ella a pesar del vuelco que le dio el corazón.

Capítulo 21

Les pareció más fácil acostumbrarse a dos perros que a uno solo y *Max* pasó a formar parte de sus vidas con facilidad. Seguía a Luke a todas partes, como si fuera su sombra, y ladraba como un perro que fuera el triple de grande. Por las mañanas, Luke salía a correr con *Lola* y Harper llevaba a *Max* a dar un par de vueltas a la manzana. Por la noche, el recién llegado dormía acurrucado al lado de *Lola*.

Cada vez que Harper llegaba después de trabajar, los dos la saludaban como si hiciera décadas que no la veían.

Lola corría por el pasillo con sus ladridos graves mientras que *Max* caminaba alegremente alrededor de su compañera. En cuanto se abría la puerta, se abalanzaban sobre Harper o Luke, o la cartera, muy emocionados. Era agradable recibir tal bienvenida cada vez que volvían de trabajar.

Unas semanas antes, Harper no habría podido imaginar que su vida daría un vuelco tan drástico. Tenía un hombre al que adoraba, un hogar acogedor, buenos amigos y dos perros, que pensaban que era mejor que el beicon. Pero todo era temporal. Intentaba no pensar en lo que ocurriría al cabo de unos pocos días: Luke desaparecería de su vida, ella se iría de Benevolence y otra persona se encargaría de abrir los montones de correo de la empresa.

Harper abrió el sobre con un movimiento rápido del abrecartas. Solo Luke era capaz de dejar que el correo de la oficina se acumulara durante semanas. Ella se había ocupado de abrir las cartas del montón que tenía en la estantería del despacho, donde también había encontrado cheques de varios clientes. Después de que Harper le explicara lo importante que era responder a tiempo al correo, Luke aceptó que se encargara de las cartas a partir de ese momento.

En cuanto acabara con el montón, tendría que ir al banco a hacer un ingreso.

Había un cheque en uno de los sobres que tenía sobre el escritorio, así que lo cogió para mirarlo. Era un cheque a nombre de Luke por una cantidad de...

No pudo evitar abrir la boca de par en par. Sintió que las rodillas le cedían y se tuvo que sentar.

Nunca había visto una cantidad tan grande en un cheque y había tres sobres igual que ese. Los abrió todos y los juntó.

«Páguese a la orden de Lucas Garrison».

Harper era consciente de que estaba mirando embobada el escritorio, pero no lo podía evitar, porque encima de él había más de medio millón de dólares. ¿De qué era todo ese dinero? ¿Era legal?

Harper miró hacia el despacho de Luke, donde este hablaba por teléfono con un proveedor. Estaba relajado en la silla con las botas de trabajo sobre el escritorio, como si no hubiera nada en el mundo que le preocupara; ajeno a que la había hecho caer rendida ante sus pies para luego darle una puñalada al recordarle que no podía ser honesto con ella.

Era un capullo distante, atractivo y, encima, millonario.

Harper pensó en los remordimientos que había sentido cuando habían ido a comprar los muebles para la casa, aunque Luke podría haber amueblado varias casas más con los cheques que ella llevaba en la mano. ¿En qué estaba pensando? ¿Por qué le pedía a ella que se abriera y le contara secretos que había ocultado durante tantos años cuando él no era capaz de confesar que era rico?

Furiosa, Harper cogió los cheques y se dirigió hacia la puerta cerrada del despacho. Puso los cheques contra el cristal de un golpe.

—¿Qué coño es esto? —Gesticuló con la boca.

Luke bajó los pies del escritorio y, al menos, tuvo la decencia de parecer avergonzado. Se encogió de hombros y le hizo un gesto con la mano para que esperara.

Pero Harper se había cansado de esperar, así que dejó los cheques en el mueble que había al lado de la puerta y cogió el bolso. Se iba antes de hora para comer y se tomaría su tiempo, y él tendría que aguantarse, porque ella no le debía ninguna explicación.

Luke la encontró en la barra del restaurante con la mirada perdida en una taza de café. Se sentó en el taburete de al lado y se giró hacia ella para mirarla a la cara. Pensó que podría hacer que se calmara en unos minutos e incluso comer algo. Cuanto más cerca estaba la fecha del despliegue, más valioso era el poco tiempo que tenía.

—¿Por qué te has puesto así por un par de cheques?

Se giró hacia él y lo miró enfadada.

—¿De verdad crees que es por los cheques? ¿Es que te has dado un golpe en la cabeza?

—Parece que estás poniendo en duda mi inteligencia —respondió mientras le hacía señales a la camarera para que le trajera un café.

—A mí me parece que te estás intentando hacer el tonto —comentó Harper—. No es por los cheques, sino por lo que representan.

—¿El dinero?

—Voy a patearte ese culo perfecto que tienes hasta que caigas del taburete.

Seguro que lo intentaría.

—¿Es porque no te he contado lo de los cheques que has encontrado mientras abrías mi correo?

—¿En serio piensas jugar esa baza y acusarme de meter las narices en tus asuntos? Te he abierto las cartas porque tú me lo pediste, así que tendrás que probar con algo diferente.

En eso tenía razón. Luke suspiró.

—Oye, no hay nada en nuestro pacto que nos obligue a contarnos todos nuestros secretos.

—¿Por qué eres así? ¿Qué narices te pasa? ¿Es que no puedes compartir tus cosas conmigo? Esto ha dejado de ser atractivo, ahora solo me parece doloroso.

—¿Por qué es doloroso? No te he ocultado nada a propósito. El dinero es de una patente que tengo con Aldo de un sistema de vigas que creamos. No es tan importante.

—Lo que me parece importante es que yo te conté todos los detalles de mi sórdido pasado y tú no me cuentas ni las cosas buenas. ¿Por qué?

—Ya te lo he dicho, no soy un romántico.

—No estamos hablando de romanticismo, estamos hablando de intimidad. Y no puedes pretender que yo te cuente mis cosas cuando tú no tienes intención de hacerlo.

—Pero es que yo no soy así, Harper. —Se encogió de hombros—. Oye, no sé qué decirte. Ni siquiera he pensado en los cheques, me quedan menos de dos semanas para irme y dejar a mi familia durante seis meses.

—De eso tampoco hablas.

—¿De qué? ¿Del despliegue? ¿De qué quieres que hablemos? —preguntó con un tono que dejaba entrever su frustración—. Me voy. Eso es todo.

—Eso no es todo y lo sabes perfectamente.

Luke le giró el taburete para que lo mirara y le puso las manos sobre los muslos.

—Mira. Quieres algo que no te puedo dar y creo que te estás involucrando demasiado. Estás intentando crear una relación donde no la puede haber. Yo no comparto las cosas, no cuento lo que siento ni lo que pienso, y aunque lo hiciera, me voy seis meses. No habrá un «nosotros» cuando regrese y estoy empezando a pensar que quizá sería mejor que tampoco lo hubiera ahora.

—¿Quieres que me vaya? —Lo miró fijamente, retándolo a que dijera algo que no quería.

Él suspiró.

—No, no quiero que te vayas. —Ahí estaba. Eso sí que era una respuesta honesta—. Me gusta que estés conmigo y hasta tener a los perros. Creo que nuestra relación laboral es genial, pero a lo mejor deberíamos dejar a un lado... la relación íntima.

—¿Te refieres al sexo?

La camarera abrió los ojos de par en par mientras le servía el café justo delante de él. Luke esperó a que se marchara para continuar con la conversación.

—Sí, me refiero al sexo —dijo en voz baja—. Está empezando a confundirnos. Creo que sería buena idea que volviéramos al plan original durante lo que queda de mes. Tú estás ahorrando y buscando trabajo. Y gracias a ti tengo la oficina más organizada para cuando me vaya. Podemos hacer que esto funcione, pero no debemos complicar las cosas.

—O sea, que te digo que me duele que me escondas cosas, ¿y tú propones que nos limitemos a tener una relación estrictamente laboral?

¿Por qué se empeñaban las mujeres en complicarlo todo? Solo intentaba protegerla. ¿Acaso no se daba cuenta?

—Harper, lo hago por tu bien.

—O sea, que no podemos acostarnos porque me estás protegiendo de mis sentimientos.

No parecía contenta, pero Luke estaba convencido. A lo mejor no quería protegerla solo a ella; había algo en la crudeza de su relación que le asustaba demasiado. No quería que la cosa fuera a más ni que se involucraran a un nivel más profundo.

—Lo único que digo es que estamos complicando una situación que no tiene por qué ser complicada. Ciñámonos al plan.

—Vale.

Le cogió las piernas y preguntó:

—¿Vale? —Esperaba que ella se opusiera.

—Es tu vida y tu decisión.

Luke sentía que le estaba tomando el pelo.

—¿Te parece bien que volvamos al plan original?

—Genial. —Le miró fijamente las manos hasta que se las quitó de las piernas, luego se centró en la carta—. Nos vemos en la oficina.

—¿Qué te parece si te invito a comer? —preguntó Luke. El especial de la casa tenía muy buena pinta.

—No, gracias. Prefiero comer sola —respondió ella, y cerró el menú—. Pero no te preocupes, yo te invito al café. Puedes irte.

Y así, sin más, lo echó.

Luke se tomó aquella moratoria muy en serio y durmió en el sofá las dos primeras noches. Dio las gracias por qué el sofá fuera mucho más cómodo que el de su abuela, aunque, aun así, estaba muy lejos de la comodidad de su cama. Y de Harper.

Lo que había pensado que ayudaría a simplificarlo todo había acabado siendo una complicación. Una bastante importante. El fin de semana se convirtió en una erección de dos días. Ahora que no podía tener a Harper, la deseaba más que nunca. Sus curvas lo llamaban, le pedían atención, querían que las tocaran.

Después de encontrársela inclinada sobre la isla de la cocina, donde leía una revista en pantalones cortos y una camiseta de tirantes, decidió evitarla como si fuera el tío borracho con el que nadie quiere hablar en las reuniones familiares. Se dio media vuelta tan rápido que se chocó con la nevera.

Por si aquello no hubiera sido suficiente humillación, tuvo que ver la sonrisa de suficiencia de Harper antes de salir de la cocina. Estaba jugando con él y parecía que sus faldas eran cada vez más cortas; sus camisetas, más ajustadas, y la erección de Luke, cada vez más dura.

Se pasaba todo el día de mal humor y Frank se dio cuenta.

—¿Qué cojones te pasa hoy?

—Nada, pero no estoy de humor para que me cuentes por qué te has enfadado con otro cliente.

Frank rio y dejó las sobras de la madera en el maletero.

—Solo te iba a decir que ha llamado la doctora para lo de la ampliación que quiere hacer. Ya está lista, pero como no haces más que quejarte,

supongo que le tendré que decir a Harper que concierte la fecha para la consulta.

Luke cerró la caja de herramientas de golpe. Que alguien como Frank le llamara la atención quería decir que se estaba comportando como un verdadero capullo.

—Lo siento. Es que estoy... —¿Cómo estaba? Cachondo, frustrado, agitado, distraído a más no poder por una rubia con curvas que lo había ignorado completamente aquella mañana en la cocina—. Nervioso —dijo finalmente.

—¿Nervioso? Ya me dirás por qué. Ya has hecho esto antes. Tu padre y yo nos encargaremos de todo.

—No es por el trabajo.

Luke usó agua del termo para limpiarse el yeso de las manos.

—¿Tiene que ver con una jefa de personal a la que conozco que tiene pinta de querer abalanzarse sobre ti un minuto y estrangularte al siguiente?

—Entonces no son imaginaciones mías.

Frank suspiró y se apoyó en la camioneta.

—Hijo, deja que te diga una cosa sobre las mujeres. No las enfades nunca. No vale la pena y te juegas la vida y una extremidad por algo que, seguramente, ni siquiera es importante. Yo te aconsejo que si la has enfadado, te disculpes antes de que convierta tu vida en un infierno.

Entonces fue Luke quien suspiró.

—¿De verdad debería aceptar los consejos de un hombre que no se ha casado nunca?

—No hace falta saltar por un precipicio para saber que es una mala idea.

Capítulo 22

Una semana...

Harper había aceptado la voluntad de Luke y le había dado espacio para que hiciera el tonto, pero aquel idiota evitaba pasar tiempo en su propia casa y hacía que sus últimos días allí fueran muy deprimentes.

Harper recibió un mensaje en el que su jefe le preguntaba si podía regresar a la oficina para ayudarlo con una propuesta y ella decidió acabar con aquel sinsentido.

Se vistió para impresionar al chico: llevaba una falda de tubo demasiado corta para ser modesta y una blusa de manga corta ajustada de un tono rojo muy llamativo. Decidió no ponerse sujetador, pero sí un sencillo tanga negro. Para completar el atuendo, se calzó unas sandalias de tiras de tacón.

Se secó el pelo para darle más volumen, se hizo un maquillaje ahumado en los ojos y se pintó los labios.

Asintió al ver su reflejo en el espejo y se puso las gafas de sol. Ganaría la batalla.

Se aseguró de estar en la oficina antes que Luke, que llegó cuando ella ya estaba introduciendo números en el programa de contabilidad.

Cuando él entró, Harper ni se giró para mirarlo, siguió tecleando. Luke se acercó a su escritorio, donde dejó una bolsa aceitosa.

—Te he traído la cena.

Ella giró la silla para mirarlo.

—Gracias, jefe. Es todo un detalle.

Llevaba el uniforme de siempre: unos vaqueros desgastados y una camiseta suave. Harper se preguntó si algún día dejaría de latirle el corazón tan deprisa al ver que la camiseta se le ajustaba a los pectorales y a los hombros.

Los ojos de Luke se dirigieron de inmediato a su escote y ella se dio cuenta del momento exacto en que descubrió que no llevaba sujetador. Luke

apretó los dientes.

Harper se mordió el labio para evitar sonreír y giró la silla para seguir trabajando. Él se quedó inmóvil, se aclaró la garganta y dijo:

—Qué... guapa.

—Gracias —respondió ella—. He pensado que a lo mejor a Gloria le apetecería salir cuando acabemos.

—¿Salir? —repitió sin ninguna expresión.

—Sí, para liberar estrés. —Harper hizo clic sobre el botón de imprimir en la pantalla y se levantó—. Disculpa —dijo rozándolo al pasar por su lado.

—Puede que acabemos bastante tarde —comentó el jefe.

Harper sonrió de espaldas a él. Nunca había pensado que torturar a alguien sería tan divertido.

—No pasa nada, no me importa quedarme hasta que acabemos la presentación de propuestas. Vaya, ya me he vuelto a quedar sin papel.

Harper inclinó el torso hacia adelante para buscar el papel en el armario.

—Oye, Luke, ¿sabes dónde están los folios?

Sin decir ni una palabra, apareció junto a ella, abrió el armario del lado y se arrodilló. Harper se movió y se colocó de tal manera que sus pechos quedaron justo delante de él.

—Qué bien, ahí hay otro montón. —Alargó la mano por encima de Luke y le rozó el brazo con un pecho.

Se le endurecieron los pezones con el contacto y Luke retrocedió, como si se hubiera quemado. Harper se inclinó aún más y sintió que se le subía la falda por la parte de detrás de las piernas cuando cogió el papel.

—Gracias —contestó mientras volvía a enderezarse—. Añadiré el papel de impresora al pedido de material para la oficina.

Luke se tocaba la nuca con la mano; Harper se dio cuenta del bulto familiar que le había crecido entre las piernas y se mordió la mejilla por dentro.

Caminó otra vez hacia el escritorio y disfrutó del roce de la tela sobre los pezones endurecidos.

—¿Por qué no me envías por correo electrónico el borrador de lo que has hecho hasta ahora y lo reviso mientras cenas?

—De acuerdo.

Harper empezó a comerse el sándwich de queso y carne que le había traído, pero estaba más interesada en ver cómo la miraba a través del cristal del despacho.

Decidió tomarse un minuto para comprobar el correo y vio que le habían confirmado la entrevista de trabajo en Fremont para la semana siguiente. Esa vez no sintió un cosquilleo de nervios por volver a empezar; de hecho, lo único que notó fue que se le estaba formando una bola de hielo enorme en la tripa. Por primera vez en su vida, no estaba emocionada por hacer borrón y cuenta nueva.

Harper se tapó la cara con las manos y cerró los ojos. No había manera de evitar el nuevo comienzo, no podía continuar con la vida que llevaba. Luke se iba y, aunque se quedara, no tenía un hueco en su vida para ella.

—¿Qué te pasa?

Harper dio un bote en la silla al oír la voz de Luke, que estaba de pie delante del escritorio y la miraba fijamente.

—Me has asustado, eso me pasa. Madre mía. —Se llevó una mano al pecho. Era totalmente consciente de que le iba a mil por hora porque él estaba muy cerca.

—Mentirosa. ¿Qué ocurre?

—Estaba pensando que a lo mejor es difícil encontrar un piso en el que me dejen tener a los perros.

No era cierto. Hannah le había concertado una cita con el propietario de una casita al lado de un parque de perros.

—¿Te llevarás a los perros?

—Sí. No creo que te dejen tenerlos en la base. Bueno, ¿qué querías?

Descruzó y volvió a cruzar las piernas y sonrió cuando vio que él retrocedía.

—Eh. —Se pasó la mano por la nuca—. Sí. Oye, ¿puedes venir a echarle un ojo a una cosa que he escrito? Por favor.

—Claro —dijo antes de levantarse y seguirlo hasta el despacho. Harper esperó hasta que él estuvo sentado en la silla de delante del escritorio y se inclinó por encima de él para mirar la pantalla. Oyó como a Luke se le cortaba la respiración.

—¿Este texto de aquí?

Él asintió, pero se quedó en silencio.

—¿Te preocupa que no quede claro que la energía geotérmica está incluida?

—Sí. Has aprendido muchísimo en muy poco tiempo.

—Es fácil cuando algo te parece interesante. Y a mí me interesan muchas cosas de aquí.

—Harper —dijo con un tono inexpresivo que hizo que la hizo enderezar la espalda.

—Luke.

—Ya hemos hablado de esto.

Ella se apartó.

—¿De qué hablas? En primer lugar, me estaba refiriendo al trabajo, capitán engreído. Y, en segundo lugar, no lo hemos hablado. Has hablado tú y, cuando yo lo he intentado, te has cerrado en banda y has empezado a dormir en el sofá como la persona tan madura que eres.

—Es mucho más maduro ponerse a jugar a jueguecitos cuando te pido que me ayudes. Sé que vas vestida así a propósito.

—Yo no voy de madura y, al menos, soy honesta sobre lo que quiero.

—¿Crees que no estoy siendo honesto contigo?

Harper lo miró fijamente.

—Eres tú quien está jugando conmigo. Dices que me estás intentando proteger, pero es a ti a quien proteges en realidad.

Intentó discutirse, pero cerró la boca.

—No puedes negar la realidad. Eres tú el que está preocupado por la intensidad de todo esto, eres tú el que se está asustando. Porque sientes algo y piensas que si dejamos de acostarnos los sentimientos desaparecerán.

—¿Entiendes por qué no podemos seguir?

—Lo único que entiendo es que tú no quieres seguir —le corrigió.

—Harper. —Parecía exasperado—. Te deseo. Llevo excitado desde que he entrado en la oficina esta tarde. No es que no me atraigas. —Le acarició el brazo con la mano y, al hacerlo, le rozó un seno con el pulgar—. Te deseo más de lo que debería.

Harper se apoyó en el escritorio.

—¿Entonces por qué tenemos que parar? Solo tenemos una semana. ¿No deberíamos aprovecharla al máximo?

—¡Me cuesta explicártelo con lógica cuando no llevas sujetador! —gritó.

Harper se llevó las manos a las caderas y la camisa se le abrió entre los dos primeros botones.

—Le estás dando demasiadas vueltas.

—No quiero que nos encariñemos demasiado. Y sí, yo también me estoy encariñando.

Ella puso los ojos en blanco y se levantó del escritorio.

—Tenemos diez días antes de que te vayas. Yo también me iré, no corremos peligro de encariñarnos demasiado. Esto es lo único que tenemos y

te empeñas en castigarme.

Se giró para salir del despacho, pero antes de que pudiera dar un paso, la agarró por el brazo. En menos de un segundo la giró y la puso contra el escritorio.

—Me vuelves loco —le dijo al oído.

—Y tú me sacas de quicio —respondió ella dándole un empujón con las caderas para apartarlo.

Harper sintió la erección contra su cuerpo cuando Luke la empujó con la cadera hacia la mesa.

—No puedo luchar contra ti eternamente.

—Menos mal —respondió ella.

Luke le cogió las manos por detrás y le subió la falda hasta las caderas. El sonido de la cremallera de sus pantalones fue suficiente para que Harper se excitara. No podía evitarlo.

Él le separó los muslos con la pierna y le bajó el tanga hasta las rodillas. Harper, con las piernas abiertas y muy excitada, no pudo evitar gemir. Sintió la suave piel del pene de Luke en la parte trasera de los muslos. Él aferró la erección, la guio hasta la vulva húmeda de Harper y la acarició con la punta.

—Estás empapada, nena.

Luke le soltó los brazos un instante para cogerle la camisa por el escote y tiró de ella tan fuerte que hizo que tres botones cayeran por el escritorio y, luego, al suelo.

Los senos le salieron disparados de la camiseta y Luke los recibió con las manos.

—¿Es esto lo que quieres? —le preguntó mientras le pellizcaba los pechos y le acariciaba los pezones con las manos endurecidas—. ¿Que te toque? ¿Que me introduzca en tu interior y que haga que te corras una y otra vez?

A Harper le temblaron las piernas. Él le llevó una mano hacia el pelo y se lo cogió, tiró de ella hacia atrás y le agarró el cuello con la otra mano.

—Porque eso es lo que yo quiero —continuó él—. Quiero que conviertas la oscuridad y el dolor en algo precioso. Llenarte de mí, hacerte daño. Quiero dártelo todo y lo deseo con tantas ganas que no puedo quitármelo de la cabeza. Cuando pienso que no te volveré a tocar nunca... —Le bajó la mano que tenía en el cuello hacia el pecho y le tiró del pezón.

Harper respiró hondo. Sentía que el pulso le temblaba bajo las yemas de los dedos de Luke.

—¿Es eso lo que quieres?

Le tiró del clítoris con los dedos, imitando el movimiento de una boca, y ella volvió a gemir.

—Sí, Luke. Te quiero a ti. Lo quiero todo —susurró.

De repente, le soltó el pelo y ella cayó sobre el escritorio.

—Ten cuidado con lo que desees, Harper.

Tiró del tanga húmedo, que se rasgó en dos y cayó al suelo entre las piernas de su dueña. No había ninguna barrera, estaba totalmente expuesta, así que Luke guio su erección hacia la unión de sus piernas.

—No te olvides de que me lo has pedido. Yo te quería proteger. Agárrate con fuerza.

Sin decirle nada más, la penetró con una violencia totalmente nueva para ella. No tuvo tiempo de acostumbrarse a su tamaño, pues le metió el pene tan rápido y con tanta fuerza como si la estuviera empalando. Cambió de ángulo para introducirle hasta el último centímetro de su miembro, que quedó totalmente dentro de ella.

Cuando se introdujo hasta el fondo, Harper lo sintió en la parte baja del abdomen.

Luke empezó a embestirla con fuerza. Le acarició los costados, le cogió los pechos y, como si quisiera ordeñarla, empezó a tirar de ellos y a pellizcarlos, cosa que le producía un placer intenso y un poco de dolor.

Harper estaba atrapada entre Luke y el escritorio, así que lo único que podía hacer era aguantarse y aceptarlo. Sus pesados testículos la golpeaban. Tenía el pene demasiado grande e iba demasiado deprisa.

Él gruñía con cada empujón y Harper supo que se había perdido en ella. No lo podía detener, la única opción era rendirse.

Ella lo estrechaba con los músculos de sus finas piernas en cada golpe. Sentía un anhelo muy fuerte que le llenaba el corazón y se apoderaba de ella. Quería tomar todo lo que él le daba: las sombras, la oscuridad y el dolor.

Luke le soltó los pechos y le agarró las piernas antes de bajar una mano entre ellas y abrirla la vulva para tocarla donde ella necesitaba. Con la otra mano le acarició la espalda hasta llegar justo arriba de donde la erección la estaba destrozando. Sondeó el agujero, hizo presión sobre él y, con un fuerte empujón, se introdujo en el estrecho canal.

Harper nunca se había sentido tan llena y no pudo evitar gritar y contraerse contra él, que empezó a correrse en su interior. Luke le acarició el clítoris con los dedos y ella quedó totalmente desarmada.

A pesar de los fuertes latidos que sentía en las orejas, oyó que él gritaba su nombre. Lo repitió, la segunda vez más bajo, e irguió el cuerpo al correrse

dentro de ella. Harper sintió el líquido cálido del orgasmo en su interior y también se corrió.

Luke dejó caer su cuerpo sudado sobre el de ella, en el escritorio. Los dos jadeaban. Harper se sentía destrozada y se dio cuenta de que tenía las mejillas húmedas. ¿Qué demonios tan terribles escondía bajo la superficie? Sintió que la oscuridad de Luke le rompía el corazón.

—Harper, perdón, me estoy intentando levantar, pero me tiemblan las piernas —murmuró. Sentía el calor de su espalda en el pecho.

Por fin era libre. No le acechaban las sombras ni sentía la necesidad de alejarse de sus pensamientos. Sentía tranquilidad. Y calidez.

Se movió, se levantó y salió del interior de Harper mientras le acariciaba la espalda. La cantidad de líquido que le cayó por los muslos fue la evidencia del orgasmo tan fuerte que había tenido. Nunca había sentido aquello antes; ella alejaba la oscuridad de su interior y la convertía en luz. Notó un cosquilleo en el pecho.

Seguía callada. Luke nunca la había visto en silencio durante tanto tiempo, ni siquiera cuando dormía.

—Harper.

La ayudó a ponerse de pie y la giró para que lo mirara. Le cedieron las rodillas y la tuvo que sujetar. Entonces vio que tenía la cara cubierta de lágrimas.

—Oh, cariño. Lo siento. Joder, lo siento. ¿Te he hecho daño? —preguntó mientras la abrazaba y acariciaba.

Harper negó con la cabeza.

—¿No te he hecho daño?

Repitió el gesto y se acurrucó contra él. Luke la cogió en brazos y la llevó hasta el sofá de piel desgastada que había en la esquina.

—¿Te he asustado?

Dijo que no otra vez y lo abrazó.

Luke se sentó y la colocó sobre su regazo.

—Dime, ¿qué pasa?

Harper levantó la cabeza y le cogió la cara entre las manos.

—Creo que te quiero —dijo con un suspiro de dolor—. Y ni se te ocurra decirme que por eso no querías que nos acostáramos.

Sus manos se quedaron inmóviles sobre la piel de Harper durante una milésima de segundo antes de retomar las caricias. Ahora era su turno de

quedarse en silencio.

—¿Te he asustado? —le preguntó ella con la cabeza apoyada en su hombro.

—Un poco —contestó Luke, y la pellizcó con delicadeza.

Harper se sentó derecha en su regazo.

—Esto es nuevo para mí. No sé si me gusta.

Parecía desolada y él no pudo evitar sonreír.

—Supongo que hay cosas peores.

—¿En serio? Porque a mí no se me ocurre ninguna ahora mismo. Es un inconveniente. —Suspiró y volvió a erguir la espalda—. ¡Madre mía! ¿Qué pasará si me paso el resto de la vida pensando en aquel tío que conocí en Benevolence?

Luke le volvió a dar un pellizco.

—Oye, Harper —empezó a decir.

—No lo he dicho para que me digas que tú también me quieres. Sé que no sientes lo mismo por mí y no quiero que me digas por qué. Pero quería que lo supieras.

—Harper, creo que tenemos que hablar, pero antes de nada, déjame que te busque algo de ropa ya que he destrozado lo que llevabas puesto.

Se comieron los sándwiches sentados con las piernas cruzadas en el suelo del despacho de Luke, que había encontrado una camiseta de la empresa y unos pantalones cortos de deporte que eran demasiado grandes para ella.

Harper esperó a que su jefe se acabara el último bocado de su sándwich de pavo y queso antes de decir:

—¿Hablamos?

Luke arrugó la servilleta y metió la basura en una bolsa de papel. Luego respiró hondo.

—Hace unos años pasé una mala época. Perdí a gente que era muy importante para mí y me costó mucho reponerme.

—¿Gente de tu pelotón?

Asintió.

—Y luego perdí a alguien aquí.

—¿A alguien muy cercano?

—Sí.

—Lo siento, Luke. —Le puso una mano sobre la rodilla—. Nunca es fácil perder a un ser querido. Y perder a más de una persona es aún peor.

Luke pensó en una niña pequeña de siete años sin padres y le estrechó la mano.

—Fue una época muy oscura.
—Y por eso tu familia...
—Me tortura con sus buenas intenciones y su atención excesiva.
—¿Qué sientes al tener que movilizarte otra vez?
—No es la primera vez que lo hago desde aquello. Nunca es fácil, pero es necesario y te ayuda a pasar las malas rachas.
—¿Te sentiste culpable por lo que ocurrió?
Respondió sin vacilar:
—Sí. Todavía me siento culpable.
—¿A pesar de que sabes que no fuiste el responsable?
—La culpa y la responsabilidad no siempre van de la mano.
—¿Y qué me dices de la persona a la que perdiste aquí?
—Esa pérdida cambió mi mundo. No lo volveré a hacer.
Harper asintió.
—De acuerdo.
—¿De acuerdo?
—Eso no va a cambiar que creo que te quiero.
—Harper...
Le tapó la boca con la mano.
—No me tienes que explicar por qué. No puedes quererme. No quieres tener una relación. Lo entiendo.
—Lo siento.
—No lo sientas. Lo que siento por ti no depende de tus sentimientos por mí. Me gustas. Es probable que te quiera. Creo que eres un tío estupendo y eso es todo.
—¿Qué hacemos entonces?
—Disfrutar del resto de la semana.
—¿Por qué quieres hacerlo a pesar de que sabes que no podemos tener nada a largo plazo?
—¿Es que no me conoces? ¿Hay algo en mi vida que sea a largo plazo? La vida es demasiado corta para no aferrarte a las cosas buenas mientras duren.
—Eres una mujer alucinante, Harper Wilde.

Capítulo 23

Harper llegaba tarde. *Max* se había deshecho del collar para perseguir al *beagle* de los vecinos y ella se había pasado media hora tras ellos. Luego había llevado al perro a casa del señor y la señora Scotts, que le habían estado muy agradecidos, y a continuación, había cogido a *Max* para que no volviera a escaparse y habían regresado a casa.

Luke había convocado una reunión de personal aquella mañana y ella quería darle las últimas cifras de la empresa antes de que empezara. Harper tenía el pelo húmedo; se había duchado apresuradamente por la mañana y estaba convencida de que se había abotonado mal la camisa.

Cuando iba a salir por la puerta se dio cuenta de que no tenía las llaves del coche en el bolso y de que su Escarabajo no estaba.

Luke cerró la puerta despacio, con un termo y un montón de papeles en las manos.

—Hoy vamos en mi coche.

—¿Dónde está el mío?

Él bajó los escalones del porche.

—En el taller.

—¿Y qué narices hace en el taller? —le preguntó siguiéndolo de cerca.

Luke suspiró y se dio media vuelta para mirarla fijamente a los ojos.

—Le he pedido a Shorty que le haga una puesta a punto.

—Pero si funciona perfectamente.

—No te lo crees ni tú —contestó él con un tono tan calmado que a Harper le costó darse cuenta de lo que había dicho.

—No pienso irme y dejarte con un coche que apenas funciona.

—No es tu problema.

Luke suspiró.

—Tú eres mi problema y eso incluye ese contenedor de metal con el que vas a toda velocidad por la carretera.

Harper estaba conmovida y, al mismo tiempo, enfadada por el gesto. ¿Valía la pena pelear cuando solo les quedaban setenta y dos horas juntos? Suspiró y dijo:

—¿Cuándo estará listo?

—En principio, mañana por la tarde.

—¿Va a estar en el taller dos días? ¿Qué le están haciendo?

—Solo lo necesario. —Le tapó la boca con un beso para que no respondiera—. Sube a la camioneta.

—De acuerdo, pero que no se te pase por la cabeza ni por un segundo que vas a pagarlo tú —le regañó mientras él se apartaba.

—Que subas a la camioneta —respondió Luke por encima del hombro.

Harper le hizo caso.

—Mira —dijo él mientras arrancaba el coche—, quiero que estés segura cuando yo ya no esté aquí para echarte un ojo. Me he acostumbrado a que estés viva y de una sola pieza.

—¿No crees que te estás pasando un poco? Sobre todo teniendo en cuenta que vas a romper conmigo en cuestión de horas.

Luke dio marcha atrás y se incorporó a la calle.

—¿Puedo preguntarte algo un minuto? Luego puedes seguir quejándote.

Harper puso cara de exasperación y suspiró.

—Claro.

—Anoche vi que ya has empezado a hacer las maletas.

Era cierto, aunque solo tenía una bolsa con la ropa y unas cuantas cajas con trastos.

—No quería dejarlo todo para el viernes. Pensé que sería muy deprimente.

—Sé que tienes planeado irte, pero he pensado que te podrías quedar un par de días más cuando yo ya me haya ido.

Harper lo miró fijamente, pero él tenía la vista fija en la carretera.

—¿Por qué?

—Creo que sería mejor para mi familia que no nos marcháramos los dos el mismo día.

—¿No se lo has contado todavía?

Negó con la cabeza.

—No he sabido hacerlo. Mi padre siempre me pregunta cómo te va en el trabajo y mi madre siempre me da dulces para ti.

—Qué monos.

—Exacto, por eso no quiero romperles el corazón con la noticia.

—¿Y qué harás entonces? Supongo que no tendré que fingir que desaparezco, ¿no?

Harper contempló el barrio por la ventanilla y se intentó deshacer del nudo que tenía en la garganta.

—He hecho algo insólito: le he pedido consejo a mi hermana.

—Estoy intrigadísima.

—Le he dicho que no quería que ninguno de los dos quedara como un capullo.

—Muy bien.

—Así que su propuesta es que digamos que has encontrado el trabajo de tus sueños en algún otro lugar y que por eso hemos decidido quedar como amigos.

Harper lo sopesó un instante.

—¿Y cuándo se lo diremos?

—Había pensado hacerlo en la cena.

—¿En tu cena de despedida?

—Bueno, es eso o cuando yo ya me haya ido.

—De ninguna manera.

—Pues en la cena.

El futuro de Harper ya estaba decidido. Apoyó la cabeza en el reposacabezas e intentó no pensar en ello.

Harper se apartó de la cara algunos mechones de pelo ondulado, se los recogió con horquillas y dejó que el resto le colgaran por encima de los hombros. Respiró hondo para tranquilizarse antes de empezar a maquillarse; quería estar perfecta.

Hasta se había comprado un vestido nuevo. Era blanco, tenía la parte de arriba ajustada, un escote redondo y una falda que le flotaba alrededor del cuerpo. Era demasiado formal para la cena, pero quería que la recordaran.

—Harper —dijo Luke desde la planta de abajo—. Nos tenemos que ir.

—Ya estoy —respondió. Se miró por última vez en el espejo, respiró hondo de nuevo y se convenció de que estaba preparada. Solo una noche más.

Bajó las escaleras y chocó de bruces con Luke, que justo doblaba la esquina de la sala de estar. Él la agarró y le puso las manos en la cintura.

—Hola, preciosa.

Su voz era como una caricia. Una caricia que echaría de menos durante mucho tiempo.

Luke llevaba unos pantalones de vestir del color del carbón y un jersey fino y negro que se le ajustaba como si se lo hubieran hecho a medida. Estaba perfecto. Harper le acarició el pecho y él gruñó.

—Si empezamos, llegaremos tarde. —Le metió una mano por debajo del vestido y acarició su suave ropa interior—. Muy tarde.

—Me cuesta creer que ya se acabe todo —susurró Harper mientras le dibujaba un camino de caricias desde el pecho hasta los hombros.

Luke la miró fijamente unos segundos y le recorrió la mandíbula con el pulgar.

—Estás preciosa —dijo, finalmente.

—Es para que no me olvides.

—Cariño, tendría que vivir una eternidad para ser capaz de olvidarte.

—Te quiero, Luke.

Lo amaba tanto que pensaba que el corazón le estallaría. Estaba enamorada y orgullosa, y eso la hacía sentirse plena. Luke era el hombre con el que siempre había soñado.

Él le dio un abrazo y le apoyó la barbilla en la parte superior de la cabeza.

—Te echaré de menos.

Harper tuvo que cerrar los ojos para no llorar al oír la intensidad en sus palabras. Respiró hondo.

—De acuerdo, capitán. Tu fiesta nos espera —dijo alegremente mientras daba un paso hacia atrás.

—Podemos ir en tu coche. —Luke alzó las llaves y las movió delante de ella.

—¿Ya está aquí? ¡Qué bien! —Le intentó quitar las llaves, a pesar de que las sujetaba muy por encima de ella.

—Sí —afirmó—. Pero te lo daré con una condición.

—No pienso desnudarme. Llegaremos tarde.

Luke sonrió con suficiencia.

—No, no es eso. Me tienes que prometer que lo cuidarás, que le cambiarás el aceite de manera regular, que no ignorarás las luces del salpicadero y que comprobarás los fluidos y la presión de los neumáticos.

—Sí, señor —respondió ella, y le ofreció un saludo militar—. Dámelas ya.

Luke le dio las llaves y la siguió cuando salió por la puerta. El grito de alegría de Harper hizo que *Max* corriera a la ventana principal y ladrara ferozmente.

—¡Está limpísimo! Y mira, han quitado el arañazo que tenía en el techo.

El coche azul, recién pintado y encerado, brillaba bajo el sol del atardecer. Harper se sentó en el asiento del conductor y tocó el salpicadero.

—¿El panel de control también es nuevo?

Luke asomó la cabeza por la ventana del copiloto, que estaba abierta.

—¿Por qué no lo arrancas?

Harper siguió su consejo y aplaudió al ver que el motor se encendía en el primer intento.

—Madre mía, ha arrancado a la primera. ¡Shorty es un genio!

Luke abrió la puerta y se sentó en el asiento del copiloto.

—Ya se lo diré.

—Gracias por llevarlo al taller, Luke. Me costará una parte importante del fondo para el piso y el sofá que quería comprar, pero me da igual. Nunca había estado tan nuevo.

—Tu fondo está intacto. Invito yo; considéralo mi regalo de despedida.

Ella abrió la boca para quejarse, pero Luke se la tapó con una mano.

—Antes de que empieces a gritar, deja que te diga que este último mes ha sido el mejor mes de mi vida desde... no sé cuándo. Has convertido mi casa en un hogar, te has deshecho del caos en la oficina y me has dado algo que no sabía que necesitaba. Tú. Así que este es mi pequeño gesto para darte las gracias por devolverme a la vida. Si hubiera podido, te habría comprado un coche nuevo. Pero te conozco.

Le quitó la mano de la boca.

—Venga, te dejo que me grites.

—Jope, Luke, ahora ya no puedo.

—Y si insistes en pagarme quedarás como una imbécil —añadió con una sonrisa malévola.

Maldito hoyuelo. Era una vista perfecta: Luke sonriéndole, con las gafas de sol de aviador, aquel jersey que le marcaba los músculos y el sol poniéndose a su espalda.

Siempre lo recordaría así.

Harper suspiró. Moriría amando a Luke Garrison y sin remordimientos.

Él dio un golpe al salpicadero.

—Y ahora que he ganado la competición al mejor regalo del mundo, vámonos. Me muero de hambre.

Harper dio marcha atrás por el acceso a coches y metió primera.

—¿El motor también es nuevo?

El mismo señor Romanos los guio por el restaurante hasta la salita de la parte posterior que reservaban para ocasiones especiales.

Harper se detuvo con Luke en el umbral de la puerta y contempló la caótica escena. Josh gateaba debajo de la mesa y Ty intentaba convencerlo de que parara. Sophie rellenaba las copas de vino. Charlie charlaba con Aldo y James mientras Claire tenía la cabeza pegada a la de una mujer bajita y regordeta con el pelo canoso y rizado.

—Esa es la madre de Aldo, la señora Moretta —le dijo Luke al oído mientras la señalaba con la cabeza.

La mujer echó la cabeza hacia atrás en un ataque de risa.

—Es muy peleona, así que intenta no discutir con ella.

Stu y Syl discutían sobre un cesto de pan con una camarera, que se rindió y les dijo que traería más. Frank estaba sentado solo y tenía una cerveza en la mano.

—Extrañaré todo esto —dijo Luke con un suspiro al coger a Harper para acercársela al cuerpo.

—Y yo. —Ella asintió—. Bueno, vamos a aprovechar al máximo la última noche.

Él le estrujó la cintura y le guiñó el ojo.

—Tío Stu, suelta el pan —ordenó cuando entraron en la sala.

Todos los aclamaron y los envolvieron con abrazos, apretones de manos y palmaditas en la espalda. Todo el mundo hablaba a la vez.

Josh asomó la cabeza desde debajo de la mesa.

—¡Tito Luke! —El niño salió disparado hacia su tío, que lo cogió y lo lanzó en el aire—. ¡Tito Luke, mira! —Josh señaló la camiseta con estampado militar que llevaba—. ¿Como tú?

—Cuando vuelvas pesará el doble —bromeó Ty—. Este crío come, por lo menos, seis kilos de macarrones con queso al día.

—Seguro que sí —respondió Luke entre risas.

Harper esquivó a la multitud y fue hacia Sophie, que la recibió con una copa de vino.

—¿Aguantando el tipo?

Harper asintió.

—Sí. —Observó como Luke se colocaba al niño al otro lado del cuerpo para abrazar a la tía Syl—. ¿Te ha contado lo que le ha hecho a mi coche?

Sophie puso los ojos en blanco.

—¿Acaso mi hermano comparte las cosas voluntariamente?

—Ya. —Harper rio y le contó lo que había pasado.

—Es un blandengue. —Sophie suspiró y parpadeó para deshacerse de las lágrimas que se le formaban en los ojos—. Sabes que te quiere, ¿no? Te protege como si fueras de la familia.

—Sé que me tiene afecto, pero creo que no está preparado para la palabra que empieza por «A», pero yo... —Se quedó en silencio y bebió un trago de vino.

—Sabía que eras justo lo que necesitaba, pero tú también te marcharás. —Sophie suspiró.

—Por favor, no empieces o me harás llorar, y Luke se enfadará con las dos —dijo Harper parpadeando para evitar que las lágrimas que le nublaban la visión le cayeran por las mejillas—. Cuéntame algo divertido, ¡por favor!

—El año pasado, Josh fue a pasar la noche con mi madre un día para que Ty y yo saliéramos, pero en lugar de eso, pasamos la noche en casa y nos bebimos una botella de ron entre los dos. Pedimos *pizza* y lo reté a recibir al repartidor con mis pantalones de pijama de gatitos. Perdí.

Harper se tapó la boca con la mano, pero era demasiado tarde. No pudo contenerse y las dos se echaron a reír a carcajadas.

—¿Se puso unos pantalones rosas de gatitos? —preguntó con incredulidad.

Sophie reía tanto que solo pudo asentir.

—Señoras, espero no tener que arrestarlas por desorden público —dijo Ty al acercarse.

Sin embargo, aquello solo hizo que se rieran aún más y Harper tuvo que agarrarse a Sophie para mantenerse en pie.

—¿Qué le has hecho a mi chica, Ty? —preguntó Luke tras aparecer con un botellín de cerveza al lado de su cuñado.

Se secó las lágrimas de las mejillas con las manos, agradecida de haberse puesto máscara de pestañas resistente al agua.

—Perdón, es que Sophie me acaba de contar algo divertidísimo.

—Bueno, si ya has recobrado la respiración, te presentaré a la señora Moretta.

Ella asintió e irguió la espalda.

—Sí, ya estoy mejor. Disculpados, Sophie y señor Minino —dijo mientras daba un zarpazo con la mano en el aire al pasar por delante de Ty.

Sophie rompió a reír otra vez.

—Maldita sea, Soph. ¿Por qué cuentas nuestras cosas? —dijo Ty con un suspiro.

Por fin lograron que todos se sentaran el tiempo suficiente para que la camarera tomase nota de lo que querían comer. Cuando acabaron de repartir las bebidas, Charlie se puso de pie con una copa en la mano. Luke le estrechó el muslo a Harper por debajo de la mesa.

—Es una tradición en casa de los Garrison decir unas palabras de aliento cuando nuestros hijos se van. Luke, Aldo —dijo asintiendo en dirección a los chicos—. He visto como crecáis y dejabais de ser niños problemáticos para convertirlos en adolescentes problemáticos. Pero ahora ya sois adultos, aunque os seguís metiendo en problemas.

Harper sonrió al oír las risas de los invitados.

—Pero no puedo estar más orgulloso de conoceros. Sois dos hombres buenos que os guiais con el corazón. Creéis en la lealtad, en la amistad y la familia. Gracias por vuestro servicio y volved a casa sanos y salvos. —Charlie alzó la copa—. Salud.

—Salud —dijeron todos con las copas en el aire.

Luke le volvió a apretar la pierna y se levantó.

—Gracias, papá. Solo quiero recalcar que lo de meternos en problemas lo hemos aprendido de ti. No suelo hacer brindis, pero os quiero agradecer a todos el apoyo que me habéis dado. Marcharnos nunca nos resulta fácil, pero vosotros tenéis que cargar con el muerto en casa por nosotros. Puede que no lo diga lo suficiente, pero os aprecio a todos y cada uno de vosotros y todo lo que hacéis.

Luke posó una mano sobre el hombro de Harper.

—Muchos sabéis que Harper me ha ayudado mucho en el trabajo y ha hecho que la movilización sea más llevadera. Además, ha acogido a perros en casa, me ha hecho comprar muebles y, en general, ha traído el caos a mi vida.

La multitud rio.

—Hemos hablado mucho sobre qué haríamos cuando yo me fuera y hemos decidido que lo mejor para los dos es que cada uno siga su camino.

Harper se miró el regazo y fingió no haber oído los susurros de la gente.

Sophie, que estaba sentada a su izquierda, le dio un golpecito con el pie.

—Harper se dirigía a Fremont cuando nos conocimos y allí es donde se marchará en una semana o dos. Está muy emocionada por las oportunidades que la están esperando y yo estoy muy contento por ella. Es una chica genial.

Luke se quedó un momento en silencio y Harper miró con discreción a la gente sentada a la mesa. Parecían conmovidos, decepcionados, confundidos.

—Vaya, hombre. Cuando te has levantado, he pensado que le ibas a pedir que se casara contigo —comentó la señora Moretta.

En esa ocasión, nadie rio.

Capítulo 24

—**H**a sido muy doloroso —dijo Luke tras cerrar la puerta del conductor.

La cena había acabado. Afortunadamente, el ambiente festivo volvió casi del todo cuando trajeron los postres, pero tras la bomba de Luke, la atmósfera había quedado un poco enrarecida. Harper le dio una palmada en la rodilla.

—Has hecho lo que debías.

—¿Has visto la cara de mi madre? Ha sido como si hubiera dado una patada a una camada de perritos —respondió.

Harper rio.

—Pobrecito. No pasa nada, ya lo has hecho y no lo tendrás que volver a hacer nunca. Todos han entendido que los dos estamos conformes con la decisión. Bueno, seguro que piensan que somos unos gallinas por no intentarlo por *Max* y *Lola*.

Salieron del aparcamiento del restaurante y se dirigieron a casa.

—Todos creían que te iba a proponer matrimonio y voy yo y les arruino el sueño —añadió con un suspiro mientras se pasaba la mano por la nuca—. Menudo gilipollas.

—Bueno, si hace que te sientas mejor, yo también creía que te ibas a declarar.

—Qué graciosa.

Ella rio y le dio una palmada en la pierna.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Luke para cambiar de tema.

—¿Después de esta noche?

Él asintió y Harper suspiró.

—Me siento culpable, triste, preocupada. Cualquier emoción que se te pase por la cabeza. ¿Y tú?

Él se encogió de hombros.

—No lo sé. Estoy preocupado por echarte y dejarte sola.

—Ya soy mayorcita.

—Lo sé, pero eso no quiere decir que me preocupe menos.

»Siempre siento una mezcla de emoción y ansiedad cuando nos movilizan. Ya lo hecho antes, así que no es lo desconocido lo que me pone nervioso, sino lo que ya conozco.

—¿Por ejemplo? —preguntó ella.

—Los niños que no tienen qué comer. La gente de allí que nunca va a confiar en nosotros. Las tormentas de arena. La monotonía. El peligro. Pero también hay cosas buenas. Tengo un vínculo muy fuerte con todos los de la unidad, supongo que se debe al sufrimiento compartido.

—¿Y tú eres el jefe?

Luke asintió.

—Soy el oficial al mando de nuestra unidad de infantería.

—¿Sientes mucha presión?

—Cuando trabajamos todos juntos y hacemos lo que debemos, no. Tengo un grupo de hombres y mujeres que, en su mayoría, me hacen el trabajo más fácil.

Harper asintió.

—¿Y qué sientes cuando vuelves a casa? ¿No es como si tuvieras dos vidas diferentes?

—A veces me resulta más fácil marcharme que volver. Pasas de que te disparen y de tomar decisiones de vida o muerte a diario a intentar decidir qué hamburguesa pedir en un restaurante. Cuesta un poco recordar que, aunque nuestras familias y amigos no vayan a la guerra, eso no quiere decir que cómo viven sus vidas sea menos importante.

—Y cuando vuelves a casa y ves que alguien está de los nervios porque le han puesto una multa de velocidad...

—Exacto. —Asintió—. Es fácil no valorar las cosas y enfadarte por algo que no tiene ni la más mínima importancia cuando no te has enfrentado a situaciones extremas.

—¿Qué haces el primer día después de volver a casa?

Luke sonrió.

—El primer día lo suelo pasar durmiendo.

Ella se echó a reír.

—¿Y cómo quieres pasar las últimas horas antes de irte?

Luke movió la mano que tenía en la rodilla de Harper hacia arriba y le subió el vestido con una caricia.

—¿Me estás intentando decir algo? —Le siguió el juego y abrió las piernas. El vestido se le subió lo suficiente para que se le viera la ropa interior blanca de algodón.

—¿Intentas distraerme? —bromeó él. Con un dedo le acarició lentamente el borde de la tela.

Puede que no la quisiera, pero la deseaba con una intensidad que los asustaba a ambos. Y eso era suficiente.

Harper colocó las piernas a ambos lados del asiento. Era una invitación.

—¿No sabes que distraer a un conductor es peligroso? —dijo mientras le acariciaba los pliegues de la vagina por encima del algodón.

—Mmm —murmuró ella.

Luke apartó las braguitas a un lado y la dejó descubierta. Esa vez, los dedos le acariciaron la piel.

—Madre mía, Harper, ya estás húmeda.

Luke derrapó y aparcó el coche delante de casa.

—Entra, ya —le ordenó.

Harper cogió el bolso y salió corriendo hacia la entrada. Mientras buscaba las llaves para abrir la puerta principal, Luke se acercó a ella todo lo que pudo y ella se echó hacia atrás para sentir el roce de su cuerpo.

Luke le desabrochó el lazo del vestido, que cayó y reveló sus pechos. Llevó las manos a sus senos mientras ella abría la puerta rápidamente y lo arrastraba al interior de la casa por la hebilla del cinturón.

Él la giró para que quedaran de cara y cerró la puerta de una patada.

Max y Lola los interrumpieron con su bienvenida.

—Los llevo al patio. Ahora subo —suspiró—. Pero déjate el vestido puesto, te quiero desnudar yo.

Harper tenía el pulso descontrolado. Subió las escaleras de dos en dos y solo tuvo tiempo de soltarse el recogido y quitarse las sandalias antes de oír a Luke.

Cuando apareció en el umbral, Harper sintió que el corazón le iba a estallar. Luke se acercó quitándose el jersey.

—Qué bueno estás —dijo ella con un suspiro.

—Me lo has quitado de la boca. —Le acarició el perfil de los pechos, desnudos—. Llevo pensando en quitarte el vestido desde que te he visto con él.

Ella se estremeció al sentir sus suaves caricias y llevó las manos a la hebilla del cinturón para desabrocharlo, pero Luke la detuvo y se lo desabrochó él. Le puso las manos en la cara.

—Esta noche quiero tomarme mi tiempo.

Harper asintió entre jadeos.

—Eres preciosa. —Con los dedos, le acarició la mandíbula hasta llegar a la nuca. Luke se inclinó para besarla y ella dejó que la tenue llama de la pasión la consumiera entre sus brazos.

Los dedos de Luke dejaron un rastro abrasador en su piel desnuda e hicieron que cada caricia fuera más intensa.

Se detuvo al llegar a la cintura de Harper, le empezó a bajar el vestido lentamente por las caderas hasta los muslos y, finalmente, dejó que cayera a sus pies.

Ella, en ropa interior, se arrodilló y le bajó los pantalones por las fuertes piernas.

Luke se quedó en calzoncillos. Su cuerpo parecía el de la escultura de un héroe. Harper le metió la mano por la cintura de los calzoncillos y le cogió el miembro. Tenía la punta mojada. Le bajó los calzoncillos hasta los muslos, se inclinó hacia él y acercó los labios al pene.

Él le clavó los dedos en el brazo.

—Harper. —No hizo nada por detenerla, pero se le tensó el cuerpo.

Ella abrió los labios y se introdujo lentamente cada centímetro de la erección en la boca. Cuando Luke gruñó, Harper comprendió que le causaba la misma sensación que él a ella.

Lamió la corona del pene, luego el orificio y fue premiada con una pequeña cantidad de líquido salado que limpió rápidamente con la lengua.

—Madre mía, cariño.

Aquellas palabras le sirvieron de aliento y se metió el pene en la boca hasta el fondo de la garganta. Él movió las caderas rítmicamente para introducirse más hacia dentro y ella jadeó sin aliento.

Harper puso una mano en la base del miembro y empezó a masturbarlo agresivamente con la mano y con la boca al mismo tiempo.

Luke levantó la cadera y la cogió por el pelo.

Ella seguía introduciéndose el miembro en la boca repetidamente.

—Nena —dijo él. Harper percibió el anhelo que había en su ronca voz.

Con la mano que tenía libre, le agarró los testículos y empezó a masajearlos al ritmo que marcaba con la boca.

Luke le tiró del pelo con más fuerza. Harper sabía que él no tenía ni idea de que le estaba haciendo daño y ella se sentía poderosa al pensar que le hacía perder el control de aquella manera.

Él dio un paso hacia atrás y sacó la erección de la boca de Harper.

—Vas a hacer que me corra —le susurró. La levantó, le dio media vuelta y, mientras con una mano le tocaba el pezón, le metió la otra por la cintura de

la ropa interior.

Ella gimió y movió las caderas contra las de Luke, que respondió a su súplica silenciosa introduciéndole un dedo. Entonces, Harper se apoyó en su pecho y cerró los ojos. El movimiento superficial en su vagina y el jugueteo con los pezones hicieron que perdiera el control.

—Pon las manos sobre la cama —le ordenó él en voz baja.

Harper inclinó el torso y se agarró al colchón. Los pechos, hinchados, le colgaban y los pezones rozaban el suave edredón.

Luke le soltó un momento el pecho para bajarle las bragas por detrás y dejarla completamente expuesta, y Harper sintió sus labios y luego sus dientes en la parte alta de la nalga. Sin dejar de acariciarle la entrepierna, le introdujo otro dedo.

Ella notaba su miembro erecto contra el culo y sintió que le mojaba la piel.

—Luke —susurró.

Este respondió moviendo los dedos en su interior. Harper gritó cuando le tocó el punto más sensible.

Luke se apartó y le cogió los pechos con las manos. Le pellizcó y tiró de los pezones con los dedos, como si quisiera ordeñarla.

Harper movió las caderas hacia atrás y hacia arriba y suspiró cuando el pene se quedó entre sus piernas.

—Por favor, Luke —le suplicó.

Él la tumbó en la cama y la puso bocarriba. Harper dobló las rodillas y apoyó los pies en el colchón para invitarlo.

—Me vuelves loco. —Se puso de rodillas en el suelo y la tiró de la cadera para acercarse más a ella.

Harper gimió y movió la cadera hacia delante cuando sintió los labios de Luke sobre su ropa interior.

—Me encanta cómo reacciona tu cuerpo. —Luke apartó las braguitas de algodón a un lado y dibujó un camino de besos desde la rodilla al interior del muslo.

Harper se estremeció al sentir el aliento de Luke en la piel, mientras sondeaba con la lengua entre los labios de su sexo.

—Dios mío —susurró ella.

Cuando le acarició el sensible clítoris con la lengua, le temblaron las piernas. Cerró los puños a ambos lados del cuerpo. La lengua mágica de Luke se abrió paso por la apertura y se introdujo en su vagina. Harper curvó la espalda.

—¡Lucas!

Este cambió la lengua por los dedos, que se introdujeron en el interior de ella, y la boca volvió a los pliegues exteriores. La lamía y la chupaba mientras la embestía con los dedos una y otra vez. La lengua alcanzó un ritmo estable que la llevó al orgasmo. Harper luchó por contenerse. Intentó escapar moviendo las caderas, pero él la sujetó y la obligó a quedarse quieta.

El anhelo que sentía la dejaba vacía por dentro. No había nada en su interior, aparte del deseo de que él la llenara. Luke le introdujo los dedos una vez más y sintió que la entrepierna se tensaba por el movimiento. Le lamió los labios y le acarició el clítoris, erecto. Harper cayó rendida: el cuerpo se le volvió a tensar alrededor de los dedos de Luke, arqueó la espalda y el orgasmo se convirtió en una explosión controlada.

Luke gruñó. El deseo que lo invadía era cada vez más intenso. Se agarró la erección y le acarició la entrada con ella.

—Necesito estar dentro de ti —dijo con voz áspera.

—Déjame a mí encima —susurró ella.

Luke se tumbó en la cama sin dejar de acariciarse el pene. Harper le bajó los calzoncillos por las piernas y se los quitó; luego él la ayudó a quitarse las braguitas antes de levantarla y sentarla a horcajadas sobre él.

Se detuvo antes de penetrarla.

—Te quiero, Luke —le susurró mientras bajaba para introducirse el pene.

Vio que los ojos de Luke se volvían vidriosos a medida que, centímetro a centímetro, lo acogía en su interior. Entonces, se inclinó hacia delante y los pechos le quedaron justo por encima de su boca.

Luke alcanzó la cima de uno de sus senos y Harper empezó a cabalgar con movimientos lentos e intensos.

Él la cogió por la cintura para controlar el ritmo. La erección le había crecido tanto que era casi dolorosa. Levantó las caderas y se introdujo hasta el fondo.

Los tirones de la boca de Luke en sus senos la hicieron gemir y el placer que sentía se vio reflejado en los músculos de su sexo, que se tensaron alrededor del pene.

Ella levantó el torso y adoptó deliberadamente un paso más lento. Se miraron fijamente a los ojos y Harper marcó el ritmo que lo llevaría al orgasmo.

—Sí —dijo él arrastrando la palabra al exhalar—. Dios, sí.

Cada movimiento, cada caricia era una expresión de amor.

Luke echó las caderas hacia delante una vez más y entró en erupción con un grito. Ella cayó rendida con él.

Harper se estaba ahogando en la oscuridad que había entre ellos, pero no deseaba salvarse. Su relación era de las que dejaban el alma hecha añicos. Y había llegado a su fin.

Capítulo 25

Gracias a la luz grisácea que entraba por la ventana, Harper supo que todavía faltaba bastante para que sonara el despertador, pero volver a dormir no era una opción para ella. El día que tanto había temido había llegado. No se volvería a despertar acurrucada entre los brazos de Luke nunca más.

Aquel día iban a acabar muchas cosas. No estaba lista para despedirse de todas ellas, pero no tenía otra opción.

Lo observó dormir, como lo había hecho la primera noche que pasaron juntos, y recorrió con los dedos el tatuaje del fénix que tenía sobre el corazón mientras deseaba en silencio que volviera sano y salvo a casa. Memorizó todas las líneas y curvas de su cuerpo.

¿Cómo se suponía que iba a llevar una vida normal después de aquello?

Luke se despertó y la miró fijamente con sus marrones ojos soñolientos.

Ella suspiró y le puso una mano en el rostro; él le besó la palma.

—¿Estás lista?

—No.

—No hay mal rollo entre nosotros, ¿verdad?

Harper sonrió.

—No te preocupes. Aunque te echaré de menos durante los próximos diez años, aproximadamente.

Luke la abrazó y apoyó la mandíbula sobre su cabeza, luego se la besó y la abrazó hasta que sonó el despertador.

Quedaron con la familia de Luke en la base. El aparcamiento estaba a rebosar de familiares que querían despedirse. Harper intentó no fijarse en el autobús que tenían delante, el que se llevaría a Luke Garrison de su vida para siempre.

No tenían tiempo que perder. Debían ceñirse al horario.

Luke, vestido con el uniforme, llevó la mochila al autobús y volvió con ellos. Harper vio que se acercaba entre abrazos y apretones de manos hasta

que llegó a Claire, que lo rodeó con los brazos.

—Vuelve a casa sano y salvo —le ordenó.

—Como siempre, mamá.

Estrechó la mano a Charlie y le dio una fuerte palmada en la espalda a James.

—No te olvides de cortar el césped, lacayo —le recordó a su hermano.

—Y tú no te olvides de volver a casa para joderme.

—¡Chicos! —los censuró Claire.

Luke envolvió a Sophie y a Josh con un fuerte abrazo.

—Cuídate, Soph —le dijo a su hermana.

—Tú también, tito Luke. Te echaremos de menos. —Sorbió por la nariz y Josh le puso una mano sobre la cara.

Entonces, Luke quedó de pie delante de Harper.

Le cogió la cara con las manos y la miró fijamente a los ojos.

—Gracias. Por todo.

Una lágrima le mojó la mejilla mientras negaba con la cabeza y dijo:

—Soy yo la que tiene que darte las gracias. Ha sido el mejor mes de mi vida.

—Dímelo una vez más.

—Te quiero, Lucas Garrison, y más vale que vuelvas sano y salvo con tu familia o vendré y te patearé el trasero.

Él sonrió.

—Esa es mi chica.

Acercó sus labios a los de ella y la besó con suavidad y ternura. Harper encontró sus lágrimas en los labios de Luke.

Él se apartó poco a poco y le enjugó las mejillas con los pulgares. Cuando vio que le temblaba el labio, la abrazó con fuerza.

—Pensaré mucho en ti —le murmuró al oído—. Sé buena chica y cuídate.

—Lo mismo digo, capitán.

Le acarició el labio inferior con el pulgar y sonrió.

Cuando se dio media vuelta, Harper estuvo a punto de cogerlo. No estaba lista. Necesitaba un poco más de tiempo.

Lo vio alejarse por el aparcamiento hasta el autobús, donde el resto de su unidad empezaba a hacer cola. Estaba orgullosa, asustada y triste. Todo a la vez.

Sophie la sujetó por los hombros y la ancló al suelo.

—Todo irá bien, Harp. —Sin embargo, a ella también le tembló la voz.

Claire se puso al otro lado de Harper y la cogió por la cintura.

—Todos estaremos bien. Estaremos juntos.

Harper asintió sin dejar de mirar la silueta de Luke, cada vez más lejos. Sabía que no estaba incluida en ese «juntos». Era una forastera, no era de la familia.

Luke se detuvo en el primer escalón del autocar y se dio media vuelta. Levantó un brazo y dijo adiós.

Harper le lanzó un beso. Vio que Luke cerraba el puño y le sonreía.

Harper se sentó en el asiento del conductor en el que Luke había estado hacía menos de una hora y cerró la puerta. Escondió las lágrimas que se le estaban empezando a formar en los ojos detrás de las gafas de sol y se despidió con la mano de su familia mientras salía del aparcamiento con el coche y se dirigía a la carretera.

Se había ido. El hombre al que amaba había salido de su vida para siempre y se suponía que ella debía seguir adelante como si todo fuera normal. ¿Cómo lo hacía la gente con hijos y responsabilidades? ¿Cómo se despedían estoicamente mientras sus parejas, sus rocas, sus corazones se iban para vivir otra vida? Una que los demás no podían compartir ni comprender del todo.

Se le escapó un sollozo y se detuvo a un lado de la carretera porque las lágrimas le emborronaban la vista. El dolor que sentía en el pecho le alcanzó la garganta.

Se le rompió el corazón al pensar en los hombres y mujeres a los que la guerra y los deberes separaban, en el miedo que sentían los que se quedaban en casa y que nunca desaparecía. Por lo menos, los que se quedaban en casa podían seguir construyendo sus vidas y las de su familia para cuando el hombre o la mujer que amaban volviera a casa.

La vida de Harper, a la que se había acostumbrado tan fácilmente, había llegado a su fin y no regresaría nunca. Ni siquiera cuando Luke volviera. Ella no estaría en casa esperándolo. Benevolence ya no sería su hogar.

Sollozó en silencio con los hombros hundidos y la cabeza apoyada en el volante. Lo quería.

En aquel momento lo quería y sabía a ciencia cierta que amaría a Luke Garrison hasta el fin de sus días.

En la guantera, el móvil de Harper sonó y la informó de que había recibido un mensaje.

Quiso ignorarlo. Prefería llorar y lamentarse hasta sentirse mejor. No quería saber nada del mundo exterior en aquel momento, pero aislarse nunca era una opción, así que cogió el móvil de la guantera y lo desbloqueó. Era un mensaje de Luke.

Quédate.

Capítulo 26

Harper se puso la bandeja en la mano izquierda para tomar nota del pedido de la mesa siete y cerrar el de la doce.

Evitó a un grupo de treintañeras que se reían nerviosas de camino al lavabo y asintió a la pareja que estaba en la mesa de billar cuando le pidió otra ronda. Se apresuró hacia el final de la barra y cargó la bandeja.

Era una noche de viernes muy ajetreada. El calor de mayo hacía que resultara demasiado fácil pasar la noche en casa, pero parecía que una gran parte de la gente del pueblo había decidido que era mejor empezar el fin de semana saliendo a cenar y a tomar algo. A ella no le importaba. Cuanto más ocupada estuviera, más tranquila tendría la mente, así que cuanta más gente hubiera, mejor.

Sin embargo, el dolor que sentía el pecho no la dejaba tranquila durante mucho tiempo.

Sobre todo, porque Luke estaba a más de diez mil kilómetros de distancia y solo llevaba un mes de los seis que debía pasar allí, al mando de su unidad de la Guardia Nacional en Afganistán.

—Estamos haciendo muy buena caja hoy, Harper —dijo Sophie guiñándole un ojo desde detrás de los surtidores de cerveza—. ¿En qué tontería querrás que nos gastemos nuestra bien merecida propina?

Harper se metió la parte de atrás del polo del Remo por dentro de la falda vaquera antes de coger la bandeja. Pensar en qué gastarse la propina era su juego favorito en el trabajo.

—Podemos tatuarnos un unicornio a juego.

—¡Me encanta!

Con la bandeja llena de cerveza y la mente llena de Luke, dio media vuelta y volvió al trabajo.

Solo llevaba un mes y aún intentaba acostumbrarse a la realidad de tener una relación a distancia. Habían planeado separarse, quedar como amigos, así que ella se había estado preparando para la ruptura y para su nueva vida sola.

Sin embargo, una palabra lo había cambiado todo.

Quédate.

El mensaje había llegado justo cuando ya había asimilado que no volvería a verlo, cuando se había echado a llorar en el coche al imaginarse una vida sin Luke. Le habían temblado tanto las manos que le había costado responder al mensaje.

¿Qué?

Quiero que estés en casa cuando regrese.

No le había dicho que la quería, pero era algo. El mensaje se había abierto camino entre la tristeza de Harper y la había llenado de esperanza. Le estaba ofreciendo una vida, un futuro, con él.

Por la noche, antes de que él embarcara en el avión, habían hablado. Ella había sentido florecer un rayo de esperanza en su corazón.

—Cuando me subí al autobús me di cuenta de que si no estabas en casa cuando regresara, volvería a tener la vida de antes. Y no quiero seguir existiendo sin más. Cariño, sé que te estoy pidiendo mucho. Seis meses es mucho tiempo, pero quiero que te quedes. —Le había dicho.

A Harper se le llenaron los ojos de lágrimas y asintió en silencio.

—Si hay alguien por quien merezca la pena esperar seis meses, eres tú.

—Lo mismo digo.

Así que Harper se había quedado. Había cancelado la entrevista en Fremont y había vaciado las cajas y las maletas. La primera noche que había pasado sola en la casa había estado a punto de perder la cabeza.

Saber que tendría que esperar seis largos meses para sentir el terso cuerpo de Luke encima del suyo o para verle el hoyuelo la obligaba desesperadamente a encontrar una distracción.

Era normal. Desde que se había mudado a Benevolence, todo se había centrado en Luke: en su increíble cuerpo, en su casa, en su trabajo, en su cuerpo realmente increíble...

La primera noche la había pasado despierta en mitad de la cama, con una de las camisetas de Luke y mirando el techo hasta el amanecer. Por primera

vez en la vida, Harper tenía estabilidad y un futuro. El problema era que no sabía qué hacer con ellos.

Por eso había intentado mantenerse ocupada.

Primero intentó aprender a hacer punto, hasta que se clavó la aguja en el nudillo y manchó de sangre lo que había hecho hasta el momento (aunque tampoco se parecía en nada al patrón que había intentado seguir). Luego le dio por los *scrapbooks*, pero se dio cuenta bastante rápido de que no tenía nada que poner en ellos, y llenar las páginas de pegatinas y decoraciones varias no tenía sentido sin fotos.

Finalmente, Sophie se había apiadado de ella y le había ofrecido un trabajo en el Remo para sacarla de casa los viernes por la noche. Sophie se encargaría de atender la barra y Harper usaría la experiencia que había adquirido en los años de universidad y serviría las mesas. Las propinas eran buenas y era una excelente manera de conocer a la gente de Benevolence, ya que, tarde o temprano, todos pasarían por el Remo a cenar, a beber o a charlar.

Evidentemente, muchos de los clientes conocían a Harper, aunque no en persona. Era lo que tenían los pueblecitos.

A Luke no le había gustado la idea cuando se lo había contado en la primera videollamada.

—No, Harper. De ninguna manera —dijo con un tono entrecortado.

—¿Estás usando tu voz de capitán conmigo? —preguntó ella, incrédula.

La cara de Luke en la pantalla del ordenador hizo que Harper se echara a reír. Él respiró hondo y probó con otra táctica.

—Lo que quiero decir es que no me gusta que cierres el bar sola los viernes por la noche. Es muy tarde, ¿y si pasa algo? ¿Quién te ayudará?

Harper vio la frustración patente en su rostro.

—No tienes que preocuparte por eso.

—No me gusta no poder protegerte.

—Pero es que ese no es tu trabajo.

—Sí que lo es. Y me lo tomo muy en serio, así que me cabrearé muchísimo si te pasa algo.

—Te quiero, por eso lo hago. Te extraño tanto que me duele hasta respirar. A veces no puedo dormir por el vacío que tengo en el corazón. Trabajar en el bar me distraerá, así no pensaré todo el rato en cuánto te echo de menos.

Él suspiró.

—Yo también te echo de menos. Cuando me levanto y veo que no te tengo entre mis brazos siento un nudo en la garganta. Pero tienes que cuidarte. Prométeme que tomarás todas las precauciones necesarias.

Harper se hizo una cruz con el dedo sobre el corazón y respondió:

—Lo prometo. Ty le ha dado un espray de pimienta a Sophie y siempre vamos juntas en coche. Además, todo el mundo sabe de quién somos.

Harper dejó las cervezas y una Coca-Cola *light* en una mesa y volvió rápidamente para decir el pedido de Reece y Dana, que estaban en la mesa de billar.

Dio otra vuelta al bar antes de volver a la barra y ver un rostro conocido.

Gloria bebía una copa de vino en un taburete.

—Hola, Gloria —dijo saludándola con la mano—. Me alegro de ver que sales.

Gloria se sonrojó ligeramente.

—He venido a celebrar que ya he recibido el primer sueldo de la floristería.

Después de deshacerse de su exnovio maltratador, Glenn Diller, Gloria había conseguido un trabajo en Blooms, la floristería local, y estaba ahorrando para irse a vivir sola.

—Enhorabuena. Claire dice que se te da genial —comentó Harper mientras cargaba la bandeja.

La madre de Luke, una amante empedernida de las flores, trabajaba a tiempo parcial en Blooms y no dejaba de alabar el trabajo de Gloria.

—Gracias. Me gusta mucho. —Gloria se sonrojó todavía más—. Oye, ¿sabes algo de Luke?

Harper no pudo evitar sonreír. Que su amiga pronunciara su nombre fue suficiente para que sintiera un cosquilleo, un hormigueo rápido y eléctrico.

Asintió.

—Me envió un correo electrónico el miércoles y hablé con él la semana pasada.

Gloria miró la copa de vino y se pellizcó la piel entre los dedos.

—¿Te comentó cómo está Aldo?

—Oooh —murmuró Sophie con admiración desde detrás de la barra—. ¡Creo que alguien está enamorada!

Las mejillas de Gloria se sonrojaron un poco más.

—No te metas con ella. —Harper puso los ojos en blanco—. No le hagas ni caso —le aconsejó a su amiga—, es que se cree Cupido.

—No me has dado las gracias todavía, por cierto —respondió Sophie guiñándole un ojo.

Harper le estaba muy agradecida a Sophie por haberla metido en la cama de su hermano la primera noche, aunque no quería que se le subiera a la cabeza aún más.

—Bueno... —Miró a Sophie fijamente antes de girarse hacia la otra chica—... Luke me comentó que Aldo está organizando una supercompetición física en el campamento con un grupo de gente de la unidad. Tienen que hacer ejercicios con neumáticos gigantes y trepar por cuerdas y no sé qué más. Me dijo que me mandaría fotos.

Gloria asintió, pero se quedó en silencio.

—Si quieres, te puedo dar su correo electrónico.

Su amiga levantó la mirada de la copa.

—¿No crees que sería un poco... raro?

Harper sacudió la cabeza y levantó la bandeja.

—Creo que ya habéis esperado mucho, ¿no crees? —Se fue hacia los clientes y añadió por encima del hombro—: Te mandaré su *e-mail*.

Por la noche, Harper se desplomó en la cama, exhausta y sola. Los viernes, James, el hermano pequeño de Luke, se llevaba a los perros para que no estuviesen solos todo el día y parte de la noche.

Sonrió al imaginar a los perros en la cama entre James y la chica atractiva y soltera a la que hubiera conseguido llevarse a la cama. Al igual que a su hermano, a él tampoco le gustaba comprometerse, pero en el caso de James, a las chicas no les hacía falta insistir tanto como a Harper.

¿Luke estaba sentando la cabeza? Haberle pedido que se quedara parecía un paso muy importante, aunque había tantas cosas de las que todavía no habían hablado... ¿Qué era lo que le impedía estar con ella? Había muchos muros que los separaban, no solo el del sótano.

Harper no pudo evitar preguntarse cómo sería todo cuando él regresara. ¿Volverían a la misma espiral continua de acercarse hasta que él volviera a apartarla de su lado? Se dio media vuelta en la cama y se abrazó la almohada. Las dudas y las preocupaciones se apoderaron de su mente por la noche, sobre todo porque no tenía noticias de él.

Conseguían hablar por teléfono o hacer una videollamada casi todas las semanas y, en los minutos que duraban, todo iba mejor. El simple hecho de oír su voz desde la otra punta del mundo hacía que se le despertara el cuerpo.

Colgar era difícilísimo.

Harper se había impuesto la norma de no llorar por teléfono. Quería dejarlo con una sensación agradable en el pecho que lo animara, no quería que se sintiera culpable ni que lo consumiera la soledad.

Después de cada llamada, se permitía cinco minutos para derramar las lágrimas que había contenido y para aceptar el vacío que tenía en el corazón. Y luego seguía con su vida.

Se acurrucó en la almohada. Aquella noche llevaba una camiseta de la empresa de Luke que se había encontrado en la oficina. Sumida en su olor familiar, consiguió dormirse profundamente.

Capítulo 27

La mañana siguiente, dedicó un tiempo a trabajar en el nuevo jardín. Charlie la ayudó a labrar el terreno y Claire la llevó a comprar plantas. Harper estaba decidida a impedir que su nueva afición desapareciera, como habían hecho las demás, y no solo porque le gustaran los calabacines y los tomates frescos. Quería añadir algo a la casa que fuera suyo exclusivamente. Anhelaba sentirse en casa, sentir que podía aportar algo tangible al hogar que había creado con Luke.

Se puso las manos con los guantes en los riñones y miró al cielo. El sol brillaba, pero la mañana tenía un toque de humedad. Era un signo de que el verano estaba cada vez más cerca.

El teléfono empezó a sonar sobre la barandilla del porche. Era el tono de llamada de Luke. Corrió por el jardín como una atleta olímpica y cogió el móvil rápidamente.

—¿Harper? —La mala cobertura distorsionaba la voz de Luke.

—¡Luke!

—Oye, ¿me puedes llamar?

—Sí, dame diez segundos, tengo la tarjeta del móvil aquí.

—Date prisa, por favor. —Colgó.

Había ocurrido algo. El corazón de Harper le latía a toda velocidad cuando entró para coger la tarjeta del móvil del bolso. Marcó un número incorrecto dos veces antes de conseguir que le dejaran de temblar los dedos.

—Luke, ¿estás bien? ¿Te ha pasado algo?

—Nena, estoy bien. Pero Aldo... —Se le quebró la voz al pronunciar el nombre de su amigo.

A Harper le dio un vuelco el corazón.

—Está malherido. Ha explotado una bomba. Lo han trasladado a Bagram. No sé cómo está.

Harper oyó un suspiro al otro lado de la línea, notó que tenía un nudo en la garganta.

—Dios mío, Luke. Lo siento mucho.

Él se aclaró la garganta. Harper supo que estaba intentando recomponerse, calmarse.

—¿Tú estás bien? —preguntó Luke.

—Sí. —Le cayó una lágrima al sentir su voz cargada de dolor—. Aquí todos estamos bien.

—No dejes de hablar, Harper, por favor. Quiero oír tu voz.

—Los perros te echan de menos. Todas las mañanas me encuentro tus zapatillas en la puerta. *Max* y *Lola* se meten en el armario y las llevan a la planta de abajo.

Harper era consciente de que no le salía la voz, pero siguió hablando. Le contó que Ty tenía un coche patrulla nuevo y que habían conseguido el proyecto del restaurante griego.

—Qué bien, gracias.

—Te quiero, Luke.

Suspiró; necesitaba oír aquellas palabras.

—¿Me puedes hacer un favor?

—Lo que quieras.

—Ve a casa de la señora Moretta. La llamarán dentro de poco. Si puedes, ve con mi madre.

—De acuerdo. Si me entero de algo, te mando un correo. Tú también, ¿vale?

—Gracias. No sé qué haría sin ti.

—Haría cualquier cosa por ti. Te quiero muchísimo.

—Te... echo de menos.

—Y yo a ti. Llámame lo antes posible.

—Lo haré.

Luke colgó el teléfono y lo dejó sobre la almohada que tenía al lado. El catre tembló con el movimiento.

Miró sin energía por la ventana llena de arena a las montañas grises que se alzaban tras la base.

Necesitaba sentirse en casa y solo Harper podía ayudarlo con eso. Quería recordar que tenía una vida que lo esperaba más allá del calor arenoso y seco del desierto, que ahora estaba manchado del rojo de la sangre de su amigo.

Cogió el portátil y abrió el correo electrónico.

Luke pensó que arreglarle el coche a Harper había sido un muy buen regalo de despedida, pero el regalo de Harper había sido aún mejor: le había enviado unas treinta fotos, que él había encontrado en cuanto había podido abrir el correo electrónico en Afganistán. Luke no se había dado cuenta de que había hecho la mayoría de las fotos. Había imágenes de ellos dos, de los perros, de su familia y de su casa. Hasta había incluido unas cuantas con los trabajadores. Luke miraba las fotografías casi todos los días.

Aquella noche, después de lo que le había pasado a su amigo, se dedicó un buen rato a observar cada una de las imágenes detenidamente. Su favorita era la que el periódico del pueblo había subido a su página web del día de la zambullida. En la versión física del periódico, habían publicado en primera página la imagen de Harper y Linc saliendo del agua, pero en el álbum que había creado el fotógrafo del evento, Harper había encontrado una imagen de ellos dos en el bar. Luke la abrazaba por detrás y le ponía una mano en la barriga, ella estaba acurrucada en su pecho y lo miraba por encima del hombro. Salían riendo.

Le encantaba aquella expresión en el rostro de Harper: tenía los ojos brillantes y las mejillas ruborizadas, y el pelo mojado le enmarcaba la cara. Vio lo emocionados que parecían en la imagen y sintió que se le dibujaba una sonrisa en los labios al pensar en lo afortunados que habían sido de que el fotógrafo no hubiera capturado que en ese mismo instante él estrechaba el cuerpo de Harper contra su erección.

Aquella noche se habían acostado por primera vez. Era la noche que Luke había dejado de luchar contra sí mismo. Observó la imagen durante unos segundos más y pasó a la siguiente.

La sonrisa arrogante de Aldo llenó la pantalla. Luke supuso que Harper había hecho la foto con el móvil, porque era de la noche que su amigo y Gloria habían ido a cenar a casa. Aldo vigilaba la barbacoa y discutía con él. Los dos sonreían. Aunque no compartieran sangre, eran hermanos.

Luke cerró el portátil.

Al rodearse las rodillas con los brazos tocó con los dedos la sangre y el barro secos del uniforme.

Cerró los ojos y dejó que las paredes de madera contrachapada de la habitación de ocho metros cuadrados se le vinieran encima.

Capítulo 28

La señora Moretta vivía en una casa de dos plantas a tres manzanas de los padres de Luke. El porche se escondía entre macetas coloridas llenas de petunias y había un comedero para colibríes colgado de una viga.

Harper suspiró y soltó el aire que había estado conteniendo hasta aquel momento. Claire alargó la mano y se la puso encima de la de que tenía sobre el volante.

—Eres una buena chica, Harper. Vamos a ayudar a una amiga.

Cuando estaban llegando a la casa, vieron a la señora Moretta salir rápidamente por la puerta. Llevaba un sombrero de ala ancha y un solo guante de jardín. Harper vio que tenía las mejillas cubiertas de lágrimas.

Claire corrió hacia los escalones de la entrada para encontrarse con su amiga.

—Oh, Ina.

Las mujeres se abrazaron en el porche.

—Muchas gracias por venir, Claire. Me acaban de llamar. Está vivo.

—Gracias a Dios —dijo su amiga mientras la abrazaba.

—Harper. —La señora Moretta soltó a Claire y asintió mirándola—. Entrad. Vamos a tomar algo.

Dejaron que las guiara hasta una cocina muy acogedora con una ventana en voladizo justo encima del fregadero. La mujer se detuvo y miró el jardín.

—Lo están operando. Creen que perderá una pierna, pero vivirá.

Harper se tapó la boca con la mano y cerró los ojos. Aldo estaba vivo y eso era lo que importaba. Se disculpó un momento y mandó rápidamente un correo electrónico a Luke desde el móvil.

Para: lucas.c.garrison282@us.army.mil

De: harpwild@netlink.com

Asunto: ¡Está vivo!

Está vivo, lo están operando. A lo mejor pierde una pierna, pero los médicos dicen que sobrevivirá. Estamos con su madre. Está bien. Si me entero de algo más te aviso. Te quiero.

H.

Cuando regresó a la cocina, la señora Moretta y Claire hablaban tranquilamente sentadas a la mesa del comedor.

—Los de la base me han dicho que me llevarán a Dover cuando Aldo llegue y, luego, iremos juntos al hospital Walter Reed. Tendremos más noticias de él cuando lo trasladen a Alemania. —Suspiró y se quitó el guante—. ¿Qué haríamos sin nuestros niños, Claire?

—No hace falta que lo pensemos, Ina. —Claire estrechó la mano de su amiga—. Aldo volverá a casa y te incordiará más que nunca.

—¿Te acuerdas de cuando eran unos críos y se pasaban el verano jugando en el arroyo?

—¿Y cuando quisieron pasar la noche en una tienda de campaña en el patio trasero de mi casa y a la mañana siguiente los encontré en el sofá?

—¿En qué momento se convirtieron nuestros niños en hombres?

—Seguro que ellos dirían que mucho antes de la fecha que propondría yo. La señora Moretta sorbió por la nariz.

—¿Quiere tomar algo, señora Moretta? —ofreció Harper—. ¿Quiere un té o un poco de agua?

—Hay una caja de Chardonnay barato en la nevera. ¿Qué te parece si coges las tres copas más grandes que encuentres y bebemos por nuestros chicos?

La tercera vez que Harper volvió de la cocina de rellenar las copas, Claire le susurró a su amiga:

—Es perfecta para él...

—Harper, Claire me está distrayendo con cotilleos sobre Luke y tú. Cree que lo estás ayudando muchísimo.

Harper sintió que se le ruborizaban las mejillas.

—Creo que es al revés.

—A mí me encantaría que Aldo sentara la cabeza. Ninguna mujer le dura más de un mes. —Suspiró.

—A lo mejor es porque ninguna era la mujer que él quería —comentó Harper.

—Lo dices como si supieras algo —respondió Claire, moviendo las cejas.

—Suéltalo —ordenó la señora Moretta—. Me refiero a lo que sabes, no al vino.

Harper les dio las copas y consiguió derramar solo unas gotitas.

—Me pareció que había química entre Aldo y Gloria cuando vinieron a cenar con nosotros. Aldo la llevó a casa.

—Vaya —dijeron las dos mujeres al unísono.

—Así que Gloria Parker... —comentó Claire—. No lo habría imaginado nunca.

—Además, es posible que él me confesara que le gusta desde que iban juntos al instituto. Pero no puedo confirmároslo sin el permiso de mi fuente —añadió Harper.

—Por eso odiaba tanto al imbécil de Glenn —comentó la madre. Quiso acariciarse el pelo, pero se topó con el sombrero.

—¿Por qué no me habéis dicho que todavía llevaba puesto el sombrero? Estaba en el jardín cuando he recibido la llamada. Estoy hecha un desastre. —Se lo quitó y lo tiró hacia atrás por encima del hombro.

El sombrero chocó con una pajarera de latón llena de flores de seda. Claire y Harper rieron.

Al cabo de un rato, la caja de vino estaba vacía y gran parte de la *pizza* que habían pedido había desaparecido. Charlie tuvo que ir a recogerlas.

—Os agradezco mucho que hayáis venido a apoyarme —dijo la señora Moretta antes de envolverlas en un gran abrazo—. Significa mucho para mí.

—Mantennos informadas de cómo le va a Aldo y de cuándo te vas. Te ayudaremos en todo lo que podamos. Harper vendrá mañana a por el coche, a no ser que tengas otra caja de Chardonnay. En ese caso tendremos que repetir lo de esta noche. —Claire soltó una risita.

Charlie le puso la mano sobre el hombro a la señora Moretta.

—Es un buen chico. Volverá a casa sano y salvo antes de que te des cuenta.

—Gracias, Charlie. Harper, ¿puedes avisar a Gloria? —sugirió la mujer mientras le guiñaba el ojo.

—Se lo diré mañana, cuando sepamos cómo ha ido la operación —prometió ella.

Aquella noche, Harper se metió en la cama con los dos perros y usó de pijama una sudadera de Luke. Respiró su aroma y dejó que las lágrimas contenidas fluyeran libremente.

La mañana siguiente, cuando Harper se despertó con una ligera resaca, vio que tenía un correo electrónico de Luke.

Para: harpwild@netlink.com
De: lucas.c.garrison282@us.army.mil
Asunto: Re: ¡Está vivo!

Harp, me acaban de informar del estado de Aldo. Ha sobrevivido a la operación, pero le han tenido que amputar la pierna por debajo de la rodilla. Sigue inconsciente y a los médicos les preocupa que se le infecte, pero creo que saldrá de esta. Solo tiene que despertarse. El equipo médico se ha puesto en contacto con su madre, así que ya está informada. ¿Estás bien?
L.

Harper suspiró aliviada. Aldo estaba vivo y se despertaría. Le resultaba imposible imaginar que no lo hiciera.

Para: lucas.c.garrison282@us.army.mil
De: harpwild@netlink.com
Asunto: Re: ¡Está vivo!

Es imposible que no se despierte, así que ni siquiera pienses en esa posibilidad. Aldo se despertará, le guiñará un ojo a la enfermera y le pedirá que le lleve una cerveza fría.

La señora Moretta es fuerte como una roca. Y tiene una tolerancia altísima al alcohol. Tu madre y ella bebieron mucho más que yo y estuvieron recordando los viejos tiempos hasta que tu padre nos vino a recoger.

Cuando Aldo regrese (como ves no estoy usando el condicional), la Guardia llevará a su madre a Dover y luego al hospital Walter Reed para que esté con él.

¿Hubo más heridos? ¿Tú estás bien? Estoy asustada, pero oír tu voz por teléfono fue de gran ayuda y el correo también. Estoy preocupada por ti, así que más vale que te estés cuidando o tendré que tomar medidas drásticas, como pintar todos los apliques de madera de la casa de color negro. Bueno, ahora en serio, quiero verte la cara.

Supongo que no puedes pedir un permiso para venir a casa y ponerte la ropa que tienes aquí para que tenga tu olor y la pueda usar para dormir, ¿no? Entonces me conformaré con una videollamada. Te quiero con locura.

H.

P. D.: Adjunto una foto de *Max* y *Lola* en la piscina que les he montado en el patio y otra del jardín. Todo lo verde que se ve son plantas, no malas hierbas. ¡Qué bien!

Harper hizo clic en enviar y respiró hondo. Debía contarle a Gloria lo de Aldo. Y después de cómo había ido el día anterior, tenía que darles un buen paseo a los perros. Además, quería ir a buscar el coche y a ver cómo estaba la madre de Aldo.

Silbó y *Lola* apareció por el pasillo con las orejas hacia arriba. *Max* la siguió hasta la cocina.

Corretearon alrededor del taburete de Harper, con la esperanza de que les dieran un poco de beicon, que los acariciaran un rato o, siendo muy ambiciosos, que les dijeran la palabra que empezaba por «P».

Harper se bajó del taburete y les acarició las piernas.

—Muy bien, chicos, vamos de p-a-s-e-o.

Tenía que deletrear la palabra, ya que *Max* se emocionaba demasiado cuando la oía y se hacía pipí.

Se dirigió hacia la puerta, cogió las gafas de sol, el bolso y las correas. Al verlas, los perros se pusieron como locos.

—Por el amor de Dios, ¡quedaos quietos! —dijo mientras intentaba poner el collar a *Max*.

Lola brincó hasta que Harper le acabó de poner el suyo.

—Vamos a ver a la tita Gloria —dijo. Aprovecharía las seis manzanas que la separaban de la casa de la madre de Gloria para encontrar una manera de contarle la noticia.

Gloria abrió la puerta de la casa de ladrillo con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Harper! Qué sorpresa más agradable. —Se agachó para acariciar la enorme cabeza de *Lola* hasta que *Max* se interpuso entre ellas—. Sí, *Max*, ya te he visto. —Rio y cogió al perro—. ¿Queréis entrar o estáis solo de paso?

Harper se puso las gafas de sol en la cabeza.

—En realidad he venido a decirte una cosa sobre Aldo. —Respiró hondo y lo dijo rápidamente, como si se estuviera quitando una tirita—. Está herido, Gloria. Ha superado una operación y los doctores confían en que sobrevivirá, pero le han tenido que amputar una parte de la pierna.

Vio como Gloria empalidecía.

—¿Aldo? —repitió.

Harper asintió y cogió a su amiga por el brazo.

—Se pondrá bien. Luke me ha enviado un correo esta mañana y me ha dicho que lo único que preocupa al equipo médico es que se le infecte la herida. —Se quedó en silencio un momento, pensando—. Todavía no se ha despertado.

Gloria abrazó a *Max*.

—Pero lo hará.

—Sí.

La amiga de Harper respiró agitada.

—Le mandé un correo el viernes por la noche cuando me diste su dirección.

—Así tendrá algo que leer cuando despierte —respondió Harper con una sonrisa—. Bueno, hablando de Aldo, ¿te importaría llevarme a casa de su madre? Dejé el coche allí anoche y quiero ir a ver cómo está.

Gloria bajó la mirada hacia los vaqueros cortos y la camiseta rosa que llevaba.

Harper sonrió.

—¿Te da miedo conocer a la madre de Aldo?

—¡Es la señora Moretta! Claro que me da miedo. ¿A quién no le intimidaría conocerla? —preguntó con los ojos abiertos de par en par—. Bueno, da igual. Dame un minuto para que me peine y coja las cosas y unas galletas que he hecho esta mañana.

Fue mejor de lo que esperaban. La señora Moretta les abrió la puerta con la noticia de que Aldo estaba despierto y de que, tras enterarse de que todos los de su unidad estaban bien, había pedido una hamburguesa con queso.

Gloria se contuvo cuando la señora Moretta le hizo preguntas sobre todos los aspectos de su vida, incluidas sus creencias religiosas, el número de hijos que quería tener y la receta de las galletas con mermelada.

Cuando acabó la entrevista, la señora Moretta asintió y dijo:

—Ajá.

—Creo que me acaban de interrogar —dijo Gloria, impactada.

—Pues yo creo que ha ido bien —respondió Harper mientras subía a los perros al coche.

—No lo sé, no estoy segura. —Hundió los hombros y se apoyó en el coche.

—Se ha quedado las galletas, eso es buena señal, sin duda —comentó Harper.

—¿Y qué ha sido el «ajá» del final?

—Creo que ha sido una muestra de aprobación. Como si hubiera reconocido que eres lo bastante buena para su hijo.

Gloria sacudió la cabeza.

—Creo que me voy a ir a casa a echar una siesta.

Capítulo 29

Harper cogió el móvil de la mesilla auxiliar rápidamente en cuanto oyó el primer tono de la videollamada. Respondió con torpeza, pero a los pocos segundos vio el rostro que tanto extrañaba.

—Hola, cariño. —Luke parecía cansadísimo.

Habían pasado dos semanas desde el accidente de Aldo y Luke se negaba a hacer videollamadas, lo que le hacía pensar a Harper que no estaba muy bien. Al verle la cara, se confirmaron sus sospechas y sintió pena por él.

—Hola, ahí está mi chico guapo. ¿Cómo estás? —Harper se sentó en el sofá y abrazó un cojín.

—Estoy bien, ¿y tú?

—Te echo de menos. —Luchó para contener las lágrimas que se le acumulaban en los ojos. Verlo lo intensificaba todo—. Estoy preocupada por ti.

Luke suspiró como si cargara con el peso del mundo sobre los hombros.

—Estoy bien. Todo va bien.

—Oye, sé que no eres muy hablador, pero no puedes estar al otro lado del mundo cagándola todo el rato porque la culpa, que ni siquiera deberías sentir, te distrae.

Luke parpadeó. Abrió la boca y la volvió a cerrar.

—Veo que he conseguido tu atención —dijo ella con delicadeza.

—Creo que sí.

—Luke, ¿crees que Aldo te va a culpar por lo que ha pasado?

Suspiró.

—No.

—De hecho, lo más probable es que ya te haya dicho que tú no tienes la culpa de nada.

Luke tenía la mirada perdida.

—De acuerdo, tienes razón.

Harper se sentía como si estuviera hablando con una pared... o con un sótano.

—Genial. ¿Fuiste tú quien puso la bomba?

Luke puso los ojos en blanco.

—No.

—¿Le dijiste a Aldo que pasara por encima de la bomba con el coche?

—No.

—¿Acaso sabías que la bomba estaba allí y se lo ocultaste?

—No. Harper...

—No he acabado. Entonces, ¿crees que el resto del mundo coincidirá en que no tienes la culpa de nada?

Luke se quedó inmóvil durante unos segundos.

—¿No era una pregunta retórica?

—Luke, me duele verte así. No sé cómo ayudarte.

—Nena, no puedes ayudarme. Entiendo lo que quieres decir. Sé que no tengo la culpa, pero me siento responsable de lo que le ha pasado a mi amigo. La vida de Aldo y del resto de la unidad está en mis manos. Si no los guio de manera responsable, acabarán heridos. O muertos.

—Aldo no ha muerto.

—No, él no.

Harper recordó a la gente que había perdido antes de que se conocieran.

—Perdí a hombres buenos por culpa de datos erróneos. La responsabilidad recae sobre mí.

—Eso no es cierto.

—¿Es mi culpa? No. Pero soy el oficial al mando de la unidad y por eso soy el responsable de todo lo que le pasa.

Entonces fue Harper quien se quedó en silencio.

Él soltó un suspiro profundo.

—Lo único que sé es que no puedo quitarme las imágenes de la sangre de la cabeza. Vi cómo ocurría y empezamos a correr hacia el vehículo. Aldo estaba tumbado en un charco de sangre. —Luke se miró las manos, parecía que lo estuviera reviviendo.

Harper se estremeció.

—Creí que había muerto. Creí que había perdido a mi mejor amigo delante de mis narices y eso me hizo pensar en toda la gente que he perdido. Pensé en todo lo que podría perder en una milésima de segundo. —La miró.

Ella se enjugó las lágrimas silenciosas que le humedecían las mejillas y deseó tocar a Luke.

—Me sentí como un inútil.

—Se recuperará.

—Ha tenido muchísima suerte. Muchos casos no acaban tan bien.

—Quiero que me asegures que, aunque cargues ese peso sobre los hombros, no harás ninguna tontería.

—¿Como qué?

—Soy nueva en esto del ejército, pero supongo que tienes muchas malas opciones, como volverte loco, darte al alcoholismo o ser negligente.

Él suspiró y sonrió ligeramente.

—No pienso hacer nada de eso.

—Lo sé, pero necesito que me digas que te cuidarás. Quiero que vuelvas a casa sano y salvo.

—Haré todo lo que esté en mi mano para que eso ocurra —respondió él.

—Es lo único que te pido. —Se pasó una mano rápidamente por debajo de los ojos—. ¿No es muy tarde ya en Afganistán?

Luke sonrió.

—Es el único momento en el que puedo estar a solas aquí. —Giró el portátil y le mostró la pequeña habitación.

Harper sonrió. Era igual de reservado en el ejército que en casa.

—Bien, así te puedes quitar la camiseta y dejar que chupe la pantalla.

Luke sonrió de oreja a oreja y Harper atisbó un hoyuelo sutil.

—Cariño, si alguien se tiene que quitar la camiseta eres tú.

—Vale, si insistes. —Harper se levantó la camiseta rápidamente y le enseñó el cuerpo. Vio que sus ojos marrones se oscurecían y que se le tensaba la mandíbula. Se preguntó si Luke era consciente de lo atractivo que era.

—¿Sabes lo difícil que es verte y no poder tocarte? —preguntó con la voz áspera.

Ella enrojeció.

—Echo de menos que me toques. Me siento vacía sin tus manos. No pasamos mucho tiempo juntos antes de que te fueras, pero cuando estabas en mi interior, me sentía completa, como si hubieras reunido todos los pedazos de mí y los hubieras pegado.

Luke gruñó.

—Nena, no me puedes decir eso cuando estoy a más de diez mil kilómetros de distancia. —Se llevó las manos a la nuca—. Joder, haces que se me ponga dura incluso a través de una videollamada con mala conexión. Te echo tanto de menos.

Harper cerró los ojos y asintió.

—Lo mismo digo, capitán.

—Cada vez que pienso en hacértelo, voy al gimnasio. Tendré que comprarme camisetas más grandes dentro de poco. Ya uso pesas de seis kilos más.

—Qué *sexy* —bromeó Harper—. Serás un buen competidor para Aldo cuando regreséis a casa.

—¿Sabes cuándo volverá?

Harper negó con la cabeza.

—Hemos hablado por correo electrónico un par de veces. Cree que volverá pronto. ¿Te ha comentado algo de Gloria?

—Solo he tenido noticias de él en dos ocasiones. La primera fue para decirme que estaba vivo y que más me valía no estar lamentándome, la segunda fue para enviarme una foto de su cirujano alemán, parecía Lobezno de *X Men*.

—Gloria le ha mandado dos *e-mails* y todavía no le ha respondido. Le pregunté directamente si los había recibido y me ignoró.

Luke se encogió de hombros.

—Seguro que tiene muchas cosas en la cabeza.

Harper estaba segura de que era cierto, pero eso era lo que le preocupaba.

—Enséñamelas otra vez.

—¿A qué te refieres?

—A tus tetas perfectas.

Ella se preguntó si algún día se acostumbraría a que le hablara de ese modo y dejaría de sonrojarse.

—¿Seguro que estás solo?

—La señal del wifi es tan fuerte hoy que llega al cuartel. Estoy solo. Enséñamelas.

A pesar de que su voz sonaba distorsionada, Harper la sentía como una caricia sobre la piel. Se mordió el labio, se quitó la camiseta y se quedó con el torso desnudo delante de la pantalla.

—¿Vamos a...?

—Silencio —ordenó él—. Quiero que hagas lo que te diga.

Harper asintió sin decir nada. Incluso a miles de kilómetros de distancia, conseguía excitarla tanto que la humedad le calaba la ropa interior. Cambió el móvil de ángulo para que él le viera mejor el cuerpo.

—Buena chica. Quítate los pantalones.

Harper apoyó el móvil en uno de los cojines del sofá, se levantó y se bajó los pantalones por las caderas.

—Joder, cariño. —Luke suspiró sin apartar la mirada de la pantalla; ella se pasó un dedo por el borde de sus braguitas azules de algodón.

—Colócate a cuatro patas sobre el sofá y de cara a mí.

Se subió en el cojín del sofá y apoyó el peso del cuerpo sobre las manos de modo que le colgaban los pechos. Anhelaba sentir la boca de Luke en las cimas sensibles de sus senos.

—Luke, yo también quiero verte —dijo con un susurro que viajó kilómetros.

Él se quedó inmóvil un instante, pero Harper sintió el sonido del velcro unos segundos más tarde. Después, Luke se quitó la camiseta y bajó la tapa del portátil para enseñarle lo que había echado tanto de menos.

Incluso con el gran puño de Luke a su alrededor, su erección parecía enorme. Harper sintió un anhelo que hizo que se le acelerara el corazón. Quería tenerlo en su interior, que la invadiera hasta que sus paredes tuvieran que ceder.

—Daría lo que fuera por estar dentro de ti ahora mismo, Harper. —Se pasó una mano por el pene—. Quiero que te masturbes.

Harper dudó.

—Vamos. Imagina que son mis manos.

Respiró hondo y se llevó una mano al pecho, que colgaba. Por el gruñido proveniente del móvil, supo que a Luke le gustaba lo que veía. Se cogió el pezón entre el pulgar y el dedo índice y tiró de él al ritmo de los movimientos de Luke.

—Cariño... —El audio falló y el video quedó silenciado, aunque la imagen seguía.

Harper se señaló la oreja.

—No te oigo, ¿me oyes tú a mí?

Luke se señaló la oreja y negó con la cabeza, pero con la otra mano se siguió acariciando la erección. Harper se llevó la mano otra vez al pecho. Pellizcó el pezón y tiró de él, imitando los movimientos que Luke le hacía con la boca.

Lo vio acelerar el ritmo un poco y se preguntó si tendría la gota de semen que siempre le salía por el orificio y le manchaba el glande. Harper se lamió los dedos y metió una mano por dentro de las braguitas.

Debería haber estado avergonzada. No era una exhibicionista, pero lo único que deseaba era ver como Luke se masturbaba hasta eyacular y mancharse el abdomen y el pecho.

Abrió la boca cuando sintió la humedad que se le acumulaba entre los pliegues. El clítoris exigía que lo tocaran. Harper se puso de rodillas y con la mano que le quedaba libre empezó a acariciarse el pecho. Se lo apretó con fuerza y Luke entrecerró los ojos, movió el puño rápidamente hacia la base de su erección y siguió masturbándose. Harper se acariciaba el clítoris con movimientos circulares y a un ritmo frenético. Parecía una carrera por ver quién acababa antes.

Harper sintió que las ganas de eyacular crecían en su interior hasta que se introdujo los dedos en el húmedo canal. Abrió la boca para pronunciar el nombre de Luke y vio que él también estaba listo. Una primera ola de semen le manchó el abdomen; la segunda y la tercera fueron acompañadas del nombre de Harper.

Ella sintió que se le tensaba la vagina alrededor de los dedos y llegaron juntos al orgasmo.

Capítulo 30

Aldo Moretta volvía a casa. Después de pasar cuatro largas semanas en hospitales y clínicas, Aldo y su nueva pierna ortopédica iban a volver a Benevolence.

Sin embargo, tendría que seguir haciendo fisioterapia, así que iba a quedarse a vivir unas semanas con su madre antes de regresar a su casa.

Harper esperó un día y medio y, finalmente, llamó a la puerta de la señora Moretta a la hora del descanso para comer. Ver en persona a Aldo la tranquilizaría y la ayudaría a deshacerse de las pesadillas que la habían acechado durante el último mes. Se cambió de mano la bolsa con comida que llevaba y llamó a la puerta de tela metálica.

El sonido quedó silenciado por unos gritos.

—Por el amor de Dios, mamá. He pasado las dos últimas semanas contigo. Me vas a hacer perder la cabeza, joder.

—¿Así le hablas a tu madre después de que lo haya dejado todo para cuidarte porque no pudiste esquivar una bomba? —gritó Ina Moretta.

—No hacías más que jugar al Candy Crush y gritarme si no ponía *El precio justo* —le respondió él.

—Te digo que no vas a llevarte el coche para ir al fisioterapeuta. Me da igual lo grande y duro que te creas. Así que puedes ir andando. O hacer autostop, me da igual. No te eduqué para qué le gritarás así a tu madre.

—Así es exactamente como me has educado.

Harper se rindió y decidió entrar. Dejó la bolsa en el suelo y se puso las manos alrededor de la boca para gritar:

—¡Hola!

Aldo salió de la sala de estar y se dirigió al recibidor con las muletas; la señora Moretta asomó la cabeza desde la cocina.

—Claro, entra. ¿Cómo entras así en mi casa? ¿Es que tus padres no te enseñaron modales? —gritó la señora.

—Supongo que murieron demasiado pronto —respondió ella uno o dos decibelios por encima de su tono normal. Al parecer, lo de gritar era contagioso.

Aldo la abrazó por sorpresa después de dejar las muletas en el suelo. Harper lo cogió como si le fuera la vida en ello. Estaba en casa, sano y salvo y gritándole a su madre. Era un paso más hacia la normalidad.

—¡Coge las malditas muletas! Sabes que los médicos no quieren que camines sin ellas.

La señora Moretta siguió hablando en italiano.

—Me alegro mucho de que estés en casa. Y de que estés vivo —dijo Harper con la cara aplastada contra su pecho.

—Me casaré contigo y tendré hijos contigo si me sacas de esta casa de una puta vez. Tengo una cita con el fisioterapeuta en treinta minutos —contestó mientras retrocedía.

Harper lo miró de arriba abajo. Llevaba unos pantalones de chándal cortos y una camiseta. La nueva pierna izquierda prostética empezaba debajo de la rodilla y terminaba en una zapatilla de deporte.

—Puede que a Luke no le parezca bien la primera, pero pagaría por ver la segunda, así que trato hecho. Además, quiero ver qué haces con tu nueva pierna.

—Puedo hacer de todo, pero no me dejan —respondió él.

—Si no haces lo que te dicen los médicos, te harás daño en el muñón o romperás esa cosa —le advirtió su madre señalando la prótesis.

Harper vio la ira en los ojos de Aldo y les propuso una tregua.

—Señora Moretta, ya llevo yo a Aldo al fisioterapeuta. ¿Quiere que le traigamos algo, ya que salimos?

La señora refunfuñó.

—Bueno, supongo que, ya que estáis, podríais traerme otra caja de Chardonnay.

En el coche, Aldo lanzó las muletas al asiento trasero y se sentó en el del copiloto. Apoyó la cabeza en el reposacabezas y dijo con un suspiro:

—La quiero mucho, pero te juro por Dios que uno de estos días nos acabaremos matando.

Harper rio y metió la marcha atrás.

—A mí me ha parecido la Tercera Guerra Mundial.

—Es lo que pasa cuando te pasas dos putas semanas con Ina Moretta. Creo que se ha propuesto volverme loco.

—Creo que eso es lo que hacen las madres —dijo ella mientras retrocedía por el acceso para coches—. ¿Adónde tenemos que ir?

Aldo la guio hacia el norte y salieron del pueblo.

—Por cierto, te he traído algunas cosas, están en la bolsa que hay detrás —comentó Harper.

Él se movió en la silla y agarró la bolsa.

—¿Dónde están los caramelos? —le preguntó.

—En el fondo. Luke me ha ayudado, así que dale las gracias a él.

Sacó un embalaje transparente.

—¿Un MP3 y unos auriculares nuevos?

—Tiene listas de reproducción animadas para cuando estés en rehabilitación. Además también te servirá para no oír a tu madre.

—Tapones para los oídos —dijo tras sacar una cajita de plástico con forma de huevo.

—Luke me contó que tu madre ronca.

—Más que un grupo de leñadores en una convención de motosierras. ¿Qué es esto, una pulsera?

—Sí, he pensado que ya va siendo hora de que te pongas algún accesorio —bromeó ella—. No, es una de esas pulseras que cuenta los pasos y el ritmo cardíaco. Es lo que hace la gente normal que no corre medias maratones los fines de semana para controlar su estado físico. Y como no puedes correr estas dos semanas, he pensado que lo podrías usar para la fisioterapia. Además, se sincroniza con el móvil.

—Qué chulo, Harpón. Gracias.

Parecía cansado, serio. Pero ya estaba en casa.

—¿En serio me vas a llamar Harpón?

—Bueno, ya veremos, el día es muy largo. —Aldo abrió una chocolatina y se la metió en la boca.

La clínica estaba a veinte minutos al norte del pueblo. Aldo comió golosinas y miró por la ventana como si reflexionara mientras Harper llamaba a Beth para decirle que llegaría más tarde.

—Beth me ha dicho que te dé un abrazo de su parte —dijo después de colgar.

—Creo que me lo van a decir mucho. —A Aldo no parecía entusiasmarle la idea.

—Conozco a una morena muy guapa que estaría dispuesta a hacer cola para darte un abrazo.

Aldo gruñó.

—¿Has hablado con Gloria?

—No.

—¿Me dices por qué? Te empiezas a parecer a Luke. —Harper suspiró.

—Gira aquí —dijo él mientras señalaba un edificio de piedra blanco a su derecha.

Harper entró en el aparcamiento y se acercó a la entrada del edificio de dos plantas.

—Voy a por las muletas —le dijo a Aldo mientras ponía el coche en punto muerto.

—Puedo caminar desde el aparcamiento —añadió él, y se cruzó de brazos.

—Como quieras. —Harper se encogió de hombros.

Ella también sabía jugar a ese juego, así que aparcó en el espacio que encontró más lejos y apagó el motor. Cogió las muletas del asiento de atrás y esperó hasta que Aldo salió del coche.

—Anda, toma. —Le dio las muletas.

Vio el tic en su mandíbula y esperó.

—Puedes entrar, si quieres —comentó Aldo antes de rodearla y dirigirse a la entrada.

Harper cogió la bolsa del asiento trasero y lo siguió.

Aldo no tenía cara de haber hecho un esfuerzo masivo cuando llegaron a la recepción, pero unas gotitas de sudor le cubrían toda la cara y el cuello. Se aferraba a las muletas con tanta fuerza que los nudillos se le habían vuelto blancos.

No solo estaba enfadado, sino que además se estaba esforzando demasiado. Bueno, era de esperar, después de todo era el hijo de la señora Moretta.

Esperaron unos segundos en silencio hasta que una enfermera con uniforme médico de flores los llamó.

—Teniente Moretta, bienvenido a rehabilitación. —Le sonrió—. Soy Annalise. —Le extendió una mano y él se la estrechó después de agarrar las dos muletas con una mano.

—Aldo.

Annalise se giró hacia Harper.

—Yo soy Harper —dijo estrechándole la mano.

—Gracias por venir —contestó Annalise. Los guio entre camillas y máquinas de cardiología—. Es muy importante que la familia forme parte de la rehabilitación.

—Somos amigos —masculló Aldo.

—Bueno, siempre vienen bien un par de ojos y manos extra —respondió Annalise sin inmutarse. Señaló unas sillas que había al lado de unas barras paralelas—. Déjenme que ajuste las barras a su altura y ahora vendrá el médico.

Aldo miró las barras con odio; Harper intentó no pensar en el hombre amable y divertido que era cuando había dejado Benevolence.

—Teniente. —Un hombre delgado con una bata blanca y gafas se acercó—. Soy el doctor Steers. He oído hablar mucho de usted.

Aldo le estrechó la mano, pero no dijo nada.

—Harper —dijo ella.

—Encantado de conocerte. Bueno, ¿os parece bien si nos ponemos manos a la obra? Teniente, el hospital Walter Reed nos envió su expediente y estamos todos impresionados. Que haya evolucionado tanto, cuando apenas hace un mes que perdió la pierna, parece sobrehumano.

Harper vio que a Aldo se le curvaba la comisura de la boca. Aquel chico que se había ido seguía en algún lugar.

—Es un tío duro, ¿verdad?

Harper sonrió y el doctor Steers la imitó.

—Entendemos que esté frustrado con el ritmo de la terapia y haremos todo lo posible para ofrecerle un programa que le suponga un reto, pero tenemos que asegurarnos de que no le exigimos demasiado a su cuerpo en las primeras fases de la recuperación. ¿De acuerdo?

Aldo asintió.

—Bueno, póngase de pie. Ya sabe qué hacer. —El médico señaló las barras.

Aldo se levantó y le dio las muletas a Annalise. Se agarró a las barras y puso un pie delante del otro, caminando hacia el doctor Steers, que se movía hacia atrás en un taburete con ruedas.

—Esto tiene buena pinta —afirmó el doctor mientras tomaba nota—. Vuelva a empezar.

Hicieron que Aldo lo repitiera unas cuantas veces para ajustarle ligeramente la prótesis.

—Teniente, Pruébalo sin las barras.

Aldo dejó caer los brazos a ambos lados del cuerpo y caminó hacia Annalise.

—Perfecto —dijo el doctor Steers—. Camina muy bien.

Hicieron que repitiera el proceso sin ayuda de las barras varias veces.

Aunque el rostro de Aldo no mostraba ninguna emoción, tenía la camiseta empapada de sudor.

—Vamos a hacer una pausa para beber un poco de agua y luego empezaremos con los ejercicios de equilibrio —sugirió el médico.

Aldo se encogió de hombros, pero se sentó al lado de Harper.

—Harper, hay botellas de agua en esa nevera de allí. ¿Por qué no coges un par?

—Claro. —Contenta por poder hacer algo, corrió hacia la nevera y cogió dos botellas—. Toma —añadió mientras le ofrecía una a Aldo.

—Gracias —respondió él. Abrió la botella y se bebió casi la mitad.

Ella tuvo que reprimir las ganas de darle unas palmaditas en el hombro.

—Sé que frustra mucho la energía que consume hacer estos ejercicios. Normalmente, al tener una pierna amputada por debajo de la rodilla, se consume un cuarenta por ciento más de lo normal, por eso parece que acabes de correr una maratón. Puede que a ti te parezca que solo has dado unos pasos, pero para tu cuerpo supone el doble de trabajo.

—Estoy bien. Puedo seguir. —Aldo se encogió de hombros.

—Teniente, colma usted todas nuestras expectativas —dijo Annalise mientras volvía a ajustar la altura de las barras—. Es usted una bestia.

—¿Cuándo podré empezar a correr?

El médico lo miró por encima de las gafas.

—Voy a prometerle algo que normalmente no puedo prometer. Pronto. De hecho, creo que sería un candidato perfecto para una prótesis deportiva de fibra de carbono.

Aldo asintió con frialdad, pero Harper vio el brillo en sus ojos.

—Vamos a hacer los ejercicios de equilibrio.

Tras una hora de ejercicios de equilibrio y de fuerza, seguidos de estimulación eléctrica y masajes, Aldo cayó rendido sobre la camilla.

Annalise le dio a Harper un montón de papeles.

—Estos son ejercicios que tiene que hacer en casa para mantener el ritmo de lo que hacemos en terapia. El teniente tendrá tres citas como paciente externo aquí, pero si usted le puede ayudar el resto de días con los ejercicios, verá resultados antes.

Harper tomó la pila de papeles.

—Claro.

—Estupendo, nos vemos el viernes.

—No hace falta que me ayudes con la terapia —dijo Aldo en el coche.

—No me importa, pero entenderé que prefieras que te lleve tu madre.

Él sonrió.

—Qué graciosa. ¿Quieres que vayamos a comer algo?

A Harper le rugieron las tripas.

—Sí, por favor.

Pasaron por un restaurante de comida para llevar con servicio para coches y descapotaron el coche en un parque con vistas a la costa.

Harper atacó la hamburguesa; Aldo empezó por las patatas.

—¿Has hablado con Luke? —preguntó ella finalmente.

—Un par de veces antes de volver a casa.

Ella hizo una pausa y siguió comiendo.

—Parece que le va bien —añadió Aldo.

—¿Sí?

—No me deja que le dé las gracias.

—¿Por qué tienes que darle las gracias?

Aldo se giró para mirarla.

—¿No te ha contado que me salvó del fuego después de ordenar a todo el mundo que se alejara?

Ella se puso la hamburguesa sobre el regazo.

—¿Cómo dices?

Aldo maldijo entre dientes.

—No lo recuerdo muy bien. Estaba conduciendo por la carretera y luego recuerdo haberme caído del vehículo. No oía ni sentía nada, pero no podía moverme. Pensé que estaba muerto. —Respiró para tranquilizarse—. Luego vi a Luke por encima. Me pareció que estaba gritando. Me llevó a rastras hasta detrás de una de las camionetas y me hizo un torniquete con el cinturón. Me quedé inconsciente, pero me dijeron que cargó conmigo a través del fuego mientras los otros se cubrían.

—¿Por qué coño no me lo ha contado? —preguntó Harper a la vez que cogía el refresco con una violencia innecesaria.

—¿Por qué coño no me deja darle las gracias?

Ella lo miró fijamente, él negó con la cabeza.

—Porque es Luke —dijeron a la vez.

A Harper le servía de consuelo que lo de esconder información no fuera algo personal.

—Voy a escribirle un correo cuando llegue a casa. Lo escribiré todo en mayúsculas —anunció Harper.

—Pues yo le mandaré una carta de agradecimiento y también se la escribiré en mayúsculas.

—Bueno, ¿y por qué evitas a Gloria?

—¿Te han dicho alguna vez que eres una cabezota, Harpón?

—Ni se te ocurra empezar a responderme con preguntas. Vivo con Luke Garrison, un experto en el tema. ¿Ya no te gusta? ¿Ya no sientes lo mismo?

—Mírame. —Se señaló la prótesis—. Casi no puedo ni andar. ¿Cómo quieres que la lleve en volandas, como ella se merece?

—Vale, no sé ni por dónde coger la tontería que acabas de decir.

—No digas nada.

—Que te lo has creído. En primer lugar, ¿piensas que eres menos hombre porque tienes una pierna nueva? Eso es la ridiculez más grande que he oído en mi vida. Y las he oído muy gordas. Las piernas no tienen nada que ver con el hombre que eres. Sin embargo, tu actitud, sí. —Le dio un golpe con el dedo en el pecho—. Esta mierda de cuento de «pobre de mí, estoy discapacitado» no te va a ayudar en nada. Céntrate y vuelve a ser la estrella del *rock* de siempre.

»Y, en segundo lugar, Gloria no es una florecilla frágil. Es divertida e inteligente y se está forjando una nueva vida ella sola, una vida de la que tú podrías formar parte. ¿Sabes qué le iría muy bien? Un chico que esté dispuesto a mostrarle su vulnerabilidad. Alguien que la necesite. ¿Sabes lo bien que le iría eso para su seguridad en sí misma? Por fin podría ser ella la que ayudara a alguien.

Harper cogió un puñado de patatas fritas de la caja y se las tiró.

—Se sonroja cada vez que oye tu nombre y ha sobrevivido a la inquisición de tu madre.

—¿Inquisición? Mierda.

—Al final de la conversación, tu madre le pidió la receta de sus galletas con mermelada.

Aldo apoyó la cabeza en el asiento.

—Me cuesta asimilar todo esto.

—Come. Al parecer el hambre te ha vuelto débil y tonto.

Aldo metió la mano en la bolsa, agarró la hamburguesa y le dio un bocado enorme.

Capítulo 31

Para: Lucas.c.garrison282@us.army.mil
De: harpwild@netlink.com
Asunto: ¿Me estás tomando el pelo?

QUERIDO LUKE:

COMO VERÁS, ESTOY ESCRIBIENDO ESTE CORREO EN MAYÚSCULAS PARA QUE QUEDE CLARO QUE TE ESTOY GRITANDO. ¿CÓMO HAS PODIDO OBVIAR QUE ARRIESGASTE TU VIDA PARA SALVAR LA DE ALDO? VAS A NECESITAR QUE ALGUIEN TE SALVE A TI CUANDO VUELVAS.

ENFADADA Y TUYA,
HARPER

Para: harpwild@netlink.com
De: lucas.c.garrison282@us.army.mil
Asunto: Cachorritos y otros animalitos peludos.

Querida Harper:

Por favor, acepta las imágenes de cachorritos y gatitos y deja que te distraigan de la ira que sientes. No puedes estar enfadada mientras miras las fotos de los perritos jugando, va contra tu código genético.

Estás preciosa cuando te enfadas,
Luke

Para: lucas.c.garrison282@us.army.mil
De: harpwild@netlink.com
Asunto: Re: Cachorritos y otros animalitos peludos

Los animalitos me han hipnotizado y ahora siento que tengo menos ganas de matarte. A lo mejor quieres aprovechar esta oportunidad para explicar por qué no te pareció buena idea contarme los detalles del accidente. Deja que te muestre unos ejemplos de cómo podrías haber sacado el tema.

El Luke arrogante: Oye, nena, hoy he sido megaguay y le he salvado el culo al pobre de Aldo en un incendio después de que casi muriera en la explosión. ¿Qué tal tu día?

El Luke sutil: Me encantaría hacer una videollamada, pero estoy muy cansado después de arrastrar a mi amigo literalmente de un campo de batalla en llamas. Pero no ha sido para tanto, cuéntame más sobre el ganchillo.

El Luke normal y humano: A Aldo lo ha herido un (insertar terminología militar apropiada). Lo he podido salvar y sacarlo del incendio, pero he pasado mucho miedo. Te echo de menos y creo que eres la mujer más guapa, increíble, buena, inteligente y graciosa del universo.

Con amor,
Harper

Para: harpwild@netlink.com
De: lucas.c.garrison@us.army.mil
Asunto: Re: Cachorritos y otros animalitos peludos

Estoy agradecido de que existan los cachorros. Te ofrezco una disculpa oficial.

Yo, Lucas Charles Norbert Garrison, estoy verdaderamente arrepentido de no haber dado la información pertinente a Harper Lee Sue Ellen Wild, conocida como «Novia Atractiva». El término médico para mi estado mental era «cagado» y no tenía ni idea de cómo contar lo que había pasado para no asustar a Novia Atractiva. La situación requirió que centrara toda mi energía en descubrir si Aldo Moretta, conocido como «Culo Gordo Cuando Está Inconsciente» estaba vivo y no en comunicar todos los detalles del suceso. Sin embargo, a partir de este momento, juro comunicarme mejor, incluso cuando se trate de asuntos de vida o

muerte, ya que yo también estaría muy cabreado si no me contaras algo así.

Echo de menos tu sonrisa,
Luke

Para: lucas.c.garrison282@us.army.mil

De: harpwild@netlink.com

Re: Cachorritos y otros animalitos peludos

Me ha parecido una disculpa muy buena. Declaro esta pelea por correo terminada. Adjunto una ramita de olivo, también conocida como una foto de mis tetas.

Capítulo 32

Harper subió hasta la tercera planta jadeando y suspirando bajo el peso de una otomana. Cuando acabó de subir los escalones que daban al nuevo piso de Gloria, soltó el mueble en la sala de estar y se sentó en él.

—Vas a ponerte en forma solo con subir la compra a casa —dijo Harper sin aliento—. No me creo que hayamos cargado con el sofá solas.

Gloria rio en la diminuta cocina, donde estaba colocando la nueva vajilla para cuatro.

—Yo no me creo que el piso sea mío —dijo con un suspiro de alegría—. Puedo poner algo en la encimera y seguirá ahí cuando vuelva. Puedo ver lo que quiera en la tele. ¡Hasta puedo pasearme desnuda si quiero!

Harper se levantó y observó el piso. El suelo de madera tenía arañazos y había unas cuantas grietas en las paredes. Sin embargo, tenía unas vistas de la calle principal de Benevolence que parecían sacadas de un cuadro. Gloria vivía tres pisos por encima de la pizzería Dawson y el comedor tenía una gran ventana mirador que daba a la comisaría y a la cafetería Denominador Común.

Podía ir caminando a su trabajo en el centro comercial.

—La verdad es que es perfecto. —Coincidió Harper.

—¿Algo de beber? —ofreció Gloria.

—Sí, por Dios. —La voz de Sophie quedó amortiguada por la caja con objetos de cocina que llevaba. La dejó bruscamente en medio de la cocina, en el suelo y se sentó en una de las sillas—. Era la última caja. Ya tienes todas tus cosas en el piso.

Harper se levantó rápidamente y metió la mano en el bolso.

—¡Espera, Gloria! Deja la lata. No podemos permitir que lo primero que bebamos en tu piso sean unos refrescos. —Sacó una botella de champán fría que había comprado en el último viaje desde casa de la madre de Gloria al piso nuevo.

—No hay nada más bonito que el sonido de una botella de champán al abrirse —dijo Sophie mientras se frotaba las manos.

Harper sirvió la bebida en tazas de café y las repartió.

—Me gustaría proponer un brindis —anunció Gloria—. Muchísimas gracias a las dos. Para mí significa mucho ser independiente, pero tener amigas de las que puedo depender si lo necesito es todavía mejor.

—¡Qué bonito! Salud —dijo Harper chocando la taza con la de Gloria.

Sophie se fue al cabo de poco rato a rescatar a Ty, que se había quedado cuidando de Josh. Este había decidido que era un perro, como Bitzy, y que quería hacer sus necesidades en el jardín. Harper se quedó un rato más y la ayudó a sacar las cosas de las cajas.

—Muchas gracias por ayudarme —dijo Gloria mientras colocaba los vasos en el mueble de al lado del fregadero.

—Estoy encantada de poder ayudar —respondió antes de tomar otro trago de champán. Siguió desenrollando los cables del DVD—. Seguro que puedo configurar esto para que, como mínimo, puedas ver una peli esta noche.

Se deslizó por el suelo para mirar detrás de la televisión.

Gloria salió de la cocina y se sentó en el sofá.

—Bueno, ¿cómo le va a Aldo desde que ha regresado? —Se abrazó a un cojín.

Harper toqueteaba un enchufe.

—Eh, está bien. Creo que la terapia le irá bien para la cabeza. Físicamente es una bestia.

—Siempre lo ha sido —respondió Gloria un poco triste.

Harper dejó los cables.

—Oye, no sé cuál es su problema, pero espero que entiendas que no es más que eso. Es su problema y no tiene nada que ver contigo.

—Creo que me emocioné demasiado al pensar que podríamos tener algo, que yo podía llegar a ser importante para él.

—¡Vaya! Retrocede un momentito. —Harper cogió la taza y se sentó al lado de su amiga—. No puedes poner tu valía en las manos de otra persona, independientemente de si esas manos te acarician o te hacen daño. No importa. Tu valía proviene de tu interior y no depende de si eres o no importante para él.

Gloria suspiró y se dejó caer en el cojín del sofá.

—Lo entiendo. Y creo que estoy empezando a creerlo de verdad. Sé que estaré bien sin Aldo Moretta, pero aun así me gustaría tener una oportunidad con él.

—Ahora empezamos a entendernos.

—¿A ti te pasaba lo mismo con Luke?

—Todavía me pasa. Sé que estaré bien sin él, después de un período de duelo muy largo, claro. Pero quiero estar bien con él.

—Bueno, ahora que ya puedo tachar lo de mudarme sola a un piso de mi lista, mi siguiente propósito es conseguir estar bien sin importar quién forme parte de mi vida.

—Bingo. —Harper asintió.

—Hombres —dijo Gloria dentro de la taza de champán.

—¿Pedimos *pizza*?

—Es la mejor idea que has tenido en este piso.

Harper tuvo dolor y agujetas los tres días siguientes. Subir tres pisos varias veces mientras cargaba objetos de diferentes pesos había sido una experiencia reveladora.

Estaba en muy mala forma.

Gruñó cuando tuvo que agacharse para coger más folios para la impresora.

—¿Quieres un ibuprofeno? —le ofreció Beth.

—Qué va. Tengo que sufrir las consecuencias del sedentarismo.

—Yo voy al gimnasio de la calle Baker. Es barato, está limpio y tiene muchas máquinas que no sé ni cómo se usan.

—Tengo que hacer algo. —Harper suspiró y arrastró los pies por la oficina—. Me ha parecido oír como se me obstruyen las arterias.

—Si quieres, te puedo dejar el bastón de mi abuela —le ofreció Frank al entrar en la oficina.

Harper puso los ojos en blanco cuando Beth rio.

—Gracias por preocuparte, Frank.

Él negó con la cabeza.

—Solo intento ser amable.

—¿Qué haces aquí? —refunfuñó Harper.

—Estoy esperando a que acabes de arrastrarte hasta tu escritorio para comentarte unos detalles de la renovación de la clínica.

Harper se sentó en la silla y gruñó. No fue tanto porque estuviera molesta, sino por las agujetas.

Frank repasó las cifras de la ampliación de la consulta de la doctora Dunnigan, que incluía una sala de rayos, así como una cocina y una sala de

espera más grandes.

—Nos hemos pasado un poco del presupuesto con los azulejos. —Señaló la cifra en el documento—. Eso hace que el precio suba un poco, pero son los azulejos que ya tenía. Propongo que nos hagamos cargo nosotros de la diferencia en lugar de decírselo. Todo lo demás encaja con el presupuesto, así que creo que podemos ser un poco generosos. Además, quiere construir una casa con su pareja el año que viene, ¿y adivina quién es su constructor favorito?

—Construcciones Garrison, evidentemente.

Frank asintió y se metió las manos en los bolsillos de los pantalones.

—¿Qué necesitas entonces?

—Que me digas si asumimos el gasto nosotros o no.

Harper parpadeó sin creerse que le estuviera pidiendo permiso. Se aclaró la garganta y cogió la calculadora.

—Sí —dijo mirando el resultado—. Es buena idea.

Él asintió bruscamente y recogió sus papeles antes de salir de la oficina sin decir nada más.

—¿Qué acaba de pasar? —preguntó Harper girándose en la silla para no tener que girar la cabeza para mirar a Beth.

—No tengo ni idea. Nunca había visto nada parecido —respondió mientras negaba con la cabeza.

Harper se giró hacia la pantalla. A lo mejor se estaba ganando a Frank con su encanto. O puede que Luke le hubiera dicho que le consultara a ella. O quizás estaba empezando a encajar.

Si había empezado a encajar en la empresa, no tenía tiempo que perder. Le demostraría a Frank y al resto de compañeros que se tomaba el trabajo en serio sin importar cómo lo había conseguido. Volvió a centrarse en los presupuestos de producción.

Cuando faltaban unos minutos para las doce, Charlie entró en la oficina.

—Estoy buscando a dos chicas agradables con las que ir a comer. —Llevaba unos vaqueros y un polo de la empresa, lo que significaba que acababa de volver de una cita con posibles futuros clientes.

—Creo que te las puedo conseguir —bromeó Harper—. Aunque es probable que me tengas que cargar por las escaleras. Beth, ¿te apuntas?

Beth ya estaba esperando en la puerta con el bolso.

—Oye, ¿qué pasa? Me muero de hambre.

Harper rio.

—Yo tengo que ir en coche, después de comer voy a llevar a Aldo a rehabilitación.

Charlie las llevó a la cafetería. El olor a pan tostado y café formaba una deliciosa nube.

Harper se sentó alegremente al lado de Beth.

—Bueno, Charlie, ¿a qué se debe el placer?

—Es martes —dijo. Le guiñó un ojo a Sandra cuando le trajo el refresco—. Y me muero de ganas de comerme un sándwich de atún y queso.

—Vaya, veo que has venido con dos bellezas —comentó Sandra—. Tú debes de ser la famosa Harper. Llevo tiempo queriendo pasar por el Remo un viernes para conocerte, pero aún no había tenido tiempo.

Harper rio.

—Habría sido más sencillo que organizara una reunión con todo el pueblo para presentarme.

—Es una buena idea para la próxima vez. Así nos ahorraríamos tener que acosarte. Bienvenida a Benevolence. ¿Qué queréis tomar?

Pidieron la comida y Harper se preguntó si se acabaría acostumbrando a las expectativas de un pueblo pequeño.

—¿Has hablado con Luke hace poco? —preguntó Charlie mientras le quitaba la pajita al refresco.

—Le regañé por no habernos contado lo del rescate de Aldo. Me dijo que intentaría llamaros esta semana.

—Mi hijo, el héroe de labios sellados.

—Me pregunto a quién habrá salido —dijo Harper moviendo las cejas.

—Probablemente a Claire —bromeó él—. Pero ya que estamos hablando sobre hablar, quería comentarte algo. Acabo de tener una reunión con unos posibles clientes. Son una pareja joven que tiene un terreno a las afueras del pueblo, al lado del bosque. Quieren algo... único.

—¿Único como un silo de misiles o como un cortador de galletas con una forma un poco diferente de la de sus cincuenta vecinos? —preguntó Beth.

—Un punto intermedio. ¿Habéis oído hablar de las minicasas?

Harper y Beth se miraron. Estaban obsesionadas con todos los programas de televisión sobre el tema.

—Nos suena —dijo Harper con indiferencia.

—Pues están pensando en una casa pequeña, pero no diminuta. Quieren una cabaña de unos cincuenta metros cuadrados con energía geotérmica, solar y todo el *pack* ecológico, además de espacio para almacenar sus cosas. Creo

que sería un proyecto muy interesante, pero no quiero aceptarlo si lo que buscan es una caja tonta con ruedas.

Harper levantó un dedo y cogió el móvil. Abrió su tablero de Pinterest llamado «Casas enanas y adorables» y se lo enseñó a Charlie.

—Esta, por ejemplo, es de la empresa Craftsman. —Pasó a la siguiente imagen porque sabía que el hombre apenas sabía usar su viejo móvil con tapa—. ¿Qué te parece esta? Es algo más moderna. Dependiendo del terreno, podrías encararla hacia el sur. Eso ayudaría con la factura de la calefacción en invierno.

—Vaya. ¿Puedes mandarme las fotos por correo electrónico o de alguna manera?

Harper sonrió.

—Claro, no hay problema.

—Entonces, ¿creéis que el proyecto vale la pena?

Las dos chicas asintieron con energía.

—Estas casas se están poniendo muy de moda. No son para todo el mundo, pero son perfectas para los que buscan lujo a tamaño reducido.

—Harper le diría a Claire que le grabara algunos capítulos del programa para que Charlie los viera.

El hombre le devolvió el móvil a Harper.

—De acuerdo. Pues le daré unas cuantas vueltas y me pondré a preparar los planos.

Capítulo 33

—**Q**uiero aprender a correr —comentó Harper dando saltitos sobre los dedos de los pies.

Aldo la miró con los ojos entrecerrados sin dejar de estirarse.

—¿A qué viene eso?

—Luke y tú corréis. Lo he visto irse de casa con la cabeza llena de preocupaciones y volver de correr con una sonrisa. Yo quiero eso. Además, últimamente estoy comiendo mucha *pizza* y el otro día ayudé a Gloria a mudarse y estuve tres días sin poderme mover.

Aldo se encogió de hombros.

—De acuerdo. Corre hasta ese árbol y vuelve.

—El árbol está muy cerca. Yo quiero correr kilómetros.

—Aún no estás preparada para eso, listilla. Voy a ver qué tal vas y ayudarte a hacerlo mejor. Además, para alguien que se pasa el día sentada en el escritorio y comiendo *pizza*, correr hasta el árbol ya es bastante.

Harper rio.

—A ti te falta una parte de la pierna y ya puedes correr a un ritmo ligero en la cinta. Creo que puedo ir hasta el árbol y volver sin problema.

Aldo le sonrió.

—Pues venga, corre. Yo te observaré y juzgaré sin piedad.

Harper le sacó la lengua y empezó a correr hacia el árbol que había en la orilla del río. El parque era uno de sus rincones favoritos de Benevolence e iba allí todos los días con Aldo para ayudarle con la recuperación y no pasarse todo el día sentada.

Al ver que mejoraba progresivamente, Harper había empezado a ser consciente de su propia salud, sobre todo después de darse cuenta de que ella jadeaba más cuando llegaban a la cima de la colina que Aldo con su pierna biónica.

Estaba convencida de que podía hacerlo. Tener una vida saludable, ser fuerte. Ahora tenía tiempo para centrarse en su futuro. Comería más

ensaladas, saldría a correr e incluso levantaría pesas, y cuando Luke volviera, se encontraría a una mujer fuerte con propósitos y planes.

El árbol estaba cada vez más cerca, pero a ella le parecía que llevaba una eternidad corriendo. Debía de ser una ilusión óptica.

Cada vez le costaba más respirar y sentía que le resultaba difícil mover más las piernas. Madre mía. Y eso que estaba corriendo cuesta abajo, tendría que volver a subir la cuesta.

Al fin vio el árbol delante de ella. Se detuvo a unos pasos del tronco y se agachó para fingir que se ataba los cordones porque necesitaba recuperar el aliento urgentemente.

—¡Vamos, Harp! —gritó Aldo desde la colina.

—No vomites, por favor. No vomites —se dijo mientras retomaba su camino a un paso mucho más lento.

Sintió un dolor punzante en el costado y no pudo contener un grito.

Con la mano sobre las costillas, logró regresar al principio y se dejó caer al lado de Aldo.

—No ha sido para tanto —dijo jadeando.

Su amigo se echó a reír.

—Harper, parece que te fumas un paquete de tabaco al día.

—Creo que tengo apendicitis. Me duele muchísimo.

—Es flato.

—¿Flato?

—Venga. Ayúdame a levantarme y te diré todo lo que has hecho mal.

—Lo único que he hecho mal ha sido decirte que quería aprender a correr.

Hicieron los ejercicios de Aldo y acabaron con un paseo tranquilo hasta la orilla.

—¿Cómo lo llevas?

—Muy bien. De hecho, el médico me ha dado permiso para volver a mi casa este fin de semana.

—¿No vas a echar de menos a tu madre? —bromeó ella.

—Nuestra única opción para que los dos sobrevivamos es que me mude.

—¿Duermes mejor o te sigue costando por el dolor?

Se encogió de hombros y se quedó en silencio durante tanto tiempo que Harper pensaba que no le iba a responder.

—A veces siento como si mi mente no supiera la diferencia entre lo que está pasando y lo que ocurrió. Es como una nube borrosa entre el pasado y el presente, y a veces lo único que me ayuda a aclararme es el dolor —contestó Aldo.

- ¿Crees que por eso te presionas tanto en rehabilitación?
- Creo que por eso me presiono tanto en general.

El verano había llegado a Benevolence y Harper pasaba los fines de semana ocupada con barbacoas, paseos con los perros y entrenamientos, que cada vez eran menos dolorosos. Cuando consiguió correr dos kilómetros seguidos, Aldo le regaló un brazalete para el móvil y le descargó un programa de entrenamiento para llegar a los cinco kilómetros.

Harper aún no conseguía volver relajada de correr, pero el alivio que sentía cuando acababa era suficiente para calzarse las deportivas con ganas casi todos los días.

El último proyecto que había empezado era el de acicalar el exterior de la casa de Luke. Había vuelto a pintar el pasamanos y la barandilla del porche y estaba añadiendo poco a poco flores al jardín.

Aquel día iba a ocuparse de podar la enredadera que empezaba a subir por uno de los lados de la casa.

Se puso unos pantalones de chándal cortos y una camiseta vieja de Luke que estaba manchada de pintura, cogió una gorra y empezó a trabajar.

La planta demostró ser un duro oponente, ya que tenía unas raíces muy fuertes y estolones muy largos, pero Harper disfrutó con el reto.

El sol estival hizo que le cayera una gota de sudor por la espalda, así que se puso en cuclillas para descansar y beber agua. Ya había tallado más de la mitad de la planta y, si mantenía el ritmo, podría abonar la tierra al día siguiente.

Se preguntó si Luke estaría satisfecho con los cuidados que le estaba dando a la casa. Quería que cuando volviera encontrara su trabajo y su hogar en perfecto estado.

En la oficina, Harper había acabado de introducir los datos de los clientes y los trabajos en el nuevo sistema, en el que se incluía también la contabilidad; aquello reducía muchísimo el consumo de papel. También había convencido a Frank y a Charlie de que celebraran una reunión mensual con los empleados, tanto los encargados de las obras como los becarios, para hablar de los avances y problemas en los proyectos.

En casa, había pintado el porche y lo había decorado con macetas de colores de donde rebosaban flores y, gracias a la ayuda de Claire y Sophie, el huerto del patio trasero comenzaba a tomar forma. En el interior, la escalera se había librado de su aspecto anticuado y ahora brillaba como si fuera nueva.

La semana anterior, había limpiado todas las ventanas por dentro y por fuera y casi le había provocado un infarto a James, que había ido a cortar el césped y se la había encontrado en una escalera extensible que había sacado del garaje, limpiando tranquilamente el polvo de las ventanas del segundo piso.

Él le había enseñado que no hacía falta limpiar las ventanas con la escalera, ya que giraban sobre sí mismas y podía hacerse desde el interior. Luego había devuelto la escalera al garaje y la había colocado debajo de una canoa y varios sacos de tierra.

—No es que seas torpe —le había dicho Luke en una ocasión—, es que atraes los problemas. —Seguro que se lo había contado a su hermano.

Las únicas ventanas que quedaban por limpiar eran las del sótano. Desde fuera, Harper pasó un dedo por el polvo de la que tenía al lado. Parecía que no las hubieran limpiado en años. Al otro lado de la ventana se vislumbraba una bolsa de plástico.

Harper frunció el ceño. No recordaba que hubiera ninguna estantería en ese lado del sótano.

A no ser...

Encontró una ventana que daba a la habitación secreta de Luke.

Limpió a conciencia el polvo y miró por la ventana. La habitación estaba prácticamente vacía, solo había unas estanterías de metal con cajas y bolsas.

Harper se quedó en cuclillas. Fuera lo que fuera lo que Luke escondía bajo llave en aquella habitación, parecía importante. Quizás una chica mejor que ella lo habría dejado estar, habría respetado su espacio y sus secretos, pero Harper no era así.

La ventana no se abrió desde fuera, así que corrió al sótano para observar el pomo y la llave.

¿Dónde guardaría la llave? Harper caminó de un lado al otro del sótano.

Volvió a la planta de arriba y cogió los llaveros que había en mueble del recibidor. Había varias llaves, entre ellas la de la camioneta, la de casa y la de la oficina. En ninguna de ellas ponía que fuera la llave del cuarto secreto del sótano.

Volvió al sótano y se dedicó a introducir cada una de las llaves en el pomo, pero ninguna abría la puerta. Se puso de puntillas y tocó la parte superior del marco de la puerta, pero no encontró nada. Tampoco en la consola ni en la guantera de la camioneta.

Fue a la cocina y empezó a dar vueltas a las llaves en el dedo. ¿Dónde habría guardado Luke una llave a la que no quería que alguien accediera

fácilmente? Madre mía, Harper esperaba que no la hubiera enterrado en algún lugar.

Necesitaba la ayuda de otro cerebro, así que cogió el móvil y llamó a su amiga Hannah.

—¡Hola, H! ¿Qué tal? —La alegre voz de su amiga siempre conseguía sacarle una sonrisa.

—Me estoy volviendo loca y tengo dos opciones: o que me convenzas de que esto es una mala idea o que me ayudes.

—Vale. ¿Cuál es el problema?

Harper le contó brevemente lo que pasaba.

—Así que, en primer lugar, ¿crees que estoy loca por querer saber qué hay dentro? Y, en segundo lugar, ¿hasta dónde puedo llegar para intentar entrar sin que parezca que estoy como una cabra?

Hannah se echó a reír.

—Creo que es totalmente razonable que quieras saber qué se esconde detrás de la puerta, pero si fuera tú, no intentaría echar la pared abajo a zarpazos. Trataría de buscar un modo poco invasivo de entrar. A lo mejor, después de ver lo que hay en las cajas, no quieres que sepa que lo sabes.

—Estoy convencida de que no son cadáveres ni juguetes eróticos usados.

—A lo mejor lo guarda todo por costumbre y solo son las notas del instituto —comentó Hannah.

—Sé que es algo importante, algo que no quiere recordar, porque ha construido paredes a su alrededor y lo ha guardado bajo llave, literalmente.

—Puede que no esconda nada, a lo mejor solo quiere mantenerlo, sea lo que sea, separado.

—Sí, yo pienso lo mismo.

—A lo mejor son montones de dinero.

—Eso no es ningún secreto —respondió Harper entre risas—. Ya he probado con todas sus llaves, pero no ha habido suerte.

—A ver, si es algo en lo que no quiere pensar, no la tendría en el llavero que usa cada día, ¿no crees?

—No. La dejaría en algún lugar por el que no pase a menudo. ¿He mencionado alguna vez que eres listísima?

—No, pero si me cuentas lo que hay en la habitación te lo perdonaré.

—Eso está hecho. Voy a buscar por los sitios de la casa por los que Luke nunca pasa.

—Menuda decepción te vas a llevar si solo son documentos viejos de la empresa.

—Ya.

Colgaron el teléfono y Harper repiqueteó en la encimera con los dedos. ¿Dónde podría estar? En algún lugar cercano, pero no visible.

Entonces, tuvo una premonición. Subió las escaleras rápidamente y se dirigió a la planta de arriba. Pasó por las tres habitaciones vacías, pero estas no revelaron nada nuevo. Además, no tenían ni un mueble.

Harper se quedó bajo el umbral de la puerta de la habitación principal y la contempló detenidamente. Usaba todos los días la cómoda para vestirse, al igual que el armario. En la mesa que había debajo de la ventana guardaba los aparatos electrónicos cuando no los usaba y tenía los cajones prácticamente vacíos.

Se giró hacia la cama. La mesita de noche de Harper se había ido llenando de libros, revistas y cajas de pañuelos. Pero la de él... No recordaba haber visto a Luke usándola.

Harper abrió el cajón. Al principio, le pareció que estaba vacío, pero algo al fondo llamó su atención. Era una llave plateada.

La cogió rápidamente y se la puso delante de los ojos. ¿Era la llave que tanto había buscado?

Bajó los dos pisos corriendo y metió la llave en la cerradura. El picaporte giró fácilmente y abrió la puerta.

Era una habitación larga y estrecha con dos estanterías en la pared. Ni las cajas ni las bolsas tenían etiquetas y parecía que nadie las hubiera tocado durante años. Harper se moría de ganas de empezar a abrirlas todas, pero no sabía por dónde, así que decidió establecer un método e ir de izquierda a derecha empezando por la estantería que le quedaba más lejos.

Cogió la primera caja de la estantería y, cuando se sentó en el suelo para ver qué había en su interior, encontró unos cuantos álbumes de fotos. En el primero, había una etiqueta en la que ponía «Karen» en letra cursiva. Empezó a pasar las páginas y vio que un bebé con cara de angelito se convertía en una jugadora de sóftbol desgarbada y luego en una adolescente muy guapa. Había fotografías desde los primeros años de la guardería hasta el último de instituto intercaladas.

¿Era esa la chica a la que había perdido Luke?

Harper cogió el siguiente álbum, uno fino de piel desgastada que tenía una etiqueta con letra de chica en la que ponía «Luke y Karen». A Harper se le aceleró el corazón. Respiró hondo y lo abrió por la primera página.

Luke:

Esta es nuestra historia. Quería dártelo antes de que nos fuéramos cada uno por nuestro lado, para que siempre recuerdes lo mucho que te quiero. Quizás algún día nuestros nietos miren este álbum para entender dónde comenzó todo.

Te quiero,

Karen

Harper pasó la página y encontró una foto de Luke de joven con un esmoquin. Tenía el pelo más largo y una sonrisa contagiosa. Cogía por la cintura a una chica morena, alta y delgada con un vestido de fiesta verde esmeralda. Era Karen. Llevaban coronas; eran los reyes del baile.

Hacían una pareja perfecta y sonreían como si no tuvieran preocupaciones. En la siguiente página, había una foto de Luke con la equipación de fútbol americano y el casco bajo el brazo. Sonreía y reía mientras charlaba con Aldo, que iba vestido igual.

Harper sonrió. La amistad y lealtad del uno hacia el otro tenía unas raíces muy profundas.

Había un recorte del periódico en el que se veía una imagen de Luke marcando el *touchdown* que dio la victoria al equipo y una foto de Karen, vestida de animadora y animando al equipo desde el lateral del campo. Miraba fijamente el campo con sus ojos azules.

Había otra foto de la pareja abrazándose después del partido. Karen llevaba la chaqueta de Luke por encima de los hombros.

El capitán del equipo de fútbol y la jefa de animadoras.

Seguro que habían sido la realeza del instituto. Harper suspiró. Luke parecía muy joven y libre en las fotos, tenía una expresión desenfadada que resultaba muy difícil verle en la actualidad. A Harper le encantó verlo así. Enérgico, feliz. Listo para comerse el mundo.

Había más fotografías: del baile, de viajes a la montaña, de comidas y del último año del instituto. De Karen con los Garrison, de Luke con Karen y la madre de ella. Parecían todos muy felices.

En la última fotografía, Luke y Karen aparecían en el centro con las togas y los birretes de graduación. Parecía que solo tuvieran ojos el uno para el otro y sonreían alegremente al futuro que tenían por delante.

Harper cerró el álbum y lo abrazó. Habría dado lo que fuera por haber crecido allí. Por haber estado enamorada y emocionada por su futuro.

¿Qué les sucedió? ¿Dónde se torció todo?

El siguiente álbum era de color marfil y tenía letras doradas.

«Los Garrison».

Capítulo 34

Harper abrió el pesado álbum de color marfil y vio una foto conmovedora de Karen. Llevaba un vestido con los hombros descubiertos y mangas de encaje que le llegaban hasta el antebrazo y un modesto escote redondo cubierto por una gasa transparente. Tenía el pelo oscuro recogido en un moño clásico del que salía un velo. Llevaba un ramo de lirios en las manos.

Harper se tapó la boca con la mano.

En otra foto, Luke le sonreía a Claire, que le ponía una flor en el ojal.

Había otra de Karen con Sophie y otras tres chicas con vestidos de color lila oscuro que reían mientras miraban a la niña que se encargaba de tirar los pétalos por el pasillo hasta el altar.

Otra de Luke en el altar con aspecto tranquilo mientras miraba al fondo de la iglesia. Aldo estaba a su lado. Otra de Karen caminando por el pasillo hacia el altar, acompañada de su madre. La ceremonia. El beso. Los novios saliendo de la iglesia con cara de felicidad.

Harper dejó el álbum en su sitio despacio. Estaban casados. Él nunca lo había mencionado. Necesitaba descansar, procesarlo todo, pero había mucho más en la caja. Otro álbum. Una luna de miel, un primer hogar. Luke con el uniforme del ejército. Su primera movilización y el posterior regreso a casa. Obras, fiestas, vacaciones. La segunda movilización de Luke. Y nada más.

En el fondo de la caja había dos anillos de boda y uno de compromiso. Harper los cogió y los acarició con cautela. Los dejó en la caja, volvió a poner los álbumes encima y dejó la caja donde la había encontrado en la estantería.

Siguió investigando. Las bolsas estaban llenas de ropa de mujer, como si en ellas se escondiera un armario entero.

Había una caja llena hasta arriba de papeles. Un certificado de matrimonio. Recortes del periódico del anuncio de su compromiso y de la boda. También había artículos sobre la unidad de Luke. Cartas. Postales. Una relación almacenada en cajas.

Harper miró hacia arriba desde el suelo y movió los hombros hacia atrás. Ya era de noche, habían pasado horas desde que había abierto la primera caja.

Debía parar, pero aún no tenía las respuestas que buscaba. ¿Qué le había ocurrido a Karen? Solo quedaba una caja.

Arriba del todo encontró una carta que Karen le había mandado a Luke cuando estaba destinado en Alemania.

Mi amor:

Cuando vuelvas a casa el mes que viene encontrarás una vida muy diferente a la que dejaste. ¡Gracias a tu permiso de hace dos meses vamos a ser uno más en la familia! Quería llamarte para contártelo y oír tu reacción, pero mi madre le contó a mi padre que estaba embarazada de mí por carta y he pensado que valía la pena seguir con la tradición familiar. Tú, mi amor, Lucas Garrison, te convertirás en papá en octubre. Creo que más vale que empecemos a vaciar la habitación de invitados que usamos como trastero para hacer espacio para nuestro hijo o hija. Todavía no se lo he contado a nadie. Será nuestro secreto hasta que llegues a casa y se lo podamos contar a todos juntos. Serás un padre maravilloso.

Con amor,

Karen

Harper aferró la carta. ¿Luke tenía un hijo? ¿Cómo era posible? No había fotos y nunca había mencionado que tuviera un hijo o una hija.

Volvió a meter la carta en el sobre y siguió buscando.

Encontró dos pijamas de bebé en unas bolsas aplanadas. En uno de ellos ponía *que empiecen los mimos* y en el otro tengo la mejor abuela del mundo. A lo mejor Karen había planeado darle así la noticia a las familias.

Estaban nuevos y todavía llevaban la etiqueta. No se los habían dado a nadie, no se habían utilizado jamás.

El corazón de Harper empezó a latir a mil por hora. En el fondo de la caja, encontró unos recortes de un periódico de unos cuantos años atrás.

MUJER FALLECE EN UN ACCIDENTE CUANDO IBA A
BUSCAR A SU MARIDO MILITAR

A Harper le empezaron a temblar las manos mientras leía.

Benevolence, Maryland. Karen Garrison,
residente de Benevolence, ha fallecido en un
accidente de tráfico al invadir el carril

contrario y chocar de frente con otro vehículo. La señora Garrison iba de camino a recibir a su marido, Lucas Garrison, soldado cuya unidad del ejército acababa de regresar después de un año en Alemania.

A Harper se le revolvió el estómago. Claro.

Eso lo explicaba todo. Leyó por encima el artículo. Karen murió en un accidente de coche cuando iba a encontrarse con los Garrison para dar la bienvenida a Luke.

Unas lágrimas cálidas le mojaron las mejillas.

Estaba segura de que Luke se sentía culpable. Karen iba a verlo a él.

La policía no sabía a ciencia cierta por qué la mujer había invadido el carril contrario. Había una fotografía de la escena del accidente, y entre los restos, se veía un cartel en el que ponía *bienvenido a casa*.

Cogió el resto de los artículos de la caja y los leyó todos, hasta el obituario de Karen.

En ninguno de ellos se mencionaba que estuviera embarazada.

¿Se lo había ocultado Luke a su familia para protegerlos de un duelo aún peor? ¿Lo había ocultado durante todos esos años para que los demás no sufrieran la culpa ni el dolor por la pérdida? ¿Por eso lo había confinado?

Con cuidado, Harper metió todo en la caja y la colocó otra vez en la estantería.

Se levantó dolorida tras haber pasado horas sentada en el suelo de cemento, salió de la habitación y cerró la puerta, pero no con llave.

Estaba compartiendo su casa, su vida, con otra mujer. Una mujer que no merecía que la tuvieran encerrada.

Harper subió a la primera planta y encendió las luces de forma automática al entrar en la cocina. Los perros, que habían estado durmiendo en la sala de estar, corrieron hacia ella. Estaban hambrientos y nerviosos. Dejó que salieran al jardín y luego les dio la cena. Mientras comían, ella permaneció con la mirada perdida en la oscuridad.

Cogió el móvil, ignoró los mensajes de texto y los del contestador y marcó el número de teléfono de Sophie.

—Oye, ¿puedes venir a casa? Quiero hablar de Karen.

Sophie sujetaba con las dos manos el vaso de té con hielo que Harper le había servido. La condensación creó un círculo en la superficie de la mesa de jardín.

Harper revolvió las brasas de la hoguera antes de sentarse en el banco que quedaba delante de su amiga. Observó como los perros se peleaban por un palo en la oscuridad.

—Bueno —comentó.

—Bueno —repitió Sophie.

Lola dejó de pelearse por el palo y se tumbó bocarriba en el césped al lado de donde estaban ellas.

—¿Te lo ha contado?

—No.

Sophie maldijo entre dientes.

—Es un idiota, debería haberlo hecho.

—Estoy de acuerdo, ¿por qué no me ha dicho nada?

—Harper puso el pie sobre el banco y apoyó la barbilla en la rodilla.

—Ya lo conoces. No comparte sus cosas. Siempre había sido muy reservado y callado, pero después del accidente se aisló por completo. No lo he oído decir el nombre de Karen desde que pasó. Es como si quisiera fingir que nunca ha existido, pero a lo mejor lo único que quiere es estar a solas con su dolor.

—¿Tenías buena relación con ella?

Sophie asintió.

—No éramos mejores amigas ni nada por el estilo, pero teníamos una relación de familia. Nuestras personalidades eran muy diferentes. Ella era muy pragmática y calmada, hasta estoica diría, pero también era cariñosa y de fiar. Nos llevábamos muy bien. Llevaban juntos tanto tiempo que era como si fuera de la familia antes de que lo hicieran oficial.

Harper asintió.

—He visto las fotos de la boda.

—¿Todavía las tiene? —Sophie irguió la espalda—. Me preguntaba qué había hecho con ellas. Después del funeral, dejé a Luke unos días solo y, cuando volví a casa, vi que lo había recogido todo. Se mudó aquí al poco tiempo, pero nunca vi qué hizo con las cosas de Karen ni con los recuerdos de su vida juntos.

—Lo tiene todo en el sótano. Lo metió todo en cajas, hizo una habitación y la cerró con llave.

Sophie apoyó la barbilla en las manos y miró el vaso de té.

—¿Tienes algo más fuerte?

Harper fue a la cocina y volvió con una botella de Jack Daniels y dos latas de Coca-Cola.

—¿Qué te parece esto?

—Perfecto.

Sophie dejó el hielo del té en el vaso, pero derramó el líquido en el suelo. Luego hizo lo mismo con el vaso de Harper y abrió la botella.

—¿Cómo te encuentras?

—Ahora mismo siento todas las emociones posibles. Ni siquiera sé qué debería sentir. Estoy devastada por lo que le ocurrió y no puedo imaginar una pérdida tan grande, sobre todo en aquellas circunstancias.

Suspiró con fuerza.

—Pero también estoy enfadada o decepcionada o puede que asustada por el hecho de que se lo guardara todo, porque él no fue el único que la perdió. Todos perdisteis a Karen. Y, además, como soy una egocéntrica y una egoísta, estoy triste porque Luke es el amor de mi vida, pero él ya ha vivido eso con otra persona. Con alguien que es tan sagrado para él que ni siquiera la menciona.

Harper dio un trago largo a la bebida y se atragantó.

—¿No le has puesto Coca-Cola?

Sophie rio.

—Lleva Jack Daniels, más Jack Daniels y un poquito de Coca-Cola.

—Sé lo que pasó, pero ¿me puedes contar los detalles? Si no te parece mal.

Sophie asintió.

—Creo que lo tienes que saber. Luke no debería seguir teniendo secretos y escondiéndolos de nosotros. Siento tener que ser yo la que te lo cuenta y no él.

Alzó la vista al cielo.

—Karen se iba a reunir conmigo, con mis padres y Joni, su madre, en la estación media hora antes de que llegara el autobús de Luke. Ty estaba trabajando, por aquel entonces habíamos roto. Karen traía el cartel de bienvenida y yo tenía los asientos de atrás del coche lleno de globos de helio. Ella siempre llegaba antes de tiempo, así que, al ver que no estaba allí, me empecé a poner nerviosa. Oí sirenas y supe que había pasado algo. Tenía una sensación extraña en el estómago.

»Justo cuando vi que llegaba el autobús, me empezó a sonar el móvil. Era Ty, que estaba en la escena del accidente. Me dijo que Karen había muerto y me desplomé. Ty seguía hablando, pero yo solo sentía que toda la sangre me

subía a la cabeza. Mi madre intentó levantarme porque pensó que me había dado un infarto o algo parecido.

»Y entonces Luke se bajó del autobús. Tenía una sonrisa de oreja a oreja, pero al verme... —Sophie tomó aire para intentar tranquilizarse. Tenía los ojos llenos de lágrimas—. Te juro que solo le hizo falta verme para saber qué había pasado. Empezó a negar con la cabeza y a correr. Yo estaba histérica y no hacía más que llorar, pero él me cogió por los hombros. Ty seguía al teléfono. Lo único que logré decirle antes de darle el teléfono fue «Karen».

Harper pasó una mano por encima de la mesa y la puso encima de la de Sophie.

—Lo siento muchísimo, Soph.

—Nunca olvidaré cómo le cambió la mirada al oír la noticia. Fue como si la luz que había en ellos se apagara y yo solo podía pensar que nunca se recuperaría de aquel golpe tan duro.

»Creo que por eso le consentimos que se aísle de nosotros y que nos mantenga a cierta distancia. Su vida quedó destrozada ante nuestros ojos y nosotros solo podemos dar las gracias por seguir teniéndolo. Creo que querían empezar una familia. Nunca hablaban de ello, pero yo siempre pensé que intentarían que Karen se quedara embarazada cuando él regresara.

—¿Creíste que...?

A Harper se le cortó la voz. No era capaz de imaginárselo y mucho menos de decirlo.

—No lo sé, sinceramente. No lo sé. Estuvo días sin responder al teléfono. No nos abrió la puerta. Se encargó de todos los detalles del funeral y nos dijo la hora y el lugar cuando ya estaba todo organizado.

—¿Y qué pasó con Joni?

—Aquello fue lo peor que podrías imaginar. Karen era hija única y tenían muy buena relación. Su padre las abandonó cuando Karen era pequeña. Luke la apartó igual que al resto, pero Joni perdió el control en el funeral y le dijo a Luke que todo era su culpa, que había elegido a su país en lugar de a su mujer y que ahora ella se había quedado sin familia.

Harper se llevó las manos a la boca.

—Y él pensó que tenía razón, ¿verdad?

—No puedo afirmarlo, porque nunca hablamos del tema, pero sí. Creo que él pensó que Joni tenía razón.

»Ella no hacía más que llorar y gritar: «Me has dejado sin familia». Él se quedó de piedra y lo asumió, como si esa fuera su condena. Mi padre se llevó a Joni e intentó calmarla, y ya no se sacó el tema, pero nunca hemos vuelto a

hablar con ella. Vive a las afueras del pueblo y la veo de vez en cuando. Ella se sobresalta y cambia de dirección, como si verme le causara demasiado dolor.

—¿Cómo lo superaste? —preguntó Harper antes de dar otro trago a la bebida.

—Me casé con Ty. Teníamos una relación intermitente, como todas las parejas de instituto. En ese momento habíamos roto, porque a mí me preocupaba que me estuviera perdiendo muchas cosas, pero cuando me llamó aquel día... Cuando acabó el turno, vino a casa y pasamos toda la noche hablando en el porche. Era como si nos hubiéramos dado cuenta de lo corta que es la vida y de que estábamos perdiendo el tiempo. Él me propuso matrimonio un mes más tarde y nos casamos seis meses después. —Cambié de posición en el banco y continuó—: Una parte de mí pensó que una ceremonia por todo lo alto y llena de amor y felicidad animaría a Luke. Él era uno de los padrinos e hizo lo que se esperaba de él, pero cuando lo mirabas veías el agujero que tenía dónde debería haber estado su corazón.

»A veces miró a Ty y me pregunto cómo habría reaccionado yo si algo le hubiera pasado a él. Lo quiero tantísimo. Es bueno, fuerte, tiene un corazón enorme y no le da miedo enfrentarse a mí y decirme que me estoy comportando como una idiota cuando hace falta. Es un padre maravilloso y a veces le doy las gracias a Karen, porque, si no hubiera sido por ella, a lo mejor habría seguido comportándome como una niña tonta y consentida y habría esperado a encontrar a alguien diferente en lugar de aferrarme a lo que tenía delante.

Harper sonrió.

—Nunca te había oído decir algo tan cursi.

Sophie se echó a reír y se secó una lágrima de la cara.

—Si se lo cuentas a alguien, lo negaré todo.

—Tienes un corazón muy grande, Sophie Garrison Adler.

—No se compara con el de Ty, ni con el de Luke. A veces todavía puedes ver un atisbo de lo grande que era el de mi hermano.

Harper asintió y recordó la primera vez que lo vio en el aparcamiento. Tenía los ojos castaños y cálidos y en ellos se veía lo preocupado que estaba. Sí. El corazón de Luke seguía en algún lugar de su interior, pero estaba encerrado detrás de una puerta con llave.

—A veces lo veo cuando te mira —dijo Sophie de repente.

—¿De verdad?

—Creo que Luke no es consciente de lo que siente por ti ni de lo fuertes que son sus sentimientos, pero por algún motivo te pidió que te quedarás. Y no fue para que cuidaras de la casa ni del negocio. Te mira con ternura. Te necesita.

Harper se echó más refresco en el vaso. Quería que lo que le decía Sophie fuera cierto, pero anhelar la seguridad que le brindaba el amor de Luke la hacía vulnerable.

—Se me rompe el corazón al pensar que se siente responsable por la muerte de Karen —comentó para cambiar de tema.

Sophie asintió y dio un largo trago a la bebida.

—Fue un accidente. Karen no invadió el carril contrario a propósito, el otro conductor no chocó con ella a propósito. Solo fue un horrible accidente. Nadie puede responsabilizarse por ello, ni culparse.

—Pero Luke lo hizo y Joni también.

—Es la única forma que tienen algunas personas de lidiar con la pérdida. ¿Cómo lo haces tú? ¿Cómo llevas lo de no tener padres?

Harper se encogió de hombros.

—Es diferente. Tenía siete años y, después de mucho tiempo sin entenderlo, no tuve más remedio que aceptarlo y seguir avanzando.

—Creo que es más duro para un niño de siete años que para un adulto. Un adulto puede razonar o entenderlo, puede entender la idea de no volver a ver a alguien nunca más.

—Pero es que la muerte no es lógica —argumentó Harper—. Intentar entenderlo puede llevarte a lugares muy oscuros. A los remordimientos, a la culpa. Hace que los adultos intenten esconderse del dolor con el trabajo, el alcohol, el sexo, las compras...

—Tienes razón. Es una mierda ser adulto.

—Brindemos por eso. —Harper levantó la copa hacia la de Sophie.

Capítulo 35

Harper se dijo que solo lo hacía por curiosidad. Que solo por eso pasaba por el cementerio en lugar de ir directamente a casa. Aún tenía la charla que había mantenido con Sophie muy presente.

Bajó la mirada hacia el ramo de flores que había comprado en el mercado. Lo había hecho por impulso mientras esperaba en la cola para pagar las fresas. Al fin y al cabo, no podía presentarse con las manos vacías en la tumba de la mujer a la que aún pertenecía el corazón de Luke.

El cementerio era un parquecillo con hierba a unas cuantas manzanas del centro del pueblo. Pensó en todas las veces que había pasado con Luke por allí y se preguntó si él había mirado por la ventana para buscar a su mujer.

Su mujer. La madre de su hijo.

Justo cuando había intentado comenzar una nueva vida y una familia, lo había perdido todo. Harper sintió una punzada en el corazón.

Aparcó el coche y bajó. Sabía por dónde quedaba la tumba gracias a una página de internet mórbida pero útil que se dedicaba a hacer mapas de cementerios. A pesar de que el verano había convertido Benevolence en un infierno seco, el césped del cementerio seguía siendo de un color verde vivo.

Recorrió el caminito de asfalto que se abría paso por el recinto. Giró a la izquierda después de llegar a la estatua del ángel alado y encontró unas cuantas tumbas en una pequeña cuesta.

Los ojos se le fueron directamente a la lápida. Reconoció el grabado de la piedra antes de ver el nombre de la mujer. Era el tatuaje de Luke, el ave fénix que tenía sobre el pecho.

Oyó el ruido de un cortacésped y un avión que pasó volando por el cielo, pero no podía apartar los ojos del fénix.

Contuvo el aliento y se acercó a la lápida de color negro mate.

KAREN GARRISON
ESPOSA E HIJA ENTREGADA

La tumba no mencionaba la madre entregada que habría sido. Se había llevado el trágico secreto a la tumba.

Harper soltó aire, se puso de rodillas en el césped y se sentó sobre los talones. Era un lugar precioso. La arbolada proyectaba una sombra sobre el grupo de lápidas.

Había un ramo de flores coloridas que se estaba empezando a secar en una urna de metal detrás de la lápida.

Harper no estaba triste, se sintió en calma.

Jugueteó con el cordel que rodeaba las flores y se aclaró la garganta.

—No sé cómo presentarme, ni siquiera sé si debería hacerlo —dijo—. Estoy enamorada de tu marido y creo que si estuvieras aquí probablemente no seríamos muy amigas. Pero a lo mejor, dadas las circunstancias, no te parece del todo mal.

»Creo que fuiste una persona maravillosa. Luke también lo es y seguro que erais muy felices juntos.

»No sé muy bien por qué he venido. Pero Luke no debería tenerte escondida. No sé si intenta proteger a los demás o a él mismo.

»Me he enamorado de un hombre que no es honesto conmigo y no sé qué significará eso cuando él vuelva.

Harper se quedó en silencio. Se inclinó hacia delante y acarició el fénix con los dedos. Lo echaba de menos. Lo extrañaba tanto que le dolía. No sabía qué le depararía el futuro, pero sí sabía que quería que Luke volviera a casa.

La semana estaba pasando muy rápido. Harper se dio cuenta de que, si se mantenía ocupada, no tenía tiempo de pensar en la necesidad que crecía en su interior. Sin embargo, por la noche no conseguía deshacerse del dolor, así que se levantaba pronto y salía a correr en silencio.

Es lo que hizo aquel día.

Todavía faltaban horas para que el calor estival alcanzara la temperatura máxima, así que se calzó las deportivas. Aún faltaban horas para que tuviera que ir a trabajar, para que tuviera que hablar o ver a gente. En ese momento tenía tiempo para pensar y soñar.

Aquel día eligió una ruta diferente, una que la llevaba por las calles más tranquilas del pueblo. Harper por fin había encontrado aquella calma que tanto había buscado entre las zancadas.

Aldo quedó impresionado al ver lo mucho que había mejorado Harper y ella quedó sorprendida al ver lo mucho que había progresado él. Al parecer, le

habían ayudado mucho los cambios que le habían hecho a la prótesis así como el aumento progresivo del nivel en rehabilitación, y ahora caminaba con más suavidad. A Harper le sorprendía que no hubiera habido un progreso parecido entre Gloria y él.

—No todo el mundo tiene una historia de amor esperándole. —Le había dicho Luke la noche de antes a diez mil kilómetros de distancia.

Luke había sonreído todo el tiempo en la pantalla, y ella sabía que eso era buena señal. Después de lo que le había sucedido a Aldo, Harper había visto que las sombras se cernían otra vez sobre él y fue consciente de que Luke tenía muchas luchas pendientes, no solo en el campo de batalla. Aunque era un hombre fuerte, se sustentaba gracias a las buenas noticias de lo que ocurría en casa. Hablaban muy por encima del trabajo, pero ella se daba cuenta de que se le alegraba la cara cuando le contaba lo que le pasaba a su familia, lo que hacía Aldo en rehabilitación, las palabras que aprendía Josh o el nuevo plato de tofu que Claire le había cocinado a su marido.

Sin embargo, Harper no mencionó ni a Karen ni la excursión que había hecho al cementerio. Lo hablarían más adelante, cuando estuvieran frente a frente.

Harper había elegido la ruta para salir a correr con Karen en mente. Se detuvo a recobrar el aliento delante de un dúplex de dos plantas, el 417 de la calle Meadow View. Era la casa de la pareja, de Luke y Karen. Dentro de aquellas paredes habían preparado juntos el desayuno, habían hecho el amor, habían discutido y habían hablado de tener una familia.

No sabía qué esperaba sentir al llegar a la casa. ¿Qué se suponía que tenía que sentir alguien que estaba acechando a un fantasma?

Con las manos en las caderas, empezó a caminar de un lado al otro delante de la casa, mirándola de vez en cuando. ¿Luke hacía lo mismo? ¿Volvía a la casa que escondía tanta vida? ¿Visitaba el cementerio en el que solo había muerte?

Harper sintió algo. Una presencia. ¿Un fantasma?

Era una mujer, de carne y hueso, al otro lado de la acera. Se miraron fijamente; estaban solo a pasos de distancia. La señora llevaba unos pantalones cortos y una camiseta informal y tenía el pelo, moreno, con canas y rizado, recogido.

Harper se sintió como si la hubieran pillado haciendo algo malo. Incómoda, saludó con la mano.

—Buenos días —dijo.

La mujer la miró en silencio. Su rostro le resultaba familiar, le recordó a Karen. Sintió que el corazón le daba un vuelco.

—¿Joni?

La cara de la mujer se volvió inexpresiva.

—¿Eres tú, entonces? —preguntó con un tono tranquilo pero cargado de dolor.

—¿A qué se refiere?

—¿Eres tú quien ha reemplazado a mi hija?

Harper se quedó helada en el sitio.

—Le aseguro que no se puede reemplazar a Karen.

—Yo no lo veo así. A mí me parece que Luke ha intentado fingir que mi hija nunca existió hasta que ha encontrado a una persona nueva para que le ayude a olvidarla.

Harper se acercó a ella.

—Espere un momento.

—He esperado durante cinco años —contestó con la voz temblorosa—. Perdí a mi familia por su culpa. Él nunca la quiso lo suficiente. Puso a su país por delante de mi hija, que quedó en segundo lugar, con mucha diferencia. Ahora te hará lo mismo a ti.

Harper vio que le empezaban a caer lágrimas por las mejillas. Negó con la cabeza.

—Creo que tenemos que hablar.

Tuvo que persuadir a la mujer y ponerse dura con ella para conseguir que la acompañara a casa. Caminaron bajo la humedad del verano y una gota de sudor recorrió la espalda de Harper.

—¿Cómo era Karen?

Joni suspiró.

—Lo era todo para mí. Su padre nos dejó cuando ella todavía era una niña. Un día, simplemente, se fue. Dijo que se había cansado de ser marido y padre. Así que a partir de entonces estuvimos solas.

El abandono le había dolido mucho y era evidente que aún le afectaba, Harper lo oía en su tono.

—Karen era una chica resuelta y ambiciosa. Planeó cómo sería su vida a los ocho años: iría a la universidad para ser científica y se casaría con un hombre que sería un buen padre. Era impresionante ver como se marcaba un objetivo y trabajaba hasta conseguirlo. —Joni se quedó en silencio—. Y ahora

ya no está y él finge que nunca existió. ¿La llegó a querer de verdad? Y si lo hizo, ¿cómo fue capaz de apartarla, de apartarnos a todos con tanta facilidad?

Otro abandono.

Cuando llegaron a casa, Joni se detuvo un momento para observarla.

—A ella le habría encantado esta casa. El dúplex del pueblo era solo un paso más en el camino, pero querían tener un hogar grande, una familia. Lo iban a tener todo.

Harper la guio hasta el porche.

—¿Le molestan los perros?

Joni suspiró.

—Cómo no ibas a tener perros.

Cuando Harper abrió la puerta, *Lola* y *Max* salieron a saludar.

—Ay, madre mía. Hola, bonitos.

Joni se agachó para saludar a los perros, que las recibieron con la lengua fuera y moviendo la cola.

—Deje que les dé unos premios antes de bajar al sótano.

Harper corrió por el pasillo hacia la cocina y agarró una bolsa de premios de beicon. Cogió a los perros y salió por el pasillo hacia la señora.

—Buenos chicos. Sentaos. Muy bien. Tomad, uno para ti y otro para ti.

Vio que Joni miraba hacia la sala de estar.

—Todo es nuevo. Luke tenía mucha prisa por salir del dúplex, así que lo vendió por menos de lo que valía y dejó los muebles en la casa. Se deshizo de todas sus pertenencias y de las de mi hija.

—¿Y usted cree que lo hizo para pasar página?

—No le veo otra explicación.

—Creo que la puede haber. De hecho, creo que se equivoca con Luke. Déjeme que le enseñe una cosa.

Harper abrió la puerta del sótano.

—No me quieres descuartizar y darme de comer a los perros, ¿verdad? Porque no estoy preparada para convertirme en una de esas personas que desaparecen y de las que nunca más se sabe nada —comentó Joni.

—Qué graciosa. Deje que vaya a por mi hacha oxidada.

—Ja, ja. —Siguió a Harper por las escaleras.

Harper se detuvo delante de la puerta.

—Luke sigue enamorado de su hija. Nunca dejó de estarlo.

—¿Qué te ha contado?

—No se trata de lo que me haya contado, sino de lo que he encontrado.

—Giró el pomo y empujó la puerta—. Adelante, puede mirar lo que quiera.

Voy a preparar café.

Joni asintió, pero estaba concentrada en lo que había en la habitación.

Harper le dio privacidad a la mujer y subió a la planta de arriba. Puso la cafetera al fuego y salió con los perros al patio.

No sabía si estaba haciendo lo correcto, pero Joni debía saber la verdad. No podía seguir pensando que el marido de su hija la había olvidado y había rehecho su vida sin mirar atrás.

Dejó que pasara otra media hora antes de bajar al sótano con una bandeja con café, azúcar, leche y pañuelos de papel.

—¿Joni?

Se la encontró sentada en el suelo con las piernas cruzadas y un álbum en las manos.

—Lo ha guardado todo —dijo con los ojos llenos de lágrimas.

Harper vio que había abierto la caja en la que estaban los pijamas de bebé. Dejó la bandeja en el suelo y se sentó a su lado.

—Todo. Toda su ropa, todas las fotografías, los recortes del periódico.

—Iban a tener un bebé. —Joni pasó la mano por encima de uno de los pijamas y se le llenaron los ojos de lágrimas una vez más—. Iba a ser abuela.

Harper le ofreció un pañuelo.

—No fue su culpa —añadió Joni. Las lágrimas le caían libremente por las mejillas—. Siempre he sabido que no lo fue, pero cuando pensé que había rehecho su vida..., lo culpé. Me fue muy fácil señalarlo. —Se tomó unos segundos para secarse los ojos con el pañuelo—. En el funeral... Madre mía, las cosas que le dije. Y él guardó mi secreto. Lo sabía, pero nunca dijo nada.

—¿Qué secreto?

—Fue mi culpa —contestó la mujer con el pañuelo arrugado en la mano—. Karen murió por mi culpa.

Capítulo 36

—**F**ue un accidente —dijo Harper.

Joni negó con la cabeza.

—Tuvo el accidente por mi culpa. Le envié un mensaje para decirle que llegaba tarde y ella estaba leyendo el mensaje cuando... cuando ocurrió. La policía me lo dijo y Luke lo sabía.

—Joni. —Harper le puso una mano sobre el brazo—. No fue culpa suya.

—Si me hubiera esperado. Yo sabía que ella siempre miraba el móvil mientras conducía. Debería haber sabido que era mala idea enviarle el mensaje.

Harper negó con la cabeza.

—Karen también llegaba tarde, ¿cómo iba a saberlo? No la obligó a coger el teléfono, no hizo que el coche se saliera del carril. No es responsable de nada.

—Dos palabras. «Llego tarde». Pero parecían tan importantes en aquel momento.

—Entre Luke y usted y su sentido equivocado de la responsabilidad... —Harper movió la cabeza de un lado a otro—. No fue culpa ni responsabilidad de ninguno de los dos. Fue un accidente horrible, pero no lo causó nada de lo que hicisteis ni dejasteis de hacer. Tenéis que entenderlo. Y la culpa no ayuda a nadie. ¿Eso es lo que Karen habría querido? ¿Ver que las dos personas a las que más quería en el mundo desperdician sus vidas culpándose por su muerte?

Joni negó con la cabeza y pasó una mano por la página del álbum, como si le quitara el polvo.

—La culpa no ayuda a sanar las heridas, pero la aceptación y la gratitud, sí.

—¿Cómo voy a estar agradecida de que mi hija haya muerto?

—Puede estar agradecida de que viviera.

Joni asintió lentamente.

—Tiene sentido, pero ¿cómo lo hago? ¿Cómo dejo de pensar en mi pérdida?

—No es fácil, pero ¿qué otra opción tiene?

Joni miró a su alrededor.

—Tienes razón.

—Ni todo el duelo ni la culpa del mundo pueden cambiar el pasado. Pero lo que importa es lo que hace con su presente —añadió Harper mientras removía el café con la cucharilla.

—¿Y cómo es tu presente con Luke? —preguntó la mujer—. ¿Sabe que lo sabes?

Harper negó con la cabeza.

—No puedo hablar de esto con él si no está aquí. No sé qué significa para él, para nosotros, para mí. Él me dijo que no podía quererme, pero yo no entendí el porqué. Ahora que le he puesto un nombre al porqué, a ella, no sé si puedo vivir a su sombra —respondió.

—¿Eso es lo que hemos estado haciendo todo este tiempo?

—Vivir a la sombra de su muerte.

—Parece increíble todo lo que puede cambiar una mañana. —Joni suspiró y cogió una taza de café—. Pero no sé cómo deshacerme de la culpa.

—A lo mejor puede volver a aceptar a los Garrison en su vida.

Decidieron empezar desayunando con Charlie y Claire. Harper se sintió esperanzada al ver que hacían borrón y cuenta nueva y que retomaban una vieja amistad.

Se preguntó qué pensaría Luke si viera a sus padres hablando sobre gallinas con su suegra y si se alegraría de no estar allí.

Joni estaba lista para empezar de nuevo, pero no podía saber si Luke también lo estaba.

Decidió dejar de pensar en ello. No tenía ningún sentido preocuparse por algo sobre lo que no tenía ningún control. Se alegró de volver a la oficina el lunes para distraerse con el trabajo y no pensar en todos lo que significaban Karen y Joni para su futuro con Luke.

Cuando estaba haciendo otra tarea de las muchas que tenía en su lista, empezó a sonar el teléfono de la oficina.

—Más vale que mandes a más trabajadores si no quieres que deje el trabajo a medias —gritó Frank al otro lado de la línea.

—¿Qué pasa, Frank? —preguntó ella con cara de exasperación.

—¿Que qué pasa? Pues que el idiota del lacayo no se ha dignado a venir a trabajar y ahora me hacen falta más manos para enyesar.

—¿A lo mejor tiene algo que ver con que lo llames idiota y lacayo? —preguntó ella con amabilidad.

—Tú consígueme otro par de manos ya —gruñó antes de colgar.

Harper suspiró y colgó el teléfono. Abrió el horario semanal en el ordenador y vio que todos los trabajadores estaban ocupados. Estaban en puntos cruciales de varios proyectos a la vez y, aunque aquello era bueno para la empresa, hacía que la logística fuera más complicada. Llamó a algunos de los encargados de las obras y le respondieron lo que ya esperaba:

—Los necesito a todos hasta la semana que viene.

Se pasó las manos por la cara. Con un poco de suerte, a Frank no le importaría qué manos le enviara.

Bajó del coche delante de la obra. Frank dirigía la construcción de una habitación extra en la parte trasera del adosado de los Delano. La empresa de los Garrison había edificado la casa diez años atrás y, ahora, como la madre de la señora Delano se había quedado sola, estaban ampliando la vivienda para añadir una habitación y tenerla más cerca.

Harper había echado un ojo a los planos antes de salir de la oficina. El proyecto constaba de una habitación grande con un área soleada para sentarse, un lavabo y un vestidor de gran tamaño. Además, también tendría un porchecito en la parte trasera al cual se podría acceder por una puerta francesa.

Se pasó la coleta por el agujero de la gorra y enderezó los hombros. Era hora de encargarse de Frank.

—¿Qué narices estás haciendo aquí? —preguntó junto a un caballete, donde estaba marcando un panel de yeso con el lápiz.

—Yo también me alegro de verte, Frank. Soy tu par de manos extra, y antes de que empieces a quejarte —añadió, y levantó las manos a modo de advertencia—, deja que te diga que soy tu única opción. Nadie más podía venir.

Frank maldijo y puso los ojos en blanco.

—¿Por qué me pasa todo a mí siempre?

Harper lo ignoró y miró la estructura de la ampliación de la casa, que ya contaba con el aislante y, por suerte, ya tenía el techo alto y abuhardillado

enyesado. Habían colocado ventanas nuevas y la habitación era muy luminosa y amplia.

—Esto está muy bien, Frank —dijo Harper asomando la cabeza por el lavabo.

—Claro que está bien, lo he hecho yo. ¿Por qué parecéis siempre tan sorprendidos? —gruñó.

Harper escondió una sonrisa.

—Bueno, si tú eres mi mejor opción, más nos vale que vayamos empezando —comentó el hombre entre suspiros—. ¿Cuánto peso puedes levantar?

Al final resultó que no podía levantar mucho, pero sí el suficiente para ayudar a Frank con las paredes. Harper empezó a sudar a los dos minutos de ponerse a trabajar.

—Ahora echas de menos tu escritorio, ¿eh? —Frank rio al ver que Harper suspiraba y resoplaba mientras intentaba colocar una lámina de más de dos metros.

—¿Puedes ir un poco más rápido? —preguntó sin aliento mirando cómo ponía los tornillos.

—Eso me dicen todas —respondió Frank moviendo el taladro.

—Perdona. ¿Se supone que eso era una broma?

—Venga, no te indignes ahora por un simple chiste. Si no eres capaz de aceptar un chiste, no deberías haber venido a una obra.

Harper rio y se apartó de la pared.

—No me he ofendido, es solo que me extraña que hayas dicho algo y no haya sido para quejarte ni lamentarte. Me parece impresionante que hayas hecho un comentario gracioso.

Pasaron la mañana insultándose y levantando objetos pesados. Frank le enseñó a Harper cómo cortar los paneles de yeso con una regla T, los pies y una navaja multiusos.

—No está mal —comentó rascándose la barba después de que Harper cortase uno por la mitad—. Vamos a guardar esto para que me puedas llevar a comer.

Cuando terminaron aquella tarde, Harper metió el recogedor en la bolsa de la basura y dijo:

—Si ya has acabado, yo me voy a ir ya. Tengo que mirar un par de cosas en la oficina.

Frank asintió.

—No se te ha dado mal del todo.

—Me lo tomaré como un halago viniendo de ti.

—Me he enterado de que has hablado con Joni Whitwood este fin de semana.

—¿Te has enterado también de qué he desayunado? —Harper lo miró con exasperación—. Sí. Me encontré a Joni y hablamos.

—¿Cómo está?

Harper intentó leer la expresión de su rostro para saber por qué estaba interesado, pero no lo logró.

—Está bien. —Se colgó el bolso del hombro.

—Lo ha pasado muy mal, igual que Luke.

Harper asintió.

—Parece que a Luke le va mejor ahora que te tiene a ti y me gustaría poder decir lo mismo de Joni.

—¿La conoces?

Frank bajó la vista y se miró las botas.

—Nos conocíamos, pero de eso ya hace mucho tiempo.

Esperó a que siguiera hablando, pero el hombre no dijo nada más, solo comprobó que la tapa del cubo de yeso estuviera bien cerrada.

—¿Quieres que venga mañana a ayudarte? —preguntó ella finalmente mientras sacaba las llaves del bolso.

—Ya hemos acabado con el yeso, así que puedes volver a plantar tu culo detrás del escritorio.

Aunque el comentario era borde, por algún motivo, sonó más suave de lo habitual.

—De nada, Frank. Yo también me alegro de haberte sido de ayuda —dijo antes de salir por la puerta.

Capítulo 37

La fiesta del Cuatro de Julio era mucho más importante en Benevolence que el Día del Chapuzón.

La celebración empezó por la mañana con la carrera «Roja, blanca y azul» de cinco kilómetros. Aldo le había dado una sorpresa a Harper el día anterior al llevarle una camiseta con la bandera estadounidense y un dorsal.

—¿Una carrera? ¡No puedo correr cinco kilómetros!

—Claro que sí. Si yo puedo hacerla con ese triciclo manual tan ridículo, tú puedes hacerla corriendo. —Se dejó caer en el sofá.

Los médicos le habían prohibido a Aldo que hiciera la carrera a pie y le habían conseguido un triciclo manual.

—Si vas haciendo el idiota a mi lado, nadie se dará cuenta de que el pobre de Aldo con su pierna de mentira va montado en una bicicleta que parece sacada de un circo.

—No hace falta que finjas que te da vergüenza. Sabes perfectamente que serás el centro de atención.

Harper le dio un toquecito en el hombro.

—Es muy difícil intentar impresionar a una chica cuando tienes una discapacidad.

—Si te quitas la camiseta, dará igual que hagas la carrera montado en un poni en miniatura. ¿Quieres impresionar a alguien en concreto?

Bebió un trago de agua.

—Puede.

Ahora estaban en la línea de salida el uno al lado del otro. Mucha gente se había acercado a estrechar la mano a Aldo, a abrazarlo y a darle las gracias por su servicio en el ejército. Él llevaba con elegancia ser el centro de atención. Se imaginó al tímido de Luke en la misma situación. Aunque a lo mejor, toda la atención que había recibido después de la muerte de Karen había hecho que se acostumbrase.

Los corredores se fueron amontonando a su alrededor en la línea de salida a medida que las manecillas del reloj se acercaban más a las nueve. Harper se puso una mano sobre el corazón.

—Estoy supernerviosa. ¿Es normal? —le susurró a Aldo.

—No son nervios, es la emoción.

El locutor de la carrera los interrumpió.

—Señoras y señores, por favor, pónganse en pie para recibir a Peggy Anne Marsico, que nos cantará el himno nacional.

Aldo se levantó de la bicicleta y se cuadró. Harper sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas al ver que un hombre que había dado tanto por su país saludaba la bandera.

¿Qué harían Luke y su unidad para celebrar el Día de la Independencia? ¿Para ellos solo era un día más o lo celebraban con el resto de su país?

Peggy devolvió a Harper a la realidad con su preciosa voz, que hizo que se le erizara cada centímetro de la piel.

Se quedó bajo el sol de una preciosa mañana del Cuatro de Julio y se sintió orgullosa por el hombre al que amaba y su mejor amigo.

—Madre mía, Aldo. Me estoy muriendo —dijo Harper entre jadeos.

—Me preocuparía si no pudieras hablar.

—A ti ni siquiera te falta el aliento —respondió ella.

Él sonrió con suficiencia.

—Lo estás haciendo muy bien, llevas un ritmo muy bueno. —Saludó desde el triciclo a un grupo de niños que los animaba al otro lado de la acera.

Había vecinos de Benevolence por casi todo el recorrido. Harper vio que se acercaban a la casa de la señora Moretta, pero ella no estaba allí.

—¿Dónde está tu madre?

—Probablemente en la meta.

—¿Cuánto falta? Creo que no puedo acabar. Si me espero aquí, cuando acabes puedes venir a buscarme.

—No seas tan dramática. ¿Oyes los gritos?

—Solo oigo mis jadeos.

—Esa es la meta.

—¿Lo dices de verdad? ¿Ya estamos acabando?

—Queda menos de un kilómetro.

—¿En serio? —Harper se animó—. Creo que aguantaré.

—Sé que puedes hacerlo, y yo también. —Se dirigió con el triciclo hasta la casa de su madre.

Harper apoyó las manos sobre las rodillas e intentó recobrar el aliento.

—Aldo...

Él se levantó con cuidado, se agachó para ajustarse la prótesis y dijo:

—Antes de que empieces a reñirme, déjame que te diga que lo he hablado con el doctor Steers. Puedo correr medio kilómetro a un ritmo moderado. ¿Te atreves a acompañarme? No podremos parar hasta cruzar la meta.

—¡Vamos!

Bajaron de la acera y se reincorporaron a la carrera. Aldo caminaba con una marcha regular.

—Haces que parezca muy fácil —dijo Harper.

—Créeme, es de todo menos fácil, pero es necesario.

Cuando doblaron la siguiente esquina juntos, el público enloqueció. La meta estaba en línea recta, a dos manzanas por la calle principal de Benevolence. Que Aldo estuviera corriendo fue suficiente para crear el caos.

—Parece que creen que eres un héroe o algo por el estilo —bromeó Harper.

Aldo se limitó a sonreír y Harper supo que por fin había vuelto a casa. Eufórica, dejó que los gritos del público la guiaran hasta la meta. Cuando la estaban cruzando, Aldo cogió a Harper de la muñeca y levantaron los brazos.

La emoción hizo que Harper casi se estrellara con los dos veteranos mayores y vestidos con el uniforme que repartían las medallas.

Los hombres se cuadraron rápidamente y saludaron a Aldo.

—Gracias por su servicio, teniente.

Aldo saludó y aceptó la medalla.

—Aquí tiene, señorita. —Un hombre bajito, con gafas y una mata de pelo blanca le colgó la medalla del cuello.

Contentísima, ella no pudo resistirse a darle un beso en la mejilla.

—¡Gracias!

—Luke me pegará una paliza si te dejo que lo cambies por otro soldado —dijo Aldo entre risas y tirando de ella hacia el agua.

La señora Moretta y el clan Garrison los interceptaron.

—¡Lo has conseguido! —Sophie se acercó a ella para abrazarla—. Qué asco, estás sudada. Pero estoy orgullosa de ti de todas formas.

Harper se echó a reír.

—No me puedo creer que lo haya conseguido. No me podré mover en todo el día, pero ha merecido la pena.

—¿Sabías que Aldo iba a dejar el triciclo?
—No tenía ni idea. ¡Ha sido genial!
—¡Tita Harper! —balbuceó Josh, que la agarró por las piernas. Llevaba una gorra y gafas de sol.
Ella lo cogió y se lo colocó sobre la cadera.
—Hola, guapo. ¿Te lo estás pasando bien?
—Ahora vamos al desfile —dijo alegremente el niño, y le puso una mano en el hombro—. ¡Puaj! Tienes sudado.
Harper rio y le dio un fuerte abrazo antes de dejarlo en el suelo.
—Ve a felicitar a Aldo.
Josh corrió hacia él y se lanzó a sus brazos.
—Tú *también* sudado.
Claire se acercó a ellos, llevaba un plátano en la mano.
—Toma, cariño. Necesitas comer algo después de ese final. Teníais a todo el pueblo en pie.
Agradecida, Harper pegó un bocado al plátano.
—¿Le ha sacado alguien una foto a Aldo en la meta? Creo que a Luke le encantaría verla.
Sophie le enseñó su móvil.
—Creo que solo he hecho unas setecientas fotos. Escogeré las mejores y te las enviaré.
—Gracias, Sophie. —Harper se sentó en el bordillo y aceptó las felicitaciones del resto de personas desde ahí.
—¡Hola, Harper! Menuda carrera. —Gloria salió de entre la multitud. Llevaba unos pantalones cortos blancos, una camiseta azul marino y una diadema roja sobre el pelo oscuro.
—Estás guapísima —dijo Harper—. Te daría un abrazo, pero te arruinaría el modelito.
Gloria rompió a reír.
—Puedes dármelo cuando te hayas duchado. He venido a preguntar si queréis venir conmigo al desfile. Tengo los mejores asientos de todos.
—Señaló los escalones de la entrada de su casa—. El desfile pasará justo por delante.
—Qué bien, muchas gracias. ¿A qué hora empieza?
—Cuando el último acabe la carrera. Será el primero del desfile —contestó con una sonrisa.
—¿Crees que nosotros también podríamos ir? A mi madre le encanta recoger los caramelos que lanzan.

Gloria dio un bote al oír la voz de Aldo y Harper vio que erguía los hombros antes de girarse hacia él.

El amigo de Luke se había quitado la camiseta y había dejado al descubierto su torso musculado y sudado.

A Harper le pareció ver que a Gloria se le caía la boca al suelo. Cuando se recuperó, dijo con educación:

—Hola, Aldo.

—Hola, Gloria. Estás guapísima, qué atuendo más apropiado.

A Gloria se le pusieron rojos los lóbulos de las orejas.

—Gracias. Tú también estás... muy bien.

Él sonrió.

—¿Te importa que vayamos con vosotras a ver el desfile?

—Sí. Quiero decir, no. No me importa. Cuantos más, mejor.

—Genial. Nos vemos luego. —Él se alejó y Gloria se abanicó con la mano.

—Madre mía. ¿Qué acaba de pasar? ¿Me he desmayado? —preguntó ella. Harper soltó una risita.

—Creo que Aldo va a venir a tu casa y parece que va a poner toda la carne en el asador. Prepárate porque creo que va a por ti.

—Creo que no estoy preparada. ¿No podemos hacer que se limite a saludarme una vez a la semana durante un año o hasta que me acostumbre a mirarlo?

—Creo que no, no es su estilo. Estaréis casados en nada.

Gloria le dio un golpe en el brazo a Harper.

—¡Señorita Harper!

Se giró al oír su nombre y vio que Robbie y Henry la saludaban mientras cruzaban la calle para ir a hablar con ella. La señora Agosta llevaba a Ava en brazos y los seguía de cerca.

—¡Señorita Harper, lo has conseguido! —Robbie le chocó la mano.

—Así se hace. —Henry le chocó el puño e imitó el ruido de una explosión, que fue acompañada de un poco de baba.

—Gracias, chicos. ¿Habéis venido a ver el desfile?

—Sí. Vamos a buscar dónde sentarnos para ver los camiones de bomberos desde primera fila y coger muchos caramelos —respondió Henry.

—Enhorabuena, Harper —dijo la señora Agosta—. Te veo correr desde casa un par de veces a la semana y cada vez eres más rápida.

—Sí. Ya no parece que te vayas a morir cuando corres —añadió Robbie con amabilidad.

—Qué bien. Me alegro —respondió ella riendo.

—¿Queréis quedaros con nosotras? Tenemos asientos en primera fila —ofreció Gloria.

—¡No me digas! ¿Podemos? —Henry abrió la silla plegable pequeña y la colocó al lado de Harper—. Es perfecto.

—¿Estáis seguras de que no os molestarán? Son muy gritones y enérgicos. —Le preguntó la señora Agosta a Gloria.

—Cuanto más, mejor —insistió Gloria guiñándole un ojo a Harper—. Ya que somos un gran grupo y no nos van a quitar el sitio, ¿qué te parece si preparamos limonada y té con hielo?

—Me parece bien, siempre y cuando me des una jarra para mí sola y me subas por las escaleras.

—Claro, ¿por qué no?

El desfile fue un éxito rotundo. El último en cruzar la línea de meta fue un veterano de setenta y seis años que llevaba la bandera estadounidense. Lo seguía la banda del instituto, que interpretaba la canción «*Stars and Stripes Forever*».

La acción se detuvo en la meta el tiempo suficiente para que Aldo colgara al hombre la medalla del cuello y lo saludara. Este hizo lo mismo, le dio un abrazo y una palmada en la espalda. Los espectadores aplaudieron emocionados.

Harper vio que Gloria se secaba una lágrima al aplaudir.

Los niños tuvieron a Josh entretenido, así que Sophie corrió hacia la carretera a besar a Ty cuando este pasó en el coche patrulla con las luces encendidas.

—¡La señorita Sophie acaba de besar al policía! —gritó Henry, entusiasmado.

Charlie, Claire, la señora Agosta, la señora Moretta y Sara, la madre de Gloria, colocaron las sillas en el rellano del edificio y disfrutaron del té y la limonada.

Harper hizo muchas fotos y se las envió a Luke. Lo echaba muchísimo de menos.

Entonces, recibió un correo electrónico.

Para: harpwild@netlink.com

De: lucas.c.garrison282@us.army.mil

Asunto: Re: Desfile

Mándame todas las fotos que puedas, nena. Las estoy mirando todas. Echo de menos tu preciosa sonrisa.

Con amor,

Luke

Harper abrazó el móvil y sorbió por la nariz.

—Oh. —Sophie vio que tenía los ojos llenos de lágrimas—. ¿Lo echas de menos? —preguntó mientras le pasaba un brazo por los hombros.

Ella asintió.

—Sí. Muchísimo.

—¿Qué le pasa a la señorita Harper? —preguntó Henry.

—Echa de menos al señor Luke —respondió Sophie.

Henry le puso la mano sobre el brazo.

—No pasa nada, señorita Harper. Nosotros te cuidaremos y te llevaremos a la feria y a ver los fuegos artificiales. Así ya no estarás triste.

—Gracias, cariño. Eres muy amable —dijo Harper antes de sorprenderlo con un abrazo.

El niño, al que se le había caído una de las paletas, sonrió y volvió a su puesto para recoger caramelos.

La señora Agosta suspiró.

—No creo que los pueda llevar a la feria y a ver los fuegos artificiales, ha sido un día muy ajetreado.

—¿Qué le parece si los llevamos nosotras? —preguntó Harper—. Me encantaría ver los fuegos artificiales con ellos.

—Oh, querida, no puedo pedirte eso.

—No me lo tiene que pedir. Además, piense en lo bien que dormirán esta noche.

—Pero tendrás que coger las sillitas del coche y Robbie es alérgico a las abejas...

Harper se dio cuenta de que estaba titubeando.

—Los tendrá en casa en cuanto hayan acabado los fuegos artificiales y no les dejaré que beban refrescos después de las siete.

—Si estás segura...

Harper sabía que le iba a costar meter a tres niños y un carrito en su coche, así que le pidió a Claire, a Joni y a Gloria que fueran con ella. Con dos coches y cuatro adultos, Harper se sintió segura de que podría tenerlo todo bajo control.

—¡Petardos! —gritó Henry corriendo hacia el parque.

—No tan rápido, loco —dijo Harper detrás de él.

—¡Petardos! —repitió Ava, con sus gafas de sol rosas, desde el carrito.

Robbie cogió a su hermano y lo llevó a caballo hasta donde estaba el grupo.

—Eres muy buen hermano mayor, Robbie —dijo Claire mientras le ponía bien la gorra.

El niño arrugó la nariz, llena de pecas.

—Cuando no me molestan todo el rato, no están tan mal.

—*Obbie*. Yo *quero* —dijo Ava alargando los brazos hacia su hermano.

El niño puso los ojos en blanco.

—Siempre quieren algo —dijo con un suspiro.

—Es muy maduro para su edad —comentó Joni riendo.

Preguntaron a los niños qué querían hacer y finalmente decidieron ir primero a la feria y, luego, a buscar un sitio para ver los fuegos artificiales.

Gloria y Harper compartieron un churro mientras Robbie y Henry competían en un juego de la feria para ganar un pez dorado.

—La señora Agosta va a matarme como los niños le lleven un pez a casa —se quejó Harper.

Robbie gritó cuando consiguió meter una bola de *ping-pong* en una de las peceras.

—Mierda. Parece que *Max* y *Lola* tienen una hermanita nueva.

Henry gritó y bailó para celebrar su victoria.

—Pero por Dios, ¡Claire! Deja de darles dinero. Joni, te estoy viendo —dijo a la mujer, que intentaba darles un dólar.

—Creo que vas a tener que ir a comprar una pecera. —Bromeó Gloria.

—Sí, tú ríete, pero tus problemas vienen por ahí.

Harper señaló con la cabeza a Aldo, que se acercaba a ellas. Se había afeitado y llevaba unos pantalones cortos y zapatos náuticos. Las gafas de sol de aviador le colgaban del cuello de la ajustada camiseta de color azul marino.

—¿Por qué reacciono así cuando lo veo? —susurró Gloria, presa del pánico. Se llevó las manos a las mejillas para deshacerse del rubor.

—Disfruta —respondió Harper—. Pregúntale si quiere ver los fuegos artificiales con nosotros. —Le dio un pequeño empujón a su amiga y, para ofrecerles privacidad, y para que Claire y Joni dejaran de dar dinero a los niños, regresó a la caseta de la feria.

Al atardecer, Aldo se acercó a ellos para tomar un poco de limonada y ver los fuegos artificiales. Dejaron que los niños eligieran un lugar al lado del lago, donde colocaron las mantas y las sillas. Harper, que tenía a Ava medio dormida encima, sonrió al ver que Aldo se sentaba en la manta al lado de Gloria.

Robbie y Henry no pararon de interrogar a Aldo sobre su nueva pierna, y Joni y Claire se pusieron al día de todos los cotilleos del pueblo de los que se habían enterado después del desfile. Harper se dio cuenta de que las mujeres miraban a Aldo y Gloria, que se habían cogido de la mano discretamente, y supo que, probablemente, hablaban de la pareja.

Era imposible tener secretos en Benevolence, tarde o temprano, todo salía a la luz.

Los primeros fuegos artificiales iluminaron el cielo y la multitud exclamó con admiración al ver los brillantes colores.

Ava se movió para sentarse bien en el regazo de Harper, que hasta entonces había estado preocupada por que la niña llorara. Sin embargo, la pequeña miró hacia el cielo asombrada.

—¡Bum! —susurró.

—¡Bum! —Harper asintió.

Capítulo 38

Para: harpwild@netlink.com
De: lucas.c.garrison282@us.army.mil
Asunto: ¿Otra vez?

¿Qué tengo que hacer para que no te acerques a otros hombres?

Había adjuntado la foto de Harper besando al hombre que le había dado la medalla al acabar la carrera.

Para: lucas.c.garrison282@us.army.mil
De: harpwild@netlink.com
Asunto: Re: ¿Otra vez?

No lo estaba besando. Necesitaba oxígeno después de correr mi primera carrera de cinco kilómetros. Preferiría estar besando a este chico.

Adjuntó una fotografía en la que Luke salía poniéndole cara de pez a Josh.

Para: harpwild@netlink.com
De: lucas.c.garrison282@us.army.mil
Asunto: Re: ¿Otra vez?

Es guapísimo. Deberías enrollarte con él.

Más tarde, cuando Harper comprobó el correo electrónico, recibió una buena noticia que no esperaba.

Para: harpwild@netlink.com
De: hannahnanner@mail.pro
Asunto: Echo de menos tu cara

Llevo demasiado tiempo sin verte. Me estoy olvidando de tu cara, así que, si tienes el finde libre, voy a verte. Prepara las mascarillas y la *pizza* para la fiesta de pijamas.

Besitos y abrazos,
Hannah

Para: hannahnanner@gmail.pro
De: harpwild@netlink.com
Asunto: Re: Echo de menos tu cara

¿Lo dices en serio? No me tomas el pelo, ¿verdad? ¿No es una broma cruel?

No rompas mi frágil corazón,
Harper

Para: harpwild@netlink.com
De: hannahnanner@mail.pro
Asunto: Echo de menos tu cara

Ya he preparado la maleta. Finn se va a una casa en el bosque con unos amigos y he pensado que es la oportunidad perfecta para conocer a tus nuevos amigos, ver la casa y abrazar a tus perros. Finn me ha dicho que preparará una fianza por si nos arrestan. Lo pasaremos genial.

Eso estaba garantizado.

El viernes por la noche, las amigas de Harper, tanto la de siempre como las nuevas, entraron en la cocina en pijama para empezar la fiesta con una copa.

Gloria miraba los menús de comida a domicilio mientras Sophie preparaba margaritas en la batidora. Hannah estaba ocupada buscando entre el montón de películas de la encimera una que fuera perfecta para las chicas: una

comedia romántica que les arrancara unas lágrimas y tuviera unos cuantos desnudos frontales masculinos.

Harper dejó que los perros salieran a jugar al jardín trasero bajo el cálido aire de la noche.

—Bueno, ¿qué comida baja en grasas y calorías os apetece pedir?

—Habíamos pensado pedir *pizza* y bocaditos de pollo del Dawson —gritó Sophie para que se la oyera por encima del ruido de la batidora.

—¿Y de postre?

—He traído masa de galletas —contestó Gloria—. Así que podemos hornear galletas o comernos la masa cruda.

—Es la mejor noche de mi vida.

Harper suspiró con alegría e intentó recordar la última vez que había hecho algo parecido. La última vez que había tenido un grupo de amigas. Nunca había pasado el tiempo suficiente en un colegio para forjar amistades duraderas, pero ahora, con las raíces que estaba echando, tenía amigas, una familia y un futuro.

Sophie cogió la jarra de la batidora y sirvió con mucha profesionalidad los margaritas en los cuatro vasos de plástico que había sobre la isla. Gloria les añadió una rodaja de lima y Hannah les puso pajitas.

—Un brindis, chicas —dijo Sophie levantando el vaso—. Por nuestra querida Harper. Y por qué sepa lo afortunadas que somos de conocerla.

—Por Harper —añadieron todas al unísono.

—¡Chicas! Ahora me toca a mí. Por todas vosotras. Gracias por ser mi familia. Os quiero muchísimo.

—Oh —respondieron todas a la vez antes de beber.

—Te apruebo como camarera. —Hannah asintió mirando a Sophie.

—Que empiece la fiesta —comentó Harper mientras marcaba el número para pedir la comida.

Cuando acabaron, Hannah cogió dos películas.

—¿Qué queremos? ¿Una peli en la que sale un desnudo frontal o una comedia romántica?

Harper gruñó.

—Chicas, todas tenéis desnudos frontales a vuestra disposición. No me torturéis, que el mío está en la otra punta del mundo.

—Oooh. Hablemos de chicos —dijo Sophie dando una palmada.

—Mi chico es tu hermano. ¿No se te hace raro hablar de él? —preguntó Harper con la nariz arrugada.

—Esta noche voy a fingir que es el hermano de otra.

—La verdad es que yo siento curiosidad por la relación de una de las que estamos aquí. —Harper sonrió—. Gloria, ¿cómo va con Aldo?

Su amiga se atragantó con el cóctel.

—¿Qué te hace pensar que hay algo entre nosotros? —preguntó con inocencia.

—Nada, solo que tengo ojos y cerebro —bromeó ella—. Vi que os disteis la mano en el parque el Cuatro de Julio.

—Vaya, Gloria Moretta. Suena bien —asintió Sophie.

Gloria enrojeció.

—Te gusta —dijo Harper riendo.

—¿Quién es ese tal Aldo? ¿Está a la altura de Gloria? —preguntó Hannah.

—Aldo es un buenorro italiano que va detrás de Gloria desde que iban juntos al instituto —respondió Harper.

—El mejor amigo de Luke, ¿no? Pues sí que lleva tiempo detrás de ti —dijo Hannah—. Debes de ser estupenda.

—Sí que lo es —respondió Harper.

—¡Chicas! —exclamó Gloria entre risas—. Aún no me he hecho a la idea.

—¿A qué idea? —preguntó Sophie.

—A estar... saliendo con él.

Harper gritó de alegría.

—Entonces, ¿ya es oficial?

Gloria sonrió y asintió.

—Sí. Estoy intentando ir poco a poco, pero qué chico más intenso. —Se abanicó con el menú del Dawson.

—No me puedo creer que nuestro pequeño Aldo por fin se haya hecho un hombre —suspiró Sophie.

—¿Tenéis alguna foto suya? —preguntó Hannah.

Gloria volvió a sonrojarse y asintió.

—Tengo unas cuantas en el móvil.

Juntaron las cabezas delante de la pantalla y Harper le guiñó un ojo a Sophie cuando Hannah silbó para ofrecer su opinión sobre el cuerpo de Aldo.

El móvil de Sophie sonó en la mesa.

—Hablando de tíos buenos... Es mi marido. —Se llevó el teléfono al comedor para responder.

Harper se abrazó las piernas. Qué felicidad. Lo único que haría que el día fuera aún mejor sería que Luke estuviera allí.

En unos meses, cuando regresara, hablarían, y entonces ella sabría exactamente qué pensar. Sabía qué quería: el amor honesto y mutuo que Sophie y Hannah compartían con sus maridos. El que veía florecer entre Aldo y Gloria. ¿Estaría dispuesta a conformarse con algo menos?

Sophie regresó a la cocina y le dio el teléfono a Harper. Parecía preocupada.

—Es Ty. Quiere hablar contigo. Parece que ha activado el modo «policía».

Harper arqueó las cejas y respondió.

—Hola, Ty. ¿Qué pasa? Pensaba que tenías la noche libre.

—Harper, escúchame. Han pagado la fianza de Glenn y lo han soltado hoy. En teoría tenía que ir directamente a casa de su madre, pero no ha aparecido.

Se le hizo un nudo en el estómago.

—¿Crees que sería capaz de venir?

—Es más probable que vaya a casa de Gloria, pero tú también podrías ser uno de sus objetivos.

«Mierda. Mierda. Mierda».

—Gloria está aquí conmigo, Sophie y Hannah. Acabamos de pedir *pizza*, aunque eso da igual. Estoy nerviosa, ya me callo.

—Voy a pasar por casa de Gloria, por la de su madre y veré cómo está todo. Te avisaré si lo encontramos. Hacedme un favor y cerrad todas las puertas.

Harper tragó saliva y colgó. Sus amigas la miraban expectantes.

—¿Qué está pasando? —preguntó Sophie.

—Glenn ha salido de la cárcel. Ty cree que a lo mejor intenta ir a casa de Gloria.

—Dios mío —susurró Gloria mientras se cubría la boca con la mano.

—No pasará nada. Ty va a pasar por tu casa a ver si está todo bien. La policía ya sabe que ha desaparecido y lo están buscando. No te tocará. Nadie dejará que eso pase.

Gloria respiró para calmarse y asintió.

—Voy a mandar un mensaje a Aldo para avisarlo.

—Buena idea —dijo Sophie mientras le daba una palmadita en la mano.

Todas observaron como cogía el móvil y se lo llevaba al comedor. Sophie miró a Harper fijamente a los ojos y le preguntó en voz baja:

—¿Qué pasará si Glenn no la encuentra en casa?

—Pues que vendrá aquí.

—Mierda —contestó Hannah con un suspiro.

—Ty piensa que no tenemos nada de que preocuparnos, pero a lo mejor lo dice solo para que no nos preocupemos. Me ha dicho que cerremos todas las puertas por si acaso.

Escucharon la voz de Gloria desde el comedor.

—Aldo debe de haberla llamado —susurró Sophie.

Harper asintió.

—No nos iría nada mal que Aldo se pasara por aquí. Sophie, ¿puedes meter a los perros y cerrar la puerta trasera? Voy a cerrar la principal. Hannah, comprueba las ventanas de la primera planta. Estoy segura de que es solo por precaución, pero deberíamos prepararnos por si acaso.

Cogió el móvil y marcó el número de la señora Agosta para asegurarse de que los niños estaban en casa y no por ahí, intentando atrapar luciérnagas, y le hizo prometer que no dejaría que nadie saliera de casa.

—Seguramente no es nada. Es solo por precaución —le explicó.

Harper se dijo a sí misma cuando colgó que probablemente no era nada. Lo más seguro es que estuvieran exagerando. Seguramente, Glenn se había emborrachado y se había desmayado en algún lugar muy lejos de allí.

Le temblaron los dedos cuando cerró el pestillo de la puerta principal. *Lola* fue rápidamente hacia ella y rugió.

—No pasa nada, cariño. —Harper se agachó para acariciar el cuerpo plateado de la perra—. Estamos a salvo.

La oscuridad al otro lado de las ventanas la inquietaba, así que encendió las luces del porche.

Y ahí estaba él.

Capítulo 39

Glenn Diller la miraba por el cristal tallado de la ventana que había junto a la puerta. Las sombras de la noche hacían que el rostro del hombre pareciera aún más siniestro. Harper sintió que el corazón le subía hasta la garganta y, antes de que pudiera avisar a sus amigas, vio que el hombre cogía un tiesto de helecho y lo lanzaba por la ventana del comedor.

—¡Marchaos! Id a casa de la señora Agosta —gritó Harper mientras Glenn entraba en la casa.

El cristal crujió bajo sus botas.

Lola rugió al lado de Harper y el pelo de la espalda se le erizó.

—Vaya, mira quién está en casa. —Tenía los ojos muy vivos.

Harper dio un paso hacia atrás y rezó por que las chicas hubieran conseguido huir por la puerta trasera.

—Gloria se ha ido. Está a salvo y ahora mismo estará llamando a la policía.

—No he venido a por ella. —Se llevó una mano detrás de la espalda y sacó un cuchillo de caza. La luz de la cocina se reflejaba en la cuchilla de diez centímetros. Glenn dio otro paso hacia adelante y el rugido de *Lola* se volvió feroz.

—¿No piensas correr? —Glenn se lamió los labios.

A Harper le dio un vuelco el corazón.

—Si echo a correr, mi perra te arrancará la cara de un mordisco, y me gusta mucho esta alfombra.

Como si se moviera a cámara lenta, Harper vio que Glenn se abalanzaba hacia delante y la agarraba por el brazo. *Lola* saltó hacia él y le mordió el brazo en el que llevaba el cuchillo.

Glenn gritó y el cuchillo se le cayó al suelo. Luego se quitó a la perra de encima y la lanzó hacia la pared. *Lola* se dio un fuerte golpe y aulló, y Harper saltó sobre él gritando. Le arañó la cara.

El exnovio de Gloria intentó volver a cogerla agarrándola por la coleta y los dos cayeron al suelo. Harper gateó rápidamente hacia el cuchillo, pero Glenn la sujetó del tobillo y tiró de ella. Se le puso encima y la aplastó contra el suelo. Harper vio que agarraba la empuñadura del cuchillo.

Oyó gritos, pero tardó en darse cuenta de que salían de su garganta. No estaba asustada, estaba furiosa.

Harper dio un codazo hacia atrás y le golpeó la cara a Glenn, que no soltó el cuchillo.

De repente, pareció que se encendían todas las luces de la casa, y Sophie y Hannah aparecieron corriendo por el pasillo. La primera llevaba un bate de béisbol con el que golpeó al hombre. Aunque Harper no vio dónde recibió el golpe, por el ruido que hizo supo que era en un lugar crucial. Glenn gritó como una fiera y acercó el cuchillo al rostro de Harper, que se quedó inmóvil. Sintió la punta del cuchillo en la mejilla y le arañó la mandíbula antes de volver a la delicada piel del cuello.

Harper notó que la sangre le recorría el cuerpo. Vio como *Lola* se enderezaba y oyó el rugido de Glenn. Sintió el pinchazo del cuchillo. Aquel no podía ser su final.

Entonces, advirtió el correteo de unos pies descalzos por el suelo de madera y un fuerte crujido. El cuerpo flácido de Glenn le cayó encima.

Todas empezaron a gritar.

—¡Quitádmelo de encima! —gruñó Harper—. Me está aplastando.

La perra se acercó a su dueña y le lamió la nariz.

—Mi niña preciosa —susurró Harper.

Lola empezó a mover la cola.

Gloria y Hannah le quitaron el peso muerto de Glenn de encima y Harper pudo volver a respirar. Se tumbó bocarriba y se quedó mirando al techo mientras *Lola* le acariciaba la oreja con el hocico.

—Atadlo con cinta de embalar —ordenó Sophie.

Hannah se colocó a horcajadas sobre el hombre y le ató las muñecas con la cinta.

—Pónsela más arriba para que se le enganche en los pelos de los brazos —sugirió Gloria entre jadeos.

Harper se giró hacia su amiga, que estaba apoyada en la escalera con su pijama de cuadros y una sartén de hierro en las manos.

En cuanto se les escapó la primera risita, ya no pudieron parar.

Era contagioso. Las amigas de Harper se sentaron en el suelo. Sus temblorosos cuerpos vibraban tanto por la risa como por la adrenalina.

Lola cojeó por delante de cada una de ellas y las fue lamiendo una a una para asegurarse de que estaban todas bien.

La puerta principal se soltó de las bisagras y cayó al suelo justo al lado de Sophie, a la que estuvo a punto de aplastar. Ty y Aldo entraron corriendo. El policía llevaba una pistola en la mano y el amigo de Luke tenía los ojos llenos de ira.

—Podríais haber entrado por la ventana —dijo Harper.

Todos se quedaron en silencio durante dos segundos y a ellas les entró un ataque de risa.

La *pizza* llegó a la vez que la policía. Harper aceptó la comida y le encargó al chico del reparto cuatro *pizzas* más para alimentar a toda la gente que había en casa.

Entre los policías, las *pizzas* y los vecinos, Harper pensó que todo el pueblo se habría enterado ya de las noticias.

Esposaron a Glenn una vez más y lo llevaron al hospital porque parecía haber sufrido un traumatismo en la cabeza bastante grave.

Como nadie quería que Harper pasara la noche sola, Aldo y Ty se unieron a la fiesta de pijamas, y una hora después, Finn, el marido de Hannah, se presentó en casa con un saco de dormir y sus aparejos de pesca.

—No os puedo dejar solas ni una hora sin que alguien acabe arrestado —bromeó abrazándolas.

Ty llamó al servicio de emergencias veterinarias del pueblo de al lado y uno de los trabajadores fue en pijama a ver cómo estaba *Lola*, a la que consideraban la heroína de la noche.

—Le dolerá un par de días, pero no tiene nada roto. Es una perra dura, ¿verdad, cariño?

Lola devoró la comida y se tumbó con la barriga hacia arriba mientras *Max* corría en círculos alrededor de ellos. El veterinario le dio a Harper un bote de analgésicos y le dijo que intentara que no se moviera mucho durante unos días.

Cuando la policía estaba acabando los interrogatorios, llegaron Frank y unos cuantos trabajadores de la constructora Garrison para tapar el agujero de la puerta y la ventana rota con madera contrachapada.

—Por la mañana vendremos a tomar medidas para encargar los cristales —dijo Frank mientras se limpiaba las manos con una servilleta—. Gracias por la *pizza*. Intentad que no se os cuelen más locos en casa.

Todas llamaron a sus familiares para decirles que estaban bien. Harper imaginó que el rumor correría como la pólvora y que todo Benevolence se enteraría. Seguro que al día siguiente habría reporteros del periódico del instituto delante de casa.

Intercambiaron sus versiones de lo que había pasado.

Cuando Harper había colgado a Ty, este se había dirigido enseguida al piso de Gloria, pero al no encontrar a Glenn, había enviado a otro policía a casa de la madre de Gloria y él había ido directamente a la de Harper. Había llegado allí al mismo tiempo que Aldo y los dos habían corrido hacia la puerta al oír los gritos.

Después de que Harper les dijera a sus amigas que se marcharan, Hannah se había llevado al pequeño *Max* al sótano mientras Sophie y Gloria iban a buscar armas.

Se habían encontrado en el pasillo y habían acudido a ayudar a su amiga. Gloria había golpeado a Glenn en la cara y lo había dejado inconsciente.

—Ha sido muy raro, como si no me viera —dijo—. Estaba tan concentrado en ti y en el cuchillo... —Se estremeció y Aldo la abrazó.

—Siento ser yo el que lo diga, Harper, pero ya sabes lo que tienes que hacer —dijo Ty.

—No quiero. —Negó con la cabeza—. Pensaré que ha sido mi culpa y se enfadará.

—Déjate de excusas y llama de una vez.

Ty le dio el móvil.

—Son las dos de la mañana —insistió ella.

—Buen intento. Hay ocho horas de diferencia. Si no lo haces tú, lo haré yo, y eso hará que se cabree todavía más.

Harper cogió el teléfono refunfuñando y abrió la aplicación para hacer videollamadas. Sabía que él preferiría verlo todo en lugar de que se lo contara y pensó que cuanto antes acabara con todo aquello, mejor.

Luke respondió inmediatamente.

—Nena, ¿qué pasa?

—¿Cómo sabes que ha pasado algo?

—Son las dos de la mañana.

Ty se cruzó de brazos, Harper lo miró con el ceño fruncido, abandonó la sala de estar y se dirigió al comedor.

—Harper, ¿por qué hay tanta gente en casa a las dos de la madrugada? ¿Y qué demonios le ha pasado a la ventana? ¿Estáis bien? ¿Por qué tienes una tirita en la barbilla?

Harper se tocó la mandíbula con los dedos.

—A ver, estamos todas bien, no hay nadie herido, pero hemos tenido un pequeño accidente. Glenn ha salido de la cárcel y ha venido a casa, ha roto algunas cosas hasta que *Lola* le ha mordido y Gloria lo ha dejado inconsciente de un sartenazo.

Luke se quedó pálido y respiró hondo para calmarse.

—Estamos todas bien. Un veterinario ha examinado a *Lola* y nosotras no tenemos nada más que un par de arañazos.

Luke se aferró al ordenador portátil con las dos manos y a Harper le preocupó que fuera a arrancar la pantalla.

—Ty —gritó Harper mirando hacia atrás—. Creo que necesita que lo calmes.

Ty, con una actitud seria de policía, le cogió el móvil.

—Están todas bien —empezó a decir.

—¿Qué coño ha pasado?

Harper se alejó por el pasillo y dejó que Ty se encargara de todo.

En cuanto Luke terminó de gritar, ella solo oyó partes entre las que destacaban las palabras «cuchillo» y «cinta de embalar». La conversación duró unos minutos, y cuando Harper vio que Ty enfocaba con el móvil a la ventana y la puerta principal, supuso que ya estaba lo suficiente calmado para hablar con él.

Harper asomó la cabeza por el comedor.

—¿Puedo ya hablar con él? —susurró.

Ty asintió.

—Le paso el móvil a Harper. Por favor no te enfades con ella, ya ha tenido una noche bastante difícil.

Harper tomó el teléfono; Luke respiró hondo y dijo:

—Hola.

—Hola. Lo siento mucho.

—No has hecho nada por lo que tengas que disculparte. Has hecho lo correcto, pero lo estoy pasando mal al pensar en todo lo que podría haber ocurrido.

—*Lola* y Gloria han estado geniales.

—Ty me ha dicho que ese cabrón te ha puesto un cuchillo en la garganta —añadió intentando controlar la ira en su voz.

—No lo recuerdo muy bien.

—Podría haberte perdido —dijo Luke con un tono duro. Se le hizo un nudo en la garganta por el dolor y la impotencia.

—No ha sido para tanto. Creo que solo quería asustarme.

Él se frotó la cara con las manos.

—Bueno, esto es lo que vamos a hacer. Ve a la planta de arriba y desnúdate para que vea por mí mismo que no te ha hecho daño. Luego, hablaremos de los vigilantes armados que voy a contratar para que hagan guardia en casa hasta que llegue yo.

Harper rio.

—Te echo tanto de menos.

—Lo digo en serio. Ve a la planta de arriba.

A la mañana siguiente, cuando Harper se despertó, no sentía las piernas. Por un momento, se asustó al pensar que sufría una parálisis, pero cuando abrió los ojos vio que los culpables eran los perros, que se habían quedado dormidos encima de ella. La contractura del cuello le confirmó que había sido muy mala idea dormir en el suelo.

Se levantó y observó la habitación. Aldo y Gloria estaban dormidos abrazados en el sillón; Ty y Sophie se apiñaban en el sofá de dos plazas, que tenía una parte extensible para los pies. A la derecha, Hannah y Finn se abrazaban en el saco de dormir que él había traído. James estaba despatarrado a los pies de Harper y encima de la cama de *Lola*.

James había llegado a las tres de la madrugada, supuestamente después de que su madre lo llamara para contarle qué había pasado.

Todos estaban a salvo. El peligro de la noche había quedado atrás. Harper se estremeció al recordar el brillo del cuchillo contra su piel.

Ahora estaba a salvo y en compañía de su gran familia, a la que había elegido cuidadosamente.

Harper se quitó a *Max* y a *Lola* de encima, que gruñeron en sueños, y caminó de puntillas hasta la cocina.

Eran las ocho de la mañana, la hora perfecta para un desayuno de campeones.

Sacó el beicon del congelador y lo metió en el microondas para descongelarlo rápidamente. Gracias a las gallinas de Claire, tenía docenas de huevos frescos en la cocina.

Preparó café.

Estaba contenta de que Ty la hubiera obligado a llamar a Luke, pues solo con ver su cara y escuchar su voz se había sentido mucho más segura. Luke había examinado con detención sus golpes y arañazos y, cuando estuvo

convencido de que no le había escondido ninguna herida que pusiera su vida en peligro, le hizo jurar que no se haría ni un rasguño durante lo que quedaba de verano. Harper se lo prometió felizmente.

Cuando el resto empezó a despertarse en la sala de estar, el beicon ya se estaba tostando, en una sartén que no se había usado para golpear en la cabeza a un criminal, y el café estaba listo.

Era un nuevo día.

Capítulo 40

Septiembre, octubre, noviembre...

—**E**stoy impresionado, Harpa —dijo Aldo cuando doblaron una esquina en el camino—. Hace unos meses no podías correr de punta a punta en un campo de fútbol americano, pero mírate ahora.

Harper puso los ojos en blanco al oír el apodo y lo miró por encima del hombro.

—Podría decir lo mismo de ti —bromeó. Disfrutaba del ritmo que él marcaba.

—Sí, pero yo tengo un físico perfecto. Estoy diseñado para correr sin importar las piernas que tenga. Tú eres un parásito de escritorio que se pasa el día durmiendo.

Ella jadeó y una pequeña nube de vaho apareció delante de su boca debido al frío de la mañana.

—¿Un parásito de escritorio?

—Bueno, te pasas todo el día sentada delante del escritorio.

—¿De dónde sacas esas cosas?

Se tocó la sien con un dedo.

—Aquí tengo todos los secretos del universo.

—Pues vamos a ver si esos secretos te ayudan a correr más —respondió Harper acelerando el paso.

Aldo tenía razón: hacía unos meses, la idea de ir a correr antes de las siete de la mañana le habría hecho esconderse en la cama, pero ahora estaba allí. Sentía que las piernas cobraban vida propia debajo de su cuerpo y que los pies tocaban rápidamente el asfalto.

Iba con Aldo al parque una vez a la semana y hacían un recorrido más largo que de costumbre. Era una máquina. Los terapeutas estaban entusiasmados con lo mucho que había progresado y Harper se alegraba de que ya no pareciera frustrado. El amor era la mejor motivación.

La amabilidad sincera de Gloria había sido milagrosa para la depresión que había amenazado con apoderarse de Aldo. Probablemente lo había salvado de matar a su madre o de que ella lo matara a él.

—¡Lo haces para presumir! —dijo Harper cuando Aldo la adelantó por el lado—. Cuidado que no se te caiga la pierna —le gritó.

—Es que quiero llegar antes de que amanezca.

Harper empezó a dar zancadas más grandes y lo alcanzó en una cuesta. A menos de dos kilómetros, el camino por el bosque conducía al lago y a una vista perfecta del amanecer. Era el momento favorito del día para Harper: cuando veía que los colores del cielo teñían el agua del lago. Pensó que aquel amanecer era un regalo de sus padres para decirle que todo iba a salir bien, que la vida era hermosa y que no debía desperdiciar ni un momento.

—¿Estás preparada para el regreso de Luke? Vuelve la semana que viene, ¿no? —preguntó Aldo para entablar una conversación. Al parecer, correr a toda velocidad no le afectaba ni lo más mínimo.

—Intento no darle muchas vueltas, así que ahora solo lo pienso cada medio segundo. —Harper suspiró—. No pasamos mucho tiempo juntos antes de que se fuera, pero aun así, me siento como si estos seis meses me hubiera faltado una extremidad. No te ofendas. Estoy emocionada y aterrorizada, y todo lo que puedas imaginar.

—¿Aterrorizada?

—Llevamos siete meses de relación y él se ha pasado seis en la otra punta del mundo. ¿Y si ya no le gusto? ¿Y si todo es diferente? ¿Qué pasa si no puedo soportar la razón por la que no me ha contado lo de Karen?

Aldo se detuvo y le puso una mano en el brazo.

—¿Qué pasa? ¿Quieres que paremos? —preguntó ella.

Él sonrió con suficiencia.

—¿Acaso parece que necesite un descanso?

La piel aceitunada de su rostro brillaba a causa del esfuerzo. Llevaba una sudadera con capucha y unos pantalones de chándal de la Guardia Nacional que le cubrían el musculoso cuerpo, que había conseguido con tanto trabajo y dedicación.

—No. Tienes pinta de correr media maratón sin que te suponga mucho esfuerzo.

—Exacto. Y deja de preocuparte. Tenéis todo lo que hace falta para salir adelante.

—Te quiero, Aldo.

Él la miró sorprendida.

—No de ese modo. —Puso los ojos en blanco—. Eres lo más parecido que tengo a un hermano y te quiero.

—Ah, vale. Yo a ti también, Harpa —respondió bruscamente.

—No tienes que decirlo solo porque te lo haya dicho yo. —Harper le pegó un puñetazo en el brazo.

Aldo le inmovilizó la cabeza con el brazo y la despeinó con la otra mano.

—Qué va, tontorrón. Eres como la hermana que nunca he querido tener.

Empezaron a correr poco a poco hasta que volvieron a recuperar el ritmo.

—¿Le darás una sorpresa a Luke cuando llegue?

Harper rio.

—Creo que sería lo que más odiaría. No. De hecho, me dijo que no quiere que vaya a buscarlo, quiere que lo espere en casa.

—Ya sabes por qué.

Harper suspiró.

—Sí, pero aun así, me duele imaginar que no habrá nadie para darle la bienvenida cuando llegue. Han pasado muchos meses y no quiero perder el tiempo que va a tardar en llegar a casa. Desde que me dijo que volvía, los segundos se me hacen eternos. Solo quiero que llegue ya. Quiero mirarlo a los ojos y...

Cuando salieron del bosque, el sol empezaba a trepar por encima de los árboles. Había una persona, sola y con uniforme militar, mirándolos y dando la espalda al precioso amanecer.

—No —susurró Harper mientras negaba con la cabeza. Se quedó perpleja—. Yo...

El chico extendió los brazos y Harper echó a correr hacia él tan rápido como pudo.

Él empezó a correr también y, cuando se encontraron, Luke la cogió al vuelo y la abrazó con fuerza. Harper le rodeó la cintura con las piernas y le puso las manos en la cara.

—¿De verdad eres tú? ¿Estás aquí?

Ella contempló sus ojos castaños, sus pestañas, sus pómulos y la barba incipiente que le cubría la mandíbula.

—He vuelto, nena —dijo él con una voz áspera y ronca.

A ella se le escapó un sollozo y Luke la abrazó con fuerza. Sus bocas se encontraron y se dieron un beso lleno de necesidad y posesión. Harper sintió una llama en su interior cuando la lengua de Luke encontró la suya. Se sintió viva. Así era como la hacía sentir cuando la tocaba.

No podía respirar más que el aliento de Luke, no quería nada más. Es aquel momento, tenía todo cuanto necesitaba.

Harper notó un gusto salado y se dio cuenta de que eran sus lágrimas.

Se le escapó un breve gemido y él gruñó y se apartó lentamente mientras le mordía el labio. Ella lo cogió por el cuello de la camisa para que no se alejara demasiado y Luke le agarró el culo con fuerza.

Harper fue a besarlo otra vez, pero se detuvo al oír que Aldo se aclaraba la garganta.

—Chicos, estáis fastidiando un amanecer precioso —bromeó.

Luke dejó que Harper se deslizara por su cuerpo hasta llegar al suelo, aunque no la soltó ni un instante.

—Lo sabías y no me has dicho nada —dijo Harper y le dio un golpe a su amigo en el brazo.

Aldo sonrió.

—¡Sorpresa!

—Gracias, tío —añadió Luke antes de darle un abrazo con un solo brazo.

Aldo le dio una palmada tan fuerte en la espalda que si hubiera sido Harper, la habría hecho caer de rodillas.

Harper se apartó un momento de los chicos para darles un momento a solas y vio, con un nudo en la garganta, que el abrazo frío del principio se convertía en uno fraternal.

—Tienes buen aspecto, Moretta. —Luke se apartó y le despeinó los rizos con una mano.

—Me siento bien. Mira qué prótesis. —Se subió el pantalón para enseñársela.

Harper vio el movimiento de la nuez de Luke al tragar y supo que aún no había superado el recuerdo de las imágenes de su amigo de la infancia en un charco de su propia sangre. Luke asintió con la cabeza, pero se quedó en silencio.

—Oye —dijo Aldo dándole una palmada en el hombro—. Estoy bien. Mejor que bien.

Luke tensó la mandíbula y volvió a abrazar a Aldo.

—Lo siento, tío.

Aldo le dio una colleja y respondió:

—Cállate. No tienes que pedirme perdón por nada, gilipollas.

Luke le dio un empujón amistoso.

—Capullo.

Aldo se tambaleó y movió los brazos para equilibrarse. Cuando Luke, preocupado, extendió un brazo para que se agarrara, él le respondió:

—¡Loco! —Sonrió y empezó a dar saltitos—. Gracias a tu chica, lo tengo todo bajo control.

Luke alargó un brazo hacia Harper y tiró de ella. Le metió una mano por debajo de la chaqueta y de la camiseta y le acarició la piel de la espalda.

—¿Te ha cuidado bien?

—Hasta me ha conseguido compañía femenina.

Harper puso cara de exasperación.

—¡No hables de Gloria como si fuera una prostituta!

Aldo se miró el reloj.

—Me encantaría quedarme a charlar, pero ahora que hemos mencionado a mi chica, me he acordado de que me está esperando. Tenéis cuarenta y cinco minutos para ir a la cafetería.

—¿A la cafetería? —Luke miró a Harper.

Harper entendió el plan de Aldo.

—Qué bueno eres. ¿Lo sabe alguien más?

—No —dijo Aldo con un guiño. Le lanzó unas llaves a Luke—. Tienes la camioneta en el aparcamiento al otro lado del bosque.

—¿Cómo has traído su coche hasta aquí?

—Gloria y yo lo robamos anoche del garaje. Duermes como un tronco.

—¿No vuelves con nosotros? —preguntó Luke a su amigo sin dejar de mirar a Harper.

—No. Gloria me está esperando con mi camioneta. Nos vemos pronto. Me alegro de tenerte de vuelta en casa, Luke. Hasta dentro de un rato, Harpa.

Y sin decir nada más, se alejó hacia el aparcamiento.

Luke no perdió ni un segundo en observar como se iba su amigo, solo tenía ojos para Harper. La rodeó con los brazos. Ella tenía el pelo rubio recogido en una cola de caballo y llevaba ropa de licra desde el cuello hasta los tobillos y una chaqueta de Under Armour para protegerse del frío del invierno. A Luke le pareció la cosa más atractiva que había visto en su vida.

No había hecho más que pensar en las ganas que tenía de ver los ojos grises y ansiosos de Harper. Por algún motivo que desconocía, estaba más guapa que cuando se había ido. Hacía mucho tiempo que no sentía tantas ganas de regresar a casa.

Harper le rodeó el cuello con las manos y lo miró fijamente a los ojos.

—No me puedo creer que estés aquí —le dijo, finalmente.

—¿Me has echado de menos? —La llevó por el bosque y la alejó del camino.

—Solo todos y cada uno de los segundos de los últimos ciento ochenta y nueve días. —Le puso las manos en la cara y le acarició la barba con los pulgares—. ¿Cómo puede ser que te quiera más en este mismo instante que cuando te marchaste?

Luke suspiró y soltó el aliento que no sabía que había estado conteniendo. ¿Estaba aliviado? Los despliegues militares cambiaban a la gente de ambos bandos, y había pensado, alguna vez en la oscuridad de la noche, que era posible que ella no lo esperara o no lo deseara cuando volviera a casa.

Habían pasado muchas noches entre él y lo que le había dicho a Harper.

La besó con ímpetu hasta que sintió que las rodillas le cedían.

—Te necesito.

A Luke le pareció que aquellas palabras sonaron muy bruscas, pero no podía decirlo de otra manera; lo había puesto cachondo. Le acarició el cuerpo con las manos y le bajó la cremallera de la fina chaqueta. Luego le quitó la camiseta de manga larga para tocar cada centímetro de su piel. Harper llevaba un sujetador deportivo.

—¿Cómo se quita esto? —gruñó sin separar los labios de los de Harper.

Su risa ronca hizo que Luke se olvidara de ser delicado.

—Necesito tocarte, Harper. ¿Confías en mí?

Ella se apartó apenas un milímetro, lo miró con los ojos abiertos y asintió.

Luke cogió una navaja que llevaba en el bolsillo y tiró de la tela.

—Te compraré uno nuevo —dijo mientras le cortaba el sujetador por la mitad. Arrojó la navaja al suelo y recibió con las manos sus pechos. La levantó del suelo y añadió—: Nena, creo que no vamos a llegar a la camioneta.

—Esperaba que dijeras eso —respondió ella antes de empezar a besarle por el cuello y de tirarle del cinturón.

Luke necesitaba introducirse en su interior, sentir su vagina alrededor de su pene. Quería ver sus ojos adormilados después del orgasmo.

Le cogió las manos, que le recorrían todo el cuerpo, y se la llevó hacia el bosque. Se quitó la camiseta y la dejó en el suelo cubierto de musgo. Con un solo movimiento, la levantó del suelo y la tumbó. Ella jadeó sobre sus labios y él se excitó todavía más.

Sería un milagro que aguantase tras la primera embestida. Luke apartó los labios de los de Harper y los bajó hacia el esternón, la besó y se centró en uno

de sus senos perfectos.

—He soñado con este momento —suspiró sobre su pezón antes de metérselo en la boca.

Ella curvó la espalda hacía él y Luke sintió el calor que emanaba de su cuerpo a pesar de las capas que los separaban.

—¿Estás húmeda?

Ya sabía la respuesta, casi le parecía que lo notaba al frotar su erección contra ella. Cambió de pecho y lo empezó a lamer y a chupar hasta que el pezón se endureció.

El cuerpo de Harper era muy sensible al de Luke. Solo le hacía falta que la tocara o la lamiera una vez. Se metió el pezón en la boca y jugueteó hasta que ella pronunció su nombre con un gemido.

Llevaba mucho tiempo esperando para volver a oír su nombre en los labios de Harper así.

—Cuando empiece, no podré parar —la advirtió.

—Por favor. Solo quiero sentirte en mi interior. Por favor. —La súplica fue suficiente para convencerlo. Se quitó el cinturón de nailon y dio las gracias a Dios porque los pantalones tuvieran velcro. Una vez liberado, su grueso miembro se tensó hacia el calor de Harper.

Se bajó las mallas de deporte desde debajo de él y, con su ayuda, las llevó hasta los tobillos y se quitó un zapato.

Incapaz de esperar más, Luke la puso contra el suelo del bosque y colocó el pene en la húmeda entrada de su sexo. Se detuvo un segundo, quería memorizar su rostro marcado por la necesidad. Por el deseo que sentía de tenerlo en su interior, de que la hiciera llegar al orgasmo. Era suya.

Luke la penetró con un movimiento feroz. Harper amortiguó el grito en el hombro de Luke.

Por fin había regresado.

No le había dado la oportunidad de que se acostumbrara a él.

—Joder, nena, lo tienes muy estrecho —gruñó mientras volvía a embestirla hasta el fondo.

Rodeaba todos y cada uno de los centímetros de su erección. Una y otra vez, se introdujo en ella hasta golpearla con los testículos. Luke ya sentía que los músculos de Harper se tensaban alrededor de su pene. Estaba a punto de alcanzar el clímax.

Se inclinó y le succionó el pezón con fuerza, provocándole a la vez placer y dolor. Empezó a sacudir las caderas con movimientos más cortos y rápidos. Ella subió las piernas y le rodeó las caderas.

Luke oyó el ruido de unas ramas y hojas, pero no le importó. Harper abrió los ojos de par en par y miró hacia el camino, a pocos metros de distancia, pero cuando Luke le tapó la boca, volvió a centrarse en él.

Negó con la cabeza y no se detuvo, siguió penetrándola. En el último segundo, cambió el ángulo y vio que los ojos de Harper se vidriaban por el anhelo que sentía en lo más profundo de su ser.

Un grupo de gente corriendo pasó por el camino, pero Harper solo veía a Luke, que articulaba «Córrete» sin dejar de embestirla una y otra vez. Sus músculos temblorosos lo obedecieron y se cerraron sobre la erección cuando Luke se desató en su interior y dejó que los espasmos le extrajeran hasta la última gota de líquido. Cuando se dejó caer sobre ella, le aplastó los senos con el torso.

Harper se aferró a él con las piernas para mantenerlo en su interior y susurró:

—No me dejes.

—Nunca más, nena.

Se giraron para que ella quedara encima y Luke le acarició todos los rincones de la piel que encontró.

—No sé si me gusta que salgas a correr con otros hombres con esa ropa. Recuérdame que te compre unos pantalones de chándal anchos.

—Solo es Aldo. No todos los hombres quieren llevarme detrás de un árbol para abalanzarse sobre mí —bromeó.

—Cualquier hombre con pene y cerebro querría hacerlo. —Le pellizcó la cadera y la ayudó a subirse las mallas—. Vamos a casa y así podremos pasar el día haciendo esto —comentó con una voz áspera antes de besarla en el estómago.

—De acuerdo, pero primero tenemos que hacer una parada. —Sonrió al pensar en la sorpresa que se llevaría la familia de Luke.

Capítulo 41

Cuando abrieron la puerta de cristal de la cafetería, Harper vio al grupo. Cuando Luke se había ido, habían empezado a reunirse una vez a la semana para desayunar y, aunque los horarios no siempre eran compatibles y no siempre iba la misma gente, ese día habían tenido que pedir dos mesas para que cupieran todos.

—Siento llegar tarde. ¿Creéis que cabe uno más? —dijo Harper al llegar con Luke.

Vio a Claire levantar los ojos para mirarla y quedarse helada. Sophie gritó y se levantó rápidamente mientras Ty, con Josh en brazos, los miraba con cara de tonto. Claire se levantó de la silla y estuvo a punto de tirar a Sophie para ser la primera en abrazar a su hijo.

Harper le soltó la mano y se apartó cuando llegaron las dos mujeres.

—Madre mía, si la viste hace dos días, ¿a qué viene todo...?

Charlie se dio media vuelta en el asiento para ver qué había pasado.

Cuando vio que su mujer y su hija abrazaban a Luke, se levantó despacio. James se unió a ellos y los clientes del bar empezaron a aplaudir.

Charlie le pasó a Harper un brazo por los hombros.

—Qué sorpresa tan buena, niña.

Ella lo cogió por la cintura.

—No tenía ni idea. Me ha sorprendido en el parque gracias al pícaro de Aldo, aquí presente —respondió señalando a Aldo con el pulgar.

Aldo guiñó un ojo desde la silla; Gloria sonreía a su lado.

Charlie se aclaró la garganta y se inclinó hacia Harper.

—Tienes palos y hojas en el pelo. —Le guiñó un ojo, se dirigió hacia su hijo y dejó a Harper peinándose la coleta frenéticamente.

Después de secarse las lágrimas, Claire y Sophie dieron un paso atrás para dejar que Luke y Charlie se saludaran.

—Papá. —Luke alargó una mano.

—Hijo. —Charlie le estrechó la mano y tiró de él para abrazarlo—. Bienvenido a casa.

Cuando Charlie soltó a Luke, Harper vio la cara de sorpresa que puso al darse cuenta de quién era la siguiente persona que esperaba para saludarlo.

—Joni —dijo Luke en voz baja. Miró a Harper y ella advirtió los sentimientos contradictorios que se reflejaban en su rostro.

—Hola, Luke —respondió Joni en voz baja—. Bienvenido a casa. —Respiró hondo y extendió los brazos.

Harper sorbió por la nariz y Claire le puso una mano en el hombro para tranquilizarla mientras observaban como Luke se tensaba al contacto con la mujer y luego la rodeaba con los brazos.

Luke no dejó de mirar a Harper en ningún momento.

—Lo siento mucho —susurró Joni desde su hombro.

Harper le estrechó la mano a Claire.

—¿Por qué no habláis mientras te pido un café, Luke?

Luke se separó de la mujer, se acercó a Harper y le puso las manos en la cara.

—Lo siento mucho —susurró tan bajito que solo ella lo oyó.

Harper cerró los labios y asintió con lágrimas en los ojos.

—Ve a hablar con ella, yo estaré aquí cuando vuelvas.

Él se inclinó como si fuera a besarla, pero cambió de opinión en el último momento. Le dio un beso casto en la mejilla y abrió la puerta para que Joni saliera.

Harper se sentó con el resto e intentó ignorar el mal presentimiento que notaba en el estómago. Aquello era lo mejor para los dos, daba igual lo que eso implicara para ella. Joni y Luke debían hablar para pasar página.

Claire la hizo volver a la realidad cuando le preguntó por qué tenía hojas en el pelo.

Luke encorvó los hombros al bajar por los escalones de la cafetería y se metió las manos en los bolsillos para protegerse del frío. Se suponía que era él quien tenía que dar la sorpresa y, sin embargo, estaba hablando con la madre de su mujer fallecida. ¿Cómo habían chocado su pasado y su presente mientras él no estaba? ¿Y qué significaba aquello para todos?

—No sabía que habías vuelto —dijo Joni—. Si no, te habría dado espacio para que estuvieras con tu familia.

—Siempre eres bienvenida —respondió él mientras se acariciaba nuca con una mano.

—Supongo que te estarás preguntando qué hago con tu familia —comentó ella con una sonrisa—. Bueno, es lo que pensaría yo en tu lugar.

—Se me ha pasado por la cabeza. —Sintió que se le curvaba la comisura de la boca.

Joni suspiró; sus rizos morenos bailaban en el aire frío.

—Todo empezó hace unos meses, cuando me crucé con Harper. Cuando me enteré de quién era, la atacué.

Luke se tensó y ella levantó las manos.

—No te preocupes, ya me riñó ella. Me dijo que me estaba comportando como una idiota, pero que eso es lo que les hace a veces el duelo a las personas. Y estaba en lo cierto. Cuando perdí a Karen... Cuando la perdimos, sentí que yo también morí ese mismo día. Tú tenías a tu familia y tu empresa y la Guardia, pero ella era lo único que me quedaba. Me daba miedo que pasaras página y te olvidaras de ella. Me daba miedo que su vida, y la mía, no tuvieran ningún significado. Te culpé. —Se atragantó con las últimas palabras.

Luke se cruzó de brazos y se quedó en silencio.

—Quería que fuera tu culpa, pero en realidad fue solo mía.

—Joni, tenías razón al echarme la culpa. Si no le hubiera pedido que viniera...

La mujer negó con la cabeza. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Yo le envié un mensaje. Le dije que llegaría tarde. Ella se salió del carril al leerlo. Fui yo. Fue mi culpa.

Luke se quedó sin aliento. Sacudió la cabeza de un lado al otro.

—No fue tu culpa. Fue un accidente.

—¿Cuántas veces te han dicho eso durante estos años? ¿Y cuántas veces eso ha hecho que dejes de sentirte culpable?

—Muchas. Y ninguna. —Se apoyó en la barandilla—. No te culpo, Joni.

—Ni yo a ti, Luke. Creo que nunca te culpé de verdad. Siento lo que dije en el funeral. Siento haberme alejado de tu familia cuando ellos solo querían ayudarme. Y siento haberle dicho a Harper lo que le dije, aunque ella me dijera que como volviera a pedirle perdón me daría una bofetada.

Luke no pudo evitar sonreír al oírlo.

—Cuando dejamos de discutir, me invitó a cenar el domingo con tu familia y... bueno, aquí estamos. Entendería que no quisieras... que estuviera aquí.

—Eres parte de mi familia —dijo. Lo creía de verdad.

Miraron por la ventana del bar al grupo, que se pasaba platos de tortitas y huevos.

—Sé que viniendo de mí y debido a nuestro pasado esto puede resultar un poco incómodo, pero me gusta Harper. Me gusta mucho.

Luke asintió. Sí, era una situación incómoda.

La mujer le puso una mano en el brazo.

—Otra cosa más.

—No sé si puedo asumir muchas cosas más ahora mismo —contestó medio bromeando.

—Sabía lo del bebé. Karen me lo contó y me hizo jurar que guardaría el secreto. Solo quiero que sepas que sé todo lo que perdiste ese día.

Harper miraba nerviosa por la ventana. Que ninguno de los dos estuviera gritando ni se hubiera ido enfadado era una buena señal.

Respiró hondo. Cuando se había levantado aquella mañana, no tenía ni idea del día tan emotivo que iba a vivir.

Joni y Luke volvieron. La mujer sonreía, pero era imposible leer la expresión de Luke. Con los ojos fijos en Harper, se sentó a su lado, pero en lugar de abrazarla, mantuvo las distancias. Harper deseó estar a solas con él y dejó de pensar para centrarse en el plato de huevos que tenía delante.

Luke había vuelto a casa y eso era lo que importaba. Ya encontrarían una solución. El desayuno se alargó cuando empezaron a contar historias mientras tomaban el café. Todos querían informar al recién llegado de lo que había sucedido en los últimos seis meses y él los escuchaba felizmente. Harper los escuchaba mientras intentaba no preocuparse por todas las cosas de las que tendría que ponerse al día con Luke.

Joni fue la primera en irse porque tenía que hacer unos recados.

Luke llevó una mano debajo de la mesa y le dio un apretón en la rodilla. Harper colocó la mano encima de la suya y se la estrechó. Cuando la tocó, sintió un cosquilleo en su interior.

—Vámonos —le susurró al oído.

Harper notó la caricia de sus labios en la piel.

Capítulo 42

Por fin estaban en casa. Luke había perdido la cuenta de las veces que había pensado en la casa y en lo que había tras sus paredes en los últimos seis meses. La estructura era la misma, pero se advertía el paso del tiempo en algunos detalles.

Habían ocurrido muchas cosas mientras él había estado ausente y no sabía cómo se sentía con algunas de ellas. No sabía cómo se sentían los demás al respecto. Harper había estado muy callada en el trayecto a casa. Él no tenía ni idea de cómo había aparecido Joni en escena, pero sí que sabía lo que significaba: Harper sabía lo de Karen.

Al verlas juntas, sintió un pánico del que todavía no había conseguido deshacerse. Sus dos mundos habían chocado y no entendía cuáles serían las repercusiones. Ver a Joni con su familia y con Harper lo había desconcertado. Nunca había imaginado retomar aquella relación, tener a Joni de nuevo en su vida era como catapultarse al pasado. Aún no había superado lo que le había dicho en el funeral de su hija, ya que las palabras de la mujer expresaban lo que él pensaba a la perfección. ¿Y se había disculpado con él? Joni no le debía nada; era él quien tenía que pedir perdón. A ella y a Harper.

Se había comportado como un idiota al pensar que podría mantener en secreto su pasado. ¿Acaso Harper no merecía saber por qué no podía ofrecerle nada más? Había sido egoísta y estúpido pensar que podía ocultárselo. Ahora estaban distantes.

Luke había intentado pedirle perdón de camino a casa.

—Bueno. Lo de Joni...

Pero Harper no mordió el anzuelo.

—Sí. —Asintió y no dijo nada más.

Por lo menos la casa estaba intacta.

Los parterres estaban bien podados y cubiertos por una capa de abono para el invierno. Harper había plantado flores entre la vegetación de la casa y le había enviado una foto cada semana para enseñarle el progreso. Había

decorado la casa para Halloween con calabazas y momias, que seguían en la puerta principal. Luke tensó la mandíbula al darse cuenta de que la puerta era nueva.

Era una réplica casi perfecta de la original; Frank había hecho un buen trabajo, pero Luke no podía evitar pensar en el peligro del que no había podido proteger a Harper.

Ella giró la llave en la cerradura.

—Me muero de ganas por ver el reencuentro —dijo con la cabeza vuelta hacia atrás y una mueca.

Él la cogió por la coleta rubia e hizo que se girara hacia él.

—Bésame antes.

Se tomó su tiempo para acercarse a él y rodearle el cuello con los brazos.

Le tiró de la coleta y le echó la cabeza hacia atrás. Cuando posó los labios sobre su boca entreabierta, se fusionaron en un beso que los convirtió en uno. Tenían la respiración acompasada y el sabor del otro en los labios; Luke ya no sabía dónde acababa su cuerpo ni dónde empezaba el de ella. Le invadió la boca y consiguió lo que más deseaba: que ella se rindiera. Nunca se cansaba de su dulce sabor, siempre lo dejaba fuera de juego.

En cuanto sus bocas entraron en contacto, Luke notó una chispa. La necesidad que él sentía era correspondida y en ese momento entendió que, independientemente de lo que hubiera pasado, todavía se deseaban. No era algo que se pudiera esconder ni negar.

Necesitaba a Harper Wilde tanto como respirar.

—Te he echado tanto de menos... —dijo Luke sin apartar los labios de los suyos.

Harper se quedó en silencio, pero lo agarró por el cuello de la camisa para que no se alejara.

La volvió a besar, pero cuando sintió que ella se estremecía, decidió apartarse antes de arrancarle los pantalones en el porche. Gruñó.

—Vamos dentro.

Ella suspiró y asintió.

—Primero los perros. Luego subimos. —Se giró hacia la puerta—. ¿Estás listo para un reencuentro baboso?

Harper sonreía, pero la alegría no se le reflejaba en los ojos.

Era un reto, pero se desharía de esa pared, aunque tuviera que quitar los ladrillos uno a uno, hasta que no hubiera nada que los separara.

Quizá no podía quererla como ella se merecía, pero podía darle todo lo demás.

Cuando Harper abrió la puerta, los perros corrieron hacia ella. En cuanto *Lola* se dio cuenta de que Luke estaba allí, convirtió los ladridos de emoción en gimoteos. Movía la cola con tanta fuerza que a Luke le preocupaba que rompiera el revestimiento de la pared. Él se puso de rodillas y *Lola* le saltó encima, le puso las patas delanteras sobre los hombros y le empezó a mordisquear la nariz. *Max* comenzó a tocarle la espalda con las patas y a dar ladridos, lo que hacía que le temblara todo el cuerpo. Luke lo cogió y se lo puso en el pecho mientras acariciaba la barriga de *Lola*.

—Me han dicho que le has salvado la vida a mami, preciosa.

—Parece que te han echado de menos —dijo Harper riendo brevemente.

—Y yo a ellos. Casi tanto como a ti. —Se levantó y se quitó a los perros de encima—. Creo que me vendrá bien una ducha después de esta bienvenida. —Tiró de Harper hacia él—. ¿Me esperas para ir a la cama?

Ella se acurrucó en él.

—Claro.

Luke dejó que el agua se llevara por el desagüe los seis meses en el desierto, las preocupaciones y el cansancio.

Había regresado a casa y ahora tenía que retomar su vida. En la cafetería no había podido tocar a Harper como le hubiera gustado, porque Joni estaba delante.

Se sentía culpable. ¿Cómo iba a estar con Harper después de lo de Karen? Se deshizo de la idea; nadie podría ocupar el lugar de su esposa, no dejaría que eso ocurriera. Pero él seguía vivo. ¿Es que eso no significaba nada?

Cerró el grifo y agarró una toalla, que también era nueva. Era una de esas grandes y esponjosas que servirían para secar a una persona y, después, un coche. Se puso la toalla alrededor de la cintura y se fue a la habitación.

Tuvo una erección en cuanto se dio cuenta de que Harper lo esperaba en la cama. Se había quitado la ropa deportiva y se había puesto un corsé negro con transparencias de raso y encaje que casi no le tapaban ni los pechos.

—Ven —dijo ella poniéndose de rodillas.

Su cuerpo obedeció como si estuviera embrujado. Se quitó la toalla y gateó hacia ella en la cama.

—Eres preciosa, Harper —le susurró cuando sus bocas se encontraron—. Esto es nuevo. —Acarició el borde del corsé con el dedo.

—Compré unas cuantas cosas para cuando volvieras.

No le podía decir las palabras que ella más deseaba oír, pero podía ofrecerle todas las demás que merecía.

—No he dejado de pensar en ti, nena. Me moría de ganas de volver.
—Bajó los labios y le recorrió la mandíbula y el cuello.

—Te he echado muchísimo de menos.

Harper se estremeció y le clavó los dedos en los hombros.

—Te quiero, Luke.

—No llores, nena. —Le enjugó con los pulgares las lágrimas que le caían por las mejillas.

Ella parpadeó para deshacerse de ellas.

—¿Todavía me deseas?

Sus manos se quedaron inmóviles.

—Harper —dijo—, eres lo que más deseo.

Ella lo empujó hasta que quedó tumbado sobre la almohada y se colocó encima de él. Luke notó la barrera sedosa que era la ropa interior sobre la piel. Harper le besó la mandíbula y descendió por el cuello. Lo besó, mordisqueó y lamió por el torso hasta llegar al abdomen. Luego siguió hacia abajo.

Luke casi se cayó de la cama al sentir el roce de los labios de Harper en el pene. Movié las caderas hacia ella, que se introdujo el miembro en la boca.

Cuando se lo llevó hasta el fondo de la garganta, él gruñó.

—Dios mío, nena.

Harper agarró la base del grueso pene y empezó a deslizar la mano por encima, a la vez que imitaba el movimiento con la boca una y otra vez.

Entonces gimió y la vibración del sonido casi bastó para que él eyaculara.

Luke la agarró del pelo y le dijo:

—Quiero ir más despacio. Quiero estar dentro de ti.

Harper dejó que tirara de ella y la acercara a su boca. Intentó girarse para ponerse encima, pero ella le puso las manos en los hombros y se puso a horcajadas sobre él.

—No te muevas —le susurró.

Con una mano, le cogió el pene y lo dirigió a la húmeda entrada de su vagina. Se introdujo poco a poco cada uno de los centímetros de la erección hasta llegar al fondo. Luke tuvo que aguantar las ganas de marcar el paso y embestirla rápidamente hasta correrse.

—No tengas prisa, nena —susurró acariciándole la cara.

Ella levantó el torso y dejó que el pelo le cayera por la cara. Cerró los ojos y se movió a un ritmo lento y sensual. Tenía el cuerpo más definido y fuerte que antes. Parecía una diosa cabalgando hacia la guerra.

—Abre los ojos, Harper.

Sus ojos grises y cargados de lujuria se abrieron poco a poco. Luke movió la cadera hacia ella y la vio sonreír. Dejó que Harper marcara el ritmo y él se dejó llevar. El tiempo se detuvo cuando la magia de Harper empezó a surtir efecto en él.

Luke se levantó para quitarle el sujetador y vio que los pezones ya estaban erectos y apuntaban hacia él. Se llevó uno a la boca y lo succionó despacio y con fuerza.

Sintió la respiración de Harper en el pene. Volvió a succionarle el pezón, esta vez con más fuerza, y sintió que la vagina se tensaba alrededor de su miembro. Un cosquilleo en los testículos lo avisó de que estaba listo.

—Luke.

—Adelante, nena.

La cogió con fuerza por las caderas, tiró de ella hacia su erección y la embistió violentamente. Ella tensó las piernas a su lado y Luke sintió una primera ola del orgasmo en el miembro. Las contracciones de la vagina le hicieron eyacular y dejar una parte de él en su interior.

Con el cuerpo tembloroso, Harper se tumbó encima de él. Daba igual las palabras que se dijeran o no pronunciasen, la conexión que sentían era innegable.

Ella lo amaba con todo su ser.

—Tenemos que hablar —dijo él, enterrado bajo su hombro.

—Vamos a dormir. Ya hablaremos mañana.

Luke le acarició la espalda y sintió que las lágrimas de Harper le mojaban el cuello y el hombro.

Unas horas más tarde, Harper se despertó. Seguía encima de Luke, cuyo pene, erecto, permanecía en su interior. Sin pensarlo dos veces, contrajo los músculos de su sexo para intentar sacárselo y lo despertó.

Sin mover el pene de su sitio, Luke los hizo girar para que ella quedara encima. Dejó la cara enterrada en el cuello de Harper y movió un poco el miembro hacia fuera para volver a embestirla.

Harper sintió que se le humedecía la vagina y dobló las rodillas para recibir a Luke en todo su esplendor.

Luke le agarró un seno con la mano y lo apretó con fuerza a medida que aceleraba. Finalmente, alcanzó un ritmo frenético, como si fuera una carrera que tenía que acabar.

—Exprímeme, nena —gruñó Luke.

Harper contrajo los músculos y Luke gruñó con cada empujón. Sintió que estaba a punto de eyacular.

Luke le introdujo el pene hasta el fondo y ella sintió una primera ola de semen, que hizo que se corriera después de él. El orgasmo de Harper le hizo eyacular hasta que no quedó nada en su interior.

—Eres mía —le susurró en el cuello—. Mía.

Tardó una hora en levantarse de la cama y escapar de los brazos de Luke. Él la buscó medio dormido y ella le dio un beso en la frente antes de taparlo con el edredón. Dio una palmadita sobre la cama para que *Lola* y *Max* entendieran que podían subirse. *Lola* se acurrucó al lado de Luke; *Max* se tumbó sobre su pecho.

Harper se dirigió al lavabo y abrió el grifo de la ducha. Se quitó el corsé y se metió bajo el chorro de agua.

Le dolía el cuerpo de tanto usarlo y no pudo evitar sonreír.

Luke estaba en casa. Era un nuevo comienzo.

Cuando volvió a la habitación, abrió el armario en silencio y cogió algo de ropa cómoda antes de bajar de puntillas a la planta de abajo. Hacía frío, pero en lugar de subir la calefacción, decidió encender la chimenea de la sala de estar. Mientras la habitación se calentaba, fue a la cocina y preparó café.

Era demasiado pronto para cenar, pero como no habían comido, Harper cogió la carta del Dawson y pidió comida.

Cuando Luke despertara, comerían y hablarían.

Lo despertó el timbre. Bajó a la planta de abajo en pantalones de pijama y una camiseta y siguió el olor de la *pizza* hasta la cocina.

Harper le sonrió de oreja a oreja. Llevaba unas mallas con unos calcetines de lana hasta las rodillas por encima y un jersey de color azul marino que le dejaba un hombro al aire. Tenía el pelo recogido en un moño en la parte más alta de la cabeza que dejaba a la vista el cuello.

—Hola, guapo. ¿Quieres café?

—Más que nada en el mundo.

Ella cogió una taza y Luke se puso detrás de ella y le acarició con la nariz la parte de detrás de la oreja.

—¿Tienes hambre? —susurró Harper.

Luke le mordió el cuello.

—Sí.

—Lucas Garrison, como me hagas un chupetón...

Se apartó y le dio un cachete en el culo, que tenía más firme que nunca.

—Madre mía, te has machacado mientras no estaba.

Harper rio y le dio la taza.

—Me apunté al gimnasio. Tenía que hacer algo además de pensar en ti todo el día.

—Aldo dice que eres una fiera en la pista de atletismo.

Sonrió.

—He aprendido del más fiero de todos —dijo ella mientras cogía platos del armario.

—¿Cómo le va?

Le dio los platos y señaló la *pizza* que había en la isla.

—Le va genial. Cuando volvió a casa, estaba bastante preocupada porque parecía estar adentrándose en un período oscuro, pero ya lo conoces. Cuanto más grande es el reto, más se esfuerza.

Harper se sirvió una taza de café y le añadió leche.

Luke abrió la *pizza* y olió las salchichas y los pimientos verdes.

—He soñado con esta *pizza* —dijo él con un suspiro. Puso dos trozos en cada plato.

Ella cogió las tazas de café y se fue hacia la sala de estar.

—¿Es nueva? —preguntó Luke al dejar los platos encima de una mesa auxiliar que había delante de la chimenea y que él nunca había usado.

Harper se sentó con las piernas cruzadas sobre un cojín en el suelo y agarró su plato.

—La compré de segunda mano. Me costó veinte dólares.

—Qué bien.

Luke miró a su alrededor. La estructura era la misma, pero ahora había cojines de colores y libros en las estanterías. Unas cuantas velas adornaban las superficies de la habitación.

Era la primera vez que regresaba a casa y se encontraba algo diferente. Normalmente, lo único que cambiaba cuando él se iba era la cantidad de polvo, que luego tardaba una semana en limpiar.

Sin embargo, esta vez iba a tardar mucho más en descubrir todos los cambios sutiles de la casa.

Dio un trago al café y cogió uno de los trozos de *pizza*.

—Joni. —Harper pronunció el nombre de su suegra, que se quedó colgando en el aire entre los dos.

—Te debo tal disculpa que no sé ni por dónde empezar. —Suspiró. La culpa y ese dolor tan familiar en él hicieron que la *pizza* se le atragantara, como si fuera cartón.

—Empieza por decirme cómo te has sentido al verla esta mañana.

—Me ha entrado el pánico. —Negó con la cabeza—. Era la última persona a la que esperaba ver desayunando con mi familia. No sabía qué significaba eso. Ni para mí. Ni para ti. Ni para ella. Sigo sin saberlo.

—No quería que te la encontraras así, de repente, pero con la sorpresa que me diste, se me olvidó lo demás.

Luke negó con la cabeza.

—Ha sido mi culpa, por habértelo escondido.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Luke miró fijamente al fuego. ¿Cómo podría expresar con palabras por qué no lo había mencionado? Oír su nombre le seguía pareciendo devastador.

—Llevaba una vida ejemplar. Me había casado con mi novia del instituto, me había alistado en el ejército y había creado una empresa. Tenía un plan. Sabía qué camino seguir.

»Habíamos hablado de comprar una casa, de empezar una familia.

Se le hizo un nudo en la garganta al decir la última palabra. El bebé al que nunca llegó a conocer.

—Cuando ella murió... Cómo murió...

Harper le puso una mano en el brazo y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Aquel día lo perdí todo. Mi pasado, mi futuro. Mi plan. —Se aclaró la garganta para deshacerse del nudo.

—No sabía cómo pasar un día sin ella, mucho menos un año. Así que me centré en vivir día a día. En trabajar duro, no pensar en el tema y seguir al día siguiente.

—¿Por qué no hablas de ella? —Harper ignoraba la *pizza* que tenía delante de ella.

Luke sacudió la cabeza.

—No sé cómo hacerlo sin sentir este vacío en mi interior. Yo no debería estar aquí. Yo estaba preparado para morir, pero no para perder a mi mujer.

Se quedó en silencio. Le resultaba incómodo hablar de su mujer con su novia. No podía conciliar su pasado y su presente.

Harper se acercó y se sentó encima de él. Enterró la cara en su cuello.

—Lo siento mucho, Luke.

Él le metió las manos por debajo de la camiseta y le acarició la espalda. Cuando la tocaba, cuando la tenía entre sus brazos, la oscuridad parecía menos oscura.

—Lo siento, nena. Me encantaría poder ofrecerte más. Te mereces lo mejor, pero yo no puedo...

Harper le rodeó el cuello con los brazos y lo abrazó.

—No quiero nada más. Quiero esto, a ti.

—Soy un egoísta. Mereces a alguien que se enamore perdidamente de ti, que se quiera casar contigo y pasar el resto de su vida a tu lado, dándote todo lo que quieras. Yo no puedo quererte. Nunca podré querer a nadie más. Pero te deseo. Te deseo tanto que me siento vacío cuando no estoy contigo.

Ella suspiró en su cuello.

—Te quiero, Luke. ¿Qué significa todo esto?

—Si te parece bien, podemos vivir día a día.

Capítulo 43

Harper decidió que no iba a dejar que le afectara que Luke no le hubiera contado lo del bebé. Ver a Joni con su familia había sido una sorpresa muy grande y había bastado para que hablaran por primera vez de Karen. Lo consideraba un gran paso y, aunque no estuviera preparado para revelar todos los secretos, no iba a meterle prisa.

A menudo, Luke se mostraba muy reservado, sobre todo cuando Joni estaba presente, y Harper se dio cuenta de que, cuando estaba delante, mantenía las distancias con ella. Sin embargo, esperaba que lo acabara superando.

Se fue relajando a medida que intentaban volver a la normalidad. Mantuvieron algunas de las antiguas rutinas: Luke seguía sacando a *Lola* a correr por las mañanas y a Harper se le seguía acelerando el pulso cada vez que lo veía desnudo... o vestido.

La nueva sensación de permanencia implicó nuevas circunstancias.

Harper siguió trabajando los viernes en el Remo y Luke se convirtió en un cliente habitual. Siguieron celebrando el desayuno familiar una vez a la semana ahora que todos los miembros de la familia estaban en la misma zona horaria.

Entre semana, trabajaban en equipo en la oficina y, por la noche, hacían el amor con una pasión que no parecía desvanecerse nunca.

Harper lo había puesto al día de la vida a la que acababa de regresar. A Luke le encantó el muro en seco que había levantado Frank y las obras que había hecho en el vestidor; sin embargo, las literas de la habitación de invitados lo dejaron sin palabras.

—¿Acaso tenemos hijos? ¿Tenemos peces?

—Sorpresa —bromeó ella—. No, los niños se quedan a dormir una vez cada dos semanas y así dejamos descansar a la señora Agosta. Me cansé de inflar y desinflar colchones, así que compré literas. Los niños ganaron los peces en la feria del Cuatro de Julio y yo me los quedé para no darle más

trabajo a la señora Agosta. Ava duerme en la cama de matrimonio de la otra habitación, o como ella la llama, «la cama de niña grande».

Luke asomó la cabeza por la tercera habitación y vio los cojines morados y el unicornio de peluche.

—Veo que has estado ocupada. ¿Hay más sorpresas en la tercera planta?

En la tercera planta no había ninguna más, pero sí en otras áreas de su vida. Después del éxito que había tenido la primera minicasa de la empresa Garrison, Charlie insistía en salir a comer con Harper y Beth una vez a la semana. ¿Y cómo olvidar la cara de sorpresa de Luke cuando fue a una obra y se encontró a Harper enyesando las paredes con el gruñón de Frank?

A veces, cuando regresaba a casa del trabajo, se encontraba a su madre y a su tía Syl en la cocina tomando un café con Harper.

Claire sugirió pasar Acción de Gracias en casa de Luke para celebrar su regreso. Harper colaboró en la organización y hasta creó un tablón de Pinterest dedicado a recetas de guarniciones con boniato y compró cubertería nueva para doce.

Luke se limitó a sonreír y asentir cada vez que ella hablaba de lo buenas que estaban las coles de Bruselas al horno o el pavo con relleno de arándanos deshidratados. Sería la primera vez que celebraba Acción de Gracias en familia y estaba dispuesta a convertir aquella ocasión en lo que siempre había imaginado.

Finalmente, cuando llegó el día, Harper se levantó a las cuatro de la madrugada y empezó a prepararlo todo. Iba a ser el mejor día de Acción de Gracias de Luke en mucho tiempo.

Estaba soñando. Llevaba el uniforme del ejército y volvía a casa en el autobús. Contaba los kilómetros que quedaban para llegar a Benevolence, a Karen, mientras se dejaba llevar por la emoción de sus hombres.

Iban a contarle a la familia que Karen estaba embarazada. Que iba a haber un nuevo miembro en la familia Garrison.

Luke había tomado una decisión: dejaría el ejército. La empresa estaba creciendo tanto que necesitaba toda su atención. Además, quería ser un padre como el suyo, que siempre había estado involucrado y presente en su infancia.

El autobús dobló una esquina y Luke vio el aparcamiento. Sabía exactamente dónde estaría esperando su familia.

Sin embargo, faltaba alguien.

De repente, el autobús frenó. El golpe era inevitable. El vehículo se inclinó rápidamente hacia un lado y Luke sintió en los huesos que el metal chirriaba y los cristales se rompían.

Todo se quedó en silencio tras el impacto. Luke se arrastró por el autobús, lleno de cristales rotos y de trozos de metal retorcidos.

No se veía ningún movimiento en el interior; solo estaban él y sus ansias por salir de allí.

Dio una patada a una ventana y gateó hasta el asfalto. El humo le nublaba los sentidos, pero siguió avanzando.

El coche de Karen, el que querían cambiar por un cuatro por cuatro familiar para sus futuros hijos, estaba casi irreconocible. La parte delantera había quedado aplastada contra la cabina del coche y salía humo de los restos. El parabrisas estaba hecho añicos y el airbag adquiría un tono escarlata bajo una cabeza rubia.

Un momento. Algo iba mal. Deberían ser las ondas castañas de Karen, no el pelo rubio de...

Luke corrió hacia el coche y metió las manos temblorosas por la ventana rota para tocarla. El cuerpo se movió y le vio el rostro.

Aquel hermoso rostro tenía un corte en la frente.

Harper.

Supo con seguridad que nunca volvería a ver luz en esos ojos grises.

Oyó gritos y sirenas, pero no se fijó en nada más que en el rostro inerte...

Luke se despertó con el corazón roto y latiendo a mil por hora. Movidito por el instinto, alargó el brazo para buscar a Harper. Seguía conmovido por el sueño. Necesitaba tocarla para que sus manos se deshicieran de la oscuridad. Pero la cama estaba vacía.

Se sentó en la cama y llevó los dedos al fénix que tenía en el pecho; sintió una punzada en el corazón. ¿En qué momento había empezado a necesitar que Harper lo tocara para tranquilizarse?

Era lo que había temido desde el principio. No tenía espacio para nadie en el corazón, los recuerdos de Karen lo ocupaban todo.

No debía dejar que nadie lo distrajera de su duelo. ¿Cómo había llegado hasta ese punto?

Se levantó de la cama y abrió el grifo de la ducha para que el agua hirviendo derritiera el hielo que tenía en las venas.

Cuando bajó a la planta inferior, vio que toda la cocina estaba ocupada con los preparativos de la comida. *Lola* y *Max* lamían felizmente una mancha de salsa que había en el suelo, cerca de los fogones.

Harper pasó por su lado con una expresión alegre y le dio un beso en la mejilla.

—Buenos días, guapo. —Le ofreció una taza de café y se dirigió otra vez hacia los fogones—. Sé lo que estás pensando, pero prometo que me encargaré de limpiarlo todo. Quiero que todo salga perfecto.

—¿Cuánta gente viene? Aquí hay comida para alimentar a una base militar.

—Seremos doce, pero la señora Agosta traerá a los niños para el postre. Luke hizo el cálculo.

—La señora Moretta, Aldo, Gloria... Somos once, ¿no?
Harper agachó la cabeza.

—He invitado a Joni. Siempre celebra Acción de Gracias con su hermana y su cuñado, pero este año se han ido a Carolina del Norte a ver a su hijo.

Cómo no, había invitado a Joni. A la única mujer cuya presencia le recordaba la pérdida que había sufrido y el papel que había desempeñado en ella.

—Supongo que no se te pasó por la cabeza que sería buena idea preguntarme si me parecía bien —comentó enfadado.

Harper hizo una mueca de dolor al oír las palabras. El temporizador sonó y Harper pasó por el lado de *Max* para sacar dos tartas del horno. Las dejó sobre una rejilla en la encimera para que se enfriaran y se quitó las manoplas.

—Lo siento, te lo tendría que haber preguntado.

Parecía arrepentida, pero no le bastaba con eso.

—Que yo sepa esta sigue siendo mi casa.

Harper se cruzó de brazos y se apoyó en la encimera. Luke quería que le contestara, que se pelearan, pero no lo conseguía. Harper no se lo iba a permitir.

—Lo siento. A veces no me doy cuenta de que me estoy pasando de la raya.

—Si quieres, te doy una pista. Si se trata de mi familia, mi casa o mi empresa, es decisión mía —dijo con un tono tan cortante que casi la hizo sangrar.

Harper entrecerró los ojos.

—Entendido. Gracias por aclarármelo.

—No creo que quieras que me enfade ahora mismo.

Luke dio un golpe con la taza en la encimera y volcó un poco de café.

—No. Prefiero que pases un día genial con tu familia en tu casa.

Harper le dio la espalda y cogió la tabla de cortar, en la que había patatas troceadas.

—Voy a correr —anunció él antes de salir.

Dejó que el impacto de los pies sobre el asfalto lo tranquilizara. Solo había sido un sueño, pero no podía pensar que no significaba nada. Harper no era Karen, ese era el problema.

En lugar de elegir una ruta, se dejó llevar y se esforzó al máximo. Se concentró solo en la velocidad y en la respiración. Corrió por una calle llena de casas y coches y llegó a los escaparates cerrados de la calle principal. Dobló una esquina, luego otra y vio que los edificios se convertían en árboles y lápidas.

El cementerio. Su subconsciente lo había llevado hasta Karen. Luke aminoró el paso y recorrió el estrecho camino de asfalto hasta la tumba de su mujer.

Había una calabaza pequeña y decorada apoyada contra el granito oscuro de la lápida. Seguramente había sido Joni.

Joni.

Por mucho que lo intentara, no lograba dejar el pasado en el pasado. Aquella mujer era un recuerdo constante de la vida que había tenido y nunca recuperaría. No entendía que ahora se estuviera haciendo amiga de Harper. ¿Acaso intentaba remplazar a la hija que había perdido? ¿Es que no sabía que Karen era irremplazable?

Posó una mano sobre la lápida, caliente por el sol.

—Feliz Acción de Gracias, Karen.

Harper se concedió los diez minutos del temporizador para ir a vestirse. A los Garrison les gustaba celebrar fiestas informales, tan informales que llevaban pantalones de pijama u otro tipo de prendas con cinturas elásticas. Harper apoyaba esa tradición. Se puso unas mallas de yoga y un jersey con escote en uve de color rojo.

Solo faltaba que Luke volviera a ser el mismo de siempre. Harper estaba más preocupada de lo que quería admitir; el enfado que había advertido en su tono le asustaba y molestaba a la vez. Pero si él no quería hablar del tema, ¿cómo podía ayudarle?

La puerta y el temporizador del horno sonaron a la vez. Se secó una lágrima de la mejilla con un trapo de cocina. No se rendiría ante el fuerte deseo que sentía de patearle el culo a Luke. A lo mejor se lo pateaba el día siguiente.

No podía seguir ignorando los silencios habituales ni la distancia entre ellos. Pasaba algo y tenían que hablarlo. Harper solo esperaba que, fuera lo que fuera lo que pasara, tuviese solución. Amaba a Luke más que a nadie, y cuando él sufría, ella también lo hacía.

Apagó el temporizador, enderezó los hombros y dio la bienvenida a la familia de Luke.

Entraron todos juntos: Claire, Charlie, James, Ty, Sophie y Josh. Se pusieron cómodos en la cocina y en la sala de estar, llevaron algunos platos a la mesa y los probaron por el camino. Charlie encendió la televisión para ver el partido mientras Josh y los perros se perseguían por la cocina y el comedor.

Les dijo a todos que Luke había salido a correr para prepararse para el atracón y todos parecieron creérselo.

Cuando volvió, sudado y cansado, Harper sonrió de oreja a oreja, pero no le dijo nada. Quería ser comprensiva con él y clavarle un tenedor delante de la familia no parecía muy propio de una persona comprensiva.

Luke saludó a todo el mundo con alegría y ella quedó satisfecha de que pareciera sincero. Se puso a Josh sobre los hombros y le dio un beso en la mejilla a su madre. Chocó la cadera con Sophie de camino a la nevera, donde cogió cervezas para Charlie y James. Ty estaba de guardia.

Luke evitó el contacto visual con Harper. A ella le pareció bien y suspiró aliviada cuando fue a ducharse a la planta de arriba.

Joni llegó con Gloria, Aldo y la señora Moretta. Contenta de tener a todo el mundo en casa, Harper se quedó en la cocina, desde donde dirigió a los ayudantes recién llegados. Luke pasó la mayoría del tiempo en el comedor con el resto.

Harper no sabía si Luke la estaba evitando a ella o a Joni. Probablemente a las dos. Lo sorprendió mirándola cuando Joni le pasó el estofado de judías verdes y el papel con la receta.

—Era de mi madre —dijo la mujer con una sonrisa emotiva—. Me gustaría que otra generación siguiera la tradición.

Abrumada, Harper la abrazó. Era la primera receta familiar que le daban en su primera celebración familiar. Vio que Claire sonreía mirándolas desde el otro lado de la isla y sintió otra mirada. Era la de Luke, que esperaba atónito en el umbral de la puerta.

Harper lo miró fijamente a los ojos y soltó a Joni. Luke cogió otra cerveza de la nevera y se dirigió rápidamente hacia el pasillo.

Nadie pareció notar la tensión, ni siquiera cuando Harper se sentó en la otra punta de la mesa para comer.

Aunque todo el mundo repitió, en el caso de James y Ty hasta una segunda vez, Harper jugueteaba con el pavo y las patatas que tenía en el plato. Parecía que estuviera comiendo las bolitas de poliestireno que se usan para embalar, pero con salsa.

Luke tampoco comió mucho, así que optó por rellenarse la copa de vino una y otra vez.

Las conversaciones revoloteaban a su alrededor, pero ellos no participaban.

Gloria y Aldo se daban de comer el relleno con el tenedor el uno al otro, mientras la señora Moretta y Sophie debatían sobre la verdura ecológica.

—Cuando Aldo era pequeño, comía brócoli lleno de pesticidas y mira qué hombre está hecho —dijo la señora Moretta entre risas. Llevaba un jersey con un dibujo de un pavo.

Charlie y James se turnaron para escaparse al comedor a ver cómo iba el partido.

Cuando los invitados se calmaron, Joni, sentada a la izquierda de Claire, se aclaró la garganta.

—Me gustaría dar las gracias a Harper y a Luke por haberme invitado. He pasado unos años muy duros y para mí significa mucho que me tratéis como si fuera de vuestra familia. Me habéis ayudado a recordar qué es lo más importante en la vida y estoy muy agradecida por ello. Así que muchas gracias y feliz Acción de Gracias. —Levantó la copa.

Todos hicieron lo mismo.

—Por la familia —dijo Charlie guiñándole un ojo a Harper.

—Por la familia —repitieron todos.

Aldo le dio una palmada en la espalda a Harper y le guiñó un ojo.

—Buen trabajo, Harp —le susurró.

Ella miró a Luke, que observaba con el ceño fruncido su copa vacía.

Capítulo 44

Decidieron dejar los platos para más tarde y quemar unas cuantas calorías con un partido de fútbol americano. Sin embargo, como pasaba siempre en la familia Garrison, lo que se suponía que era un juego para divertirse, acabó en una pelea.

Harper, Luke, Aldo y Gloria jugaron contra Ty, Sophie y James en el jardín trasero mientras el resto veía el partido en la televisión o dormía.

Después de correr un poco por el patio, Harper se sintió mucho más animada.

Los hermanos se insultaron de broma al saber que su madre no los oía. James marcó un *touchdown* en cuanto empezó el partido y Luke criticó la defensa de Harper, así que ella se preparó para la siguiente jugada. Cuando James pasó por su lado, saltó encima de él y se aferró a él cuando consiguió la pelota.

Con la mano que tenía libre, James se la puso sobre el hombro y corrió, sin que el peso extra le afectara, y no se detuvo hasta llegar a la zona de anotación, al lado del jardín.

James empezó a dar vueltas y Harper se echó a reír.

—Por favor, bágame si no quieres que te vomite encima —dijo.

En cuanto puso los pies en el suelo, Luke embistió a James como si fuera un autobús escolar fuera de control e hizo que su hermano retrocediera un paso.

—¿Qué coño haces, tío? —James le dio un empujón.

En menos de un segundo, estaban en el suelo peleándose.

—¡Luke! —El tono de reprimenda de Harper no consiguió detenerlos.

Sophie golpeó a Ty en el pecho.

—¿A qué estás esperando, señor Ley y Orden? Ve a separarlos.

—Me acabo de comer tres platos de pavo. No puedo ni agacharme.

—Por el amor de... —Aldo corrió hacia ellos, agarró a Luke y lo separó de su hermano—. Déjalo ya —ordenó mientras se lo llevaba al otro lado del

jardín—. Cálmate si no quieres que piensen que eres un capullo.

—¿Qué te pasa? —James parecía más confundido que enfadado.

Harper cruzó los brazos para protegerse del frío de noviembre.

—Ha bebido demasiado —respondió ella—. No sé qué le pasa.

Sophie negó con la cabeza.

—Más vale que lo averigües antes de que se entere mi madre o lo llevará al psicólogo.

—Eso es peor que estar castigado —comentó Aldo.

Harper suspiró y se acercó a Luke. Estaba sentado en la mesa de pícnic y se miraba una herida que tenía en la mano derecha. Una gota de sangre manchó el suelo de ladrillo.

—Entra. Te ayudaré a limpiarte —dijo alargando un brazo hacia él.

Luke se apartó.

—Puedo hacerlo solo.

Harper se inclinó hacia él.

—No seas capullo. Tienes dos opciones. O vienes conmigo a la planta de arriba y me dejas que te ayude a limpiarte o dejo que Sophie le cuente a tu madre que has intentado arrancarle la cabeza a tu hermano en Acción de Gracias porque estaba ganando el partido.

—Te estaba tocando todo el cuerpo.

—No digas tonterías, dudo que a tu madre le parezca mejor esa excusa. Vamos.

Apretó la mandíbula, pero le hizo caso.

Subieron al lavabo de la planta de arriba, donde ella le limpió la herida con agua y jabón.

—Puedo hacerlo yo —gruñó él.

Harper lo ignoró y le puso una tirita en la herida.

—¿Qué? ¿Ahora estás enfadada conmigo?

—¿Cómo que ahora? No se me ha pasado el enfado —respondió ella.

—¿Por qué estás enfadada? Has conseguido lo que querías. —Se levantó con las manos en la cadera.

Harper se acercó a él y le dijo:

—No sé qué demonios se te pasa por la cabeza, pero estoy convencida de que las cervezas y el vino no han sido de mucha ayuda. Estoy enfadada porque, como siempre, no te dignas a hablar conmigo. ¿Qué te pasa? ¿Es porque has vuelto a casa? ¿Es por Joni? ¿Por mí? No sé leer mentes. —Le dio un golpe con el dedo en el pecho—. Estás enfadado por algo y seguro que

tienes motivos para estarlo, pero en lugar de contármelo, prefieres regodearte en tu dolor y pegar a tu hermano. Eso es lo que me cabrea.

Se secó las manos en la toalla y la dejó en la encimera.

—Así que busca a alguien con quien hablar o encuentra una manera de lidiar con ello, pero no lo pagues con el resto.

Harper intentó pasar por su lado para salir del baño, pero él la arrinconó contra el lavabo y la atrapó entre sus brazos.

Levantó el rostro para mirarlo y, por un momento, le pareció ver en sus ojos algo más profundo que la tristeza. Sin embargo, desapareció cuando la besó con tantas ganas que la dejó sin aliento.

—Maldita sea. ¿Por qué me haces esto? —preguntó Luke mientras le besaba la cara. Le metió las manos por debajo del jersey y llevó los dedos hasta el cierre delantero del sujetador para desabrocharlo.

Le puso las manos sobre los pechos y la besó.

Gimieron a la vez.

Le metió una mano por la cintura de las mallas de yoga y condujo los dedos hasta el calor que emanaba de su entrepierna.

—Odio desearte tanto. —Le introdujo los dedos en la vagina y ella jadeó al sentir la invasión. Su erección suplicaba que la liberaran.

La penetró con los dedos una y otra vez y le abrió las piernas con la rodilla. Harper quería estar enfadada, pero a su cuerpo le daba igual. Nada importaba cuando Luke la tocaba.

—¡Luke!

El gemido de Harper lo devolvió a la realidad. Sacó los dedos de su interior, apoyó la frente sobre la suya e intentó recobrar el aliento.

—¿Por qué me permites que te use así?

Sin decir nada más, Luke dio un paso hacia atrás y se fue de la habitación.

A Harper le temblaron las rodillas y tuvo que apoyarse en la encimera del lavabo para mantenerse de pie. ¿Aquello era lo que estaba haciendo? ¿Usarla?

Los invitados tardaron horas en irse, pero no antes de fregar los platos y colocarlos en los armarios correspondientes. *Lola* y *Max* se encargaron de limpiar las manchas de comida del suelo y comieron del plato de pavo que Charlie les había dejado a escondidas debajo de la mesa.

Ya era de noche y Harper se sentó en la cocina con una taza de café para luchar contra el cansancio del madrugón y el caos del día. Estaba agotada tanto física como mentalmente.

Luke había dejado de beber después del encuentro que habían tenido en el baño. Se había quedado en la sala de estar, donde seguía viendo la televisión.

¿Cuánto tiempo iba a pasar enfadado antes de contarle qué le ocurría?

Vio un montón de cartas en la encimera. Por la cantidad que había, debía de ser el correo de varios días. Una de las cosas que no habían cambiado en Luke desde que se fue era la falta de interés por abrir el correo.

Harper miró las cartas y las fue amontonando según la categoría. De repente, se detuvo al reconocer la letra familiar de uno de los sobres. La conocía como si fuera suya. Sujetó la carta con cautela entre los dedos. ¿Lo estaba imaginando o de verdad sentía el odio a través del papel?

Había leído todas y cada una de esas cartas en los últimos años. A veces dejaba que una copa de vino la ayudara a sentirse más fuerte; en otras ocasiones, esperaba hasta estar enfadada para abrirlas. Si las cosas iban bien, las apartaba y las leía al cabo de unas semanas.

Hacía lo que fuera necesario para levantar un muro que la separara de la violencia que se escondía en la tinta. Sin embargo, ya no tenía el lujo de poder esperar días o semanas para leer las cartas. Ahora que el tiempo se estaba acabando, el apremio era mayor. Se prometió que algún día solo sentiría pena al abrirlas. Y algún día dejarían de llegar más.

Suspiró profundamente y abrió el sobre. Era una hoja de rayas de un cuaderno, como siempre. La caligrafía parecían garabatos que se inclinaban y llenaban la página.

Mi querida Harper:

Ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que nos vimos. ¿Por qué no has venido a visitarme? ¿Acaso tienes miedo? Pienso en ti a menudo. Aquí nunca me ha faltado tiempo para pensar ni hacer planes. He planeado muchas cosas para nosotros. ¿Cómo elegiré por dónde empezar? ¿Cómo haré para que entiendas el precio de estos últimos doce años? Porque hay que pagar el precio por quitarle tanto a una persona. ¿Qué has hecho tú todos estos años? Sea lo que sea, no será suficiente para pagar todo lo que me arrebataste. Supongo que lo descubriremos muy pronto. Hasta diciembre.

Papá

Diciembre. Finalmente, los días se habían convertido en semanas y días. Se dirigió a la planta de arriba y cogió la caja del fondo del armario. La abrió rápidamente y metió la carta en la carpeta, con el resto.

Le haría una fotocopia y se la enviaría a Melissa al día siguiente. Ella se encargaría de añadirla a su archivo, pero por el momento ninguna de las dos podía hacer nada. Esta vez ya no habría más aplazamientos.

Debía contárselo a Luke. El tema ya no la incumbía únicamente a ella, su pasado ahora afectaba a otras personas. No se lo podía esconder si eso suponía ponerlo en peligro. Quería que lo supiera. Estaba cansada de huir y esconderse.

Harper cerró la caja y la volvió a colocar en su lugar, en el suelo del armario. Bajó las escaleras y se quedó en el umbral de la sala de estar.

Capítulo 45

Luke fingió que no la veía en el umbral de la puerta y siguió mirando la televisión. Solo quería que el día acabara ya.

—Luke, ¿podemos hablar un segundo? Es bastante importante.

Él se giró hacia ella y ella lo interpretó como una afirmación.

—Ha pasado una cosa y estoy un poco preocupada...

Luke le quitó el volumen a la televisión.

—Yo también tengo que decirte algo.

—De acuerdo, tú primero. —Esperó sin moverse del sitio.

—Esto no funciona —dijo con un tono seco.

—¿Qué?

—Que vivas aquí. Lo nuestro.

Ella se quedó en silencio y lo miró con los ojos abiertos como platos.

Él se levantó y continuó:

—«Será solo una noche. Será solo un mes. Solo los vamos a acoger...».

Has venido a mi casa y has tomado el mando de todo. Piensas que si me dices que algo será temporal, lo dejaré pasar. Y puede que tuvieras razón. Pero ya no funciona.

Harper hizo un gesto de dolor.

—Lo siento mucho. Nunca he querido...

—Has construido tu vida alrededor de una relación que no existe.

Vio la sorpresa y el dolor en los ojos de Harper.

—Sabes que es cierto, que no me lo he inventado. Te quiero.

—Yo a ti no.

Harper dio un paso hacia atrás, como si las palabras le hubieran hecho daño físico.

—Eso es todo. —Luke se giró para salir de la habitación, pero ella lo agarró del brazo.

—¿Es por Karen? Sé que te culpas a ti mismo, pero no tienes la culpa de nada.

—No vamos a discutir sobre esto. No tienes ni idea. —Intentó quitársela de encima.

—Sé lo del bebé.

Se quedó helado un instante y luego se giró hacia ella.

—¿Así es como me pagas que te acoja en mi casa y en mi vida? ¿Invadiendo mi privacidad? —Había perdido el control, ya no había marcha atrás.

—Lo siento mucho, Luke. Siento que perdieras a tu familia. Y siento que pienses que fue tu culpa.

Sus ojos grises se llenaron de lágrimas. Luke se odiaba por lo que estaba haciendo.

—No pienso que fuera mi culpa. Fue mi culpa.

—No puedes pasarte toda la vida culpándote por un accidente que no tuvo nada que ver contigo.

—Ella vino a buscarme. —Se giró y empezó a caminar de un lado al otro—. Íbamos a anunciar que estaba embarazada. ¿Sabes lo que se siente al esperar el momento más feliz de tu vida, imaginarlo durante semanas, para que se haga añicos delante de ti? Cuando salí de aquel autobús, Karen había muerto entre metales. Nuestro bebé murió mientras yo caminaba hacia el asfalto donde tendría que haber estado toda mi familia. Murieron porque yo no estuve allí. Murieron porque volví.

Harper lloraba desconsoladamente. Él contempló su pelo rubio y su rostro angelical.

No era para él. Él no tenía a nadie. Había tenido una oportunidad y la había desperdiciado.

—El único motivo por el que estás aquí es porque ella se ha ido. —El susurro hizo que las palabras sonaran aún más crueles—. Y no puedes reemplazarla. Ni en mi vida ni en la de Joni.

Harper asintió lentamente.

—Eso ya lo sé. No es lo que quiero.

—No deberías estar aquí. No quiero seguir con esto, no puedo. Quiero que te vayas.

Ella se quedó quieta, mirándolo. En sus ojos se veía esperanza y dolor.

—No puedo mirarte sin desear que fuera ella la que estuviera aquí.

La esperanza se desvaneció.

Bajó la mirada.

—Haré la maleta y volveré a por el resto de mis cosas más tarde.

Él no dijo nada cuando la vio abandonar la sala de estar. Se cogió del marco de la puerta como si le fuera la vida en ello.

—Soy yo quien no debería estar aquí —susurró en la oscuridad.

En la planta de arriba, Harper empezó a hacer sus maletas, como ya había hecho tantas veces a lo largo de su vida.

La insensibilidad se la había tragado y ella estaba agradecida, aunque sabía que el dolor sería insoportable cuando volviera. «No te detengas. No pienses. Acaba con esto y ve a algún lugar seguro y luego...».

Metió sus productos de aseo y maquillaje en un pequeño neceser, cogió un par de mudas y las zapatillas deportivas y desenchufó el cargador del móvil del enchufe que había al lado de la mesilla y lo guardó.

Lola y *Max* seguían cada uno de sus movimientos. *Lola* la miraba con los ojos tristes, mientras que *Max* corría a su alrededor y gimoteaba. Sabían que había pasado algo.

Harper se agachó y enterró la cara en el pelaje de *Lola*.

—Os quiero muchísimo. Gracias por ser mi familia. Tengo que irme, pero quiero que cuidéis de papá, porque él os necesita. Cuidad de él como me cuidasteis a mí cuando él no estaba. ¿De acuerdo? Prometo que encontraré una solución y vendré a veros.

Lola suspiró. *Max* le puso las patas delanteras en la pierna y ladró.

Harper intentó deshacerse del nudo que tenía en la garganta.

Luke la vio con los perros y sintió que se le revolvía el estómago. La estaba echando de su casa, estaba rompiendo con ella. Él solo estaba preocupado por recuperar su vida, pero ella seguía preocupándose por él.

No era bueno para ella y Harper tenía que entenderlo.

Debía aprender a cuidar de sí misma. Luke se pasó una mano por la cara. ¿Quién la iba a cuidar a ella? ¿Quién le iba a recordar que cargara el móvil, que echara gasolina al coche o que cerrara con llave las puertas por la noche?

Era una chica inteligente, dulce y guapa. No tardaría mucho tiempo en encontrar a otro.

Se la imaginó con otro hombre durante unos segundos y no pudo evitar cerrar los puños a ambos lados del cuerpo. Alguien la amaría y cuidaría de ella. Era lo que merecía.

Harper levantó la mirada de las maletas y, cuando vio a Luke en el umbral, se secó las lágrimas. No lo miró a los ojos. Se limitó a cerrar la mochila y se la colgó del hombro.

Acarició a los perros una última vez y Luke vio que le temblaba la mandíbula antes de volver a controlarse y calmarse. Aquella chica tan alocada tenía una fuerza terrible.

—Toma —dijo Luke al tiempo que le daba el móvil—. No quiero que te lo olvides.

Sin decir nada, lo cogió y se lo metió en el bolsillo trasero de los pantalones. Seguía sin mirarlo y él lo agradecía. Mirarla a los ojos podría ser su perdición.

—Quiero que te lleves esto también. —Le ofreció un fajo de billetes enrollado.

Ella lo ignoró, pasó por su lado y se fue hacia el pasillo. Luke la siguió por las escaleras.

—Coge el dinero. No quiero que tengas que dormir en el coche o...

Harper se giró hacia él al final de las escaleras. Se miraron a los ojos y, en ese mismo segundo, él se dio cuenta por primera vez de que no tenía ni idea de en qué pensaba ella. Harper se había cerrado en sí misma y lo había dejado en el exterior.

Luke sintió un dolor en lo más profundo de su ser.

Sin embargo, era lo que debía hacer. Se dijo a sí mismo: «Aguanta». Era como quitarse una tirita. Dolería un poco en el momento, pero sería mejor que los años de dolor que conllevarían saber que no la merecía.

—Por favor. Acéptalo. —Intentó ponérselo en la mano, pero ella dejó que el dinero cayera al suelo.

—Ya no tienes que preocuparte por mí —contestó Harper con un tono plano. Lo miró a los ojos, pero fue como si le viera el corazón. Se giró, salió por la puerta y la cerró.

Luke la vio tirar la mochila en el asiento de atrás y sentarse detrás del volante. No se giró para mirar la casa, dio marcha atrás y se marchó.

Luke volvió a la sala de estar y se sentó en el sofá. Aunque había esperado sentir alivio, solo encontró una sensación permanente de vacío.

¿Adónde iría?

¿Por qué no había esperado hasta por la mañana? La podría haber ayudado a encontrar un lugar donde quedarse, la podría haber llevado. Pero gracias a él, pasaría la noche deambulando.

Se levantó y empezó a caminar de un lado al otro.

Mirara donde mirara, todo le recordaba a ella. Los muebles, las revistas y los libros que había en la mesa auxiliar, el abrigo de lana rosa que había al lado de la puerta. ¿No se había llevado ni una chaqueta?

Cogió el abrigo y se lo acercó a la cara. Olía a ella. A rayos de sol y a limones.

No sintió alivio; le entraron ganas de vomitar.

Quizás sería una buena idea recoger todas sus cosas y meterlas en cajas. Para evitar que todo le recordara a ella.

Luke se despertó en el sofá y vio la luz grisácea del amanecer. Los perros dormían a su lado. Estaba abrazado a la chaqueta de Harper.

Por fin había conseguido quedarse dormido dos horas antes, después de haber metido sus cosas en cajas que se amontonaban en el comedor. En todas ellas estaba escrito con un rotulador permanente su nombre y una descripción de los objetos que había en cada una de ellas.

Aunque había estado viviendo allí durante meses, no había acumulado más que unas cuantas cajas de objetos. Le daría los muebles y la mayoría de los utensilios de cocina que habían aparecido en los armarios cuando él no estaba para que se las llevara adonde fuera que se mudase.

Miró hacia la mesilla auxiliar y vio la fotografía. Harper y sus padres. Se la había dejado en una caja en el armario y él se la había guardado para que la tuviera en algún lugar al que finalmente pudiera llamar hogar.

Luke se pasó una mano por el pecho. Aún no había logrado deshacerse de la sensación de vacío. Su vida volvía a ser suya de nuevo, así que ya podría centrarse en su plan, en su objetivo. Ya no tenía que preocuparse por nadie más.

Sin embargo, ¿por qué seguía teniendo esa fuerte sensación de sofoco?

Fue a la cocina a tomarse un café, pero la cafetera estaba vacía.

Todo estaba demasiado silencioso. Silbó a los perros y dejó que entraran otra vez a la casa.

Mientras observaba a *Lola* y a *Max* correteando por el jardín, que no estaba allí cuando él se había marchado, intentó convencerse de que el dolor desaparecería.

Capítulo 46

Llegó a la oficina tan pronto que aún no había nadie más. La mirada se le fue directamente al escritorio de Harper. ¿Desde cuándo su mesa era lo primero que miraba al entrar?

Mierda. Iba a tener que decirle a todo el mundo que les faltaba un gerente de oficina y la gente haría preguntas que él no contestaría. Habría más papeleo que no clasificaría, pero había recuperado su espacio. Eso era lo que quería.

¿No?

Luke tocó todos los botones de la cafetera hasta que empezó a salir café. Se llevó la primera taza del día a su despacho y cerró la puerta al entrar. No tenía tiempo para pensar en el escritorio vacío.

Cuando estaba escuchando un mensaje de voz por tercera vez en el contestador porque se distraía continuamente, Frank entró sin llamar.

—¿Por qué narices tienes la puerta cerrada?

—Porque quiero tenerla cerrada.

Frank se encogió de hombros.

—De acuerdo, siguiente pregunta. ¿Por qué me acaba de llamar tu chica para decirme que está enferma?

Luke se levantó sin pensarlo.

—¿Te ha dicho dónde está?

Frank se cruzó de brazos.

—No. ¿Es que no lo sabes?

Luke ignoró la pregunta y volvió a sentarse.

—¿Te ha dicho que estaba enferma?

Por lo menos estaba viva en algún lugar.

—Me ha dicho que no iba a venir porque no se encontraba bien. ¿Por qué parece que no lo sabías? ¿Por qué no te lo ha dicho esta mañana?

—Harper ya no trabajará con nosotros —contestó Luke—. Deja que haga una llamada y te acompañaré a la obra. —Se centró en el teléfono, empezó a

marcar un número e ignoró a Frank y su cara de perplejidad.

Harper se despertó hecha un ovillo en una habitación soleada. Todavía llevaba la ropa de la noche anterior. No había brazos que la abrazaran ni perros a sus pies.

Estaba sola.

Agarró el edredón y se tapó hasta la cabeza. Quería aislarse del sol, del dolor, de la soledad.

—¿Qué? —preguntó Luke a su hermana. No quería hablarle de esa manera, pero sabía por qué lo había llamado. Había imaginado que Harper recurriría a Sophie.

—¿Qué manera es esa de saludar a tu hermana favorita?

Se llevó el teléfono a la otra oreja.

—Perdona. ¿Qué necesitas?

—Que me tranquilices. En teoría había quedado con Harper para comer, pero no ha venido y no responde al móvil. He llamado a la oficina y me han dicho que no ha ido a trabajar. Seguro que es una tontería, pero... —Sophie se quedó en silencio.

Luke recordó otra ocasión en que su hermana había intentado localizar a otra persona y no había podido encontrarla. Sus vidas cambiaron ese día, no solo la suya.

—Veo que no te lo ha contado.

—¿Qué? ¿Le has dado el día libre para que se vaya a un balneario? ¿Va a acoger a otro perro?

—Hemos roto.

Estaba preparado para alejarse el teléfono de la oreja si su hermana le empezaba a gritar. Pero solo hubo silencio.

—¿Estás ahí?

Más silencio. Finalmente, susurró una respuesta.

—Pero... no lo entiendo. Si estabais...

—No funcionaba. Queríamos cosas diferentes. —Se atragantó con las palabras.

—Entonces... ¿habéis cortado y ya está? ¿Dónde está?

—No lo sé. Se fue anoche.

—¿Está bien? O sea... Dios mío, Luke. Qué golpe más duro, no lo esperaba. No puedo ni imaginar cómo debe de sentirse.

—Es Harper, seguro que está bien. Ha pasado por cosas mucho peores que una ruptura y siempre ha salido adelante.

Sophie se quedó en silencio.

—Harper te quería más que a nadie. Te esperó seis meses, no va a salir adelante tan fácilmente. Si tú no la quieres buscar, ya me encargo yo.

Luke no quería admitir que llevaba los cuarenta y cinco minutos de la hora del almuerzo dando vueltas con el coche, intentando encontrar el Escarabajo de Harper. Solo quería saber que estaba bien.

—No creo que tengamos nada de que preocuparnos.

—Estás preocupado, lo sé por tu tono.

—No lo he dicho con ningún tono.

—¿Y si le ha pasado algo? Sabemos perfectamente que a la gente buena siempre le pasan cosas malas y ella es un imán para los problemas. ¿Y si la han secuestrado de camino a un hotel?

Luke se habría reído de aquello si no se le hubiera ocurrido a él también. Había llamado a los dos hoteles del pueblo para ver si estaba allí.

—Ha llamado a Frank esta mañana para avisar de que no vendría a trabajar.

—¿Y con eso te basta? «Como ha llamado a Frank, ya no me tengo que preocupar». —Oía en la voz de Sophie que cada vez estaba más enfadada.

—No, no me basta. No responde al teléfono, no se ha conectado a Facebook. Aldo y Gloria no la han visto. Yo pensaba que iría a tu casa a pasar la noche. No sé qué hacer, aparte de llamar a la policía.

—¿Por qué has cortado con ella?

—¿Cómo sabes que no ha sido ella la que ha roto conmigo?

—Porque Harper no es una cagada que huye cada vez que las cosas se ponen difíciles.

—No soy un cagado, simplemente no estábamos bien. Había construido una vida alrededor de mí sin preguntarme mi opinión y luego todos os sorprendéis cuando digo que no es lo que quiero. —Estaba gritando, pero no lo podía evitar.

Sophie, que no estaba nada intimidada, respondió gritando:

—Ya. Pues no sé de ningún hombre que no quiera a una mujer que piensa que ha sido él quien ha colgado las estrellas en el firmamento. Una mujer que se ha dejado la piel para convertir su casa en un hogar y que le ha organizado todo en la oficina para que él se concentrara en algo que no fuera el caos.

Luke maldijo.

—No lo entiendes.

—Lo entiendo perfectamente, eres tú quien no se entera de nada. Acabas de tirar a la basura algo con lo que mucha gente sueña. No puedo seguir hablando contigo.

Se imaginaba a su hermana caminando de un lado al otro, furiosa.

—¿Vas a ir a buscarla?

—¿Y a ti qué te importa?

—Solo... Si la encuentras, avísame de que está bien. —Luke colgó el teléfono y lo tiró al asiento del copiloto.

Miró la fachada de su casa. Los tientos que Harper había puesto en verano estaban en el garaje porque los había querido reemplazar por guirnaldas verdes. Hasta había preguntado si podía poner luces de Navidad. Nunca había tenido luces de Navidad.

Llevaba aparcado diez minutos delante de casa cuando Sophie llamó. Como no se podía concentrar en la oficina, había vuelto a casa, aunque la idea de entrar y ver los montones de trastos, todas las pruebas de la convivencia de Harper metidas en cajas, como si ella nunca hubiera estado allí, fueron suficientes para impedirle entrar.

¿Cuándo iba a recuperar su vida?

Decidió que saldría a correr. Necesitaba una carrera larga y fría para despejarse.

Harper se movió al oír que llamaban a la puerta.

Cuando se abrió, se quitó el edredón de encima y miró a la mujer, que llevaba una bandeja, con los ojos llenos de lágrimas y con una sonrisa.

—Te he traído té y tostadas —dijo Joni antes de dejar la bandeja en la mesilla de noche.

—No tenía que haberse molestado. Muchas gracias por dejar que me quede aquí.

La mujer le puso una mano sobre la suya.

—Es agradable tener compañía.

—¿Aunque no me levante de la cama? —Harper intentó reír, pero sonó como si tuviera hipo.

Joni le ofreció la taza de té. Ella dio un trago y abrió los ojos de par en par cuando el líquido caliente y meloso le acarició la garganta irritada.

—Espero que no te moleste que le haya echado un poco de *whisky*. A mí siempre me ayudaba a sentirme mejor.

Harper sujetó la taza con las dos manos y suspiró. Nada haría que se sintiera mejor. Solo existía el presente y el dolor.

—Qué habitación más bonita —comentó en voz baja.

Las paredes eran de color azul oscuro y tenía fotografías del mar. Había un banco en el alféizar de la ventana que daba al jardín trasero de la casa de dos plantas.

—Gracias. Era la habitación de Karen. Me ayudó a pintarla cuando se mudó.

—Cuando ella y... ¿Cuando se casó? —Le dolía demasiado pronunciar el nombre de Luke.

Joni asintió y se sentó en el borde de la cama.

—Eres muy buena chica, ya verás como todo saldrá bien.

Harper se mordió el labio para no echarse a llorar. Sorbió por la nariz y estrechó la mano de Joni.

La mujer miró a su alrededor.

—No eres la única chica que ha llorado por Luke Garrison en esta habitación. —Atisbó una sonrisa en los labios de la señora.

—¿Karen también lloraba por él? Pero si estaban hechos el uno para el otro.

—Cariño, nadie está hecho para nadie a los dieciocho.

—¿Se pelearon?

—Rompieron. —Cuando vio los ojos como platos de Harper, asintió con la cabeza—. Luke la dejó unas semanas antes de la graduación. Él iba a alistarse en la Guardia Nacional y quería que Karen fuera a la universidad, pero ella solo quería casarse. Él pensó que le estaba arruinando el futuro y decidió romper con ella.

—¿Cómo hicieron las paces?

—Karen se matriculó en la universidad y tuvo una cita con Lincoln Reed. Al día siguiente, volvió con Luke.

—¿Por eso a Luke le cae tan mal Linc?

—Siempre ha habido cierta rivalidad entre ellos.

Harper hizo memoria y recordó la reacción de Luke cuando la sacó del lago y lo que había pasado aquella noche. ¿Podría volver a sentirse tan deseada algún día? En ese momento solo se sentía rechazada.

—Oye, tu teléfono móvil ha estado echando fuego, como decís los jóvenes.

Harper abrió los ojos sorprendida.

—Lo siento, debería haberlo apagado.

—No pasa nada. Pero hay mucha gente que se preocupa por ti.

Harper negó con la cabeza.

—No sé qué hacer. Tengo la sensación de que toda esa gente le pertenece a él y no quiero complicarle las cosas. No quiero que piense que estoy...

—¿Poniendo a todos en su contra porque es un idiota? —terminó Joni amablemente.

—Sí. Exacto. —Harper consiguió reír—. No quiero que la gente se sienta obligada a elegir entre nosotros, porque este es su lugar y yo... solo estoy de paso. —Esa vez, no pudo reprimir las lágrimas.

Joni le quitó la taza de té de las manos y le dio una caja de pañuelos.

—Ni se te ocurra pensar que todas las amistades que has hecho aquí son solo de paso. Benevolence es tu hogar tanto como el suyo, somos todos muy afortunados de tenerte.

—Es que lo quiero tanto... —Harper sorbió por la nariz.

—Lo sé, cariño.

—Y siento mucho haberla metido en todo esto. No debe de ser fácil para usted tener que aguantarme. Después de todo, fue el marido de su hija, y el único motivo por el que estoy aquí es porque ella no está. —Enterró la cara en el pañuelo arrugado.

Joni arqueó las cejas.

—Harper Wilde. No me lo puedo creer. ¿Es que no te has dado cuenta? Fue Karen quien te trajo a Luke. Eres exactamente lo que necesita para volver a vivir de verdad. —La mujer acarició la costura del edredón azul claro—. Si hay algo que sé que enfadaría a mi hija sería ver que la gente a la que quiere se niega a volver a vivir o amar. Yo hacía lo mismo. Me escondía detrás de la culpa para aferrarme a mi pasado y, al hacerlo, perdí muchos años de mi vida. Pero eso va a cambiar. No me pienso seguir escondiendo, y Luke acabará haciendo lo mismo.

Harper asintió. Sin embargo, sabía que para entonces ella ya no estaría allí. Estaría trabajando en otra empresa en un pueblo muy lejos de Benevolence. Tendría otro círculo de amigos que nunca satisfacerían el hueco que tenía en su corazón reservado para la familia.

A lo mejor su destino era sentirse siempre un poco sola. Estar siempre sedienta de amor.

—Estás agotada, pobrecita mía. Descansa un poco y ya hablaremos por la mañana.

Harper asintió y dejó caer los hombros.

—¿Qué te parece si le digo a Gloria que estás aquí? Así nadie tendrá que preocuparse, ¿de acuerdo?

Harper cogió la taza de té con las manos frías.

—Vale. Por favor, dígale que hablaré con ella cuando esté... preparada.

—Tranquila, no tengas prisa. Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras.

A Harper se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Gracias, Joni —susurró.

Capítulo 47

Después de tres días, Harper decidió que había llegado la hora de dejar de llorar. Aún estaba dolorida, pero había llorado todo lo que su cuerpo le permitía y rozaba la deshidratación.

Era hora de levantarse.

Salió del soleado capullo que había sido la habitación de Karen y se dirigió al lavabo, donde hizo todo lo posible por dejar atrás el dolor.

Limpió el vapor del cristal con una mano y se miró a sí misma a los ojos, grises y vacíos.

—Sigue adelante —susurró.

Cuando volvió a la habitación, buscó en su mochila y sacó unos vaqueros y una sudadera antes de bajar descalza a la planta inferior. Sophie y Gloria habían ido a verla el día anterior y le habían llevado más ropa. Harper no quería ni imaginar la conversación que debían de haber tenido Sophie y Luke.

Le dolían la cabeza y el corazón, pero estaba de pie y sobreviviría a aquella experiencia.

Aunque no sabía cómo.

Encontró un papel en la encimera. Joni había escrito una nota.

He ido a hacer unos recados. Come algo, por favor. Hay cosas en la nevera para que te prepares un sándwich. En el congelador tienes helado.

Ignoró la sugerencia y, en lugar de comer, cogió un vaso de agua y se sentó a la mesa con el móvil en la mano. Había llegado el momento de regresar al mundo.

Tenía el buzón de voz lleno de mensajes. Según el menú de llamadas del móvil, la mayoría eran de Sophie.

Tenía mensajes de Gloria, de la oficina, de Aldo, de Beth, de James, de Claire y de Hannah, que seguramente no entendían qué estaba pasando. Hasta tenía un par de llamadas del gruñón de Frank.

Añadió la culpabilidad al resto de sentimientos que sentía. Había sido egoísta por su parte desaparecer sin decir nada. Había preocupado a sus amigos sin ningún motivo y ellos merecían algo mejor.

Se lo compensaría.

Empezó a mirar los mensajes de voz de la noche que se había ido y vio dos de Luke. No estaba preparada para oír su voz ni sus excusas de «Lo siento, pero tiene que ser así», por eso archivó sus mensajes y escuchó los de los demás.

Después, respondió a los mensajes de texto y los correos electrónicos. Había demasiados y no iba a poder avanzar mucho desde el móvil en casa de Joni.

Miró la hora. Eras las cinco de la tarde del domingo. No habría nadie en la oficina, así que se acercaría a ver si podía avanzar. Sola. No se lo debía a Luke, pero sí al resto de compañeros. Los pondría al día antes de pasar página.

La casa de Joni estaba más lejos de la oficina de lo que estaba acostumbrada y además tomó un camino menos directo para no pasar por delante de su casa, lo cual alargó el trayecto. Puede que estuviera preparada para salir de su capullo, pero eso no quería decir que quisiera echarse sal en las heridas abiertas.

Suspiró aliviada cuando vio que la oficina estaba cerrada y vacía. Así estaría segura.

Se encerró con llave en la oficina y se apoyó en la puerta. Como no quería mirar el despacho de Luke, decidió dar la vuelta al escritorio. En los días que le quedaban, enfocaría las cosas desde una nueva perspectiva.

Satisfecha con la vista que le ofrecía la ventana, de espaldas al resto de la oficina, se puso manos a la obra.

Había unas cuantas facturas y nóminas pendientes de pago para la semana siguiente. Mientras leía los correos de los trabajadores y de los clientes, recibió un mensaje de texto.

Frank dice que le has enviado un correo electrónico. ¿Estás en la oficina? ¿Podemos hablar?

Se le revolvió el estómago, así que decidió meter el teléfono móvil en un cajón del escritorio. ¿Cómo podría mirarlo algún día si no era capaz ni de leer sus mensajes?

Tendría que marcharse de Benevolence, no tenía otra opción. No quería cruzárselo en el Remo ni en las pistas de atletismo, pues sabía que no podría sobrevivir.

Sabía qué tenía que hacer.

Para: luke@garrisoncon.com

De: harper@garrisoncon.com

Asunto: Aviso con dos semanas de antelación

Por favor, acepta este correo como mi renuncia. Me iré de la Constructora Garrison el 15 de diciembre. Hasta ese día, trabajaré a partir de las seis de la tarde.

Por favor, no quiero que estés en la oficina cuando llegue.

Lo envió, cerró los ojos y se tapó la cara con las manos.

—Sigue adelante —se dijo a sí misma.

El móvil empezó a sonar en el escritorio. Abrió el cajón un poco para ver quién era y vio su nombre en la pantalla. Volvió a cerrar el cajón y dejó que el móvil sonara mientras seguía con el trabajo. Una parte de ella deseaba oír la voz de Luke diciendo su nombre, pero sabía que la única manera que tenía de superarlo todo era no tener ningún contacto con él.

El móvil empezó a sonar otra vez. Harper puso los ojos en blanco. A lo mejor lo único que quería decirle era que no quería que estuviera allí dos semanas más. Pues mala suerte, Garrison. Aquello no tenía nada que ver con él; Harper tenía un trabajo y había mucha gente que dependía de ella.

El móvil volvió a sonar. Esta vez era un mensaje de texto de Sophie.

¿Acabas de enviarle un correo a Luke? Se ha levantado tan rápido de la mesa que ha tirado el agua. No hace más que caminar de un lado al otro en el patio de mis padres y está llamando por teléfono como loco.

Harper sintió que se le curvaba un poco el labio.

Entonces, el móvil empezó a sonar otra vez. Era él. Harper pulsó «Ignorar» y respondió a Sophie.

Le acabo de decir que me iré de la empresa en dos semanas. Ya suponía que no estaría muy feliz sabiendo que tendrá que aguantarme dos semanas más. Trabajaré por las noches hasta el 15.

Sophie respondió inmediatamente.

Me da un poco de pena el muy idiota. Parece un insomne desgredado. Me ha parecido verle canas. Mamá le ha tenido que pedir tres veces que le pasara la remolacha porque no se enteraba.

Harper suspiró y volvió a guardar el móvil en el cajón. No quería pensar en las cenas de los Garrison. Era lo más parecido que había tenido a una familia, pero aquel círculo se había cerrado para ella.

Quizás su vida fuera así a partir de ese momento.

Se giró hacia el ordenador para seguir trabajando y vio un correo de Luke.

Para: harper@garrison.com

De: luke@garrison.com

Si no respondes al teléfono, voy a ir a buscarte.

Y otro:

Para: harper@garrison.com

De: luke@garrison.com

Y si te vas, voy a ir a buscarte a casa de Joni.

Harper tensó la mandíbula. Él se lo había buscado.

Para: luke@garrisoncon.com

De: harper@garrisoncon.com

Yo he respetado tus deseos y espero que tú respetes los míos. No quiero hablar. Solo me quedará hasta el día 15 para que te dé tiempo a buscar un sustituto. Y, aunque sé que preferirías que no estuviera aquí, no sabes cómo usar el programa para pagar las nóminas ni la base de datos. No tendrás que verme si te vas de la oficina antes de que yo llegue.

Luke tardó unos minutos en responder.

Para: harper@garrison.com
De: luke@garrison.com

De acuerdo. Avísame si necesitas algo. O a Frank si lo prefieres. ¿Estás bien?

Harper decidió no responder y volvió al trabajo.

Desde la camioneta, Luke miró hacia la ventana iluminada esperando que apareciera una sombra. No sabía qué hacía allí; se había levantado de la mesa de casa de sus padres y, sin ni siquiera despedirse, había hecho el trayecto de cinco minutos en coche hasta la oficina, donde estaba ella.

Llevaba tres días sin verla.

Harper le había respondido después de que la amenazara, evidentemente, pero al menos había contestado. Estaba viva y a salvo y eso bastaba, ¿no?

Recorrió con la mirada el aparcamiento vacío. ¿Qué hacía allí él? Había roto con ella porque no podía aguantar la idea de verla desperdiciar su vida en una relación que no merecía la pena.

Sin embargo, allí estaba él, esperando verla por la ventana.

Decidió que solo quería saber que estaba bien. Así a lo mejor podría dormir por las noches.

Se frotó el rostro con las manos. A pesar de que Harper había salido de su vida, lo seguía volviendo loco.

Había llegado el momento de recuperar el control. Arrancó la camioneta y se fue a casa.

Harper se despertó asustada a las pocas horas de haberse acostado. Se había ido de la oficina pasada la medianoche. Estaba sorprendida por la cantidad de trabajo que podía hacer cuando no la interrumpían las llamadas ni las visitas.

Ni la presencia de Luke.

Era una mañana sombría y gris. Las nubes parecían prometer nieve.

Resultaría inútil quedarse en la cama y pensar que podría quedarse dormida otra vez, así que se levantó, se puso las mallas y el abrigo. Se ató las zapatillas y salió de casa sin hacer ruido. Cogió una diadema y unos guantes amarillo fosforito del coche y empezó a correr.

Benevolence seguía durmiendo a pocas horas del amanecer. Había algo placentero en estar tan sola.

Aceleró el paso y cambió la ruta para dirigirse al parque, donde las farolas iluminaban tenuemente el camino que rodeaba el lago.

Aldo la había llamado unas cuantas veces para ver si quería salir a correr con él, pero ella sabía que eso solo complicaría las cosas entre Luke y él. Luke tenía que recuperar su vida y a sus amigos.

Negó con la cabeza. Se concentró en la respiración e intentó no dar vueltas al asunto. Dejar de pensar en Luke.

El vaho salía de su boca al ritmo de sus pasos.

Estaba sola con el frío aire de la mañana. No había nada más.

Capítulo 48

La vio y fue como si sus pensamientos la hubieran conjurado y hecho aparecer delante de él. Solo era un destello rubio con un jersey rojo que se cruzó por el camino a poco menos de cien metros.

Luke titubeó y se detuvo. A lo mejor, la falta de sueño estaba jugando con su mente. Harper nunca se levantaría tan pronto por voluntad propia y menos después de haberse ido tan tarde de la oficina.

A lo mejor Luke no era el único que no podía dormir.

Pensó en dar media vuelta y volver a casa; luego, en correr hasta ella y alcanzarla. No debía ir sola a esas horas. ¿Por qué no parecían preocuparle esas cosas?

Luke no se preguntó por qué a él sí le preocupaban, solo retomó la carrera y giró a la derecha en lugar de seguir recto.

La vio al lado del lago e intentó no pensar en que era allí donde se habían reencontrado cuando había vuelto a casa unas semanas antes. Harper contempló con los hombros caídos por el frío el amanecer; el sol justo empezaba a sobresalir por encima de los árboles y pintaba las nubes grises de color rosa.

Luke se detuvo entre los árboles. Harper no quería verlo y, además, tenía miedo de hablar con ella y pedirle que volviera a casa.

Por eso, se quedó donde estaba. Incluso desde la distancia, era fácil ver que Harper estaba llorando, pues le temblaban los hombros y se pasaba las mangas por la cara una y otra vez.

Luke era consciente de que era un gilipollas por hacerla sufrir de esa manera. No podía evitarlo, pero se sentía bien y culpable al mismo tiempo.

Cuando el sol salió de detrás de los árboles, tiñó de rosa el agua helada del lado. Vio a Harper erguir los hombros, respirar hondo, volver a inspirar y retomar la carrera por el camino. La coleta rubia se movía rítmicamente de un lado al otro detrás de ella.

La observó hasta que desapareció de su campo de visión, dio media vuelta y se fue a casa.

Su humor no mejoró cuando llegó a la oficina y se encontró con una copia impresa de un anuncio de trabajo para un nuevo gerente de oficina y las instrucciones para usar la página de anuncios en línea.

Luke dio un golpe con la taza en el escritorio y aguantó las ganas de hacer una bola con la hoja y lanzarla a la papelera.

Harper solo estaba haciendo su trabajo y era excelente, a juzgar por las actualizaciones del programa de contabilidad y las nóminas, a las que solo les faltaba que Luke diera su aprobación.

Dejó el anuncio de trabajo debajo del montón de documentos y cogió la carpeta en la que ponía: «Bonificaciones y aumentos». Dentro encontró una hoja de cálculo en la que estaban detallados los beneficios previstos para el año, dos desgloses de las posibles bonificaciones y un aumento del salario por hora.

Harper había recordado que Luke quería revisar las cuentas a final de año para ver cómo podía recompensar a los trabajadores. Miró por las ventanas que tenía a la espalda y contempló los copos de nieve caer.

Maldita sea. ¿Qué iba a hacer sin ella?

Aquella noche, cuando Harper llegó a la oficina, escuchó unos ladridos familiares. *Lola* corrió hacia ella; *Max* le pisaba los talones. Se tiró de rodillas al suelo y dejó que los perros la saludaran con sacudidas de cola y lametones. *Lola* llevaba un papel en el collar.

He pensado que seguramente los echabas de menos tanto como ellos a ti. Los puedes llevar a casa o enviarme un mensaje cuando te vayas para que los pase a recoger.

Luke

P. D.: ¿Qué te parece la custodia compartida? Podemos hablarlo.

Harper vio que había dos camas para perros debajo de su escritorio y un cesto con juguetes que ya habían atacado.

Le dio el papel a *Lola*, que se lo llevó a su cama y lo rompió. ¿Custodia compartida? No lo había pensado. Había asumido que cuando se fuera, los perros se irían con ella.

¿Serían como esos padres que viven a kilómetros de distancia y quedan en el aparcamiento de un restaurante de comida rápida para cambiar a los niños de un coche al otro sin ni siquiera hablarse? No. No sería capaz. Tenía que haber una opción mejor.

Le envió un mensaje a Luke.

Gracias por traerlos. Acabaré a media noche.

Él respondió inmediatamente.

Te echan de menos. Los pasaré a buscar cuando te vayas.

Gracias.

Guardó el móvil en el cajón y se puso a trabajar. Esa era su relación ahora.

Harper se dirigió hacia el vestíbulo del supermercado con el carro de la compra. Estaba muy agradecida por la calefacción, ya que la nieve había traído consigo un invierno anticipado y parecía tener frío siempre. Aunque, lo más probable es que se debiera al enorme bloque de hielo que ocupaba el lugar de su corazón y a que se había dejado el abrigo en casa de Luke.

Se abría paso como podía entre el dolor, pero no parecía que valiera la pena luchar por lo que veía al otro lado. Quizás algún día sentiría que su sonrisa no era falsa. Quizás recordaría qué era reír. Quizás algún día el agujero que tenía en el corazón dejaría de ser tan grande.

Sin embargo, ahora tenía que centrarse en la compra. Se había ofrecido a ir a por lo que Joni necesitaba y hasta había hecho gala de añadir un par de cosas en la lista para ella. Su lema era «Finge hasta que lo consigas». Ya se preocuparía de conseguirlo más tarde.

Harper pasó por la sección de las verduras y las frutas y miró desanimada los plátanos y los nabos. Cuando se acercaba a la báscula, Georgia Rae la interceptó.

—¡Hola, cielo! Me alegro de verte dando una vuelta después de... Bueno, ya sabes.

Claro que lo sabía. Gracias por recordárselo, Georgia Rae.

—Gracias. ¿Cómo estás? ¿Lista para Navidad?

Harper se sintió como un robot que no hacía más que vomitar comentarios amables. Caminó al lado de la mujer asintiendo y dándole la razón mientras ella hablaba sin parar. Cuando doblaron la esquina, se encontraron a Linc, que hablaba con Sheila, la camarera del Remo, y el vecino de Luke, el señor Scotts, al lado de la nevera de las bebidas.

Todos la saludaron a la vez. Por eso se tardaba tanto en comprar en Benevolence, porque conocías a todas las personas y te veías obligado a hablar con cada una de ellas.

¿Por qué no había ido a otro pueblo a comprar?

Linc le guiñó un ojo.

—Hola, muñeca. ¿Cómo lo llevas?

—Lo llevo —respondió ella intentando sonar positiva, pero solo consiguió una respuesta taciturna.

Peggy Ann la salvó de tener que seguir hablando cuando se acercó por el pasillo corriendo y moviendo los brazos.

—Siento interrumpiros —susurró—, pero Harper, creo que no quieres ver a quien acaba de entrar.

Harper sintió que se le revolvía el estómago.

Georgia Rae asomó la cabeza para mirar hacia la sección de las verduras y dijo con un grito ahogado:

—¡Está aquí!

Sintió una ola de pánico que se apoderó de ella. No quería verlo allí. No podía verlo.

Harper se quedó helada, pero Georgia Rae tomó el control de la situación.

—Señor Scotts, usted y yo lo distraeremos. Linc, lleva a Harper a algún sitio donde esté segura. Sheila, tú le cortarás el paso si se acerca demasiado. ¡Vamos, chicos! —Dio una palmada y todos se dispersaron.

Harper observó a Peggy Ann, que corrió hacia la caja, y al señor Scotts, que condujo el carro, lleno de gambas y de comida para perro, hasta las verduras con Georgia Rae.

Se quedó inmóvil entre tanto movimiento hasta que Linc la cogió por el brazo y la arrastró al interior de la cámara frigorífica para las bebidas.

—¡Espera! El carro —dijo Harper.

—Déjalo —contestó él mientras cerraba la puerta.

Harper se llevó las manos al rostro e inclinó el tronco hacia delante para recobrar el aliento.

—¿Estás bien? —preguntó Linc. Le puso una mano en la espalda.

—Como te ofrezcas a hacerme el boca a boca, te juro que te mato.

Linc rio y Harper se enderezó.

—Lo siento —dijo—. No es que me ría de ti, pero te creo. Parece que te han hecho pasar un mal rato y estás lista para defenderte.

—Vaya, gracias. Eres muy amable.

—Soy un buen chico —insistió él.

Ella se estremeció. Entre la nieve, el frío de la nevera y la idea de ver al hombre que le había roto el corazón, estaba helada.

—Ven, antes de que te conviertas en un helado. —Linc la rodeó con los brazos.

Harper se resistió un momento, pero el calor que desprendía era reconfortante. Intentó mantenerse erguida, pero en cuanto apoyó la cabeza en su pecho, se rindió y dejó que la abrazara.

—No te vas a echar a llorar, ¿verdad? —preguntó el chico.

Harper suspiró.

—No, creo que me puedo controlar.

—De acuerdo. Todo saldrá bien, ¿vale?

—¿De verdad? ¿Los bomberos tenéis bolas de cristal mágicas?

—Más bien una de esas bolas de billar que predicen el futuro.

—¿Y qué dice la tuya?

—Que estarás bien. Eres una chica fuerte, inteligente y te quedan estupendos los bikinis. No pasarás una vida miserable escondiéndote en neveras.

—Esa bola tuya es extrañamente específica.

Linc la agarró por los hombros e hizo que lo mirara.

—Estarás bien. Eres una luchadora y eso es importante, sobre todo porque la vida es una mierda.

—Gracias. —Sonrió un poco y se sintió bien.

—Y si ese gilipollas no se entera del partidazo que eres, pásate por la estación de bomberos y...

Harper le tapó la boca.

—No arruines el momento diciendo algo desagradable.

—Solo iba a decir que te dejaría bajar por mi barra —dijo con los dedos de Harper aún sobre la boca.

Ella no pudo evitar reír.

—Te has cargado el momento.

Linc sonrió.

Se quedaron helados cuando alguien abrió la puerta.

—Me alegro mucho, Gloria Rae, pero deja que coja...

Luke se quedó callado con la puerta de la nevera en la mano. Sus ojos pasaron de la confusión a la furia en una milésima de segundo. Harper intentó soltarse de los brazos de Linc, que la colocó detrás de él.

—Garrison —dijo Linc con un tono más frío que el ambiente.

—Ya veo que no pierdes el tiempo, ¿verdad?

Harper vio desde detrás de Linc el gesto que hizo Luke con la mandíbula.

—No sé de qué hablas —respondió Linc.

—No te estaba hablando a ti.

Harper sintió una ola de ira en el estómago. Intentó esquivar a Luke, pero este se dirigía al otro lado de la cámara frigorífica, hacia Linc. Harper gritó al oír el primer puñetazo.

Georgia Rae, el señor Scotts, Sheila y Peggy Ann se quedaron boquiabiertos delante de la puerta.

—Llamad a Ty —gritó Harper mientras agarraba y tiraba de un brazo y una chaqueta—. ¡Parad! Los dos.

Se puso entre ellos; tenía a Luke delante y a Linc detrás.

—Como la vuelvas a tocar, te...

Harper le golpeó el pecho con las palmas de las manos.

—¡Cállate! ¡Cierra la boca! —Le dio un empujón con todas sus fuerzas—. Tú ya no puedes decidir quién me toca o deja de tocarme. Ya no te pertenezco. —Le tembló la voz y se odió por ello.

Luke la cogió de las muñecas y la miró a los ojos. Las lágrimas amenazaban con mojarle las mejillas; parecía que el tiempo se hubiera detenido.

Tenía un corte en el labio y los ojos llenos de ira. Llevaba días sin afeitarse. Harper vio el dolor y la ira que sentía, pero no era suya ni para amarla ni para curarla. Él era el hombre que la había rechazado.

Harper se soltó las manos.

—Harp. —El tono de Luke estaba cargado de dolor.

—No —suspiró ella mirándole el pecho.

Él se intentó acercar, pero Harper dio un paso hacia atrás y levantó las manos.

—Te ha dicho que no —dijo Linc tirando de ella hacia atrás.

—Tú no te metas en esto, Reed. —Luke lo empujó y reanudaron la pelea.

Chocaron con un paquete de cervezas, dos de las cuales cayeron al suelo y se rompieron. Harper se apartó hacia un lado. Linc empujó a Luke contra una estantería.

—¿Por qué eres tan gilipollas?

Luke le propinó un puñetazo en la mandíbula, Harper gritó.

—¡Ayudadme!

Se había formado un grupo de gente delante de la cámara frigorífica, que tenía todas las puertas abiertas para que los espectadores los vieran mejor.

—Vaya, las rubias también —dijo alguien cuando una caja de cerveza cayó al suelo.

Harper hizo un gesto de dolor al ver que Linc golpeaba a Luke en el estómago. Se iban a acabar matando. Lo sujetó por el brazo cuando lo echó hacia atrás para volver a golpearlo, pero fue inútil y salió volando hacia delante con el golpe.

Luke dio otro puñetazo y ella sintió el aire en la cara. Estaba demasiado enfadado, no iba a poder detenerlo.

Un brazo la agarró por la cintura y la sacó de la escena.

Ty, en uniforme, la dejó en la puerta de la cámara.

—¡Ty, haz que paren!

—A eso voy. Quédate aquí.

Ty se metió entre ellos y, con la experiencia propia de un policía, consiguió detener a Linc. Luke, enfadado, intentó darle un puñetazo a su cuñado, que lo esquivó y le dio en la mandíbula con tanta fuerza que lo hizo retroceder.

—No me obligues a pegarte una paliza, porque lo haría y probablemente lo disfrutaría —le advirtió.

Luke levantó un brazo para señalar que se rendía.

—No dejes que ese gilipollas se le acerque. —Miró a Harper con cara de enfadado. Le estaba saliendo un cardenal en la barbilla y le caía sangre de la boca—. ¿Estás bien? —Los ojos castaños de Luke escondían muchos sentimientos.

Ella negó con la cabeza y se dio media vuelta.

—Harper —la llamó.

¿Cómo podía insultarla y luego mirarla con esa cara, como si quisiera abrazarla? ¿Hacerle el amor como si no pudiera vivir sin ella y luego rechazarla como si fuera basura? Harper no podía seguir esperando a que él decidiera qué quería, porque era probable que no lo descubriese nunca.

—¿Puedo confiar en que no os vais a matar? —preguntó Ty antes de salir de la cámara frigorífica—. Georgia Rae, ¿los vigilas?

Ty se llevó a Harper al pasillo de los cereales.

—¿Estás segura de que no se pegarán otra vez? —preguntó, preocupada.

—No se atreverían con Georgia Rae en medio. Les patearía el culo. ¿Qué narices ha pasado?

Harper se lo explicó:

—Estaba haciendo la compra para Joni. Ya sabes, por tener un detalle con ella después de lo mucho que me ha ayudado. Pero no puedo ni hacer eso...

—Se quedó callada y luego gritó con frustración—. Es la primera vez que nos vemos desde que me pidió que me fuera y mira qué ha pasado.

—Está enamorado, por eso se porta como un imbécil.

—No lo creo —respondió ella.

—Solo me hace falta verlo para saber que está enamorado. Lo que pasa es que él es más imbécil que el resto.

—¿Se van a meter en problemas? —preguntó ella para cambiar de tema.

—Tengo que hablar con el propietario de la tienda y ver si va a presentar cargos. Hazme un favor y quédate quieta mientras lo soluciono.

Cuando Ty sacó a los chicos de la nevera, Linc, que tenía las marcas de un moretón incipiente en el ojo, le guiñó el ojo. Luke caminó hacia ella, pero Ty lo detuvo poniéndole las manos sobre el pecho.

—No te lo puedo permitir, Luke.

—No puedes impedir que hable con ella —contestó con una ira que parecía correrle por las venas como si fuera electricidad.

—Sí que puedo, hasta que ella diga lo contrario. Ahora, haz el favor de quedarte aquí e intentar no golpear a nadie más.

—¿Tengo que recordarte que cuando mi hermana rompió contigo fui yo quien le dijo que se estaba comportando como un idiota?

—La diferencia es que yo no estaba rompiendo cosas en una tienda ni pegándome con un tío. En esta situación, el idiota eres tú. Ahora quédate quieto y en silencio para que pueda solucionar esto.

Ty habló con un tono tan cordial que Harper solo pudo parpadear.

Luke se quedó donde estaba, pero no le quitó los ojos de encima. Se metió las manos en los bolsillos e ignoró a la multitud que se agrupaba a su alrededor. Los carros abandonados se acumulaban en los pasillos mientras los clientes y el personal de la empresa se reunía en los expositores de relleno de pavo y calabaza en oferta. Linc se apoyó en la puerta de una de las neveras y empezó a hablar con una de las reponedoras de la tienda.

Harper intentó mirar a todas partes menos a la cara de Luke. Pareció que había pasado una eternidad antes de que el policía regresara.

—A ver, este es el trato. Miz Valencio no presentará cargos siempre que aceptéis las siguientes condiciones. En primer lugar, entre los dos, tendréis

que pagar los nueve paquetes de botellines de cerveza, que han sufrido una muerte innecesaria, y limpiaréis el desastre que habéis armado.

Linc miró a Luke y se encogió de hombros. El segundo puso los ojos en blanco y asintió.

—En segundo lugar, tendréis que acabar de hacer la compra de Harper y pagársela.

—Dame la lista —dijo Luke con una mano extendida hacia ella.

—Ay, no, Ty, no hace falta. —Tenía tampones en la lista.

—Son las condiciones de Miz Valencio. No quiere que te vayas con las manos vacías porque estos dos palurdos tienen problemas de testosterona.

—Dame la lista.

Harper sentía que la estaban llevando a la ruina y que no podía escabullirse. Se acercó poco a poco, sacó la lista del bolsillo trasero de los pantalones con dos dedos y se la entregó sin dejar de mirarse la mano. Luke cerró la mano sobre la suya y tiró de ella.

—Harper.

Esperó hasta que lo miró.

—Siento lo que he dicho antes. ¿Estás bien?

Ella se limitó a asentir lentamente, no confiaba en su voz. El contacto con Luke hizo que una ola de calor le recorriera el cuerpo.

Con la mano que tenía libre, Luke le apartó el pelo de la cara.

—Siento haberte asustado.

—Por Dios, Garrison, las manos quietas —dijo Ty colocándose entre ellos.

Luke cogió la lista y se la dio al policía.

—Peggy Ann ha ido a buscar una escoba y una fregona. Harper, ¿por qué no te vas a la cafetería y te tomas un café? Acabaremos en una hora.

Capítulo 49

—Solo intentaba que no pasara frío —dijo Linc intentando entablar conversación con Luke mientras sujetaba una sartén de tamaño industrial.

Luke lo miró con odio y continuó barriendo en silencio.

—Quiero decir que no nos estábamos liando ni nada. Estábamos hablando y ella tenía frío.

—Ya, claro. Estabais hablando en una cámara frigorífica en pleno diciembre.

—No te equivoques conmigo —continuó Linc—. Me encantaría conocerla mejor. Es decir, ¿la has visto?

Luke estrujó la escoba con la mano como si fuera el cuello del bombero.

—No me debes ninguna explicación —gruñó.

Linc tiró los cristales rotos a la papelera.

—Además, nos hemos escondido aquí porque Harper no quería verte. No sé por qué sigue trabajando contigo.

—Trabaja por las noches para no tener que verme.

—¿Y se lo permites?

—Bueno, no es el tipo de chica que te pide permiso.

—Es dura. —Linc rio—. Le estaba contando lo de aquella vez que metiste la cabeza en la nevera y luego te cabreaste como una mona.

—No me enfadé.

—Recuerdo perfectamente que caminabas dando pisotones.

—Sería porque quería romperte un pie. —Luke se puso a barrer otra vez.

—Solo digo que me parece una reacción exagerada viniendo del tío que la ha rechazado. ¿Por qué siempre dejas a tus mujeres? ¿Qué esperas? ¿Que se queden solas para siempre?

—Por el amor de Dios, podemos acabar en silencio, ¿por favor? Ty se cabreará si te rompo la cara con la escoba.

Harper se tomó una hora de descanso y, haciendo caso del consejo de Ty, fue a tomarse un café con leche a la cafetería de al lado.

Cogió la taza con las dos manos e intentó pensar en la parte positiva de todo aquello. No se había puesto a llorar y eso era bueno. No le había suplicado que la tocara una última vez, lo cual estaba muy bien. Por desgracia, había ido a la tienda sin maquillaje y con el pelo recogido en un moño mal hecho. Si hubiera podido elegir, no habría dejado que Luke la viera con esas pintas tan tristes y ropa tan ancha. Se habría puesto sus mejores galas y él la habría visto desde la distancia, no tan de cerca ni dentro de una nevera. No entendía la reacción de Luke al verla con Linc.

Entró en el pequeño lavabo con paredes de pizarra y se puso un poco de brillo de labios y se deshizo el moño. Se peinó y se hizo una trenza enorme que le colgaba por encima del hombro.

Mientras volvía al supermercado, pensó en coger el coche e irse. Le contaría alguna excusa a Joni sobre por qué no había comprado nada y pasaría unas diez horas, más o menos, hecha un ovillo.

Pero era demasiado orgullosa. «No dejes que vea que te duele», se dijo a sí misma.

Harper se los encontró a los dos en la caja de autoservicio discutiendo sobre cómo guardar las cosas en las bolsas.

Hizo una mueca al ver a Luke y a Linc con la caja de tampones.

Debería haber optado por hacerse un ovillo.

Luke la vio mientras discutía con Linc sobre cómo guardar las pechugas de pollo.

—Hola, muñeca. Te hemos cogido bolsas reutilizables —le dijo Linc con una sonrisa.

Luke quería darle otro puñetazo, pero se conformó con propinarle un codazo en el estómago y meterse las manos en los bolsillos. Era la única manera que tenía de asegurarse de que no iba a intentar tocar a Harper... ni romperle la nariz a Linc.

Todavía se le revolvía el estómago al verla. Esos ojos, fieros ahora, quedaban ensombrecidos por las ojeras. Toda la luz que había tenido en ellos había desaparecido. También estaba más delgada, cosa que era perceptible a pesar de que llevaba un jersey grueso. Tenía las mejillas hundidas.

Estaba cansada, vacía, y él quería hacer que se sintiera mejor, pero ya había tomado una decisión. Su cama estaba vacía y su casa se había quedado

en silencio total, justo como tenía que ser.

Cuando había abierto la cámara frigorífica para escapar de Georgia Rae... al ver a Harper en los brazos de Reed, al ver cómo le sonreía... Todavía se le revolvía el estómago.

Su propia reacción, esa ira ciega y abrasadora, lo había sorprendido mucho. Había perdido el control, como si la correa que llevaba por dentro se hubiera roto de repente. No le gustaba tener aquello en su interior, estar listo para atacar.

Había atacado, y no solo con los puños. Había hecho una acusación muy dura a Harper y había visto el dolor en su rostro antes de que Linc se le echara encima. Luke no era nada sin su autocontrol. Aunque ella ya había hecho que se pasara de la raya antes.

No era culpa de ella. Toda la culpa recaía sobre él.

Le debía una disculpa, y otra a Ty. Y ya que estaba, podía aprovechar para disculparse con Linc, pero probablemente no lo haría, aunque este tuviera parte de razón. Había sido él quien había cortado con Harper, ¿qué esperaba?

¿Acaso no merecía ser feliz y tener a alguien que la quisiera y le recordara que tenía que ponerse un abrigo cuando nevaba?

—¿Y la chaqueta? —Se arrepintió del tono duro con el que lo dijo, pero nunca lograba controlarse cuando estaba con ella.

Harper se encogió de hombros.

—En tu casa.

Con el resto de sus cosas. Esperando a que las recogieran.

—Te la traeré. Y el resto de las cosas.

Harper negó con la cabeza.

—No puedo tener todo en casa de Joni...

La canción «*Bad Boys*» empezó a sonar. Era el móvil de Harper. Luke vio su cara de miedo y que le temblaban los dedos al intentar responder lo más rápido posible.

—Ey, hola —dijo. Se dio media vuelta y se acercó el teléfono a la oreja—. No, no la he recibido. Me he mudado. —Miró a Luke rápidamente y apartó la mirada. Bajó la voz—. Lo sé, lo siento. Fue algo inesperado. —Escuchó en silencio y empalideció por completo—. ¿Va a salir? ¿Cuándo? —Se sentó en un banco estrecho que había delante de la ventana. Se mordió el labio y volvió a mirar a Luke. Apartó la mirada cuando vio que él también la miraba.

Linc le dio una bolsa de lechuga.

—No pares, colega.

—Dame un momento. Y no me llames colega.

—Como quieras. No pares, imbécil.

Luke se acercó a Harper, pero no entendió casi nada. Parecía que estaba discutiendo.

—No hace falta que vengas a hacerme de guardaespaldas... Sé cuidarme sola...

Después de otro minuto de cuchicheos, colgó y, sin decir nada, se fue corriendo de la tienda.

—¿Adónde va? —preguntó Linc mientras caminaba hacia Luke—. Se ha dejado la compra.

Evidentemente, Harper no respondía a los mensajes. Frustrado, Luke tiró el móvil al asiento del copiloto. Ya había pagado la deuda en la tienda, así que se había ofrecido voluntario para llevarle la compra a casa.

Pero primero pasaría por su casa para coger el maldito abrigo.

No entendía la reacción de Harper a la llamada de teléfono y no podía dejar de pensar en ello. Harper no tenía miedo a nada, por eso Luke estaba preocupado, porque no sabía qué podía haber causado esa reacción.

Dejó la compra en el maletero y entró en casa. Buscó entre las cajas hasta que encontró un abrigo negro de lana con un cinturón, lo cogió e inhaló su aroma.

Se sintió patético, así que lo dobló y lo dejó sobre la mesa del comedor. Le prepararía una caja con unos cuantos jerséis, así no se helaría. También le llevaría un abrigo polar, pensó. Los inviernos en Maryland eran muy fríos. A lo mejor podría comprarle uno decente el *outlet*...

Dios. ¿Qué le había hecho aquella mujer? Ni siquiera estaban juntos y él ya estaba pensando en quedar con ella para ir a comprar. Iba a perder la cabeza. Después de lo que había pasado, podía estar seguro de que todo el progreso que había hecho a la hora de no pensar en ella se había desvanecido. Le había bastado con verla para volver a la casilla de salida.

Puso dos jerséis encima del abrigo en la mesa. Se le había acabado la paciencia. Cuando se enterara de qué le pasaba, llevaría sus cosas a la oficina para que las guardara allí hasta que se fuera.

Se acordó del montón de cartas que había dejado en la encimera de la cocina y que había ignorado durante una semana. Miraría si había algo para ella y se dirigiría a casa de Joni. La vería una última vez, se aseguraría de que estaba bien y la dejaría en paz para siempre.

Luke ojeó las cartas y tiró la publicidad a la papelera de reciclaje. Había dos sobres para Harper.

El sello rojo de la primera carta le llamó la atención. Era del programa de apoyo a las víctimas de delitos y crímenes. Sintió que se le aceleraba el corazón. El segundo sobre tenía la dirección de Harper escrita a mano y un sello en la esquina en el que ponía: «Carta enviada desde una institución penitenciaria estatal».

El segundo sobre tenía algo familiar, pero ignoraba qué. Aunque había una dirección en el remite, no ponía ningún nombre. Luke cogió el móvil y buscó en internet la dirección. Era la cárcel de Sussex.

Llamó a Harper. Como no le respondió, maldijo entre dientes y colgó.

Dio unos golpecitos con los dedos en la encimera de la cocina mientras estudiaba las opciones que tenía. Harper no le iba a contar lo que estaba pasando, pero si estaba en peligro, él tenía que saberlo.

—Que le den.

Abrió el sobre y sacó la hoja de libreta que había en el interior. La ira se apoderó de él y le empezaron a temblar las manos. No había ningún nombre, pero ponía «Papá».

Dejó la carta con un fuerte golpe en la encimera y empezó a caminar de un lado para otro. No podía ser la primera carta, seguro que le había enviado más.

Las cajas. Volvió al comedor y abrió la caja en la que ponía: «Papeles». Arriba del todo, había una carpeta con la etiqueta «Cartas centro penitenciario». Había decenas de cartas ordenadas cronológicamente. Había empezado a recibirlas a los dieciocho años. Luke tuvo que contenerse para no lanzar la caja por la ventana.

«El muy cabrón», En todas las cartas había firmado como «Papá». Había vigilado todos sus movimientos desde que había salido del centro de acogida de menores y la había culpado por su sentencia. Debía de ser el hombre de las quemaduras de cigarrillos. Había herido a Harper físicamente hasta que lo habían descubierto y luego se había pasado años torturándola psicológicamente.

Había otras cinco cartas de aquel hombre con la dirección de casa de Luke. Tres las había enviado mientras él estaba en Afganistán, pero la más reciente era de unos días antes de Acción de Gracias. Y ella nunca se lo había contado.

Sin embargo... lo había intentado.

«Luke, ¿podemos hablar un segundo? Es bastante importante».

Aquel día él había estado sentado en el sofá, enfadado consigo mismo, aunque había fingido que era con ella. Se había encogido de hombros porque estaba enfadado y asustado. Harper había titubeado, pero había intentado seguir: «Ha pasado una cosa y estoy un poco preocupada...».

Él la había interrumpido, la había echado de su vida a sangre fría. La había apartado de él en el preciso instante en el que ella había ido a pedirle ayuda.

Había confiado en él, pero Luke había traicionado la confianza de Harper en tantos sentidos... Y ahora estaba sola.

Se pasó una mano por la cara y maldijo. ¿Qué había hecho?

Necesitaba saber cómo se llamaba aquel hombre y pensó en el servicio de asistencia a las víctimas. Ya había abierto una carta, así que, ¿por qué detenerse ahí?

En la carta ponía que, como era víctima de Clive Perry, tenía derecho a saber que iba a salir de la cárcel el 18 de diciembre, ya que habría cumplido la pena en su totalidad.

Luke se sacó el móvil del bolsillo y marcó un número.

—Oye, tenemos un problema.

Capítulo 50

—**C**uando he visto que eras tú he pensado que me llamabas para disculparte —dijo Ty recostándose en la silla del escritorio—, pero cuando me has dicho que teníamos un problema, te he imaginado con el cadáver de Linc en el maletero.

Luke cambió de postura en la silla que había frente al escritorio del policía. La comisaría olía a café rancio y a libros viejos.

—Te debo una disculpa y no, no he matado a nadie. De momento. —Dejó la carpeta de Harper sobre la mesa—. Es Harper la que tiene un problema.

—¿Qué tipo de problema?

Luke le contó lo que sabía y, cuando acabó, Ty silbó.

—Parece que está en un lío.

—¿Qué podemos hacer para impedir que el imbécil este salga de la cárcel?

—Lo averiguaré. Pero Luke, a los ojos de la ley, el tal Perry ya ha cumplido su pena. —Ojeó la carta que había en la carpeta—. ¿Por qué no me das algo de tiempo para que busque a Harper y a este tipo en el programa? Además, también quiero leer las cartas. Ve a por un par de cafés y nos vemos aquí en una media hora.

—Quiero que conste en acta que no voy a dejar que ese tío se le acerque. Pase lo que pase.

—Entiendo lo que quieres decir, pero ya nos preocuparemos de eso cuando llegue. Ve a por los cafés. El mío con dos azucarillos.

Luke compró café y, como ya casi era la hora de cenar, también compró *pizza*. El sol de la tarde brillaba en los montecitos de nieve de la calle principal, la más navideña de Benevolence. Los domingos, la gente empezaba a cantar villancicos al lado del árbol de Navidad del parque, luego iba por los vecindarios y, al final, acababan en la estación de bomberos, donde les daban una taza de chocolate caliente y hacían una campaña de recogida de juguetes y ropa. Con la taza de café encima de la caja de *pizza*, Luke asintió con la

cabeza para saludar al profesor de matemáticas del instituto y a su mujer, que iban al cine. También saludó con la mano a Sheila, del Remo, cuando esta le silbó desde el otro lado de la calle.

Por mucho que deseara pasar desapercibido, en el pueblo todo el mundo se conocía. Caminar por aquella calle idílica, bajo las luces de Navidad y las guirnaldas que cubrían cualquier superficie sólida, hacía que la gente tuviera la sensación de que allí nunca podía suceder nada malo. Sin embargo, hasta en Benevolence pasaban cosas malas. Luke solo esperaba poder evitar la que le preocupaba en aquel momento.

Cuando volvió a la comisaría, el aire caliente y el silencio lo recibieron. Alma, la mujer del *sheriff* y directora de la oficina, se había ido a casa, así que Luke entró directamente al despacho de Ty.

El policía justo estaba colgando el teléfono cuando entró Luke.

—Vaya. *Pizza*, café y te he dado un puñetazo en la cara. Creo que hoy es mi día de suerte.

Luke dejó todo en el escritorio y se tocó la mandíbula.

—Sí, por cierto, ¿a qué ha venido eso?

Luke cogió el café y se sentó en la silla.

—Supongo que te debo una disculpa por haberme portado como un capullo.

—Disculpa aceptada.

—Qué fácil ha sido.

—Bueno, todos hacemos tonterías por las mujeres a las que queremos. —Ty no le dio la oportunidad de protestar, simplemente siguió con su discurso arrastrando las palabras—: Y, hablando de la mujer a la que quieres, he conseguido información y creo que no te va a gustar.

—¿Qué has encontrado?

—He encontrado el expediente del caso del tal Clive Perry. Fue un caso bastante serio. Tenía la casa llena de niños a los que maltrataba, dejaba pasar hambre y tenía descuidados. Harper vivió allí durante unas ocho semanas. Según el informe, una noche llegó borracho a casa y empezó a gritarle a uno de los niños más pequeños. Harper sacó a los demás de la casa y regresó a por el pequeño.

Luke se agarró las rodillas con fuerza.

—El caso es que se estaban peleando y ella se puso entre el hombre y el niño, se quedó allí hasta que el marido de la vecina entró con una escopeta y arrinconó a Perry en la cocina. Cuando llegó la policía, Harper tenía muchos golpes. Un brazo roto, cortes y moretones. Cuando la llevaron al hospital,

descubrieron que el tío le había roto las costillas en otra paliza. Ella se lo contó todo a la policía y condenaron a Perry a doce años de cárcel.

—Era solo una niña. —Luke se levantó y empezó a caminar de un lado a otro por el diminuto despacho.

—He contactado con el policía que se encargó del caso. Ya está jubilado, pero le he llamado a casa. Me ha dado el nombre de una policía novata que también estuvo en el caso y al parecer hizo muy buenas migas con Harper. Las dos testificaron en las audiencias para la condicional.

—¿Has hablado con ella ya? ¿Harper sabe que es su objetivo?

—Todavía no. Iba a llamarla justo cuando has traído la comida. —Miró la caja de *pizza*.

—Primero llamamos, después comemos.

—Voy. —Ty asintió y cogió el teléfono del escritorio—. Mientras tanto, toma esto, te alegrará el día. —Le dio una hoja.

Luke la cogió. Era una noticia de hacía año y medio sobre un incendio en un edificio de la ciudad. En la fotografía principal se veía a Harper, cubierta de cenizas y hollín, ayudando a una anciana a huir de las llamas.

Luke se tocó la nariz para intentar calmar un ataque de corazón inminente.

—Madre mía. Solo me comentó que estaba en casa cuando se declaró el incendio. No me dijo que había ayudado a sacar a la gente del edificio.

—A dos personas y a un gato —añadió Ty, después de tapar el teléfono.

Luke leyó la historia rápidamente mientras Ty hablaba con la centralita de la comisaría de policía.

Era su chica valiente y alocada. Lista para cualquier reto. Se preguntó qué sentimientos le provocaba Perry. ¿Le tenía miedo? Seguro que planeaba alguna tontería, como quedar con él para verlo cara a cara.

Ni en sueños. Luke se aseguraría de que no tuviera que volver a plantar cara a ese monstruo.

—¿Inspectora Rameson? Soy el agente Adler, de Benevolence... No, está bien, pero precisamente la llamo por ella. Estoy con un... compañero. —Miró a Luke rápidamente—. ¿Le importa si pongo el altavoz? Estupendo. —Pulsó un botón y colgó el teléfono.

—¿Está ahí, inspectora?

—Sí. —La voz sonaba entrecortada por las interferencias, pero se le notaba el acento de Jersey—. ¿Qué ha pasado?

—¿Cree que Clive Perry es una amenaza para Harper?

Luke escuchó un suspiro al otro lado de la línea de teléfono.

—Menos mal que por fin se lo ha contado a alguien. Siempre le he sugerido que debía tener un plan.

Luke rio al pensar en la idea de que Harper planificara algo.

—Por la respuesta, veo que la conoces bastante bien. No eres el capullo que la ha dejado, ¿verdad? Tiene muy mal ojo para los hombres.

Ty se aclaró la garganta.

—Yo no, es el compañero que tengo aquí. No es que sea un capullo, solo gilipollas.

—A mí me parece lo mismo —respondió Rameson.

—Oye, necesitamos saber si el tal Perry vendrá a buscarla cuando salga de la cárcel —la interrumpió Luke.

—¿Has leído las cartas? —preguntó ella.

—Sí, todas. Ty ha leído unas cuantas y por eso hemos llamado.

—A ver. El imbécil de Perry lleva escribiéndole una carta cada dos meses desde que Harper tenía dieciocho años. Vaya donde vaya, él siempre la encuentra y empieza a mandarle las cartas otra vez. Siempre es lo mismo, que está en deuda con él y que tendrá que pagar y el mismo rollo. Lo bueno es que las cartas no le hicieron ningún favor en las audiencias para la condicional. Lo malo es que nunca la amenaza directamente y por eso nadie considerará que es peligroso, a no ser que sea más específico, ¿me entendéis?

—¿Qué opinas tú de él? ¿No te importa que te tutee, no? —preguntó Ty.

—No, claro que no. No sé mucho sobre él. Lo he ido controlando y los vecinos me mantienen informada, por cortesía profesional. El tipo tiene unos sesenta años, pero no es como los hombres de sesenta años que salen en los anuncios, sanos y corpulentos. Es más bien de los que no tienen hígado y fuman dos cartones de tabaco al día. Pero hay algo oscuro en él. Algo me dice que es un tío problemático, aunque no tengo pruebas contra él. Necesito algo que lo incrimine, pero creo que no tendremos nada hasta que no consiga hacerle algo a Harper.

—Eso no es una opción —gruñó Luke.

—En este caso, estoy de acuerdo contigo, gilipollas, pero no tengo nada más sobre él.

Una idea empezó a tomar forma en la mente de Luke y entonces se dio cuenta.

—Está en Sussex, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, ha cumplido la sentencia allí.

—Ty, ¿en qué cárcel estaba Glenn?

—Qué hijo de puta. —Ty tecleó rápidamente en el ordenador—. La cárcel del condado estaba llena y él es un preso reincidente.

—¿Tenéis algo?

—Hace unos meses, un tío del pueblo esperaba a que lo juzgaran en Sussex, por delito de agresión y violencia de género. Alguien le pagó la fianza y se presentó en casa de Harper con un cuchillo largo y afilado e intentó destrozarle la casa. Harper y sus amigas lo detuvieron. Nosotros pensamos que había ido a buscar a su exnovia y que el resto eran un daño colateral.

—Maldita Harper. No me había contado nada de eso. ¿Creéis que conoce a Perry?

—Creo que deberíamos charlar con Glenn.

—¿Os importa si voy yo también? —preguntó Rameson.

—Claro que no, inspectora.

Detuvo el coche a un lado de la carretera y apoyó la cabeza en el reposacabezas. Cerró los ojos y le pidió a su corazón que se calmara. La llamada de teléfono de Melissa la había puesto de los nervios y ya estaba pasando por un momento complicado.

Cuando se conocieron, Melissa era una policía novata y Harper una niña de doce años. La agente Rameson, que acababa de salir de la academia de policía y llevaba el uniforme inmaculado y un moño perfecto, selló su amistad con Harper con una taza de chocolate caliente y su adorable acento de Jersey.

Ahora las cosas habían cambiado. Melissa trabajaba como inspectora en la comisaría de Baltimore y Harper ya no era una niña asustada. Sin embargo, la dinámica entre ellas no había cambiado. Melissa seguía cuidando de ella sin importarle que la Harper adulta no dejara de protestar. Habían ido a todas las audiencias, habían testificado y plantado cara al monstruo juntas. Clive Perry nunca había conseguido la libertad provisional.

En doce años, él solo había podido ver que Harper se convertía en una mujer más fuerte mientras que él era cada vez más débil. Ya no suponía una amenaza física para ella, Harper lo tenía claro. Pero ¿qué le había querido decir con eso de que todavía podía hacerle daño?

¿Su objetivo era ella o alguien a quien ella quería? ¿O acaso todo era un juego? A lo mejor quería aprovechar su libertad al máximo y...

¿Qué? Era un viejo amargado y retorcido. No estaba arrepentido y no tenía ninguna esperanza. Continuaría llevando una vida llena de odio y dolor.

Desperdiciaría su vida.

Sin embargo, ella no haría lo mismo con la suya, no pondría en peligro a la gente a la que quería. Recogería sus cosas y se iría. Fremont no era una opción llegados a aquel punto, pues la encontraría, y también a Hannah.

A lo mejor podría dirigirse hacia el este, encontrar un pequeño pueblo costero y pasar allí unos meses. No era un gran plan, pero era algo. Todavía no estaba lista para regresar a casa de Joni. Harper miró la bolsa del gimnasio que tenía en el asiento del copiloto. Podría correr en la cinta del gimnasio hasta estar lista para reírse de todo.

Capítulo 51

Después de correr en la cinta, hizo un circuito de entrenamiento de media hora y se duchó. Cuando volvió a casa de Joni ya era de noche y estaba agotada. Las luces brillaban al otro lado de las ventanas cubiertas de escarcha, como si quisieran atraer el cuerpo cansado de Harper.

Entró por la puerta principal, percibió el aroma y dejó que la nariz la guiara hasta la cocina.

—¿Qué huele tan bien?

Joni levantó la mirada de la olla en el fuego y sonrió.

—Es la sopa de pollo y maíz de mi abuela y unas galletas recién horneadas. Coge un cuenco —dijo señalando a la isla de la cocina, donde los cuencos esperaban a que los llenaran.

—Si sabe la mitad de bien de lo que huele, me echaré a llorar.

—No pasa nada, cuando acabes me puedes contar por qué ha traído Luke la compra a casa y por qué se ha enfadado al ver que no estabas aquí.

—Madre mía, la compra. —Harper se puso una mano en la frente—. Me la he dejado en el supermercado.

—No te preocupes. Luke se ha encargado de traerla. También te ha traído un abrigo y unos cuantos jerséis. No dejaba de decir que era invierno y que ibas por ahí sin ropa.

Harper suspiró.

—No lo entiendo. ¿Por qué dice que no me quiere y que no quiere que esté con él y después hace todo esto?

—Está asustado. Creo que sus sentimientos por ti son tan fuertes que no los puede asumir.

—No sé si eso hace que me sienta mejor o peor.

—He oído muchas versiones de la historia, así que me muero por conocer la tuya. Luke tenía un moretón en la mandíbula.

Harper se tapó la cara con las manos.

—He ido al gimnasio para correr hasta que la situación me pareciera divertida, pero me he cansado antes, así que todavía estoy en la fase en la que me siento enfadada y avergonzada.

—¿Qué te parece si coges la botella de vino de la nevera y bebemos hasta que nos parezca divertido?

Harper accedió y cogió dos copas del armario, las llenó y le ofreció una a Joni antes de abrazarla.

—Eres la mejor, Joni, de verdad. Creo que ya va siendo hora de que te tutee. Estoy muy agradecida por todo lo que has hecho por mí.

La mujer la abrazó con fuerza.

—Ay, cariño, lo mismo digo. Ahora ven, vamos a comer, a beber y a animarnos un poco.

Se tomaron la sopa en la sala de estar. El fuego de la chimenea chisporroteaba mientras Harper le contaba lo que había sucedido en la tienda. Omitió la parte en la que Melissa la llamaba.

—No dejaban de empujarse y darse puñetazos por la cámara frigorífica. Había cristales y cerveza por todos lados, pero ellos seguían. Menos mal que ha llegado Ty y los ha separado enseguida. Linc ha parado, pero Luke seguía, así que Ty le ha dado un puñetazo en la cara. Luego hemos tenido que salir de la nevera, avergonzados porque nos estaba mirando medio pueblo.

Harper se sentó sobre un pie y siguió comiendo sopa.

—Ha sido la primera vez que lo veía desde... aquel día.

—Y te ha visto en los brazos de Linc, sonriéndole. Qué maravilla —dijo Joni entre risas.

—¡Creía que nos estábamos liando!

—Querida, es mejor que te vea en los brazos de un bombero guapísimo que lamentándote por los rincones, con chándal y el pelo sucio.

—Tienes toda la razón.

—Ha visto a lo que él te ha empujado. A vivir sin él.

—Ha sido muy duro. No puedo mirarlo y no pensar en lo mucho que lo quiero. ¿Por qué no puedo aceptar que me ha dejado y seguir con mi vida fácilmente, ya sabes, como la adulta que soy?

Joni rio con la copa en los labios.

—Creo que hoy has demostrado ser mucho más madura que él. Tú por lo menos no te has peleado ni has involucrado a la policía.

—Ya. ¿Crees que hará las paces con Ty? Ya he causado bastantes problemas en esa familia por hoy.

Joni le puso una mano sobre el muslo.

—Son hombres. Estoy segura de que ya han hecho las paces con una cerveza y algo de comida.

—Sabes mucho de los hombres. ¿Crees que algún día te apetecerá conocer a alguno?

—Resulta que tengo una cita mañana por la noche.

—¿Cómo? —Harper se incorporó tan deprisa que casi derramó la sopa—. ¿Quién?

—Un caballero llamado Frank Barry. Creo que lo conoces. —Movi6 las cejas con picardía.

—¿Con el gruñ6n de Frank? ¿A qué viene eso?

—Hace muchos años, Frank fue mi novio en el instituto. No duramos mucho, pero fue algo memorable.

—¿Tú eres el motivo por el que nunca se casó? —Harper jadeó.

Joni movió los brazos como si quisiera deshacerse de la idea.

—Lo dudo mucho, pero estoy muy emocionada por ir a cenar con él. Le pedí yo la cita, por cierto. Me lo he encontrado en el bar cuando he ido a comer hoy.

—¡Me alegro mucho por ti! ¿Qué vas a ponerte?

—Supongo que algo calentito, porque hace muchísimo frío.

—Buena idea. Parece que en Benevolence todos nos reencontramos con nuestros antiguos amantes. No puedo quedarme aquí. Luke no puede ni mirarme sin convertirse en Hulk delante de Georgia Rae. Y yo no puedo mirarlo sin querer besarlo y abofetearlo hasta que se dé cuenta de que se está comportando como un idiota.

—No dejes que un mal día en el supermercado te convenza de dejar Benevolence, Harper.

Harper cogió la copa y bebió un trago de vino.

—No puedo dejar de pensar que, si reacciona así cuando me ve con otro hombre, yo seré mucho peor. No creo que lo soportara. Será lo mejor, la distancia nos sanará a los dos.

Eso esperaba.

—Yo quiero que te quedes.

—Ojalá pudiera. ¿Vendrás a verme cuando me haya mudado?

—Me encantará. Prometo que iré, sobre todo si te mudas a algún lugar más cálido.

—A ver qué puedo hacer. Me iré el sábado.

Joni suspiró y le puso una mano en el hombro.

—Te echaré mucho de menos.

—Y yo a ti. Y no lo digo solo por la comida y el vino. ¿Qué te parece si vamos a comprar algún jersey nuevo para tu cita? Quizá encontremos uno con escote redondo que puedas combinar con una bufanda. Luego, si las cosas van bien en la cita, te la puedes quitar.

Joni se echó a reír y sirvió más vino en las copas.

Luke se apoyó en el coche de policía de Ty. La ira y la frustración por qué no lo hubieran dejado entrar a hablar con Glenn lo calentaba tanto que no tenía frío a pesar del aire helado de la mañana y la gélida mirada que le había echado la inspectora Rameson.

Dio una patada al suelo de asfalto.

Debería estar con ellos, no esperando en el aparcamiento. Se sentía inútil y nunca le había pasado antes. No era fácil retroceder y dejar que otras personas se encargaran del asunto. Un asunto del que él quería ocuparse, a su manera. Solo hacía falta dejar que el cabrón diera un paso hacia Harper.

Él estaba al mando en el trabajo, en la Guardia Nacional. Era él quien tenía el control, justo como le gustaba. La responsabilidad era grande, pero la alternativa era la situación en la que se encontraba: de pie, esperando a que alguien hiciera el trabajo.

Había llamado a Harper una y otra vez después de salir de la comisaría la noche anterior, pero ella solo le mandó un mensaje dándole las gracias por haberle llevado la compra y el abrigo a casa. No le había dicho nada más y él se había tenido que contener para no ir a casa de Joni y sacarla a la fuerza para que hablaran. Al final, había decidido que era mejor encargarse del problema sin que ella se enterara.

Vio que Ty y Rameson salían del edificio y se levantó del coche.

—¿Y bien?

—Lo tenemos —dijo Ty dando un golpecito al capó.

—¿Qué os ha dicho? ¿Lo envió Perry?

—¿Queréis que vayamos a desayunar y hablemos de las posibles estrategias? —preguntó Rameson subiéndose la cremallera del abrigo.

Luke interrogó a Ty en el coche.

—Ni se te ocurra hacerme esperar hasta que lleguemos al restaurante.

—Sí, sí. Si fuera Sophie, yo también estaría muy preocupado —suspiró Ty—. Glenn ha cantado como un soprano en cuanto la inspectora le ha dicho que moriría en la cárcel, igual que su coleguita Perry.

»Nos ha contado que lo conoció la primera semana y que se hicieron amigos en cuanto Perry se enteró de que conocía a Harper. Ha confesado que fue él quien le dio el dinero para la fianza a la madre de Glenn y le prometió más cuando hubiera cumplido el trato.

»Solo le tenía que rajar el cuello a Harper y susurrarle el nombre del cabrón al oído mientras ella moría.

Luke no pudo evitar imaginárselo. Se tomó un momento para borrar la imagen de su mente y recuperar el aliento.

—Glenn jura que no la iba a matar, pero que sentía que por lo menos le debía a Perry darle una paliza. —Ty se detuvo en el aparcamiento de un edificio largo y bajo con un cartel que ponía *todo casero*.

Luke quería romper la ventanilla del coche de un puñetazo, como si fuera la cara de Clive Perry. Quería salir por la puerta y correr hasta casa, encontrar a Harper, abrazarla y prometerle que nunca le volvería a pasar nada malo. Había estado a punto de perder la vida y él no había hecho nada por ella.

Sin embargo, esta vez sería diferente.

—Estoy bien. Vamos —dijo Luke intentando hablar con un tono neutro.

Salieron del coche y fueron con Rameson a la puerta.

—Bueno, veo por tu cara de alegría que Adler te lo ha contado.

—Perry no va a hablar —dijo Luke.

—Sí, ya. Qué tipo más duro. Entra, anda, tengo hambre. —Rameson pasó por su lado y entró al restaurante.

Pidieron café y huevos a una camarera que parecía que tuviera doce años y empezaron a tramar un plan.

—La confesión de Glenn nos vendrá muy bien. Testificará contra Perry para salvarse el culo.

—El caso estaría asegurado si él confesara —comentó Rameson mientras se echaba una cantidad ingente de azúcar en el café.

—No hablará contigo —comentó Luke.

—No —dijo mirándolo—, pero a lo mejor habla con el novio enfadado que intenta decirle que no va a conseguir acercarse a ella.

Luke sonrió con un aire sombrío.

—Sí, porque es un hombre débil y patético.

—Exacto. —Ella sonrió también—. A lo mejor acabas resultando útil y todo, gilipollas.

Capítulo 52

Luke abrió la pesada puerta de metal de la entrada para visitas de la cárcel y entró al vestíbulo abarrotado. Un guardia le señaló un receptor de teléfono desde el otro lado de la ventana.

Luke se acercó y dijo:

—He venido a ver a Clive Perry. —Se sentía como si estuviera comprando entradas de cine.

—¿Trae armas o material de contrabando? —El guardia señaló un cartel con una lista en la que aparecían, entre otros, móviles y drogas. Le pasó unas hojas por la abertura que había encima del mostrador brillante.

—No.

—Pues firme. —El tono del guardia era tan aburrido como el de un niño de doce años conjugando los verbos.

Luke firmó sobre la línea y escribió el nombre de Perry al lado. Le sorprendió no romper el boli de lo fuerte que lo cogía.

—Pase por esa puerta, luego por el detector de metales. La recepción para las visitas está a la derecha —dijo el hombre antes de abrirle la puerta con el interfono.

Cuando abrió la siguiente puerta, Luke entró en una sala de espera muy grande. Los muros estaban pintados de un color gris industrial. Había un grupo de gente esperando en sillas de plástico de cara a la recepción.

Después de volver a responder la misma pregunta otra vez, Luke dejó las gafas de sol, las llaves y la cartera en una bandeja y atravesó el detector de metales.

La mujer que había detrás del mostrador parecía una abuelita feliz, no una funcionaria de prisiones.

Tenía el pelo rubio rojizo lleno de canas y recogido en un moño tan tenso que los rizos se le salían por todos los lados. Unas pecas le cubrían la nariz y las mejillas.

—¿En qué te puedo ayudar, cariño? —preguntó arrastrando las palabras y con un claro acento de Virginia Occidental.

—He venido a ver a Clive Perry.

—Vale. Necesito tu carné de conducir, por favor.

Luke se lo dio. La mujer hizo una copia y se lo devolvió.

—De acuerdo, cariño. Siéntate y ahora le pediré a alguien que vaya a buscar al señor Perry. Os pondremos en una sala vacía.

Le dio las gracias y se sentó en una de las sillas de cara al mostrador. Nervioso, empezó a darse toquecitos con los dedos sobre los vaqueros.

Pasara lo que pasara, todo acabaría en ese momento. El acoso y la manipulación, cualquier amenaza que el hombre supusiera para Harper acababa ese día. Sin importar lo que pasara.

—¿Luke Garrison?

Se acercó al mostrador.

—Estás en la sala B. Sigue a Bill, ahora vendrá el señor Perry.

—Gracias. —Siguió a Bill, un guardia obeso con un mechón de pelo blanco.

La sala era un espacio sucio de unos tres metros cuadrados con una mesa llena de arañazos, un cenicero, que no habían vaciado durante una semana por lo menos, y dos sillas de plástico. Las paredes estaban recubiertas de paneles de madera de los años setenta.

Luke ignoró las sillas y se quedó de pie en la esquina, de cara a la pared, para esperar.

Pasaron unos cuantos minutos antes de que se volviera a abrir la puerta. Bill entró primero, Perry iba detrás.

Puede que en algún otro momento de su vida Clive Perry hubiera sido amenazador, pero las decisiones que había tomado a lo largo de los años lo habían convertido en un hombre jorobado y delgado. Medía alrededor de un metro ochenta, pero parecía más bajito debido a que tenía los hombros caídos. Tenía el pelo gris y se había peinado con esmero.

Tenía las arrugas del rostro muy marcadas, lo que le hacía parecer ser mayor de sesenta y dos años.

No había nada en aquel hombre que fuera extraordinario, nada que le hiciera pensar «psicópata inestable» al verlo, salvo los ojos. Eran de un color azul claro y estaban vacíos. Luke había visto aquellas miradas en los ojos de los enemigos y, una vez, en su propio reflejo.

Perry le dio las gracias a Bill y se sentó delante de la mesa. Alargó los dedos largos, torcidos y amarillentos, y cogió un cigarrillo.

Lo encendió y exhaló una nube de humo azul.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Garrison?

«Hazte el chulo», se recordó Luke. «Sé el novio chulo y sobreprotector».

Puso las manos sobre la silla que tenía delante y se colgó las gafas de sol del cuello de la camisa.

—¿Sabes quién soy? —preguntó.

—No tengo ni la menor idea. —Perry sonrió con crueldad y dejó a la vista los dientes, manchados por los años.

—Déjate de gilipollices. Para de acosar a Harper.

—Le aseguro que no tengo ni idea de lo que está hablando.

Luke se sacó una carta del bolsillo y se la puso delante, en la mesa.

—Creo que sí que lo sabes.

La sonrisa del hombre creció.

—Ah, mi carta.

—Tus cartas, en plural —lo corrigió.

—Veo que las ha leído. No estaba seguro. Somos amigos por correspondencia —contestó Perry.

—Yo te llamaría acosador.

—No supongo ninguna amenaza para ella.

Luke sonrió con suficiencia.

—Eso ya lo veo. —Se puso cómodo en la silla.

—He cumplido mi condena, señor Garrison. He sido un preso ejemplar —dijo con los dedos arqueados sobre la mesa—. Y no he amenazado a su novia.

—No tienes las pelotas para amenazarla directamente y mucho menos para cumplir con ellas.

—¿Lo ve? No es nada por lo que deba preocuparse. Mi pasado con Harper no es más que eso, pasado.

—¿Y por qué sigues mandándole cartas?

Perry abrió las manos y se encogió de hombros.

—Puede que sea simplemente porque no quiero caer en el olvido. Fuimos importantes en la vida del otro y sería una pena que se olvidara.

—Abusaste de los menores a los que tenías a tu cargo.

No le hizo falta mostrar el asco, era evidente en el tono.

—Como he dicho, ya he cumplido mi pena. A los ojos de la justicia, me he rehabilitado. —Perry acarició el borde del sobre—. Dígame, ¿qué dijo cuando abrió la carta? ¿Cómo se tomó la noticia?

Ahí estaba. El hambre. Tenía que darle solo lo justo.

—Me aseguré que no eras una amenaza, solo un viejo chiflado que la culpa de sus propios delitos.

—Me arrebató doce años de mi vida —respondió el hombre con un golpe de la mano.

Luke se aferró a la mesa.

—Fuiste tú quien levantó la mano a los niños, les pegó y los descuidó. Nadie te obligó a abusar de ellos. Mereces pasar en la cárcel el resto de tu vida, y si se te ocurre por un momento que voy a dejar que te acerques a Harper cuando salgas, entonces es que estás más senil de lo que ella cree.

—Parece muy seguro de poder protegerla.

—Intenta pasar por encima de mí, entonces sabrás qué es el miedo —dijo Luke en voz baja—. No descansaré hasta que estés muerto o entre rejas hasta el fin de tus días.

—Parece muy orgulloso de su capacidad para protegerla, pero dígame, ¿dónde estaba el día que aquel hombre entró en su casa? ¿Dónde estaba cuando le puso el cuchillo en la garganta? ¿Estaba usted ahí para protegerla? —Se lamió el fino labio.

—¿Cómo sabes eso?

—Puede que lo haya leído en el periódico. —Perry apagó el cigarrillo. Miró fijamente a Luke a los ojos—. O puede que lo enviara yo.

Luke se levantó de la silla tan rápido que la tiró al suelo. Puso las manos en la mesa.

—Mientes.

—Vaya. ¿No sabía que Glenn y yo somos viejos amigos y que lo saqué de la cárcel a cambio de un pequeño favor? Subestimar a los enemigos es muy peligroso, capitán.

—No es cierto.

—Lo único que necesitó fue el aliciente de la libertad. Yo conseguí el dinero para la fianza e hice que se lo dieran a su madre.

—Si tú no tienes nada. No tenías nada antes de entrar a la cárcel. ¿De dónde sacaste el dinero para la fianza de Glenn?

—La cárcel es un mercado perfecto para los emprendedores. Yo simplemente cubro las necesidades de la gente. Unos quieren drogas, los otros bienes más caros que sacian sus, cómo llamarlo, intereses particulares.

—¿Pornografía infantil? —A Luke se le revolvió el estómago.

El hombre se encogió de hombros.

—Lo que sea que quiera el cliente. Lo consigo y lo distribuyo por un precio.

—¿Esperas que me crea que te gastaste veinte mil dólares para que alguien fuera a mi casa a asustar a mi novia?

—Claro que no. Fue para que la matara.

Luke saltó hacia el hombre, lo cogió por el mono y lo levantó de la silla.

—Pues fracasaste, gilipollas. Para que me digas que he subestimado a alguien. Ni tú ni ninguno de tus lacayos volverá a tocar a Harper, porque, si tienes la suerte de pasar por encima de mí, ella acabará contigo, como hizo cuando tenía doce años. —Soltó al hombre y se irguió.

—No tienes ni control ni paciencia —dijo Perry con desdén—. Ni delicadeza, eres todo fuerza bruta.

—¿Te parece más delicado quemar a una niña de doce años con un cigarrillo? ¿O contratar a un borracho para hacer algo que no tienes fuerzas de hacer tú mismo?

—Contratar a Glenn fue un error, pero al menos tuve el placer de imaginarlo con el cuchillo en la garganta de Harper.

Luke dio un golpe con los puños en la mesa.

—No, soy paciente y esperaré hasta que se sienta segura. Le quitaré todo lo que más quiere. Poco a poco. Empezaré con los perros, cuando esté sola. Cuando no tenga nada más, acabaré con ella.

Luke gruñó e intentó recuperar el control. El brillo maniaco en los ojos azules del hombre hacía que quisiera dejarse llevar y golpearle la cara.

—Nunca pasarás por encima de mí, gilipollas. Nunca saldrás vivo de aquí —respondió Luke en voz baja.

—Eso no depende de ti. Saldré de la cárcel pronto. —Sus labios finos formaron una sonrisa—. Y cuando haya salido, la mataré. Y tú no podrás evitarlo.

Luke le dio un puñetazo en la cara y Perry cayó de rodillas.

La puerta se abrió y entró la inspectora Rameson.

—Por Dios, Garrison, pensaba que no le ibas a pegar nunca. —Le hizo un gesto con la cabeza al hombre con traje que estaba a su derecha—. ¿Con eso nos basta, fiscal Willis?

El hombre se subió las gafas por el puente de la nariz y asintió.

—Sin duda. No saldrá de aquí nunca.

—No tenéis pruebas. —Perry se puso de pie con la mano en la nariz—. No hay micros en estas salas.

Rameson se acercó a la mesa y cogió las gafas de la camisa de Luke.

—Llevas aquí muchos años, cabrón. La tecnología va avanzando. Estas pequeñas graban vídeo y audio.

—¡No podéis hacer eso! ¡No podéis grabarme sin una orden! —gritó.

Rameson se encogió de hombros.

—Uy, ¿te refieres a este papel que tengo aquí? ¿Sabes qué más tenemos? Una confesión de tu compañero Glenn Diller. La pena por intento de asesinato es de un máximo de veinticinco años. Bienvenido al resto de tu vida.

La mujer dio media vuelta y salió de la sala. Luke la siguió y se detuvo en la puerta.

—¿Sabes qué siente de verdad al leer las cartas? Pena.

Cerró la puerta al salir e, ignorando los gritos feroces al otro lado, se dirigió hacia la luz.

Capítulo 53

Luke no aceptó la oferta de Melissa y Ty de ir a comer juntos para celebrar el logro, y como tampoco quería ir a la oficina, se marchó a casa. Quería estar solo y asimilar lo que había pasado.

Se dejó caer en el sofá y los perros se le echaron encima.

—Por favor, chicos, dadme un respiro. He tenido un día muy duro, pero he conseguido alejar a un psicópata de mamá.

Lola movió la cola, *Max* le lamió la cara.

Alguien llamó a la puerta y los interrumpió.

—¿Estás en casa? —dijo Aldo al entrar por la puerta.

—Aquí —respondió Luke.

Los perros dejaron a su dueño y empezaron a correr alrededor del recién llegado, que los acarició.

—¿Qué haces en casa a estas horas?

Luke se levantó.

—¿Qué haces tú en mi casa a estas horas? ¿Quieres una cerveza?

Aldo se encogió de hombros.

—Claro, ¿por qué no? —Siguió a su amigo hacia la cocina.

—¿A qué debo el placer? —Luke abrió la nevera y sacó dos cervezas.

Aldo abrió la suya y le dio un trago.

—Creo que será mejor que abras la cerveza antes de que te diga lo que he venido a decirte.

Luke suspiró.

—¿Me vas a echar la bronca?

Aldo movió la cabeza de un lado al otro.

—Sí. ¿Qué demonios te pasa?

—Nada —respondió Luke.

—Tienes un problema muy gordo —dijo señalando con el pulgar las cajas llenas de cosas de Harper que estaban en el comedor—. ¿Crees que esto es lo que querría Karen?

—¿De qué coño estás hablando?

—¿Crees que a Karen le gustaría ver que te pasas el resto de tu vida completamente solo y siendo un miserable?

Luke sintió que se le tensaba la mandíbula.

—Me da igual que no quieras que pronunciemos su nombre delante de ti. Pobrecito, qué mal lo has pasado. Te estás comportando como un gilipollas, y como tu amigo, tengo el deber de darte una patada en el culo cuando es necesario.

¿Por qué todo el mundo le llamaba gilipollas?

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo —respondió Luke con un dedo sobre el pecho de su amigo.

Aldo le apartó la mano.

—Vamos a imaginar que hubieras muerto tú y que Karen siguiera viva. ¿Qué vida querrías que tuviera sin ti? ¿Crees que el idiota de tu fantasma se alegraría de ver que se aparta de todo el mundo que la quisiera? ¿Que se ocupara con el trabajo para no pensar en nada más y que cuando llegara a casa no hubiera nadie para hacer que se sintiera mejor?

Luke se dio media vuelta y se llevó las manos a la cabeza.

—Claro que no.

—Entonces, ¿por qué le haces esto a Harper?

—¡Yo no le he hecho nada! Ha sido ella quien ha construido esta farsa...

—¿Farsa? ¿Es que crees que no te quiere? ¿Que no nos quiere a todos? ¿Que no le encanta este pueblo?

—Claro que no.

—Entonces, ¿por qué se lo has arrebatado todo? ¿Por Karen? ¿Por ti?

Luke puso los brazos en jarras.

—No te lo diría si no la quisieras, pero si la quieres y echas por la borda la vida que ha construido para los dos, eres un idiota.

Luke se miró los pies. Tenía un nudo en la garganta.

—Claro que la quiero, ¿cómo no la voy a querer? Pero no sé cómo estar con alguien que no es Karen.

Aldo le dio un abrazo y una palmada en la espalda.

—Eres un puto capullo.

—Lo he aprendido de ti.

Aldo lo soltó, pero le dejó un brazo por encima del hombro.

—No tienes que elegir entre las dos. ¿Sabes que Harp lleva flores a la tumba de Karen todas las semanas?

—¿Es ella?

Asintió.

—No tienes que elegir entre ellas, ni reemplazar a Karen con Harp. Puedes quererlas a las dos. ¿Por qué te crees que los padres tienen más de un hijo? ¿Porque no quieren al primero?

—Siempre asumí que en mi familia fue por eso —bromeó Luke.

—No, si hubieran tenido un hijo perfecto, no habrían tenido más. Eso es lo que hicieron los míos. Pero el corazón humano permite amar a más de una persona. Quieres a tus padres, ¿no?

Luke asintió.

—¿Y a Soph y a Josh y a James también? Es evidente que me quieres, si no, no me idolatrarías. Tienes espacio en el corazón para todos y que quieras a otra persona no quiere decir que tengas que hacer borrón y cuenta nueva.

—Gracias, Moretta. A veces no eres tan idiota como pareces.

—No seas capullo. Me he callado lo siniestro que pareces al tener la vida de dos mujeres guardadas en cajas en tu casa porque no quería herir tus sentimientos.

Luke miró las cajas. Vaya, sí que era siniestro.

Luke detuvo la camioneta junto a los árboles de la acera. Tenía el cementerio a la derecha. Siempre aparcaba en el mismo lugar, pues el paseo hasta la tumba de Karen formaba una parte tan importante del ritual como mirar la lápida en silencio. Normalmente iba por la noche, ya que era más probable que no se encontrara a nadie.

Veía la tumba desde donde estaba. Karen tenía visita.

Luke sintió que le daba un vuelco el corazón al ver la melena rubia que tan familiar le resultaba. Llevaba una bufanda de color cereza, aunque no el abrigo. Seguramente se lo habría olvidado en el coche o en la oficina.

Vio a Harper arrodillarse con los hombros encorvados por el frío y dejar algo sobre la tumba con cuidado.

Su vulnerabilidad lo abrasaba. Le había hecho daño a propósito por miedo y ahora los dos estaban pagando el precio. Luke cogió la manilla del coche, pero de repente, le llamó la atención que Harper se moviera.

La vio erguir los hombros, besarse los dedos de la mano y tocar la lápida. A Luke se le rompió el corazón en mil pedazos.

Harper se levantó rápidamente, se sacudió las rodillas y desapareció.

Luke esperó antes de dirigirse hacia la tumba.

Contra el frío granito descansaba un ramillete de flores con un lazo de cuadros. Acarició la «K» con los dedos.

—Lo he estropeado todo, ¿verdad? —Suspiró y alzó la vista hacia las densas nubes de diciembre—. No se me da bien vivir sin ti y no sé qué hacer. Contigo todo era mucho más... sencillo. Harper no es sencilla, es un desastre con patas.

Suspiró.

—Me preocupo por ella, porque es la típica persona que recogería a un asesino en serie haciendo autostop o le abriría la puerta de casa a un payaso homicida. Es voluble y tozuda. Cuando me fui en verano, tuve que pedir a James que cuidase el césped porque me daba miedo que ella se cortara el pie con la máquina.

»No sé por qué siento esta atracción hacia ella ni por qué quiero estar a su lado. No sé por qué no puedo esperar a oír qué es lo siguiente que va a decir. No es tú. Y yo te quiero. Pero también la quiero a ella y no sé si eso está bien.

»Ni siquiera sé si está bien hablar contigo del tema, pero eres la persona más inteligente que conozco y sé que si alguien sabe la respuesta, esa eres tú.

Luke se frotó el rostro con las palmas de las manos.

—Dime qué hacer, Karen.

—Probablemente te diría que te dejes de gilipolleces.

Luke dio un bote y se giró.

Joni estaba de pie detrás de él con las manos en los bolsillos de su abrigo gris. Tenía las mejillas ruborizadas por el aire y el frío.

Durante años, Luke había temido encontrarse a Joni en la tumba de Karen, no quería enfrentarse a nadie en un lugar sagrado. No había nada que pudiera decir para defenderse, era culpable de todo por lo que le acusaba.

¿Qué diría ahora que los separaban dos mujeres? La viva y la muerta.

—Ay, Luke —suspiró Joni acercándose a él para mirar la lápida—. Le hemos fallado a nuestra chica de tantas maneras...

—Yo no quería enamorarme de Harper. Intenté evitarlo.

—No me refiero a eso, bobo. ¿De verdad crees que Karen querría que te pasaras toda vida solo?

»¿Qué probabilidad había de que Harper acabara en Benevolence? No es una coincidencia, está todo planeado. Ella te necesita, necesita que la quieras, que la protejas y que seas su familia. Y tú también la necesitas a ella.

—Siento que le estoy dando la espalda a Karen.

—¿Por ser feliz con Harper?

Luke asintió e intentó contener las lágrimas.

—Es el mejor regalo que podrías darle y lo único que querría para ti y para mí. Que vivamos una vida llena de amor y felicidad, que recordemos lo afortunados que hemos sido por haberla conocido. Yo no sé tú, pero yo ya estoy cansada de decepcionarla.

—¿Crees que a Karen le caería bien Harper?

—¿Quién crees que la puso en tu camino? Fue ella quien eligió a Harper e hizo que se cruzara en tu camino.

Bajó la mirada a los pies y parpadeó para deshacerse de las lágrimas.

—La echo tantísimo de menos.

Joni le pasó un brazo por la cintura.

—Cariño, Karen era única. Ambos lo sabemos. Pero ¿sabes una cosa? Harper también es única, así que no rechaces la oportunidad.

Luke la abrazó y se quedaron unos minutos juntos y en silencio antes de que Joni le diera una palmada en la espalda.

—Dejaré que hables con tu chica, pero no esperes demasiado, porque se va el sábado.

Luke sintió que el corazón le dejaba de latir. ¿Qué sería Benevolence sin Harper?

Asintió y se pasó una mano por la cara.

—Gracias, Joni. Por todo.

La mujer sonrió.

—Eres un buen hombre, Luke. Tomarás la decisión correcta.

Eso esperaba. Vio a Joni subir al coche y marcharse. Luke se puso de rodillas al lado de la tumba.

—Bueno, ya has oído a tu madre. Necesito tu ayuda, dime qué hago.

El sol de la tarde brilló entre las nubes y Luke sintió su calor en el rostro y en el pecho.

Casi no se dio cuenta, solo fue un segundo, pero vio un rayo de sol posarse sobre el fénix en la lápida.

Luke se besó los dedos y tocó el ave.

—Gracias —susurró.

Capítulo 54

Harper respiró hondo y llamó a la puerta con el puño. Se quitó los guantes y los guardó en el bolsillo.

La puerta se abrió con una risita.

Los ojos alegres de Gloria se iluminaron todavía más. Llevaba la sudadera de la Guardia Nacional de Aldo y unas mallas. Tenía el pelo hecho un desastre.

—¡Harper! Qué sorpresa, entra.

—¿Interrumpo algo?

Gloria se rio e hizo a Harper un gesto para que pasara.

—No, Aldo está en la cocina haciendo unos sándwiches de queso e intentando no pegar fuego al edificio.

—¿Seguro que no interrumpo nada?

Gloria rio una vez más.

—Si hubieras venido diez minutos antes sí. —Le guiñó un ojo.

En lugar de reír, Harper abrazó a su amiga.

—Estoy tan contenta por ti. De verdad.

Gloria la estrechó.

—Y yo. Y te lo debo todo a ti.

Harper la soltó.

—No seas tonta. Has llegado hasta aquí tú sola. Tienes un hogar y a un hombre sexy que te está preparando un sándwich de queso. Te lo mereces.

—Estoy muy feliz. Nunca imaginé que podría tener una vida como esta. —Se pasó los brazos por encima del cuerpo y abrazó la sudadera—. Pero ya basta de cursiladas. ¿Quieres un sándwich de queso medio quemado?

—¿Me ha parecido oír a mi vieja amiga Harpón? —Aldo asomó el torso desnudo por la cocina.

Harper se echó a reír.

—Hola, colega. Hacía mucho que no te veía.

—¿Cuándo vamos a volver a salir a correr? Tengo una prótesis nueva con la que no me podrás seguir el ritmo.

—Me alegro mucho, pero en realidad venía a deciros que me... esto...

—Tragó saliva con dificultad—. Que me voy.

—¿De vacaciones? —preguntó su amiga con el ceño fruncido.

—¿En busca de la felicidad?

—Sí, o más bien en busca de algo mejor llegados a este punto —contestó Harper con un tono informal.

—No tiene nada que ver con la pelea de Luke y Linc en la tienda, ¿verdad? —preguntó Gloria.

—He oído que les han prohibido la entrada a la tienda porque han destrozado la sección de panadería —añadió Aldo— y que había pan por todas partes.

Harper puso los ojos en blanco.

—Por lo menos no extrañaré los cotilleos de pueblo.

—¿Te has rendido con él? —preguntó Gloria con los ojos marrones llenos de compasión.

—Tengo que hacerlo. Por mi bien y el suyo. No lo puedo cambiar y tampoco me puedo quedar aquí. No es seguro para nadie que me quede —añadió en voz baja.

—Pero tienes amigos aquí —le recordó.

—Y estoy muy agradecida de teneros a todos en mi vida, pero Benevolence es el hogar de Luke y que me quede solo servirá para recordarnos a ambos lo que tuvimos.

—No estoy de acuerdo contigo, pero como amiga, apoyo tu decisión. Siempre y cuando nos dejes ir a verte, claro.

—Claro que sí —contestó Harper con una leve sonrisa y los ojos llenos de lágrimas.

—¿Y dónde tendremos que ir a verte exactamente? —preguntó Aldo con los brazos en jarras y una espátula en la mano.

—Todavía no lo sé, pero me voy el sábado, así que para entonces ya tendré un plan. Ya os contaré. —Se mordió el labio—. Una cosa. Cuando os diga dónde estoy, ¿prometéis no decírselo a nadie?

—¿Con «nadie» te refieres a Luke? —Aldo cruzó los brazos.

Harper negó con la cabeza.

—No. Quiero decir a nadie que no sea necesario. Si os preguntara un desconocido... o algo así... —dijo torpemente.

—¿Te has metido en problemas? —preguntó su amiga preocupada.

—Todo va bien, pero os lo quería decir a vosotros en persona. Habéis sido muy buenos amigos y os echaré muchísimo de menos. —Le tembló la voz, pero consiguió estabilizarla—. Os quiero mucho, chicos.

Gloria la volvió a abrazar.

—Ojalá pudiera convencerte de que te quedaras.

—¿Me hacéis un hueco? —Aldo las abrazó y las estrechó con fuerza.

—Como hagas un chiste sobre hacer un trío, te juro que te doy con la espátula —lo amenazó Harper.

Gloria rio.

—Prométeme que nunca perderás la fe en el amor.

—Lo prometo.

Asintió y, por primera vez, mintió a su amiga.

Si despedirse de Gloria y Aldo había sido complicado, despedirse de Sophie estaba resultando imposible. No conseguía que se callara durante el tiempo suficiente para tener la oportunidad de soltar lo que quería decir.

—No sé, Sophie. ¿El karaoke? —Harper removía el café en la cocina de casa de Joni. No había ido al Remo desde que había renunciado a su jornada de los viernes. Había dicho que lo hacía porque trabajaba de noche en la oficina, pero la verdad era que no quería tener que ver a todos los vecinos del pueblo.

—Por favor, tía. ¿De verdad crees que Luke se presentaría voluntariamente allí? Me preocupas. Tienes que salir, pasarlo bien y olvidarte de todo un poco, aunque solo sea un rato.

«Como si eso fuera tan fácil», pensó Harper. Siempre tenía en mente lo que había ocurrido. En mente o en lo que le quedaba de corazón.

—¿Cómo has conseguido la noche libre?

Sophie se encogió de hombros.

—Siempre libro un viernes al mes. Y este mes me toca esta semana. ¿Te apuntas?

Harper se pasó una mano por el pecho, que le dolía constantemente. Bueno, a lo mejor le serviría para despedirse de su ciudad adoptiva. Una última noche en el primer lugar en el que se había sentido bienvenida. Podría darle la noticia a Sophie allí.

—¿A qué hora pasas a recogerme? —suspiró.

Sophie dio un grito de alegría y rodeó a su amiga con los brazos.

—No te arrepentirás, te lo prometo. Será una noche para recordar.

—Todas las noches que paso contigo son para recordar.
—Eso dice mi marido —respondió moviendo las cejas.
—Por favor, no hagas bromas sexuales conmigo, porque estoy de sequía después de...
No podía ni poner un nombre a lo que había tenido con Luke.
—Cielo, cómo os mirabais, la intensidad... Eso no desaparece. Y menos cuando es una ruptura temporal.
¿Por qué parecía que nadie quería asumir que lo suyo había acabado?
—No, lo nuestro ha terminado.
—Nunca acabará.
—Por Dios, Sophie, ¿podemos hablar de otra cosa?
—¿Sabes que, supuestamente, Frank ha entrado esta mañana en la oficina silbando una cancioncilla alegre y no le ha gritado a nadie?
Harper sonrió.
—¿De verdad? Joni también parecía contenta esta mañana cuando se ha ido a trabajar.
—Una fuente fiable me ha dicho que los vieron anoche en el Remo tomando un par de copas y que se quedaron casi hasta la hora de cerrar.
Harper aplaudió.
—Ya era hora. Cuando le he preguntado esta mañana cómo fue, Joni se ha puesto roja.
Sophie soltó un gritito de emoción.
—Me encanta el amor. Parece que todo el pueblo haya contraído el virus del amor: Gloria y Aldo, Joni y Frank, tú y...
—Sophie, déjalo ya o le diré a Ty qué le pasó a su taza favorita.
—Traidora.
—¿Qué harás cuando Josh tenga edad suficiente para darse cuenta de que ha sido el chivo expiatorio?
Sophie se encogió de hombros.
—Supongo que tendré otro bebé y le echaré la culpa a ese de todo.
—Es buen plan.

Harper dejó que Sophie la convenciera de ponerse un jersey de cuello redondo de color azul marino y unos pantalones grises y ajustados.
—¿Por qué nos estamos arreglando tanto para ir al Remo?
Sophie puso cara de exasperación.

—Llevo sin arreglarme un poco desde la Pascua. Ya va siendo hora de que enseñemos a este pueblo una o dos cosillas. —Se colocó bien los pechos y se apartó del espejo. Miró los senos de su amiga y le dijo—: Si sigues adelgazando, las acabarás perdiendo.

Harper se tapó el torso con los brazos.

—Ni se te ocurra tocarlas. Estoy comiendo bien.

Sophie rio.

—Sí, ya. Esta noche vamos a pedir nachos y croquetas de pollo, que lo sepas.

—Lo que tú digas. —Harper suspiró.

Cuando llegaron, el bar estaba a rebosar, pero encontraron una mesa vacía justo delante del escenario. Le parecía bonito y, en cierto modo simétrico, acabar su aventura en el pueblo en el mismo lugar donde la había empezado. Era una buena manera de poner punto final a todo aquello.

—¿Estás segura de que es buena idea que nos sentemos tan cerca? —preguntó Harper gritando por encima de la música—. No creo que el karaoke sea muy bueno en este pueblo.

—No nos juzgues por ser un pueblo pequeño, hay mucho talento —bromeó ella.

—No tendréis tanto talento si esta es la primera noche de karaoke desde que me mudé.

—Cierra el pico.

Sophie saludó a la camarera y pidió dos cervezas, los nachos y las croquetas de queso, tal como había prometido.

—Oye, Sophie, esta noche invito yo.

La hermana de Luke hizo un gesto con la mano para desestimar la idea.

—No seas ridícula. Hemos venido para animarte y pagar no es muy divertido.

—Lo digo en serio —insistió Harper. Suspiró—. Me voy mañana. Por fin me libraré de este pueblecito. —El chiste se le atragantó en la garganta.

—¿De qué hablas? —preguntó Sophie—. ¡No te puedes ir! Tienes tu vida aquí, ¡eres parte de la familia!

Harper dijo que no con la cabeza.

—Ya no. Me hace demasiado daño quedarme aquí y estoy convencida de que a tu hermano tampoco le resulta cómodo. —Todavía le costaba pronunciar su nombre.

Hazel les llevó las dos cervezas.

—Pero no te puedes ir —dijo dando un golpe en la mesa con la mano.

Harper agarró los botellines para que no volcaran.

Sophie se echó hacia atrás en la silla y negó con la cabeza.

—No. De ninguna manera. No te irás.

Harper sonrió.

—Te echaré muchísimo de menos, loca cabezota.

Sophie tensó la mandíbula igual que hacía su hermano. Harper había visto esa cara muchas veces. Era la expresión que ponía cuando había tomado una decisión.

—Pues yo a ti no te echaré de menos, porque no te vas a ir. Y eres una estúpida solo por planteártelo.

Harper puso los ojos en blanco.

—Si te pones de morros, arruinarás la supuesta «mejor noche de mi vida». ¿Por qué hay tanta gente? —Miró a su alrededor y vio que todas las mesas estaban ocupadas y había mucha gente de pie—. Parece increíble que a tanta gente le guste el karaoke.

Hazel las interrumpió otra vez con la comida.

—¿Queréis platos?

—No, gracias —contestó Sophie con un gesto de la mano—. Ya comemos de los cestitos, como las mujeres elegantes que somos. —Pasó los nachos a Harper—. Come antes de que desaparezcas.

Harper puso cara de exasperación y probó un nacho. A su estómago no parecía gustarle. A veces le daba miedo pasar página y que el agujero, el dolor que la consumía, nunca se desvaneciera.

—Tengo que hacer pis —dijo Sophie levantándose de la silla—. Guárdame unos cuantos nachos.

Harper vio a su amiga abrirse paso entre la multitud. La iba a echar de menos, más que a una extremidad. Tenía una energía inagotable y una lealtad feroz difíciles de olvidar. Harper esperaba que pudieran mantener su amistad, aunque fuera a distancia.

Mordisqueó una croqueta de queso e intentó no desanimarse.

Fred subió al escenario y anunció:

—Señoras y señores, bienvenidos al karaoke. Esta noche la temática será especial. Vamos a ver si la adivináis.

Bajó del escenario entre los aplausos y gritos de la multitud y Harper se acomodó en el asiento para disfrutar del espectáculo.

Apagaron las luces de la sala cuando el primer grupo subió al escenario. Harper abrió los ojos de par en par.

—¿Es Frank? —susurró.

Se había cortado el pelo y llevaba la camisa más limpia que tenía de la empresa. A su lado estaban Beth, la tía Syl y Georgia Rae. Todos llevaban gafas de sol.

Frank cogió el micrófono.

—Vale, bueno. Esta canción va dedicada a nuestra querida amiga, la señorita Harper Wilde.

El público empezó a aplaudir y Harper, atónita, miró de un lado al otro. ¿Qué estaba pasando?

No se lo pudo preguntar a nadie, porque todos se pusieron como locos cuando Frank empezó a cantar la canción «*With a Little Help from My Friends*».

Harper era consciente de que tenía la boca abierta, pero no podía evitarlo. Su voz grave era totalmente diferente a la de los Beatles, pero no lo hacía nada mal. Cuando las mujeres se le unieron en el estribillo, Harper se sintió feliz por primera vez en semanas.

Frank se apartó para que ellas cantaran al unísono y Harper se puso una mano sobre el corazón. Sus amigos le estaban diciendo que la querían y ella los quería a ellos.

Vitoreó con el resto de la gente y aplaudió efusivamente cuando bajaron del escenario. Una a una, las mujeres se acercaron a su mesa para darle dos besos. Frank fue el último de la fila.

—Me alegro de que seas mi amiga, pequeña —dijo bruscamente.

—Frank... —Se quedó sin palabras, así que lo abrazó con fuerza.

Él le dio una palmada incómoda en la espalda y desapareció en cuanto lo soltó.

Fred volvió al escenario a pedir silencio.

—Esta noche volvemos a los clásicos, así que recibid con un aplauso a Sonny y a Cher.

Harper se cubrió la boca con incredulidad al ver a Aldo y a Gloria en el escenario. Llevaban camisetas desteñidas a juego y se acercaron al micrófono cogidos de la mano.

—Gracias a todos. Gloria y yo queremos dedicarle esta canción a la mujer a la que se lo debemos todo. Esta va por ti, Harper.

—Te queremos —dijo Gloria antes de lanzarle un beso.

Cuando sonó la música, la pareja empezó a contonearse al ritmo de la canción. Gloria cantó «*I've Got You Babe*» con una voz prístina.

—Madre mía. —Harper empezó a reír.

Después cantó Aldo y Gloria movió el pelo hacia atrás como Cher. Toda la gente del bar canturreo y bailó con ellos.

Harper sintió que le dolía la cara de tanto sonreír.

Cuando la canción llegó a la parte en la que mencionaba el anillo, le cogió la mano a Gloria. Cuando la luz le iluminó los dedos, brilló un anillo de prometida y Harper sintió que le iba a estallar el corazón. El público enloqueció.

Se sintió dichosa al ver que los enamorados se sonreían. Se los imaginaba en el altar, mirándose fijamente y esperó estar ahí para ser testigo de tanta felicidad.

Gloria bajó del escenario y su amiga le dio la mano. El diamante brillaba como los ojos de su dueña. Harper la abrazó con fuerza.

—Soy tan feliz por vosotros.

—No habríamos llegado hasta aquí sin ti, Harp.

Aldo se acercó para abrazarla.

—¿Aceptarás ser nuestra dama de honor? —preguntó la prometida cogiéndose de las manos.

—¿En serio? —gritó Harper—. Chicos, me encantaría.

Gloria la volvió a abrazar.

—¿Te importa que nos sentemos contigo?

—No, sentaos por favor. Sophie ha desaparecido, no me puedo creer que se esté perdiendo el espectáculo.

Consiguieron una tercera silla y Gloria y Aldo se sentaron a la mesa.

—Menuda despedida —le susurró Harper a su amiga, que sonrió, pero no dijo nada.

Aldo empezó a comer nachos.

—Estaba muy nervioso y no he cenado.

—Lo habéis hecho genial.

—Pues espera a ver la siguiente canción. —Gloria le guiñó un ojo.

No tuvo que esperar mucho, los artistas ya estaban subiendo al escenario.

Eran los Garrison y Joni.

Sophie estaba en el centro, delante de todo, con Claire y Joni a ambos lados. Charlie, James, el tío Stu y Ty se agrupaban detrás. Todos llevaban jerséis feos de Navidad en los que ponía «La Navidad de los Garrison».

La canción «*We Are Family*», de Sister Sledge llenó el bar. Las mujeres se acercaron al micrófono a la vez.

Señalaron a Harper y empezaron a cantar sobre la familia. Harper tenía los ojos llenos de lágrimas, pero rompió a reír cuando los hombres cantaron el

estribillo desafinado.

Desde el escenario, Sophie le lanzó algo suave. Cuando lo abrió, Harper vio que era un jersey a juego. Lo abrazó con fuerza y le dio las gracias.

Los Garrison hicieron reverencias ante el público y bajaron del escenario. La gente de las mesas de delante se apartó para dejarles espacio.

Charlie se puso al lado de Harper y le pasó un brazo por el hombro.

—Eres de nuestra familia, niña.

Claire le dio un abrazo, que fue perfecto para que Harper se tranquilizase un poco.

—Gracias —dijo estrechando a Claire con fuerza.

—No, cariño. Nosotros te damos las gracias a ti.

—¿A mí? ¿Por qué? Vosotros me habéis dado tanto...

—Y tú nos has dado esto —respondió la mujer señalando al escenario.

A Harper le dio un vuelco el corazón. Luke estaba de pie, delante del micrófono y con las manos en los bolsillos.

Capítulo 55

LLe dolía mirarlo, con su rostro perfecto y aquel cuerpo que había sido tan familiar para ella. Ahora él era solo alguien a quien había conocido. Se le volvió a romper el corazón una vez más.

Luke la miraba, ajeno al resto de la gente en la sala.

—Me gustaría dedicar esta canción a una de las mujeres a las que he tenido la suerte de amar. No te merezco, Harper, pero espero que no me lo tengas en cuenta, porque te quiero con todo mi corazón.

El público empezó a silbar y a gritar, pero Harper no se dio cuenta, solo veía a Luke, que le acababa de decir que la quería.

Se le llenaron los ojos de lágrimas hasta tal punto que casi no veía.

Luke se aclaró la garganta y empezó a cantar «*Angel Eyes*». Las mujeres de la multitud se emocionaron. Harper se llevó las manos a la cara. Luke era un sueño hecho realidad.

Lo miró cantar aquellas palabras que había deseado oír durante tanto tiempo. Se le hinchó el corazón hasta que le pareció que iba a explotar. Cuando acabó la canción, Luke le alargó una mano. Ella se levantó, pero había tanta gente que no podía llegar hasta él. Ty y James resolvieron el problema subiéndola a la mesa. Luke la imitó, la levantó del suelo y la abrazó de tal manera que le colgaban los pies.

—Te quiero, Harper y me he cansado de esconderme. ¿Podrás perdonarme?

Aunque no le salieron las palabras, ella asintió hasta que notó que se le iba a caer la cabeza.

Luke sonrió y se le formó un hoyuelo en la mejilla. Luego la bajó hasta que sus labios se encontraron. El beso fue una dulce promesa del porvenir.

No se dieron cuenta de la euforia del público, de las lágrimas ni de que las parejas que había entre el público se abrazaron. Solo tenían ojos el uno para el otro.

Cuando llegó la hora de irse, Luke dijo que no estaba listo para separarse de Harper, así que propuso dejar el coche de ella en el bar. Ella no se opuso.

Cuando llegaron, delante de casa, ella le agarró el brazo con fuerza.

—¡Luces de Navidad!

La fachada delantera de la casa estaba cubierta de luces blancas, había velas en las ventanas y una corona adornaba la puerta principal. La guirnalda verde que había puesto ella en el porche ahora también tenía luces. Un Papá Noel inflable enorme saludaba desde el jardín.

—Has puesto luces. —Harper no conseguía apartar los ojos de aquel espectáculo tan maravilloso.

—Quiero que tengas una Navidad perfecta y he pensado que más siempre es más.

—Es perfecto. —Se giró hacia él y empezó a acercarse hacia él, pero se detuvo.

Luke negó con la cabeza y la acercó.

—No tienes que tener miedo, puedes tocarme. No me volveré a ir. —Le cogió los brazos con fuerza—. Y tampoco pienso dejar que te marches. Estoy en deuda contigo y la disculpa más sentida del mundo no sería suficiente. Vamos.

Salieron de la camioneta y se dirigieron hacia el porche delantero.

—Antes de que entremos, quiero decir algo.

Harper cruzó los brazos para protegerse del frío y asintió.

—Adelante.

Luke respiró hondo.

—Siento haberte apartado de mí. Siento haberte hecho daño a propósito. Estaba muy asustado porque despertaste en mí sentimientos que creía que no iba a volver a sentir nunca más y otros sentimientos totalmente nuevos. Pensé que si te quería, estaba engañando a Karen. Cuando la perdí, creí que falleció por mi culpa y prometí no olvidar nunca a mi mujer ni el precio que ella había pagado por mis decisiones.

Harper le puso una mano en el corazón y él le puso otra encima.

—Creía que tenía que pasarme el resto de mis días solo, sin volver a amar a nadie. Pero me resultó muy fácil quererte a ti, ni siquiera recuerdo un momento en el que no te haya querido. Creo que te adoré desde el momento en que te vi lanzarte sobre Glenn. Algo en mi interior dijo: «Por fin ha llegado». Eres lo que he estado esperando durante mucho tiempo, la luz que me ha sacado de la oscuridad, y no pienso volver a vivir sin ti. —Le temblaba la respiración—. Sé que no me debes nada y que, aunque me pase la vida

intentando recompensarte por todo lo que ha pasado, siempre estaré en deuda contigo. Eso ya lo sé, pero a pesar de eso, te pido que me perdones. Te quiero. Te deseo. Te necesito. Y siento mucho haberte hecho daño, nena.

Harper se lanzó sobre él y enterró la cara mojada por las lágrimas sobre su pecho, donde respiró su olor. Luke le acarició el pelo y le besó la frente.

—Lo siento muchísimo, Harper. Soy un gilipollas, pero te quiero más que a nada en este mundo.

—Te quiero.

—¿Me perdonas?

—Te perdoné hace tiempo.

Él negó con la cabeza.

—¿Qué he hecho yo para tener tanta suerte?

—Puede que cambies de opinión cuando te cuente lo que te tengo que contar —dijo Harper, apartándose.

—Puedes decirme lo que sea.

—No puedo quedarme.

—¿Por qué no? —Le cogió los hombros con fuerza.

—No es seguro. Hay algo que no sabes... —empezó a decir.

—Nena, ¿de verdad crees que un hombre de sesenta y dos años y problemas de hígado puede tocarte, después de pasar por encima de mí?

Ella retrocedió.

—¿Cómo...? No lo entiendo.

—Clive Perry nunca volverá a suponer una amenaza para ti. —Le apartó el pelo de la cara con una caricia—. No podrá acercarse a ti. Nos hemos encargado de ello.

—¿Nos?

—Melissa me ha dicho que la llames mañana.

—Joder. ¿Lo dices en serio? ¿Conoces a Melissa?

—Sí. No pareció alegrarse de conocer al «gilipollas» que había dejado a su amiga, pero ahora ya estamos bien. Nunca va a salir de la cárcel, y si te parece bien, le pediremos a Ty una orden de alejamiento para que no te siga mandando cartas. Si quieres, podemos hacerlo cuando volvamos de comprar el árbol de Navidad.

—¿Cómo...?

—Luego te lo cuento. —La abrazó con fuerza y enterró la cara en su pelo—. Hablo en serio cuando digo que no te dejaré nunca más. Aldo y yo nos hemos retirado oficialmente.

—Madre mía. No creo que pueda aguantar más sorpresas.

—Vamos dentro.

—¿Por qué? ¿Has contratado una orquesta o ha venido ese hombre de la tele que reparte cheques?

—Cómo he echado de menos tus comentarios... —dijo mientras la besaba—. Vamos dentro, que no quiero que mueras congelada cuando te desnude.

Luke la llevó de la mano hasta que cruzaron el umbral de la puerta. Entonces, cerró la puerta y la abrazó.

—Este es tu hogar.

Le dio un beso en la cabeza y la giró poco a poco.

Harper vio los marcos con fotos que había en la pared del recibidor. En una de ellas salía Karen, con una sonrisa bajo la luz del sol. En la otra, Harper con sus padres.

—Las has enmarcado —comentó sin aliento. La fotografía que la había seguido de una casa a la otra en un sobre estaba ahora en un marco en la pared.

—Estás en casa.

—Luke —dijo girándose hacia él con los ojos llenos de lágrimas.

Sin embargo, el chico ya no estaba de pie detrás de ella; estaba arrodillado.

—Harper Wilde, no quiero pasar ni un día más de mi vida sin ti. Quiero levantarme entre tus brazos cada mañana, quiero que me animes a hacer cosas que me asustan. Quiero que nuestra familia crezca y pasar el resto de mis días protegiéndote de ti misma y dando las gracias al cielo por qué condujeras hacia el este y no al oeste, como pretendías. Quiero que seas mi mujer y que envejezcas conmigo.

Abrió una cajita de terciopelo en la que había un anillo precioso.

—El anillo tiene forma de infinito porque ese es el tiempo que quiero pasar a tu lado. Y tienes que decir que sí, porque lo he comprado en el pueblo y ya se ha enterado todo el mundo.

A Harper le empezaron a caer lágrimas por las mejillas. Por segunda vez en una noche, solo pudo responder asintiendo con la cabeza.

—Quiero que lo digas, Harper —bromeó Luke.

Se dejó caer de rodillas y lo abrazó.

—Sí a todo, si es contigo.

Epílogo

Harper animó junto al resto del público cuando el bate golpeó el balón y se echó a reír al darse cuenta de que la pequeña que tenía en brazos seguía dormida como un tronco.

—Parece increíble que siga durmiendo con todo este ruido —le dijo a Claire.

—Se siente segura. —Su suegra sonrió—. Como para no sentirse segura después de lo que habéis hecho Luke y tú por ella y sus hermanos. —Claire señaló con la cabeza hacia el lugar del bateador, donde Luke animaba al pequeño Robbie, de once años.

Harper acarició con la nariz el pelo oscuro de Ava.

—Creo que es más importante lo que ellos han hecho por nosotros.

—¡Mamá! —Henry corrió hacia ellas y frenó justo a tiempo de chocar con la silla de Harper. Llevaba las zapatillas de deporte desabrochadas y la camiseta manchada de césped.

—¡Henry! —respondió ella con el mismo entusiasmo.

—Mamá, ¿puedo ir a dormir a casa de Tyler, porfi? ¿Eh? ¿Porfi, puedo?

—Deja que hable con sus padres y si a ellos les parece bien no hay ningún problema.

—¡Yupi! —Henry se fue corriendo.

—¿Qué narices vais a hacer cuando sean cuatro? —preguntó Claire riendo.

Harper se llevó una mano a la barriga, redonda.

—En cinco meses te lo cuento.

—Más vale que descanses ahora todo lo que puedas.

Harper se echó a reír.

—Joni y Frank se llevan a los niños mañana para que podamos quedarnos en casa y descansar.

—Bueno, si os quedáis en casa no tendrás que quitarte las hojas del pelo —bromeó Claire.

Harper se ruborizó.

—No te avergüences. —La mujer rio—. Los hombres Garrison no son famosos por ser tímidos en la cama.

—Ni en el bosque —añadió Harper.

—Ni en el aparcamiento trasero de la ferretería.

—¡Claire! —Fingió que le cubría las orejas a Ava.

Se quedaron en silencio cuando Robbie salió al campo con una actitud típica de Luke. El niño dejó pasar el primer lanzamiento, porque era una bola mala, pero Harper veía en los hombros de Robbie que Luke le había dado luz verde e iba a batear la siguiente bola. Cuando el otro niño lanzó la pelota, el bate la golpeó con un chasquido satisfactorio y la mandó hacia el terreno exterior del campo. El niño empezó a correr hacia la primera base.

Harper y Claire lo animaron mientras corría de una base a la otra con la equipación en la que ponía «Garrison». Robbie corrió hacia los brazos de Luke.

El proceso de adopción terminó dos semanas después de que se enteraran de que Harper estaba embarazada, pero ella todavía seguía sin poder creérselo. Tenía la vida que siempre había deseado, Luke se había encargado de que así fuera.

Ya no había sombras entre ellos y Luke quiso recordarlo con un tatuaje de un sol naciente que rodeaba el fénix. Harper sentía que la miraba y levantó la vista.

Luke se dirigió hacia ella con una sonrisa de oreja a oreja y señaló con el pulgar a Robbie, que celebraba el *homerun* con el equipo.

—Qué buen entrenador —le dijo Harper. Se levantó, le dio la niña a su suegra y se acercó hacia Luke, en la cuesta de la colina.

Él le puso las manos en la cadera y la besó en la boca.

—Hola, preciosa. Vámonos a casa.

Agradecimientos

¡Gracias por leer *Finge que me quieres!*

Quiero dar las gracias a todos y cada uno de mis lectores por hacer que *Finge que me quieres* se haya convertido en un *best seller*.



LUCY SCORE (Estados Unidos). Es una autora *best seller* que ha estado en las listas de más vendidos del *Wall Street Journal* y el *USA Today*. Le encanta escribir comedias románticas ambientadas en pueblecitos que han conquistado a lectores de todo el mundo. Sus libros se han traducido a más de veinte idiomas.

Actualmente, Lucy vive en Pensilvania con su marido y su gato. En su tiempo libre, le gusta dormir, beber ingentes cantidades de café y leer novelas románticas.

Índice de contenido

Cubierta

Finge que me quieres

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

Lucy Score

Finge



que me
quieres



Lectulandia